

CUANDO LA VIDA EMPIEZA



Iván Buniin Lectulandia

Iván Bunin traza en *Cuando la vida empieza*, un amplio cuadro de la vida rusa a finales del siglo XIX.

Alexis Arséniev, figura del propio Bunin, narra sus recuerdos de infancia y adolescencia sobre el fondo de un Imperio que se desmorona. Apoyada en un culto apasionado a la tradición rusa, la de las grandes familias de la nobleza rural, a la que el mismo Bunin pertenecía y escrita desde la nostalgia del exilio.

Cuando la vida empieza es la revelación melancólica y punzante de un alma de adolescente, captada con la minucia psicológica de la narrativa realista y con la conciencia dolorida de un escritor genial que vive el irremediable ocaso de su mundo.

Lectulandia

Iván Alekseevich Bunin

Cuando la vida empieza

ePub r1.0

Titivillus 24.09.15

Título original: *À la source des jours*
Iván Alekseevich Bunin, 1939
Traducción: Renato Lavergne
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LIBRO I

I

«Las cosas y las obras que no están escritas se hallan recubiertas de tinieblas y entregadas al sepulcro sin memoria; en cambio, aquellas que fueron escritas se hallan como vivificadas».

Mi nombre es Arséniev, Alexis Alexandrovitch Arséniev. Hace cosa de medio siglo nací en la Rusia central, en el campo, en la hacienda de mi padre.

No existe en nosotros el sentido de nuestro comienzo y de nuestro fin. Es una lástima que me dijeran en qué fecha precisamente vine al mundo. Si no me lo hubieran dicho, no tendría conciencia de mi edad —mucho más teniendo en cuenta que no me noto el peso de los años— y entonces hubiera podido evadirme a esa idea absurda de que es posible que muera dentro de diez o veinte años.

Si hubiese nacido y vivido en una isla desierta, ni siquiera hubiera sospechado la existencia de la muerte. «¡Qué felicidad!», quisiera añadir. Pero ¿quién sabe? Quizás hubiera sido una gran desgracia, y además, ¿será cierto que no lo hubiera adivinado nunca? ¿No nacemos acaso con el presentimiento de la muerte? Y en el caso de que no hubiera sospechado nada, ¿hubiese amado la vida tanto como la amo y la he amado? ¿Y le hubiese ofrecido esa entrega consciente de mí mismo, esa vivificación de mis cosas y mis obras, si esa inclinación no proviniese tal vez del miedo que se experimenta ante el olvido absoluto?

De la ascendencia de los Arséniev y de sus orígenes, no sé, naturalmente, nada enteramente cierto. ¿Qué es lo que sé, en resumidas cuentas? Únicamente tengo conocimiento de que en el Armorial nuestra estirpe está señalada como una de aquellas «cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos». Sé que nuestra raza es «insigne, aunque laboriosa», y sé también que toda mi vida he tenido conocimiento de esta elevada procedencia, sintiéndome orgulloso y feliz por no ser uno de esos que no tienen ascendencia ni linaje.

En la festividad de la Santísima Trinidad, recordando que «toda alma está animada por el Espíritu Santo», la Iglesia invita, en su liturgia, «a evocar el recuerdo de todos cuantos han muerto desde el principio». En dicho día eleva una magnífica plegaria repleta de un profundo sentido:

«A todos tus servidores, Señor, acógelos en tus dominios y en el seno de Abraham; ¡a todos aquellos que, desde Adán, han sido puros ante Ti, nuestros padres y hermanos, amigos y parientes!».

¿Acaso se habla aquí de servicio por pura casualidad?, y ¿no es una alegría el notar el vínculo, la relación, con «nuestros padres y hermanos, amigos y parientes», quienes en otro tiempo realizaron esas obras de servidores? Nuestros más antiguos antepasados, profesaban también la doctrina «de una Vía pura, ininterrumpida, del Padre de toda esencia», pasando de un mortal parentesco a las mortales progeneraciones, por una vida inmortal, «ininterrumpida». Se mantenían en esa creencia de que el testamento humano es observar la pureza, la imitación de la sangre, de la raza, de

forma que no sea nunca interrumpida u olvidada esa Vía, y que a cada nacimiento debe purificarse todavía más la sangre de aquellos que nacen, aumentando su elevación y su proximidad a Aquel que es el Padre único de toda esencia.

Entre mis antepasados probablemente hubo buen número de gente que dejaba mucho que desear. Pero, no obstante, de una generación a otra se transmitían la orden de recordar el honor de la sangre y de conservarlo, considerando como un deber sagrado el perpetuar lo siguiente: sé digno de tu nobleza. ¿Cómo expresar los sentimientos que yo mismo experimento a veces contemplando nuestro blasón? Está compuesto éste por la armadura de caballero, la coraza y el casco con plumas de avestruz. Y abajo, el escudo. Sobre campo azul, en el centro, un anillo, emblema de fidelidad y de eternidad, sobre el que convergen, en punta, tres espadas con las empuñaduras en forma de cruz.

En el país que ha suplido a mi patria, existen muchas poblaciones parecidas a aquella en que yo encontré asilo; antaño gloriosas, y ahora estancadas, pobres, en el curso diario de existencias mezquinas. Y, sin embargo, por encima de esta vida, no en vano se alza siempre alguna torre gris que data del tiempo de los Cruzados y una catedral maciza con su pórtico magnífico, sobre el cual vela desde hace siglos la guardia de las estatuas de los santos. También hay un gallo sobre la cruz, en las alturas del firmamento, heraldo del Señor, lanzando su llamada hacia la Ciudad celeste...

II

Mis recuerdos de aquel tiempo son algo tan completamente accidental, tan insignificante, que me dejan asombrado. Me acuerdo de una gran alcoba iluminada por los rayos de un sol de las postrimerías del verano, cuyo brillo se extendía sobre la ladera de la colina y sobre los trigales dorados, que se veían desde la ventana que daba al mediodía... Y eso es todo: ¡un brevísimo instante! ¿Por qué aquel día precisamente, en aquella hora, en aquel minuto, sin causa justificada alguna, se despertó mi conciencia de la vida, por brillante que apareciese ya la posibilidad de tener recuerdos? ¿Y por qué, acto seguido, esa conciencia se apagó para largo tiempo?

Evoco siempre con tristeza mi primera infancia. Toda niñez es triste: indigente es el mundo reposado en el cual un alma tímida y tierna sueña en la vida, no habiendo despertado aún por completo, extraña todavía a todos y a todo. Se suele decir: la dorada infancia, ¡felices tiempos! No, es una edad desgraciada, en la que por lo general se posee una sensibilidad enfermiza y lamentable.

¿Quizá mis primeros años fueron tristes debido a circunstancias particulares? Por lo menos ya existe el hecho de haber nacido en una mansión rodeada por una campiña profundamente perdida. En invierno, destacaba el inconmensurable mar de

nieve; en verano, un mar de trigo, de hierba y de flores... y la perpetua calma de aquellas tierras, con su enigmático silencio sin respuesta.

¿No es como para entristecerse el vivir en el silencio, en refugios de marmotas y de alondras? No, aquellos campos no pedían nada, no se asombraban de nada, no presentían tampoco el secreto de lo que surge siempre en el alma humana o en el mundo que los rodeaba, ni conocían la llamada de los espacios y la carrera del tiempo. Ya en aquel entonces yo sabía todo esto, y me sentía secretamente atormentado por ello. La profundidad crepuscular de un cielo de verano, la pensativa lejanía de los campos me hablaban de otra cosa, de algo que existía más allá, suscitando el sueño y la angustia de lo que me faltaba, impregnándome de un incomprensible amor y de una ternura que se dirigían no sabía a dónde, ni a quién...

¿Dónde se hallaba la gente en aquel entonces? Nuestra propiedad estaba considerada como una granja: la granja Kamenka; la hacienda principal se encontraba al otro lado del Don; mi padre se iba allí a menudo y por largo tiempo, aquí, la explotación era poco importante y los criados no muy numerosos. Pero, a pesar de todo, había bastante gente y reinaba una cierta animación; había caballos, perros, ovejas y vacas; algunos operarios, un cochero, un *staroste*^[1], mujeres para la cocina de la servidumbre y de los amos, para cuidar el ganado y el gallinero, una nodriza, mi madre y mi padre, mis hermanos, alumnos de un gimnasio^[2], y mi hermana Olia que no hacía mucho que acababa de venir al mundo.

Pero ¿por qué no han subsistido en mi memoria más que los minutos de completa soledad? He aquí que un hermoso día de verano tocaba a su fin. El sol ya se había ocultado detrás de la casa y del jardín, el amplio patio desierto estaba en la sombra, y yo (solo, absolutamente solo en el mundo), descansaba sobre una hierba verde que se iba enfriando, contemplando un cielo de un azul oscuro impenetrable, como unos ojos soberbios y familiares, como el seno del Padre. Y en lo alto, muy alto, bogaba, describiendo curvas, cambiando lentamente de contornos y difuminándose en el abismo del azul infinito, una nube blanca... ¡Qué belleza tan angustiosa! ¡Montar en aquella nube y flotar, navegar por aquella temible altura, por aquel espacio de debajo del cielo, cerca de Dios y de los ángeles de blancas alas que habitan en algún lugar situado en ese mundo de cimas!

He aquí otro día en que estaba detrás de la casa, en un campo. La tarde parecía ser la misma; el sol poniente todavía brillaba y calentaba. Al volverme, lo vi por encima de los páramos infinitamente lejanos, sobre un horizonte donde se discernía apenas Batourino. Pensé en lugares todavía desconocidos para mí, misteriosos para mí: el país de mi madre.

Estaba de pie, mirando, escuchando el gran silencio que me rodeaba, esperando algo, soñando en algo indeciblemente hermoso y triste que había en el mundo y sobre todo allá abajo, en aquellas profundas lejanías. El sendero perdido entre los campos, donde me hallaba, se veía cubierto de musgo verde y de azucenas blancas y sonrosadas.

A mi alrededor, por doquier mirase, se alzaban el maíz, la avena y el trigo, y allí dentro, en lo más espeso de los tallos inclinados, la vida disimulada y aprensiva de las codornices. Por el momento, estaban todavía calladas, y todo callaba con ellas; únicamente, de vez en cuando, se oía el zumbido malhumorado de un escarabajo rojo de los trigos, que se había enredado entre las espigas.

Lo liberé, y con avidez, con asombro inclusive, lo examiné. ¿Qué era aquello? ¿Quién era aquel escarabajo rojo? ¿Dónde vivía? ¿Hacia dónde y por qué volaba? ¿Qué pensaba y qué sentía? Estaba enfadado, serio: se movía entre mis dedos, chocaban entre sí sus rígidos élitros bajo los cuales había algo sumamente fino, de un color pajizo, que se alargaba; y de repente, las corazas de los élitros se separaron, se abrieron, y el color paja se disipó también. ¡Qué hermoso era mirarlo! Ascendió por los aires y, zumbando con satisfacción y alivio, me abandonó para siempre, se perdió en el cielo, enriqueciéndome con una nueva sensación: dejó en mí la tristeza de una separación...

Ahora me veo en la casa, y es igualmente una tarde de estío, en la cual continuaba estando solo. El sol se había ocultado detrás del jardín adormecido cuyas sombras se veían salpicadas por su polvo rojizo, abandonando las habitaciones vacías, sala y salón, donde habría brillado radiante todo el día: solamente quedaba un último rayo que, solitario, empurpuraba el entarimado en un rincón, entre los elevados pies de una vieja mesa.

¡Señor, qué atormentador era su encanto, mudo y triste! Y luego, entrando ya el crepúsculo, cuando el jardín se había ido envolviendo con el negro y misterioso manto de la noche, estando yo acostado en una habitación oscura, en mi pequeña cama de niño, se posó sobre mí, procedente de la ventana más alta, la mirada de una apacible estrella... ¿Qué quería de mí? ¿Qué me decía, sin palabras? ¿A dónde me llamaba? ¿Qué intentaba recordarme?

III

La edad infantil comenzó, poco a poco, a vincularme a la vida, y los recuerdos que de ella tengo perfilan ya ciertas figuras, ciertos cuadros de la existencia en la granja, ciertos incidentes...

De estos acontecimientos, en primer lugar, aparece en mi existencia el primer viaje: el más largo y el más extraordinario de cuantos me haya sido dado hacer sobre las olas o sobre tierra firme. Mi padre y mi madre partieron para ese país de mis sueños que se llamaba ciudad y me llevaron con ellos. Por este motivo, experimenté por primera vez las delicias de un sueño que se realiza, y al mismo tiempo el temor de no verlo realizarse por cualquier razón imprevista. Todavía recuerdo la angustia que me invadía mientras estaba en el patio, bajo los ardientes rayos del sol, contemplando la carretela que acababan de sacar de la cochera: ¿cuándo acabarían

por fin de enganchar y cuándo terminarían de una vez todos aquellos preparativos?

Me acuerdo luego de que rodamos toda una eternidad; de que los campos, hondonadas, desfiladeros, caminos transversales y cruces, eran innumerables; y de que al atardecer, en un lugar completamente solitario, vimos un espeso bosquecillo de robles, de un verde sombrío, entre los cuales se deslizaba «un bandido», con el hacha al cinto; tal vez el más temible y misterioso *mujik*^[3] de todos los que me he encontrado a lo largo de mi vida.

Cuando llegamos a la ciudad, mis ojos se quedaron absortos contemplando unos magníficos acantilados amarillos iluminados de pleno por el sol poniente. De cómo entramos en la ciudad misma, no recuerdo nada: sin duda el viaje pudo conmigo y me dormí.

A la mañana siguiente viví unos instantes asombrosos al hallarme suspendido sobre un precipicio, en un estrecho desfiladero de casas enormes, tales como no las había visto nunca. Me sentí cegado por el resplandor del sol, de los cristales y de los anuncios y enseñas; y también observé que por encima de mí, a mi alrededor, se esparcía una especie de maravillosa zarabanda musical: sonidos de campanas, el bordón de Miguel Arcángel, de un campanario que se alzaba por encima de todo con una grandeza, con una magnificencia tal que los Pedro y Pablo de Roma no han podido jamás soñar nada parecido. Tenía una presencia maciza tan formidable que, más tarde, no pude sentirme admirado viendo la pirámide de Keops.

Pero lo que me resultó más sorprendente de la ciudad, fue el betún. ¡Pobre corazón humano! No bromeo en lo más mínimo: en toda mi vida no he experimentado ante las cosas vistas por mí sobre la tierra —y he visto muchas— un entusiasmo parecido al que sentí en el mercado de la ciudad, teniendo entre mis manos una caja de betún. De forma redonda, estaba simplemente confeccionada a base de corteza de sauce, pero ¡qué hermosa corteza y con qué artística habilidad la habían presentado! ¡Y el betún! ¡Negro, firme, de color mate y despidiendo un embriagador aroma!

Acto seguido, todavía tuve dos grandes alegrías: me compraron unas botitas de caña alta ribeteadas de rojo, con respecto a las cuales el cochero pronunció unas palabras que siempre recordaré: «¡Vaya botas bien logradas!». La otra adquisición fue un látigo de cuero trenzado que tenía un silbato en el mango.

Hay que ver con qué sensación de dicha, con qué voluptuosidad manejaba yo aquel mango y acariciaba aquella trenza de cuero resistente y dúctil. Y la estrella prometida, desde lo alto, me miraba por la ventana de la habitación en donde yo dormía, y me decía: «Ahora todo va bien, no hay nada mejor que esto en el mundo, ni falta que hace».

Aquel mismo viaje que me reveló los goces de la existencia terrestre, me proporcionó también otra profunda impresión. La experimenté en el camino de regreso. Abandonamos la ciudad a la hora que precede a la noche, pasamos por una larga y amplia calle que me pareció muy pobre en comparación con aquella en que se

hallaba nuestro hotel y la iglesia de San Miguel Arcángel, atravesamos una amplia plaza, y ante nosotros apareció de nuevo, en la lejanía, el mundo familiar: campos y más campos, con su simplicidad rural y su libertad.

Nuestra ruta nos conducía directamente al poniente, hacia el sol crepuscular, y he aquí que de repente vi nuevamente a un hombre que, a su vez, contemplaba fijamente al cielo y a los campos: a la salida misma de la ciudad se alzaba, extraordinariamente enorme, terriblemente lúgubre, una casa amarilla que no tenía absolutamente nada en común con todos los edificios que yo había visto hasta entonces. Había en ella una serie de pequeñas ventanas enrejadas y además de esto se hallaba rodeada de un alto muro de piedra, cuya puerta estaba herméticamente cerrada.

Detrás del enrejado de una de las ventanas estaba aquel hombre, vestido de gris, con un gorro del mismo color, y un rostro pálido y amarillento que expresaba algo tan complicado y penoso como jamás había yo visto nada parecido en los rostros humanos: en sus facciones se confundían la más profunda angustia, la aflicción, una obtusa resignación y, al mismo tiempo, como una especie de ensueño apasionado y sombrío.

Naturalmente, me explicaron qué casa era aquélla y quién era aquel hombre que estaba detrás de las rejas de una ventana; supe por mis padres que en el mundo existía cierta categoría de individuos a los cuales se les llama presos, ladrones o asesinos.

Pero el conocimiento que asimilamos en nuestra corta vida es demasiado pobre; existe otro infinitamente más rico, con el que ya nacemos. Para las sensaciones que suscitaron en mí las rejas y el rostro de aquel hombre, las explicaciones de mis padres eran insuficientes: yo penetraba, adivinaba por mí mismo su alma singularmente angustiada...

IV

Más adelante los recuerdos que conservo de mis primeros años sobre la tierra son más regulares y más precisos, aunque igualmente pobres, fortuitos y deshilvanados. Después de todo, ¿qué sabemos?, ¿de qué nos acordamos? ¡Cuántas veces no conseguimos recordar ni siquiera el día anterior!

Mi alma infantil comenzó a acostumbrarse a su nueva morada, hallando ya en ella cierto encanto; se habituó también a contemplar la belleza de la naturaleza, sin dolor, así como a observar a las personas y a experimentar por ellas diversos sentimientos más o menos conscientes.

Para mí el mundo seguía limitado a la hacienda, a la casa, y en lo que respecta a las personas, mi atención se dirigía, ante todo a las más allegadas. He aquí porque razón no solamente me percaté de la existencia de mi padre, adquiriendo conciencia de su existencia aparente, sino que además lo discerní perfectamente: robusto, impulsivo, indolente, fogoso, pero de cóleras asombrosamente cortas, magnánimo,

incapaz de soportar a la gente malvada ni a los rencorosos, y maravillosamente inconsecuente.

Empezaba a interesarme como individuo y por eso me fue posible apreciar que no hacía nunca nada. Realmente se pasaba los días en esa feliz ociosidad que era tan corriente entonces, no solamente en la existencia de los hidalgos pueblerinos, sino en la de todos los rusos en general.

Observé también que se animaba siempre antes de la comida y que estaba muy alegre en la mesa; que al despertar de su siesta le agradaba permanecer ante la ventana abierta y beber un agua amarga, chisporroteante, que picaba deliciosamente en la nariz. Después he sabido que era agua de seltz. Por lo demás, tenía costumbre de cogermé en aquel preciso momento, siempre de improviso, y sentándome sobre sus rodillas, me manoseaba y me besaba, hasta que con la misma brusquedad, me volvía a dejar en el suelo, olvidándome, no apreciando nada de lo que dura demasiado.

Yo experimentaba hacia él, no solamente una inclinación, sino también una especie de risueña ternura. Tal vez esto se debía a que respondía a mis gustos por su aspecto valeroso, por la llaneza de su carácter inconstante, y sobre todo porque había ido a la guerra y porque era un tirador extraordinario, hasta el punto de que agujereaba al vuelo una moneda de plata arrojada al aire. Por otra parte me agradaba comprobar que cuando era preciso tocaba en la guitarra, muy diestramente, como deslizándose, canciones antiguas, de las de los tiempos felices de nuestros abuelos.

Me percaté también de la existencia de nuestra nodriza, o por mejor decir, conocí perfectamente su presencia en la casa, su intimidad con la habitación de los niños y ciertas particularidades suyas. Alta, bien formada y autoritaria, a pesar de estar llamándose constantemente nuestra esclava, era en realidad un miembro de nuestra familia, llegando incluso a discutir bastante a menudo con nuestra madre solamente porque era completamente indispensable a causa del afecto que sentían la una por la otra y por la necesidad, después de la disputa, de llorar y reconciliarse en un momento.

Mis hermanos eran mayores que yo en edad, vivían ya su vida a su manera y venían a vernos durante las vacaciones; pero, en cambio, tuve dos hermanas de cuya existencia adquirí plena conciencia, ligándolas estrechamente las dos a la vez a la mía propia: me puse a querer tiernamente a la rolliza Nadia, sonriente y de ojos azules, que había ocupado a su vez mi sitio en la cuna; e, insensiblemente, compartí todos mis juegos y diversiones, alegrías y aflicciones, e incluso a veces mis sueños y pensamientos más secretos, con Olia, la de los ojos oscuros, chiquilla ardiente que se inflamaba tan fácilmente como el padre, pero que en el fondo era muy buena.

En cuanto a mi madre, me di cuenta de su existencia, claro está, y la comprendí antes que a todos los demás. Para mí era un ser completamente excepcional entre todo el resto de los seres, inseparable de mí mismo, y me percaté de ella probablemente cuando me conocí a mí mismo.

A ella se liga el más áspero amor de toda mi existencia. ¡Todos y todo lo que nos es querido es nuestro tormento, y hay que ver lo que vale ese temor perpetuo de perder al ser amado! Ahora bien, desde mis primeros años he llevado la pesada carga de mi invariable amor por ella, hasta el punto de que, habiéndome dado la vida, afligió mi alma precisamente con un tormento, y la afligió porque la fuerza del amor de que toda su alma estaba hecha, encarnaba a la tristeza misma: ¡cuántas lágrimas vi en sus ojos, y cuántas canciones tristes oí de sus labios!

¡En la lejana tierra natal, sola, por los siglos de los siglos, olvidada del mundo entero, que descansa en paz, y que por los siglos de los siglos sea bendito su nombre querido! ¿Es posible que aquella cuyo cráneo sin ojos, cuya osamenta gris reposa en algún lugar, allá abajo, en un reducido cementerio boscoso, en una pequeña ciudad de provincia rusa, en el fondo de una fosa ya anónima, es posible que sea ella quien antaño me meció en sus brazos?

«Mis caminos son más elevados que los vuestros y más elevados mis pensamientos».

V

Así transcurrió el aislamiento de toda mi primera juventud. Recuerdo una cosa: cierta vez, en una noche otoñal, me desperté no sé cómo ni por qué y percibí una ligera media luz misteriosa en la habitación, y al través de la gran ventana sin velos una luna pálida y triste de otoño, que se alzaba en lo alto, muy alto, por encima del patio desierto de la hacienda, tan desolada y tan llena de un encanto del más allá, de su tristeza y de su soledad, que mi corazón se sintió oprimido por unos sentimientos indeciblemente dulces y amargos a la vez, los mismos que también ella parecía experimentar dentro de su palidez otoñal.

Pero yo ya sabía, me acordaba de que no estaba solo en el mundo, que dormía en el gabinete de mi padre; me puse a llorar, llamé, y desperté a mis padres.

Así es como, poco a poco, las personas iban entrando en mi vida y se convertían en parte indivisible de ella. Primero fueron las de la casa, las más próximas, y luego otras: empezando por los servidores y terminando por los habitantes de los pueblos o caseríos de los alrededores: Vysselki, Novosselki, Rojdestvo, Batourino...

Noté que en el mundo, aparte del verano, existían el otoño, el invierno y la primavera, cuando no era posible salir de casa más que en raras ocasiones. Sin embargo, al principio no retuve su recuerdo —en un alma infantil lo que perdura ante todo es lo claro, lo luminoso y soleado—, y es por eso por lo que me vienen ahora a la memoria, aparte de aquella noche de otoño, todo lo más dos o tres cuadros sombríos e incluso porque no fueron del todo vulgares: una tarde invernal en que soplaba, terrible y encantadora, una tempestad de nieve detrás de las paredes de la casa; terrible porque, según todo el mundo decía, siempre ocurría así «por los

Cuarenta Mártires», y encantadora por la sencilla razón de que cuanto más violentamente sacudía el viento los muros, más agradable era sentirse al abrigo, calentito, confortable.

Luego, es una mañana de invierno en la que ocurrió algo verdaderamente notable: al despertar, vimos un extraño claroscuro dentro del edificio y nos dimos cuenta de que, en el exterior, una masa blanca se había acumulado, más alta que la casa. Comprendimos que era la nieve que nos había bloqueado durante la noche, de forma tal que tuvieron que estar los obreros trabajando todo el día para librarnos de ella.

Finalmente, en un grisáceo día de abril, recuerdo la súbita aparición en nuestro patio de un hombre vestido solamente con una levita, flotando y haciendo muecas bajo la fuerza del viento; el desgraciado, sobre sus piernas torcidas, sujetaba con una mano lamentable su gorra sobre su cabeza, y con la otra mano, torpemente, cerraba sobre su pecho las solapas de su levita.

En conjunto, lo repito, mi primera infancia me aparece solamente como unos días de verano cuyo contenido compartía primeramente con Olia y luego con los chiquillos de los *mujiks* de Vysselki, aldea de pocas casas situada al otro lado de la Grieta, a una versta de donde nosotros vivíamos.

Aquella era una pobre alegría, casi tan pobre como la que experimenté con el betún, al ver la cajita de corteza trenzada. Todas las alegrías humanas son pobres, hasta el extremo de que hay algo en nuestro interior que nos sugiere, de vez en cuando, una amarga compasión hacia nosotros mismos. Pero quizá sean nuestras alegrías y nuestras esperanzas de niños y adolescentes las más lamentables de todas: ¡hay que ver, efectivamente, lo confiados e inocentes que somos en esos días, ante la vida! ¡He aquí que, por primera vez, y para un plazo de duración tan inverosímilmente corto, he venido al mundo! Ahora bien, ¿cuáles fueron las alegrías que yo experimenté en el amanecer de mis días?

Era una región sin historia, sin el menor rastro de una vida anterior, como casi todo nuestro inconmensurable país. Ni montañas, ni ríos, ni lagos, ni bosques; solamente maleza, zarzas en los barrancos, matorrales y algunas raras apariciones de madera, a las cuales llamaban Zakaz o Doubrovka; por doquier, en la lejanía, campos, sin límites, un verdadero océano de trigo.

No era la estepa donde la mirada se extiende sobre centenares de verstas hacia las lejanías azules, donde pacen rebaños de ovejas de diez mil cabezas, donde se emplea una hora para atravesar en coche una aldea, una *stanitsa*^[4], maravillándose uno de su blancura, de su limpieza, de la numerosa población y de tanta riqueza. Era solamente Podstépié, la Baja-Estepa, donde los campos eran ondulados, donde no había más que barrancos y colinas, praderas poco abrigadas, casi siempre pedregosas, donde los pueblecillos y las gentes con calzado de cáñamo que los habitan, parecían olvidados de la mano de Dios: eran tan poco exigentes, tan primitivamente sencillos como su ganado y sus chamizos.

Y he aquí que fui haciéndome mayor, aprendiendo a conocer el mundo y la vida

en aquella región perdida, muy hermosa, durante los largos días de estío. Y, al parecer, uno de los primeros de aquella época es el siguiente: en un mediodía ardiente, blancas nubes flotaban, trayendo consigo, a veces tibio, a veces abrasador, el ardor del sol y los aromas de los trigales y de las hierbas recalentadas, y allá abajo, en un campo, detrás de nuestros viejos graneros (tan viejos que sus espesos tejados de rastrojo eran de color gris y tenían la maciza apariencia de la piedra) imperaban el ardor del día, el resplandor, la riqueza de junio y el lujo de la luz sin tasa, de la vida, junto con la corriente ilimitada, ondulante y sin fin de un mar de espigas. Y aquellas olas se miraban, entrechocaban, despedían mil reflejos y corrían, corrían, con la alegría de ser tan espesas y tan impetuosas, mientras que sobre ellas galopaba la sombra de las nubes...

En medio de nuestro patio, donde temblaba el césped rizado, existía un antiguo abrevadero de piedra bajo el cual se podía jugar al escondite, descalzándose y corriendo con los pies desnudos, cuya blancura le agradaba ver a uno mismo por encima de la verde hierba, caldeado por el sol en su parte superior, y fresco por debajo, de forma que en conjunto era una verdadera delicia.

Junto a los graneros había unos matojos de beleño; Olia y yo nos pusimos a comer un día de ellos hasta tal punto que nos tuvieron que desintoxicar con leche recién ordeñada. Recuerdo que la cabeza nos tintineaba deliciosamente, y nuestra alma y nuestro cuerpo experimentaban no solamente el deseo, sino también la absoluta certeza de poder ascender por los aires y volar a cualquier sitio.

Al pie de los mismos graneros, encontramos también innumerables nidos de abejorros, de un negro aterciopelado con destellos dorados, cuya presencia bajo tierra habíamos adivinado escuchando un sordo zumbido, furiosamente amenazador, aplicando nuestras orejas contra el suelo; abejorros cuyos aguijones picaban en forma intolerable, y cuya miel era más líquida pero también mucho más azucarada que la de las abejas.

¡Y la de raíces amargas que llegamos a descubrir, completamente comestibles, así como tallos y granos dulces en el huerto, en los matorrales del jardín, alrededor del cobertizo, del granero, detrás de la isbá^[5] de los criados, y cerca del muro que, en la parte posterior del edificio, daba a los trigales y a los prados!

VI

Detrás de la isbá de los criados y al pie de la tapia del gallinero crecían unas altas ortigas —la ortiga blanca y la ortiga roja— así como unos fastuosos cardos de color carmesí cuyas corolas picaban terriblemente y, diseminados aquí y allí, había matojos de lo que llamaban la hierba del macho cabrío, de un color verde pálido, y todo ello tenía un aspecto, color, aroma y gusto peculiares.

El zagal cuya existencia descubrimos finalmente, era extraordinariamente

interesante: una pequeña blusa de grosero lino y unos cortos calzones de tela no eran sobre él más que agujero sobre agujero; las piernas, los brazos y la cara, los tenía resecos, quemados y curtidos por el sol; le dolían los labios porque masticaba de continuo, unas veces pepitas de maíz, y otras aquella hierba de macho cabrío que roía los labios hasta producir verdaderas úlceras, todo ello girando constantemente dentro de sus órbitas sus ojos furtivos, puesto que al fin y a la postre comprendía bien todo cuanto había de culpable en nuestra amistad y en el hecho de que nos impulsase a comer Dios sabe qué.

¡Pero cuán dulce era aquella amistad culpable! ¡Qué seductor era todo lo que nos explicaba en secreto, con frases entrecortadas, mirando a su alrededor a cada momento! Por otra parte, no tenía rival para hacer restallar y resonar como un disparo su largo látigo, y se reía diabólicamente cuando, tratando nosotros a nuestra vez de imitarle, nos azotábamos las orejas con la larga cuerda trenzada.

Pero donde había una verdadera abundancia de todo alimento terrestre era entre el gallinero y las caballerizas, en los huertos. Imitando al pastorcillo, podía uno obtener una rebanada de pan negro salado y comer las largas colas verdes de las cebollas de grises sombrillas, rabanitos rosas y blancos, pepinillos todavía rugosos y verrugosos que eran tan agradables de buscar, rozando los interminables rabanales trepadores extendidos sobre los plantíos.

¿De qué nos servía todo aquello? ¿Teníamos hambre? No, claro está que no; pero de ese modo, sin tener conciencia de ello, comulgábamos con la tierra misma, con todo lo sensual y material de que está hecho el mundo.

Lo recuerdo: el sol calentaba, cada vez con mayor ardor, la hierba y el abrevadero del patio; la atmósfera se iba haciendo más pesada, velándose la viva luz de momentos antes, las nubes se unían en sombrías aglomeraciones de las que surgían chispas inesperadas y, de repente, en algún lugar de las alturas, comenzó a resonar un sordo rugido que se fue amplificando por instantes hasta convertirse en un estrepitoso tronar que se resolvió en poderosos estallidos, cada vez más aplastantes, majestuosos y espléndidos.

¡Oh!, ¡cómo sentía ya en mi interior la noción de la divina maravilla del mundo y de Dios que reina sobre él con la plenitud y el poderío de lo sustancial! Acto seguido vinieron las tinieblas, la ignición, la tempestad, una avalancha de piedras con un granizo azotador; todo, por doquier, era derribado y vuelto a derribar, todo temblaba y parecía perecer.

En casa habían cerrado las ventanas y postigos, corriendo las cortinas, y habían encendido un cirio, el del miedo, delante de los iconos negros en sus viejos marcos plateados; se hacía la señal de la cruz y se repetía: «¡Santo, santo, santo es el Señor, el Dios Sabaoth!».

¡En cambio, qué alivio se experimentó luego, cuando todo se apaciguó y se calmó, respirando a pleno pulmón la húmeda frescura, indeciblemente alegre, de los campos saturados de vapor, cuando las ventanas de la casa se abrieron de nuevo y

cuando mi padre, sentado en el alféizar del ventanal del gabinete y contemplando una nube que ocultaba todavía el sol y se erguía como una muralla negra en el oriente, detrás de la huerta, me mandó arrancar para él un rábano algo mayor que los otros!

Pocos momentos ha habido en mi vida que tengan para mí tan alto valor como aquellos en los cuales corría por entre los plantíos chorreantes de lluvia, y después de arrancar un rábano, le sacaba ávidamente la cola junto con el barro de un color negro azulado que la envolvía.

Y luego, poco a poco, envalentonándonos, conocimos el gallinero, las caballerizas, la cochera, el silo, la Grieta y Vysselki. El mundo se ensanchaba sin cesar, haciéndose cada vez más sustancial; pero, sin embargo, en los primeros tiempos no eran las gentes ni la vida humana lo que atraía preferentemente nuestra atención, sino la existencia de las plantas y de los animales.

Recuerdo que los lugares que preferíamos eran aquellos a donde no iba nadie, a ciertas horas de la tarde, cuando la gente dormía. El vergel era alegre y verde, pero ya lo conocíamos; allí no había más cosa buena que los rincones perdidos y los matorrales, los nidos de pájaros (sobre todo si en aquellas pequeñas tazas tejidas con trocitos de madera y forradas por dentro con algo suave y cálido, se hallaba aposentado, vigilando con mirada inquieta, un ser de plumas abigarradas) y los groselleros cuyas bayas eran infinitamente más sabrosas que las que comíamos, mojadas con leche y con azúcar, después de cenar.

Y eso es todo: el gallinero, las caballerizas, la cochera, el silo de la era, la Grieta...

VII

¡Todos los lugares tenían su encanto!

En el patio de los animales, desierto todo el día, las hojas de la puerta cochera chirriaban con una rudeza perezosa cuando nos empeñábamos en entreabrir las, con todas nuestras pequeñas fuerzas, para aspirar el aroma acre, infecto pero terriblemente seductor, a estiércol y a porqueriza.

En las caballerizas, los animales seguían su vida particular, caballuna, que consistía en permanecer siempre de pie, masticando ruidosamente el heno y la avena. ¿Cómo y cuándo dormían los caballos? El cochero decía que a veces también ellos se acostaban y dormían. Pero era difícil e incluso algo inquietante poderse lo imaginar, puesto que son pesados y torpes para tumbarse.

Ello no debía ocurrir, con toda evidencia, más que en muy raras ocasiones y a las horas más avanzadas de la noche profunda; por lo regular, permanecían de pie en sus establos y, durante el día entero, pulverizaban entre sus dientes la lechosa avena y husmeaban en el heno apresándolo con sus befos blandos.

Todos eran unas potentes bellezas, de grupas relucientes que resultaba un placer

tocar, con ásperas colas que llegaban hasta el suelo, con suaves crines y grandes ojos de color lila que en determinadas ocasiones bizqueaban de un modo amenazador y maravilloso, recordándonos la cosa terrible que nos había explicado el cochero: que durante el año todo caballo tiene su día consagrado, el de Flor y de Lavr, y que, en dicho día, trata de matar a un hombre para vengarse de su esclavitud, de su vida paciente consistente en esperar siempre que lo enganchen para realizar así su extraño destino en el mundo, que no es otro que el de tirar de los vehículos y correr.

Generalmente, el olor era allí acre, también a estiércol, pero no era el mismo que el del patio de los animales; por el contrario era muy diferente, ya que sus emanaciones se confundían con las de los mismos caballos, con las que se desprendían de los arneses, del heno podrido y de algo más que no tiene explicación pero que no se puede encontrar más que en las caballerizas.

Y luego, en la cochera, se hallaban los *drojki*, las carretelas^[6], todos los antiguos vehículos que hacían pensar en lejanos viajes. En la parte posterior de la carretela había un cofre para equipajes, extraordinariamente interesante y misterioso, y el vehículo del abuelo atraía por su aspecto barroco de antigualla y por la presencia misteriosa de algo que continuaba siendo de él, únicamente de él, puesto que aquel coche no se parecía a nada de lo que se ve hoy en día.

¿Por qué a las golondrinas les gustaba tanto la cochera? Infatigables, volaban como flechas negras, de un lado para otro, unas veces desde las caballerizas hacia la inmensidad azul, otras, entrando por la puerta cochera y dirigiéndose a la techumbre, donde fabricaban sus pequeños nidos de lodo, redondos y duros, agradables por su firmeza y por el arte de su elaboración.

Muchas veces, en la actualidad, se me ocurre pensar lo siguiente: «Date cuenta de que algún día morirás y nunca más verás el cielo, los árboles, los pájaros y tantas otras cosas a las cuales te habías acostumbrado, con las que te habías identificado y que te dolerá muchísimo abandonar». Por lo que respecta a las golondrinas, no hay duda de que las echaré de menos: ¡qué belleza más pura, amable, y acariciadora la de esos animalitos que vuelan como relámpagos, con el vientre de un blanco sonrosado, con sus cabecitas de un negro azulado, igual que sus alitas puntiagudas y afiladas que se entrecruzan, con un eterno gorjeo de dicha en sus gargantas!

La puerta de la cochera estaba siempre abierta; nada nos impedía ir a visitarla cuando teníamos ganas de hacerlo. En su interior escuchábamos durante horas enteras aquellos gorjeos y soñábamos con capturar una de aquellas golondrinas, con cabalgar sobre el *drojki* o subir a la carretela y a la antigualla del abuelo. Y luego, sobre el terreno, nos era muy grato figurarnos que nos íbamos muy lejos, muy lejos, por el mundo.

¿Por qué, desde la infancia, se siente el hombre atraído por la lejanía, por la amplitud, por la altura, por la profundidad, por lo desconocido, por el peligro, por todo eso por lo cual se puede dar impulso a la propia vida e incluso perderla, por algo o por alguien? ¿Sería ello posible si nuestro lote fuese únicamente «lo que Dios nos

ha dado», solamente la tierra, única y exclusivamente esta vida? Con toda evidencia, Dios nos ha concedido mucho más.

Acordándome de los cuentos leídos y escuchados durante mi niñez, me doy cuenta que los más sugestivos eran aquellos que hablaban de lo ignorado y de lo desconocido. «Erase una vez un reino, situado en un país de ensueño, a otro lado de innumerables territorios... Más allá de las montañas y de los valles, pasado el mar... La Reina-Virgen, Vassilissa-la-Muy-Prudente...».

Y el granero era terrible en su seducción, por su grisácea montaña de paja, su siniestro vacío, su amplitud, su penumbra interior, y también porque si se deslizaba uno dentro, si se cruzaba aquella enorme puerta, podía uno olvidarse de todo oyendo al viento husmear, susurrar encima del tejado, corretear en torno al edificio.

Allí, en un rincón, estaba colgado un pequeño icono de madera, polvoriento; pero se decía que, a pesar de todo, en determinadas noches, el diablo volaba hacia aquel lugar, y aquel acercamiento (el de los diablos, y el de la tablilla de madera que tenía que ahuyentarlos), inspiraba verdadera angustia.

La Grieta estaba más lejos, detrás del granero y de la era, detrás del secadero del grano, más allá de un campo de mijo. Era un barranco no muy espacioso pero sí muy profundo, con escarpadas paredes, y un famoso «agujero» en el fondo que se hallaba invadido por altas hierbas salvajes y por salicarias de un gris plateado.

Para mí, éste era el más perdido de todos los rincones del mundo. El sol vespertino se mantenía alto, por doquier hacía todavía calor, pero allá abajo reinaba ya la sombra, la frescura de la noche se acercaba y olía a hierba que se iba enfriando. ¡Y qué bendita calma, voluptuosamente huérfana, reinaba siempre allí! Me hacía siempre el efecto de que hubiese permanecido un siglo entero en aquella barraca, amando a alguien, compadeciendo a alguien.

¡Qué maravillosa era, por su apariencia y por su nombre, la flor que crecía entre las hierbas altas, en las laderas —la Flor de la Virgen— de un rojo frambuesa, con un tallo oscuro y pegajoso! ¡Y con qué tierna aflicción tintineaba entre la maleza la canción del pajarillo hortelano!

VIII

Mi vida infantil se fue haciendo más cotidiana y más variada. Cada vez observaba más a los seres de la hacienda, eran cada vez más frecuentes mis escapadas a Vysselki, había ido ya a Rojdestvo y a Novosselki y también había visitado a la abuela en Batourino.

En la casa, muy de mañana, al levantarse el sol, cuando se oían los primeros gorjeos de los pájaros en el jardín cuyas cimas se doraban con los primeros rayos del astro, mi padre se despertaba. Absolutamente convencido de que todo el mundo debía despertarse al mismo tiempo que él, tosía ruidosamente.

Nos despertábamos nosotros también, con la alegría de una mañana soleada —las otras mañanas todavía no puedo mencionarlas— con el deseo impaciente de correr en seguida al vergel, de hacer acopio de cerezas, picoteadas por los pájaros y caldeadas por el sol, de hurgar por entre los viejos cerezos torcidos, arrancando y comiendo su coriácea y diáfana resina.

Algunas veces la mañana estaba tan silenciosa, tan límpida, que desde Rojdestvo se oía un musical ángelus, y ello inspiraba la poética sensación del rocío de los campos más allá de los cuales se ocultaba el pueblo; de su proximidad y también de su lejanía, de la bendición divina que descendía sobre cuanto había de modesto y de bueno en el día que acababa de nacer, siguiendo la interminable pauta de las apacibles jornadas campesinas.

En el patio de los animales, nuevamente, de mañana, chirriaba el gran portalón y, por allí, con un concierto de mugidos, gañidos y restallidos de látigos, los hombres empujaban hacia los suculentos pastos a las vacas, a los cerdos, a la masa gris y rizada, apretujada y temblorosa de las ovejas. Llevaban a beber a los caballos al estanque, en pleno campo, y bajo los cascos de la manada, la tierra se estremecía, mientras que, en la isbá de los criados y en la cocina de los amos, ardían ya los primeros fuegos en estufas y hornillos, y comenzaba el trabajo de las cocineras, que tenían como espectadores a varios perros que olfateaban debajo de las ventanas y en el umbral de las puertas, apartándose muchas veces de un salto, con un aullido de dolor.

Después del té, mi padre me llevaba a veces con él, en *drojki*, a los campos donde, según la estación, o bien estaban labrando unos *mujiks* descalzos, con la cabeza desnuda y harapientos; o bien innumerables mozas de aspecto fuerte y sano, cuyo entusiasmo, canciones y risas le alegraban a uno, escardaban unas veces el mijo y otras las patatas. En otros casos eran los segadores quienes, bajo el ardor del sol, silbando, con amplios gestos, agachándose un poco y apartando las piernas, derribaban la espesa muralla del cálido centeno amarillento, con la espalda negra de sudor, el cuello de la blusa desabrochado y la cabeza ceñida por tiras de cuero, mientras que detrás de ellos trabajaban, encorvadas sobre el rastrillo, apartando en haces las espigas de centeno, apoyando sus rodillas para ligarlos fuertemente, unas comadres de faldas arremangadas, casi siempre mujeres encinta.

¡Qué sonido más encantador era el de la hoz cuando la afilaban, mientras, sobre la brillante hoja, corría con destreza, de un lado para otro, la piedra humedecida y chirriante de arena!

Siempre había algún segador que explicaba fantasías deliciosas, tales como que estuvo a punto de segar un nido entero de perdices, que casi llegó a atrapar a la perdiz hembra, o bien que cortó en dos a una serpiente enorme. En cuanto a las mozas, sabía también que algunas veces recogían las mieses en las noches de luna —en los días muy secos las espigas pierden el grano— y experimentaban el encanto poético de su trabajo nocturno: puede decirse que las envidiaba.

¿Me acuerdo de muchas jornadas semejantes? No, desde luego que no. La mañana que ahora rememoro está hecha de cuadros fragmentarios, ilustrando momentos diversos, visiones breves de mis recuerdos. Para la hora del mediodía, no veo más que una pero radiante de por sí: un cálido sol, los emocionantes aromas de la cocina, los reconfortantes prolegómenos de la comida que preparaban ya para todos cuantos regresaban de los campos; mi padre, el curtido *staroste*, de rojiza barba ensortijada, avanzando con el pesado balanceo que le imprimía su sudorosa cabalgadura, cinchada con una alta silla cosaca, y los obreros llegando en carreta al patio, sobre un montón de hierba recién cortada, con flores en las varas, y junto a ellos las brillantes hoces descansando. Después traían del baño a los caballos, brillantes como espejos, con las crines y las colas oscuras chorreando agua.

Así también, un mediodía vi a mi hermano Nicolás sentado en una carreta, sobre la hierba florida, volviendo de los campos con Sachka, una muchacha de Novosselki. Yo había oído ya hablar de ellos a la gente de casa: decían cosas incomprensibles, pero que no obstante me afectaron mucho. Y en aquel momento, al verlos a los dos sobre la carreta, comprobé de repente, con un secreto éxtasis, su belleza, su juventud y su felicidad.

Ella, de elevada estatura, esbelta, casi una niña todavía, graciosa, de rostro afilado, estaba sentada con un cántaro en la mano, volviendo la espalda a mi hermano, con los ojos bajos y las piernas desnudas colgando fuera de la carreta; él, tocado con una gorra blanca, vestido con una ligera blusa de batista con el cuello desabrochado, moreno, limpio, juvenil, llevaba las riendas y, mientras la contemplaba con una mirada radiante, le hablaba de algo, sonriendo alegremente, amorosamente...

IX

También recuerdo dos o tres viajes a Rojdestvo, para asistir a misa.

En ellos, naturalmente, todo era acostumbrado, como de día festivo: un cochero de rostro curtido, con blusa de seda amarilla y chaleco de terciopelo, sentado en la carretela que llevaba tres caballos enganchados; mi padre, recién afeitado, vestido con ropas de ciudad, tocado con la gorra de galón rojo de los nobles, bajo la cual se estiraban todavía, húmedos y negros, a la antigua usanza, sus cabellos peinados hacia atrás; suntuosa y pesadamente adornada, la nodriza; mi madre, con un ligero y hermoso vestido lleno de volantes; yo, con brillantina en el pelo, blusa de seda y espíritu de fiesta en el alma y en el cuerpo.

Mamá se instaló con aprensión en la carretela, ya que siempre le parecía que los caballos se iban a desbocar en alguna pendiente. Por lo que a mi padre se refiere, con un aplomo singular de jefe de ejército, incluso hablando no sé por qué con tono severo, dijo, frunciendo las cejas:

—¡Adelante, y que Dios nos proteja!

En los campos reinaba ya un calor asfixiante; la carretera, a través de las espigas altas e inmóviles, era estrecha y a veces se levantaban remolinos de polvo. Pero eso era precisamente lo bueno, eso era lo que se llama ir a misa, eso era también la noción que adquiriría uno de la propia superioridad de gente importante, sobre todo cuando el cochero adelantaba a los *mujiks* que, igualmente endomingados, se dirigían también a la fiesta.

En el pueblo, este sentimiento se acentuaba más si cabe y se mezclaba con la agradable sensación que producía el bajar por la pedregosa pendiente de la entrada. Allí, todo era novedad y riqueza de impresiones; las pertenencias de los *mujiks* eran todas amplias y prósperas; en las eras del trigo había viejas encinas, colmenares, dueños acogedores, pero de actitud independiente, gente de talla, importantes campesinos libres^[7]; y, debajo de la cuesta, dibujaba sus meandros, a la sombra de los altos mimbrerales, un profundo riachuelo oscuro, que tenía su aroma particular a agua corriente y fresca, a mimbre y a humedad.

En el pueblo, en lo alto de la otra ladera a la cual se ascendía tras haber cruzado un puente de piedra, se hallaba una multitud abigarrada, en la dehesa, frente a la iglesia: muchachas mayores, jovencitas, ancianos achacosos, maduros para el féretro, vestidos con limpios chaquetones y con la cabeza cubierta; y en la iglesia, todos prensados, rodeados de un ambiente cálido y fragante de cirios llameantes y de rayos de sol que se vertían por la cúpula, reaparecía de nuevo una sensación de secreto orgullo: estábamos situados delante de todos y rezábamos bien, con sabiduría y orden.

El sacerdote, después de la misa, nos daba a besar la cruz que olía a cobre — pasábamos delante de todos los demás—, y nos saludaba casi obsequiosamente; únicamente mi madre se mantenía en una actitud modesta y emocionada, con lágrimas enternecidas en los ojos.

En el patio del viejo Danila, afable silvano de cabellos grises, todo él encogido y arrugado, vestido con un amplio blusón, y cuyo cogote curtido parecía de corcho agrietado, descansábamos después de la misa, tomando el té con galletas calientes y miel servida en una escudilla de madera. Me acordaré toda la vida —¡vaya ofensa!— de que un día el viejo Danila cogió directamente, con sus dedos sarmentosos, un enorme trozo de pastel ambarino, blanduzco y pegajoso, y me lo metió en la boca.

Yo ya sabía que estábamos empobrecidos, que mi padre había «dilapidado» mucho durante la campaña de Crimea, que había perdido grandes cantidades jugando durante su estancia en Tambov, que era despreocupado, desordenado en sus asuntos, que hacía tiempo que había «enviado al diablo» las relaciones con los vecinos ricos, y que, muy a menudo, tratando inútilmente de inspirarse miedo a sí mismo, pretendía que nuestros últimos bienes pronto resonarían bajo el martillo de la subasta. No ignoraba que la propiedad llamada Zadonskoïré había ya «resonado» así, que no la poseíamos ya; y no obstante, a pesar de todo, conservo de aquellos días una sensación de holgura y de prosperidad.

Me acuerdo de las alegres horas de la comida en casa, de la abundancia de los platos, repletos y alimenticios, del verdor del patio, del brillo y la sombra del jardín visto desde las altas ventanas abiertas, de que había muchos criados, muchos perros corriendo, lebreles que se deslizaban en la casa por las puertas abiertas, muchas moscas y maravillosas mariposas.

No he olvidado tampoco lo dulce que era el sueño en toda la hacienda durante las largas horas de siesta, ni que, al caer la noche, cocían confituras en el jardín, por calderadas enteras.

En aquellos tiempos, me llegaba frecuentemente hasta Vysselki, para juntarme con Fedka y Sennka, a fin de irnos, o bien al Encinar —bosquecillo nudoso que se hallaba en un barranco próximo, siempre seco y soleado, y donde brillaban, entre los árboles, numerosos estanques en los cuales nos bañábamos—, o bien a los campos, a los pastos donde nuestro rebaño y el ganado de los *mujiks* estaban guardados por dos viejos gruñones y por algunos alegres pastores.

También solía dar paseos nocturnos con mis hermanos, quienes ya empezaban a dejar que les acompañase, de forma que recuerdo sus entusiastas conversaciones de adolescentes. Precisamente me viene a la memoria una maravillosa noche de luna, en que el firmamento era indeciblemente bello, luminoso y diáfano, y en que las dispersas estrellas azuladas centelleaban en la altura. Mis hermanos decían que todo aquello eran mundos desconocidos para nosotros, felices, espléndidos, y en los cuales tal vez un día nos encontraríamos.

Uno de ellos hace ya tiempo que no pertenece al mundo de los vivos. ¿Dónde estará ahora?

Mi padre, en noches parecidas, no se acostaba en casa, sino en una litera al aire libre, en el patio, junto a la ventana: amontonaban heno en la litera, y le hacían la cama allí. A mí me hacía el efecto de que el claro de luna que se vertía sobre él debía darle suficiente calor, y que debía ser algo maravilloso poder dormir así, sintiendo durante toda la noche, a través del sueño, aquella luz, la paz, la belleza y la proximidad de los campos natales.

Un solo acontecimiento ensombreció aquella época feliz; un acontecimiento terrible, formidable. Me acuerdo muy bien de la extraordinaria impresión que se produjo, pero sin duda alguna su acción misteriosa en mi alma fue cien veces más fuerte y significativa de lo que puedo recordar.

He aquí lo que ocurrió: una tarde, llegaron corriendo al patio de la hacienda los pastorcillos que traían de los campos a los caballos de labranza, y gritaron que Sennka, galopando, se había caído de su caballo precipitándose en la Grieta, en el fondo mismo de aquellas terribles vegetaciones donde, según decían, había una especie de embudo cenagoso.

Los obreros, mis hermanos, mi padre, todos se dirigieron hacia allí para organizar el salvamento, y mientras tanto la hacienda entera permaneció en un horrorizado silencio de espera: ¿lo podrían salvar? El sol se iba ocultando, llegaron las sombras y

luego la oscuridad; no se tenían noticias de «allá abajo», y cuando regresaron todo se calló y se encogió más todavía: habían perecido dos seres: Sennka y el caballo que había caído sobre él y lo había aplastado con su peso, debatiéndose, luchando por sobrevivir.

Me acuerdo de aquellas palabras terribles: «hay que avisar inmediatamente a la policía, y enviar gente para guardar el “cadáver”». ¿Por qué eran tan pavorosas estas palabras absolutamente nuevas para mí? Así pues, ¿las había ya conocido antes? Y si era así, ¿de qué provenía mi gran estupefacción?, ¿cuál era esa cosa inútil y horrorosa que se había producido en el mundo?

X

La muerte inesperada, inopinada, estúpidamente accidental, de un niño con un pesado y enorme caballo, era algo tan horrible que pasaba de la medida. Pero me inclino a creer que cualquier otra muerte, por simple que fuese, de la cual hubiese yo tenido conocimiento en aquella época, me hubiera quedado grabada en la memoria para siempre jamás.

Las personas no tienen todas una misma sensibilidad ante la muerte. En la vida de la mayoría de ellas, juega un papel muy poco importante. En cambio, hay seres que viven siempre bajo su signo sombrío y que tienen, desde su primera infancia, el sentimiento agudizado de su significación, en virtud, casi siempre, de un sentimiento también muy agudizado de la vida.

El protopope Avvakoum^[8], explicando su infancia, dice lo siguiente: «Ahora bien, cierta vez vi morir a un animal en casa de un vecino, y aquella noche, sin poder dormir lloré abundantemente ante la santa imagen, rememorando aquella muerte, porque sabía que yo también tenía que morir...». Pues bien, yo soy una de esas personas.

En mis primeros años fui particularmente sensible a los cuentos que me explicaban sobre las fuerzas oscuras e impuras existentes en este mundo, y sobre los «difuntos», que tenían cierta relación con estas fuerzas. Oía hablar de mi «difunto» tío, de mi «difunto» abuelo y de mi «difunta» abuela, belleza desaparecida en plena juventud (lo cual enturbió un poco la idea que yo me hacía de las abuelas). También oía decir constantemente que los difuntos residen en algún lugar del «otro mundo», es decir, en un lugar sumamente raro.

Por aquel entonces mi madre me leía párrafos siniestros de las baladas de Zhukovski y, escuchándola, experimentaba unas impresiones que tenían un no sé qué de desagradable y sorprendente, hasta el punto de que me hacían temer la oscuridad de las habitaciones, el granero, las horas tenebrosas, los diablos y los fantasmas, o dicho de otra manera, siempre los mismos difuntos que vuelven a adquirir vida y rondan por las noches.

¿Cuándo y cómo llegué a creer en Dios? ¿Cómo tuve alguna noción, algún presentimiento de Él? Me imagino que fue con la noción de la muerte. Ésta estaba, no sé cómo ni por qué ligada a Él e incluso a la lamparilla siempre encendida de noche, y a los negros iconos con entrefiletos dorados y plateados de la habitación de mamá. A Él se ligaba también, ¿cómo no?, la inmortalidad.

Dios está en el cielo, en su altura y poderío inconcebibles, en ese incomprendible azul que nos domina desde lo alto, lejos de la tierra, y Él reina sobre ella: esto quedó grabado en mí desde mis primeros días en el mundo, y también el concepto de que, a pesar de la muerte, cada uno de nosotros tiene un alma, que esa alma es inmortal, que se halla en algún lugar de nuestro pecho y que, al llegar la hora de la muerte, emprende el vuelo hacia el cielo.

Asimismo sabía que el alma goza en la tierra de la segura y fiel protección del Ángel de la Guarda, cuya presencia yo notaba por aquellos años.

Sin embargo, la muerte seguía siendo la muerte, y yo no ignoraba y hasta a veces presentía con espanto que todos, absolutamente todos sobre la tierra, deben morir: en general, no en seguida, pero en particular, en determinados momentos, sobre todo en vísperas de Cuaresma. En casa, entrada la tarde, todo el mundo se sentía entonces humilde y bondadoso, se inclinaban los unos delante de los otros pidiéndose perdón y, en cierta forma, se despedían pensando, temiendo más bien que aquella noche fuese realmente la última sobre la tierra.

Eso era también lo que yo pensaba, y siempre que me metía en la cama sentía oprimírseme el corazón considerando que el Juicio Final podía sobrevenir en aquella noche fatal, en el terrible Segundo Advenimiento, teniendo lugar con ello «la Resurrección de los Muertos».

Luego comenzaba la Cuaresma y durante seis semanas enteras se renunciaba a la vida y a todas sus alegrías. Seguidamente venía la Semana Santa, durante la cual moría el Salvador en persona.

En su transcurso, con todo el trabajo que supone la víspera de una fiesta, todo el mundo, aunque gozando por adelantado de la alegría ya próxima, se entristecía, ayunaba y comulgaba —debo decir que a mi padre le costaba un gran esfuerzo entristecerse y comulgar—, y yo ya sabía que el Viernes colocarían ante el altar, en la iglesia de Rojdestvo, lo que se llama el «sudario» o sábana del Señor, de la cual me daban una terrible descripción mi madre y mi nodriza.

El Jueves Santo, cuando al amanecer el cuervo baña a los cuervecillos en los bordes de los agujeros del hielo o en los brocales de los pozos (cuadro que yo me representaba muy nítidamente), se confesaba y se comulgaba en la iglesia, adquiriendo así para cierto tiempo una pureza casi supraterrrestre; pero el pensamiento del «sudario», de aquella negra figuración de la muerte, me agobiaba cada vez más.

Hacia la tarde del Sábado Santo, nuestra casa brillaba con la más extremada limpieza, tanto por dentro como por fuera, benigna y feliz, aguardando con sus ropajes nuevos la fiesta de Cristo, del muy puro Visitante.

Y he aquí que la fiesta llegaba: en la noche del sábado al domingo se producía en el mundo una maravillosa transformación, puesto que Cristo vencía a la muerte y triunfaba sobre ella. No nos llevaban a maitines, pero no por ello nos despertábamos con una menor sensación de beatitud y de bienaventuranza, como si no pudiese ya nunca más existir la tristeza. Sin embargo, lo cierto es que estaba todavía allí, incluso el día de Pascua.

Por la noche, en las pacíficas y rosadas extensiones vernáculas de los campos, se oía en la lejanía, pero acercándose y repitiéndose con alegre insistencia: «Cristo ha resucitado de entre los muertos», y al cabo de un rato aparecían «los portadores del Cristo», jóvenes *mujiks* descubiertos, con cinturones blancos, que llevaban bien alzada una enorme cruz, y muchachas que portaban en blancos pañuelos los iconos de la iglesia.

Caminaban cantando triunfalmente, entraban en el patio, y al llegar a la puerta de la casa, alegremente emocionados, conscientes de estar realizando una buena obra, se callaban, y luego, fraternalmente, como entre iguales, cambiaban con nosotros el beso pascual, dulces y castos besos, muy agradables a sus labios juveniles.

Acto seguido introducían la cruz y los iconos en la casa, llevándolos al salón; allí, en la suave penumbra, chisporroteaba la lamparilla de aceite en el lugar de costumbre, y junto a ella, encima de unas mesas dispuestas a propósito, se colocaban los iconos, mientras que a la cruz se la instalaba encima de una silla baja.

¡Qué hermoso era todo aquello! Lo turbador es que al mismo tiempo fuese algo melancólico e impresionante. Todo estaba conforme, tranquilizador: la lamparilla ardía en la oscuridad primaveral con una llama tenue y apaciguadora. No obstante, había también en todo ello algo como de iglesia, algo que entraba en el terreno de lo divino, y ello enlazaba con el sentimiento de la muerte y de la tristeza.

Más de una vez pude ver a mi madre rezar, sumida en una profunda aflicción, en el salón solitario, arrodillada en aquel rincón, delante de la lamparilla, con el rostro vuelto hacia los iconos y la cruz. Me preguntaba cuál podría ser el motivo de su aflicción. ¿Y por qué, en resumidas cuentas, se entristecía durante toda su vida rezando horas y horas por la noche, incluso cuando parecía que no podía tener el menor motivo para ello? O bien, ¿por qué lloraba en los más hermosos días del verano, sentada en el alféizar de la ventana, contemplando los campos?

El «joven correo» le traía una gentil misiva de su hijo querido, y ella se limitaba a llorar. ¿Por qué? Pues porque su alma rebosaba de amor por todo y hacia todos, y particularmente hacia nosotros, sus allegados, sus familiares, y además porque todo pasa y pasará siempre, para nunca más volver, porque en el mundo existen separaciones, enfermedades, penas, sueños irrealizables, esperanzas fallidas, sentimientos inexpresables o inexpresados, no compartidos... y la muerte.

Digo todo esto para demostrar que no fue Sennka quien me proporcionó la primera noción de la muerte. Antes de que tuviera tan trágico fin yo ya la conocía, presintiéndola en cierto modo. Sin embargo, fue él quien me hizo experimentar, por

primera vez en mi vida, la sensación real del final de todo; conocí aquella muerte que nos afectaba a nosotros también. Debido a esto me di cuenta de que, en determinadas ocasiones, se extiende sobre el mundo como una nube que vela la luz del sol, desvalorizando de repente todas nuestras «cosas y obras», privándonos de todo interés por ellas, suprimiendo en nosotros el sentimiento de su legitimidad y la significación de su existencia, recubriéndolo todo de desolación y fastidio.

Aquella memorable tarde se alzó detrás de la hacienda, detrás del silo, hacia el lado de la Grieta. Y luego, durante largo tiempo, me imaginé que por aquel lugar había algo tenebroso, aflictivo e incluso repugnante. Por aquel entonces, todo cuanto imaginaba, todo cuanto veía, guardaba para mí una relación con Sennka. Me atormentaban estériles preguntas que yo mismo me planteaba: ¿qué había sido de él después del accidente, qué era de él ahora, y por qué había perecido precisamente aquella noche? Impotente, me afligía pensando que ya no vería con nosotros el otoño, cuyo retorno estaba próximo.

Pero los días pasaban y, poco a poco, su imagen fue cayendo en el olvido, hasta que se desvaneció del todo y para siempre, según me pareció entonces. Y es que mi vida seguía desarrollándose y enriqueciéndose con nuevas impresiones.

XI

El otoño seguía al verano, el invierno venía tras el otoño, la primavera llegaba después del invierno. Pero ¿qué puedo decir de todo ello? Únicamente sé que iba entrando insensiblemente en la vida consciente y que aquellos años me aportaron muy diversas impresiones.

Me acuerdo de una cosa: un buen día, dirigiéndome a la habitación de mi madre, me descubrí de repente en un pequeño espejo ovalado, enmarcado de nogal, y por un momento me quedé estupefacto: tenía ante mí, mirándome con asombro e incluso con cierto temor, a un muchachito bastante crecido ya, bien formado y esbelto, vestido con una blusa marrón, unos pantalones de terciopelo negro y unas botas de cabritilla muy usadas, pero cómodas.

Ciertamente, ya me había visto infinidad de veces en un espejo; y la verdad es que no me había acordado de ello ni le había prestado al hecho la menor atención. ¿A qué venía entonces aquel asombro? Evidentemente lo que sucedió fue que me chocó, e incluso llegó a asustarme levemente, el cambio que se había producido en mí de un tiempo a aquella parte —quizás en un solo verano, como ocurre a menudo— y del cual me percataba entonces.

No sé exactamente cuándo, ni en qué época del año ocurrió aquello, ni sé tampoco la edad que tenía. Supongo que fue en otoño, recordando que mi color bronceado comenzaba a desaparecer, y que debía tener unos siete años; pero lo que recuerdo perfectamente es que el muchachito que mis ojos contemplaban en el espejo

me gustó por su tipo esbelto, sus cabellos lindamente ondulados y tostados por el sol, por la agradable y despierta expresión de su rostro.

Por otra parte se produjo en mí un asombro algo amedrentado. ¿Debido a qué? Tal vez fue porque me encontré cierta seducción —en este descubrimiento hasta hubo, no sé por qué, cierta melancolía— quizá porque me vi de una estatura ya bastante regular, con una fisonomía despierta y sensata. En una palabra, lo que pasó es que descubrí de pronto que ya no era un niño pequeño, y por este motivo sentí confusamente que había sobrevenido un cambio en mi vida, cambio que quizá supusiese lo peor.

Y así fue en efecto. Aproximadamente por entonces es cuando finalizan los recuerdos que se relacionan sobre todo con las horas felices. A partir de ese momento fui adquiriendo ciertos conocimientos, ideas y sensaciones, todavía inéditas y verdaderamente penosas. Poco después conocí a un hombre, notable en su especialidad, que se introdujo en mi existencia y con quien comencé mis estudios. Pasé por mi primera enfermedad grave. Tuve que sufrir la prueba de la muerte de Nadia, y luego la de la abuela...

XII

El hombre de la levita que había aparecido de improviso en nuestro patio, en una glacial y tempestuosa mañana de primavera, volvió a reaparecer. ¿Cuándo, exactamente? No lo sé, pero reapareció.

Resultó ser realmente un desgraciado, pero desde luego de una especie singular, puesto que se había creado su desgracia por su propia voluntad e incluso tenía sed de ella, hasta el punto de que la soportaba no solamente con furiosa impulsividad, sino con voluptuosidad inclusive. En resumidas cuentas pertenecía a esa horrible categoría de rusos que no he comprendido hasta llegar a mis años de madurez.

Se llamaba Baskakov y era originario de una familia rica y de alto linaje; tenía ingenio, talento, y por consiguiente hubiese podido vivir mejor que muchos otros. Sin embargo, no había que atribuir a una casualidad el hecho de que fuese enjuto y encorvado y tuviese una nariz ganchuda y una tez sombría «como un diablo».

Por lo que a su carácter se refiere, era el de un loco, de un poseso. Ya en su época de estudios en el liceo llegó a fugarse de casa, lanzando maldiciones, tras haber disputado con su padre. Luego, cuando éste hubo muerto, la emprendió con su hermano debido al reparto de la herencia. En un raptó de ira rompió a pedazos el testamento y le escupió en la cara vociferando que, «si aquello se hacía así», no quería oír hablar de reparto con un pillastre semejante. A esto añadió que no deseaba un ochavo para sí, al final de lo cual abandonó, dando un portazo, el hogar materno. Esta vez fue para siempre.

Desde entonces comenzó su vida vagabunda: en ningún lugar ni en casa alguna

pudo acostumbrarse a permanecer más de algunos meses. Tampoco se habituó a nosotros al principio: poco después de su primera aparición en nuestra casa, estuvo a punto de darse de puñaladas con mi padre. Pero, a su regreso, se realizó un milagro: declaró en seguida que se quedaría con nosotros para siempre.

Vivió allí tres años enteros, hasta su admisión en el liceo. Incluso confesó que, a pesar de considerar a las personas despreciables y odiosas, se había encariñado fervientemente con todos nosotros, y en particular conmigo. Se convirtió en mi maestro y preceptor y, algún tiempo después, fui yo quien a mi vez le tomé cariño, y ello fue el origen de la infinidad de sentimientos complejos y violentos que experimenté en su compañía.

Una excesiva impresionabilidad, heredada no solamente de mis padres sino también de mis abuelos y bisabuelos, de toda aquella gente tan original que constituía antaño la sociedad rusa ilustrada, me poseía ya de nacimiento. Baskakov la exacerbó extraordinariamente.

Como educador y maestro, en el sentido habitual de estas palabras, no valía absolutamente nada. Me enseñó muy de prisa a leer y a escribir utilizando una traducción de *Don Quijote* que estaba por casualidad en casa, entre un montón de libros, pero lo que pudiera venir después la verdad es que ni él mismo lo sabía, ni tenía gran interés por saberlo.

Con mi madre, ante la cual adoptaba siempre una actitud deferente y cortés, hablaba casi siempre en francés. Ella le aconsejó que me enseñase también a leer en este idioma. Se dedicó a hacerlo en seguida y de buena gana, pero tampoco fue constante en ello: hizo comprar en la ciudad unos manuales para que yo los asimilase a fin de ser admitido en la clase elemental del gimnasio, y me impuso sencillamente la obligación de aprendérmelos de memoria.

Ocurrió que su gran influencia sobre mí se produjo de muy diferentes maneras. Algunas veces era extraordinariamente alegre, gentil, afable, parlanchín, ingenioso, como también un brillante, infatigable y magistral narrador. Pero, con mayor frecuencia, se mostraba cáusticamente taciturno, mascullaba cosas entre dientes, prorrumpía en venenosas risitas despectivas o bien se dejaba llevar por el furor, recorriendo entonces con paso brusco la casa o el patio, sin dejar de balancearse sobre sus piernas delgadas y zambas.

En tales momentos, toda tentativa para entrar en conversación con él chocaba con alguna respuesta amarga y distraída o simplemente con una insolencia. Pero, al mismo tiempo, se transfiguraba completamente en cuanto me veía. Cuando menos se lo podía uno imaginar, corría a mi encuentro, me besaba en la frente, me pasaba un brazo por el hombro y me llevaba a los campos o al jardín, o bien se sentaba conmigo en algún oscuro rincón de la casa y se ponía a hablar, o a leer en voz alta, inculcándome los sentimientos y las imágenes más contradictorias.

Repito que narraba maravillosamente, dando vida a los personajes con sus gestos y con sus rápidos cambios de entonación. También se perdía la noción del tiempo

escuchándole cuando leía, con su costumbre de cerrar a medias el ojo izquierdo y sostener el libro con la zurda, lejos de él.

Ahora bien, en los sentimientos y en las imágenes que me inculcaba, la contradicción resultaba de que no tenía en cuenta mi edad y elegía casi siempre en sus relatos todo cuanto al parecer había vivido, por amargo e hiriente que resultase, demostrando así la bajeza y la crueldad de la gente. En cambio, en la lectura siempre escogía temas heroicos y elevados, que se referían a las nobles y hermosas pasiones del alma humana; y yo, escuchándole, unas veces ardía en indignación contra la gente, experimentando una dolorosa ternura hacia él, a quien tanto habían hecho sufrir, y otras, desfallecía al escuchar tan alegres y emocionantes episodios.

Tenía los ojos parecidos a los de los cangrejos, miopes y sanguinolentos, de un color marrón encendido; su expresión era chocante por su intensidad. Y siempre, cuando se paseaba o por mejor decir corría, flotaban sus cabellos reseco y grisáceos, así como los faldones de su inevitable levita, completamente pasada de moda.

«No queriendo ser una carga para nadie» —en esto era inflexible—, fumaba incesantemente del peor tabaco y se acostaba en verano en el silo y en invierno en la habitación de los lacayos, desocupada hacía tiempo. En cuanto al alimento, al parecer sustentaba la firme convicción de que la gente se alimenta por puro prejuicio: en la mesa, únicamente le interesaban el vodka y la mostaza avinagrada, y por este motivo todo el mundo se maravillaba, preguntándose cómo podía vivir todavía.

Me explicaba terribles alborotos que había tenido en la vida «con tipos sinvergüenzas», me hablaba de Moscú, donde había estudiado, y de los silenciosos bosques, refugio de los osos, más allá del Volga, donde había vagabundado largo tiempo en determinada época. Leía conmigo el *Quijote*, la *Odisea*, los cantares de gesta rusos, a Gogol (del cual me quedó singularmente grabado un cuento terrible), una revista, «El Viajero Universal», un libro que se llamaba *La Tierra y los Hombres*, y *Robinson Crusoe*.

Practicaba la acuarela y me cautivó mucho tiempo con el ferviente deseo de convertirme en pintor. Durante una larga temporada me estremecía con sólo echar una ojeada a la caja de los colores, emborronaba papeles de la mañana a la noche y me pasaba horas enteras contemplando las flores, la luz solar y la sombra, el maravilloso azul oscuro del firmamento que, en días calurosos, transparentaba a contrasol las copas de los árboles, como bañadas en aquel azul negro.

Aparte de esto adquirí para siempre uno de los sentimientos más profundos: la conciencia de que existía un significado y un valor verdaderamente divinos en las bellezas terrestres y celestes. Recapitulando sobre todo cuanto la vida me ha dado, veo en esto uno de sus más regios presentes. De aquel profundo azul lila, ampuloso, perforado por las ramas y el follaje, me acordaré hasta que me llegue la muerte.

En el gabinete de mi padre, colgado de la pared, había un viejo cuchillo de caza. Alguna que otra vez le vi como sacaba de su vaina la hoja de acero y, en un momento de aburrimiento, la frotaba con uno de los faldones del batín. Luego, yo hice lo mismo. ¡Qué voluptuosa exaltación me invadía entonces al sólo contacto de aquel acero liso, frío y agudo! Sentía ganas de besarlo y estrecharlo contra mi corazón, y luego de clavarlo, de hundirlo en algo hasta el pomo. La navaja de afeitar de mi padre era también de acero, y más afilado, pero casi no me daba cuenta de su existencia.

Ante cualquier hoja de acero me emociono incluso hoy en día, y ello me induce a preguntarme de dónde provendrán esos sentimientos. De niño yo era de un natural tierno y bondadoso, y sin embargo sentí una verdadera embriaguez el día en que maté a una joven grulla que tenía un ala rota.

Me acuerdo de que el patio estaba desierto y de que en la casa reinaban la calma y el silencio; de repente, vi un enorme pajarraco negro que caminaba aprisa, torpemente, trotando de costado, arrastrando su ala colgante, dando saltitos por la hierba en dirección a los graneros. Me precipité hacia el gabinete de mi padre, me apoderé del puñal y salté por la ventana.

La grulla, cuando caí sobre ella, se encogió repentinamente, echándose hacia un lado, con un destello de pánico en sus ojos salvajes. Se aplastó contra el suelo, se erizó furiosamente y, alzando su pico abierto de par en par, irritada, chilló roncamente, como resuelta a batirse conmigo a vida o muerte.

Lo que yo cometí por primera vez en mi vida fue para mí todo un acontecimiento; durante algunos días iba y venía fuera de tino, rezando en secreto, no solamente a Dios sino al mundo entero, para que se me perdonase aquel enorme y cobarde pecado, a causa de mis terribles torturas morales. Pero, de todas formas, yo le había cortado el cuello a aquella infortunada grulla, que había luchado desesperadamente conmigo, arañándose hasta hacerme sangrar. La había degollado con un placer extraordinario.

¿Y cuántas veces no me subí con Baskakov al granero donde, según la tradición, estaba oculto no sé qué sable de un abuelo o tatarabuelo? Trepábamos por una escalera empinada, rodeados de una semioscuridad, y avanzábamos entre vigas salientes y montones de desperdicios. Como suele ocurrir en los graneros, hacía un calor asfixiante y olía a humo frío, a hollín y a estufa.

En el mundo exterior existía un cielo, un sol, el espacio; pero allí reinaba la penumbra y una especie de laxitud, de fastidio, de sopor. El viento de la campiña susurraba a sus anchas a nuestro alrededor, en el tejado, pero allí su hálito llegaba con sordina, transformándose en un soplido maléfico y siniestro.

La penumbra se disipaba poco a poco, dábamos la vuelta a la tubería de ladrillos de la chimenea, y aprovechando la claridad vertida por un estrecho tragaluz, íbamos de un lado para otro, mirando debajo de las vigas y traviesas polvorientas, hurgando la ceniza, gris aquí, violeta allá, según el sitio y la iluminación.

¡Ah, si hubiésemos descubierto aquel sable legendario! Yo creo que me hubiese muerto de alegría. Y, sin embargo, ¿de qué me iba a servir? ¿De dónde me provenía aquella vana pasión por un sable?

Ahora bien, ¿acaso no es vano todo este mundo e inexplicable la existencia misma, como yo ya entonces presentía?

Cansados de buscar sin resultado, descansábamos. El extraño individuo que me ayudaba en aquellas búsquedas, aquel hombre que, no sé por qué, había arruinado por entero su vida y la malgastaba sin objetivo determinado, el único que comprendía mis sueños y pasiones, se sentaba sobre una viga maestra, liaba un cigarrillo y, pensativo, sarcástico, mascullaba algo entre dientes, mientras que yo, de pie, miraba por el tragaluz.

Justamente debajo de mí, bañada por la luz del sol, aparecía la superficie verde gris o verde oscura del jardín, cuya visión resultaba sorprendente desde allí arriba. Los gorriones animaban aquel verdor con sus chillidos. Más allá del jardín y de los campos que se extendían algo más lejos, sobre la línea misma del horizonte, aparecía Batourino, de un color azul oscuro que le hacía parecerse a una selva distante, y allí abajo, residía desde hacía ochenta años mi abuela por parte de madre.

Vivía en su antigua finca, en una casa de techo muy alto con baldosas de colores. Más hacia la izquierda, todo centelleaba entre el polvillo solar; allá abajo, pasados los prados, se hallaba Novosselki con sus mimbrales, huertos, mediocres granjas de *mujiks* y una larga fila de miserables isbás a ambos lados de una carretera siempre desierta.

¿Por qué existían allá abajo gallinas, terneros, perros, barriles para el trasiego del agua, pajares, niños barrigudos, hermosas muchachas y *mujiks* hirsutos y taciturnos? ¿Y por qué mi hermano Nicolás iba casi cada día allí, a verse con Sachka? ¿Únicamente porque disfrutaba contemplando su rostro acariciador y modesto, el gentil escote de su blusa de madapolán, su talle esbelto y sus pies desnudos? Por cierto que aquel escote me gustaba a mí también, produciéndome cierta sensación de angustia indescifrable: hubiera querido sacar algo de allí, pero no concebía qué es lo que hubiera podido sacar y, además, ¿para qué?

Sí, por aquellos días lo que me seducía más que nada era el sable oculto en el granero. Pero, pero... también me acordaba de Sachka: cierto día en que había venido a casa, y de pie en la escalinata, con la cabeza baja, hablaba tímidamente con mi madre, experimenté de repente una sensación particularmente deliciosa y angustiada, primer destello del más incomprensible y cautivador de todos los sentimientos humanos.

XIV

Don Quijote, que era el libro en el que aprendía a leer, sus grabados y los relatos

de Baskakov sobre los tiempos de la caballería, me hicieron de repente perder la cabeza. No me imaginaba más que castillos, murallas y torres almenadas, puentes levadizos, corazas, viseras de yelmos, espadas y ballestas, batallas y torneos. Soñaba con que me daban el espaldarazo, que lo recibía arrodillado, místico y fervoroso, y pensando en tales cosas me hormigueaba todo el cuerpo.

En la correspondencia del conde Alexis Tolstoï se leen las líneas siguientes: «¡Qué bien se está en el castillo de Wartbourg! Se ven en él armas y enseres del siglo XIII. Y de igual forma que el corazón le late a uno más aprisa en el mundo asiático, también el mío ha redoblado su palpar en este mundo de la antigua caballería; y sé que le pertencí en otros tiempos».

Creo que también yo le pertenecía. En el transcurso de mi existencia he visitado casi todos los más famosos castillos de Europa, y deambulando por ellos, me he sentido maravillado más de una vez. Siendo niño y diferenciándome poco de cualquier rapaz de Vysselki, ¿cómo pude, únicamente contemplando los grabados de un libro y escuchando a un vagabundo medio chiflado que fumaba tabaco del peor, presentir con tanta exactitud la antigua vida de aquellos castillos y dibujármela con tanta precisión?

Sí, yo había pertenecido antaño a aquel mundo. Y había sido además un católico ferviente. Ni la Acrópolis de Atenas, ni Balbek, ni Tebas, ni Paestum, ni Santa Sofía, ni las viejas iglesias de los *kremlines*^[9] rusos tienen para mí el valor de las catedrales góticas.

¡Hay que ver lo que me emocionó el sonido del órgano cuando, por primera vez en mi adolescencia, entré en una iglesia católica, a pesar de que no era más que la iglesia polaca de Vitebsk! Me pareció entonces que no existían sobre la tierra sonidos más maravillosos que aquellos compases semejantes a una tempestad, con sus estallidos y truenos, en medio de los cuales, y a pesar de los cuales, clamaban con alegría, elevándose hacia el cielo, unas voces angélicas.

Después de Don Quijote y los castillos de los caballeros, vinieron los mares, las fragatas, Robinson y el mundo del océano y de los trópicos. A este mundo también debí haber pertenecido antaño. Los grabados de *Robinson* y de «El Viajero Universal» junto con un gran mapamundi amarillento en el que aparecían las desiertas inmensidades de los mares del Sur y, mediante pequeños puntos, las islas polinésicas, me subyugaron para siempre.

Aquellas estrechas piraguas, los hombres desnudos llevando arcos y jabalinas, los bosques de cocoteros, las enormes hojas de las palmeras, las chozas primitivas, todo ello me era tan familiar y cercano como si acabase de abandonar una de aquellas chozas, como si apenas el día anterior me hubiese tumbado junto a ella a reposar, en el silencio paradisíaco de una hora de siesta, rodeado del verdor tropical y de una inmovilidad ardorosa.

¡Qué deliciosas y luminosas visiones y qué verdadera nostalgia viví entonces, contemplando aquellas imágenes! Pierre Loti habla de todo cuanto había de

«maravilloso y emocionante» para él, siendo niño, en la palabra «colonias».

En uno de sus libros dice: «Había infinidad de cosas de las colonias en casa de aquella pequeña Antonieta: un loro, pájaros de todos los colores en una pajarera y colecciones de conchas y de insectos. En los cajones de su madre había visto extraños collares con cuentas para perfumar; en los graneros se encontraban pieles de animales, sacos singulares, cajas en las que se leían todavía las direcciones de las ciudades de las Antillas...». ¿Pero podía haber algo semejante en Kameka?

En el libro *La Tierra y los Hombres*, impreso sobre un resistente papel color de rosa, había grabados en colores, muy abigarrados, seguramente dibujos de fabricación popular. Me acuerdo particularmente de dos: el uno representaba un datilero, un camello y una pirámide egipcia; el otro un cocotero esbelto y elevado, junto con la línea descendente y estirada de una jirafa moteada, alargando su pequeña cabeza y su lengua delgada hacia la copa del árbol, y saltando en dirección a su cuello, un león de espesa melena.

Todo esto se perfilaba sobre un fondo de dos colores que saltaban a la vista: un azul brillante y profundo que representaba el cielo, y una arena de un amarillo rabioso. ¡Dios mío, qué calor más tórrido y que sol veía yo allí, o por mejor decir experimentaba en todo mi ser, contemplando aquel azul intenso y aquella capa de ocre que me inyectaban una alegría realmente edénica!

En uno de nuestros campos, bajo el cielo de Tambov, inclinado sobre un libro iluminado, adquiriría una extraordinaria nitidez para mí el recuerdo de todo cuanto había visto y vivido durante mis existencias anteriores, inmemoriales, hasta el punto de que, viajando más adelante por Egipto, en Nubia, no me faltaba ya más que decirme: «¡Sí, sí, todo esto es exactamente aquello de lo cual me “acordé” por primera vez hace treinta años!».

También había en casa otro libro ilustrado con grabados: un volumen de cuentos rusos. Pero los *térens*^[10], los palacios, los *kremlines* con los bulbos de sus innumerables iglesias, las bellas mujeres adornadas con diademas, los gentiles galanes que llevaban el caftán de alto cuello y botas amarillas y verdes a la jineta, y los poderosos señores, barbudos, con yelmo y cota de mallas, me afectaban muy poco. ¿No sería porque yo comprendía en mi fuero interno que toda aquella antigua Rusia había sido imaginada poco antes?

No me ocurría lo mismo con el mundo verdaderamente maravilloso: una oscura selva silenciosa en un reino desconocido, una salvaje casita montada sobre postes, la isla Bouïan rodeada por un anillo de mar azul, y allí encima una encina secular, muy verde, y la Princesa Virgen en el azul celeste, sobre su alfombra voladora.

Todo ello hablaba de eternidad y de belleza incorruptible, y al mismo tiempo respondía a los más esenciales deseos del alma, dejando en ella rastros impercederos.

XV

Pushkin, de quien mamá nos recitaba versos a Olia y a mí, me encantó con su mágico prólogo de *Rouslan*^[11]:

*En el bosque, sobre la grava, hay una encina verde
y sobre la verde encina una cadena de oro...*

Parecen algo insignificante unos pocos versos, por bonitos y raros que sean. Sin embargo, he de reconocer que para mí fueron como un filtro que penetró en mi ser y que se convirtió en una de las mayores alegrías que he conocido sobre la tierra. Puede parecer una tontería eso de un árbol que está no se sabe dónde sobre cierta grava que no ha existido jamás, un gato «sabio» subido allí por motivos inexplicables, un «lobo diabólico», unas ondinas, y «por sendas ignoradas rastros de fieras desconocidas». Pero justamente en ello reside el «quid» del asunto.

Son patrañas, fantasías de hombre ebrio, algo perfectamente absurdo, inaudito, nada de cosas razonables o auténticas; de aquí se deduce que el propio versificador estaba embrujado por algún poder no razonable, ebrio y «sabio» en su embriaguez; pero qué sortilegio no tendrán esos movimientos circulares, incesantes («y día y noche el gato sabio gira y gira sobre su cadena»), y aquellas sendas «ignoradas», y «los rastros de fieras desconocidas» (¡solamente los rastros, nada de fieras!), y la sencillez, nitidez y viveza del comienzo (el bosque sobre la grava, la encina verde, la cadena de oro), y luego el suelo, el encanto de múltiples visiones, una divagación, algo flotante que se transforma continuamente como las brumas de la aurora y las nubes de algún Norte misterioso, selvas durmientes y mágicas sobre la grava:

*Aquí, el bosque y el valle son visión encantada,
Y aquí rompen las olas, de clara madrugada,
En la desierta arena, en la costa feraz,
Y treinta paladines florecientes
Surgirán de las ondas transparentes,
Guiados por su jefe, un anciano sagaz...*

Mamá se sabía de memoria y nos recitaba a veces páginas enteras de los poemas de Pushkin, pronunciando de una manera cantarina y soñadora, a la moda antigua, con una gentil sonrisa, ligeramente lánguida, en los labios. Por lo regular — recordando sin duda sus años de Instituto—, declamaba párrafos de *Rouslan*. Pero no me llamó la atención, repito, más que el *Prólogo*.

Lo mismo me sucedía con Gogol, que tan perfectamente me leía Baskakov, aunque con un fervor algo teatral: me impresionaron extraordinariamente obras como

Señores de antaño, Terrible venganza y Taras Bulba, pero también únicamente ciertos párrafos, y ello por su elevada estructura y significación.

¡Qué inolvidables pasajes! ¡Qué maravillosa resonancia tienen todavía en mí, habiéndoseme infiltrado desde la infancia, convirtiéndose en algo querido para toda mi vida, inherentes a lo esencial de aquello que Gogol llamaba «la composición vital»! Esas puertas que cantan, esa «hermosa» lluvia estival que murmura «lujuriente» en el jardín, en el bosque, donde «los viejos troncos estaban cubiertos por la subida de los avellanos y se parecían a las patas empenachadas de los palomos...».

Cuando lo leo ahora de nuevo, me encanta, claro está, pero no me reanimo realmente más que al llegar a ciertos párrafos misteriosamente apreciados. Mientras leo, la lectura adquiere una hermosa resonancia, pero como en sordina. Ahora bien, he aquí que llego a un pasaje que antaño me penetró en el alma; y entonces todo cambia repentinamente como si soltase el pedal de un instrumento y, de pronto, se pusiese a tocar con una gama de sonidos distintos:

«Bullicio y movimiento en la barrera de Kiev: es el *esaul*^[12] Gorobetz que celebra las bodas de su hijo. Los invitados han llegado en masa...

»También ha venido el hermano por alianza del *esaul*, Danilo Bouroulbach, quien ha cruzado el Dniéper con su joven esposa Catalina y su hijito de un año. Los invitados se maravillan viendo el blanco rostro de la dama Catalina, sus pestañas negras como el terciopelo de Alemania y sus botas con adornos de plata, pero todavía les asombra más el ver que su anciano padre no haya venido con ella...».

Y más lejos:

«Apacible es la claridad que se esparce por el mundo: es el cuarto creciente que ha surgido detrás de la montaña. Ha cubierto con un lienzo adamascado, blanco como la nieve, la escarpada ribera del Dniéper, y la sombra ha sido rechazada hacia las malezas de la pineda. En medio del río navegaba un bote. En su parte delantera hay dos hombres: negros gorros cosacos ladeados sobre la oreja, y bajo los remos, como chispas de un horno, vuelan las gotas de agua...».

Y he aquí que Catalina habla en voz baja a su marido, mientras enjuaga con su chal la faz de la criatura dormida en sus brazos: «sobre este chal están bordadas con seda roja múltiples hojas y bayas». He aquí que «se calla, con los párpados abatidos sobre el agua durmiente; pero el viento hace que el agua se ondule y todo el río adquiere un tono plateado como el pelaje de un lobo en la oscuridad...».

Todavía me asombro: ¿cómo era posible que en aquel entonces, en Kamenka, discerniese con tan sorprendente nitidez y evocase en mi imaginación estos cuadros? ¡Los veía tan claramente como las paredes de mi cuarto infantil! ¿Y no es extraño que desde entonces, a pesar de haber contemplado centenares de veces el Dniéper al claro de luna, no haya cambiado ni uno solo de sus detalles?

En resumidas cuentas, ¿hasta qué punto mi alma de niño llegaba ya a diferenciar o a adivinar lo bueno y lo malo, lo mejor y lo peor, lo que precisaba y lo que no

precisaba? Unas cosas me dejaban frío y las olvidaba, otras eran acogidas por mí con alegría, con pasión, reteniéndolas para siempre, grabándolas en mi memoria; y, en general, elegía con una asombrosa precisión de olfato y de gusto.

Una gran cantidad de predilecciones y aptitudes se han modificado en mi interior desde entonces, mientras que muchas otras se han desarrollado; y, ciertamente, todo ello es muy natural. Pero ¿cómo explicar que muchas otras más hayan seguido siendo lo que eran en mi infancia, y que fueran entonces tan acusadas como hoy en día? Evidentemente, no nos imaginamos lo poco que realmente cambiamos desde la cuna a la tumba.

«Todos salieron. Por encima del monte apareció una techumbre de paja: era la vieja casa de maese Danilo. Más allá, una nueva altura; luego los campos, y por aquella parte se podía correr hasta perderse de vista sin encontrar un solo cosaco...».

¡Sí, en verdad, esto es lo que yo necesitaba!

«La granja de maese Danilo se hallaba enclavada entre dos colinas, en un estrecho valle que caía sobre el Dniéper. La construcción no era de gran envergadura; su apariencia era más o menos como las de los simples cosacos, y solamente había una habitación caldeada.

»Alrededor de las paredes y en lo alto, tablas de roble. Allí se apilaban las sopas y las marmitas para los festines. Allí se veían también cacharros y utensilios de plata, así como copas montadas en oro, recibidos como presentes o bien obtenidos por medio del pillaje en la guerra. De las paredes colgaban preciosos mosquetones, arcabuces y picas.

»Adosados contra ellas había unos bancos de roble bien pulimentados; junto a éstos, delante de la *lájanka*^[13], colgaba una cuna de unas cuerdas que pasaban por una anilla fijada en el techo. En la pieza caldeada, todo el suelo estaba igualado y recubierto de arcilla. Sobre los bancos dormía maese Danilo con su mujer; sobre la *lájanka*, la vieja criada; en la cuna, se mecía la criatura; y sobre el duro suelo se tumbaban por la noche los mozos...».

Todos los horrores acumulados en esta narración genial no afectaron a mi alma infantil, pero ¡vaya un chamizo!

Terrible venganza despertó en mí el noble sentimiento que se alberga en todo ánimo y que subsistirá eternamente: el sentimiento de la sagrada legitimidad del talión, de la muy santa necesidad de un triunfo final del bien sobre el mal y de la dureza extrema con que hay que castigar al mal, cuando llega el momento de ello. Ese sentimiento es una indubitable sed de Dios, es una fe en Él. En el instante en que se realiza, el hombre se sume en terrores y angustias deliciosas, y ese sentimiento se resuelve en una ráfaga de éxtasis, como quien dice maligno, pero que en realidad es la explosión de nuestro mayor amor por Dios y por nuestro prójimo.

Así comenzaron mis años de aprendizaje, durante los cuales viví intensamente, no la verdadera vida que me rodeaba, sino otra en la que la primera se transformaba, casi toda hecha de imaginaciones.

La verdadera vida era muy pobre y muy sencilla.

Nací y crecí, lo repito, sobre un campo desnudo del que no se puede ni siquiera dar una idea un europeo educado en Francia, Alemania, Italia, en las riberas del Océano o del Mediterráneo, en los Alpes o en los Pirineos; un campo que ahora me resulta a mí mismo muy raro, después de todo lo que he vivido en medio siglo de existencia, infinitamente variada, puesto que ésta no me ha dejado nada absolutamente del pasado, tan absolutamente nada que a veces me asombro y me asusto de ello.

A decir verdad, me rodeaba un amplio espacio sin límites ni fronteras: ¿dónde acababa en realidad nuestra hacienda y dónde comenzaban los campos ilimitados con los cuales se confundía? Pero, a pesar de todo, yo no veía más que la tierra y el cielo, y las ideas que yo me forjaba de ambas cosas —según la realidad, no según la fábula—, sobre el número de poblaciones aldeanas y sobre la belleza de la naturaleza no iban más allá de Rojdestvo.

¡Colonias! ¡Productos coloniales! Como especies, no conocía más que las de la tienda de Rojdestvo. Para mí, las cosas coloniales consistían en aquella canela que servía para dar sabor a la *paskha*^[14] durante la Semana Santa, en aquellas negras y relucientes algarrobas cuya insipidez conocí en la feria de Rojdestvo, y luego en aquellas etiquetas (Jerez, Madeira) que campeaban sobre botellas enfundadas en finas mallas que yo me divertía en ensanchar en todos los sentidos y que reaparecieron cada vez con mayor frecuencia en casa, porque mi padre se daba de nuevo a la bebida.

En Rojdestvo se hallaba también la mayor magnificencia: la iglesia. Para unos ojos acostumbrados a no ver más que trigales, hierbas, senderos, talegos embarrados, isbás ahumadas, calzado de cáñamo y blusas de grosera tela; para unos oídos acostumbrados al silencio, al canto de las alondras, al piar de los polluelos y al cacareo de las gallinas, la profunda cúpula con su terrible Sabaoth de roble, el altar dorado, las santas imágenes de áureos ropajes, el ardiente y claro llamear de los cirios —pira de oro— plantados de través, en masa, en vísperas de la Gran Fiesta y fundiéndose los unos al calor de los otros, las voces tonantes y discordantes del chantre y del bedel, las capas pluviales del sacerdote y del diácono, las invocaciones en una lengua sublime y no del todo ininteligible, las genuflexiones e incensamientos, la suavidad del humo espeso que brotaba del incensario diestramente balanceado en el aire, tintineando con sus cadenillas de plata, todo parecía majestuoso y suntuoso, todo llenaba el alma de arrobo y de solemnidad.

Creí, como ya he dicho, en un tiempo de completa decadencia de la nobleza, que un europeo, vuelvo a repetir, no llegará jamás a comprender, al ser ajeno a la pasión

que tiene siempre Rusia de inmolarse a sí misma.

Esta pasión no era únicamente privativa de los nobles. ¿Por qué razón el *mujik* ruso arrastraba una existencia indigente a pesar de poseer sobre territorios inmensos una riqueza que el campesino europeo no ha podido soñar jamás? ¿Y por qué justificaba su inanición, su somnolencia, sus quimeras y todas las demás ausencias de orden y energía amparándose en el mero hecho de que no querían concederle una fanega de la hacienda del propietario vecino quien, a pesar de ello, se empobrecía de un año para otro? ¿Por qué la avidez del comerciante, acaparador y avaro, se veía interrumpida constantemente por furiosas crisis de dilapidación, por maldiciones sobre su propia rapacidad, por lágrimas de borracho sobre los desmanes cometidos, por el deseo delirante de convertirse voluntariamente en un Job, en un vagabundo, en un astroso indigente, en un iluminado de Nuestro Señor? ¿Y por qué, en una palabra, le ha ocurrido a Rusia lo que hemos visto ya en nuestros días, pereciendo ante nuestros ojos en un plazo tan increíblemente breve?

Entre mis parientes y allegados existía todavía cierta comprensión; en cuanto a nuestra madre, con sus tristezas, sus ayunos y sus rezos, con su afán de renunciar a la vida, tenía el alma en constante estado de religiosa exaltación: pensaba que el reino de Dios no era de este mundo y creía de todo corazón que la gentil, corta y triste vida terrestre no era más que una preparación para otra vida, eterna y bienaventurada.

Pero ¿y nuestros vecinos desquiciados, nuestros parientes, mi padre, Baskakov? Lo que éste hizo con su existencia, ya lo he dicho. ¿Pero qué hizo nuestro padre consigo mismo, con su bienestar, siendo fuerte y despierto, de noble y generosa naturaleza, aunque despreocupado como los pájaros del cielo? Y nosotros mismos, ¿qué hicimos, jóvenes herederos de la gloriosa estirpe de los Arséniev y de las miserables briznas de su antigua riqueza?

Mi hermano Nicolás, a causa de Sachka y de los encantos de la ociosidad en el campo, abandonó el liceo, y se interesaba tan poco por la vida agrícola que no debía ni siquiera saber con exactitud cuántas fanegas de tierra poseíamos. En cuanto a mi hermano Jorge se pasaba el día leyendo a los escritores liberales, a los Lavrov y los Tchernychevsky.

Lo que en mí había de innato se puede apreciar por el siguiente hecho: un día Nicolás se puso a bosquejar mi futuro: «Bueno, así es la cosa —me dijo riendo—. Ya estamos arruinados, y cuando seas mayor te buscarás un empleo en la ciudad, harás tu servicio militar, te casarás, tendrás hijos, reunirás un capitalito, te comprarás una casita, una vaca...». Y de repente noté con tanta agudeza todo el horror y la bajeza de semejante porvenir, que prorrumplí en amargos sollozos.

XVII

El último año de nuestra vida en Kamenka es memorable para mí.

Fue entonces cuando estuve por primera vez gravemente enfermo, o por mejor decir conocí por primera vez ese asombroso estado al que se acostumbra a llamar enfermedad y que es en realidad una muerte no consumada, un viaje de demencia, que no se realiza jamás sin dejar huellas, hacia un determinado más allá.

Tuve que guardar cama entrado el otoño. ¿Qué tenía? Experimenté una repentina debilitación de todas mis facultades morales y corporales, puesto que, en momentos semejantes, se realiza una asombrosa transformación en los cinco sentidos de los humanos. Aparte de ello perdí de pronto el deseo de moverme, de comer, de alegrarme, de entristecerme y de cualquier otra cosa, sin exceptuar el de amar a los seres más queridos.

Me sentí transportado a una esfera completamente singular, en donde el cuerpo era sacudido con una extraordinaria y como antinatural violencia por un ardor indecible, y luego vinieron una serie de días y noches enteras en que me hallé sumido en una especie de inexistencia, interrumpida únicamente de vez en cuando por el delirio, por sueños, por visiones casi siempre repugnantes, de una complicación absurda, como si en ellas se concentrase toda la grosería material del mundo.

¡Cómo me acuerdo de aquellas interminables noches en las que comenzaba ya a triunfar de la muerte, pero sin haber cesado mi lucha con ella, intentando desesperadamente alcanzar la vida que se me seguía escapando! Había momentos en que percibía a mi madre bajo las apariencias de un enorme fantasma blanco, o bien el dormitorio se convertía en un sombrío y siniestro palenque en el cual, a causa de la candela situada en el suelo junto a mi cabecera, corrían y tremolaban, entre olas de fuego, millares de figuras horribles, rostros, fieras y plantas. ¡Y de qué serenidad supraterrrestre, de qué calma, de qué humilde y serena alegría, de qué ternura se impregnó mi alma cuando regresé a la tierra y tuve nuevamente conciencia de ello! Entonces, no sé por qué, me deleitaba singularmente comiendo pan negro, cuyo solo perfume me transportaba al paraíso y que, por rústica ingenuidad, no se me negaba nunca.

Luego murió Nadia: dos meses después de mi enfermedad, pasadas las fiestas de Navidad. Aquellas fiestas estuvieron impregnadas para mí de una extraña alegría. Papá bebía y, cada día, desde la mañana a la noche, el vino corría a chorros por casa; teníamos la hacienda llena de visitantes, en su mayoría pequeños propietarios de la vecindad, llevando dolmán a la húngara o caftán plisado, y yo —lo recuerdo muy bien— era a todas horas presa de una gran felicidad que se asociaba, provocativamente, a los sonidos del piano sobre el cual la loca de la tía Varia, que pasaba con nosotros una temporada, tecleaba sin descanso.

Mamá lloraba, diciendo que si papá volvía a empezar a emborracharse «todo estaba perdido», y sin embargo era feliz: su mayor dicha consistía en ver a toda nuestra familia reunida, incluso a mi hermano Jorge.

De repente, en medio de aquel alegre desorden, cayó enferma Nadia, quien, la misma víspera, pataleaba con alegre entusiasmo con sus vigorosos piececillos y

regocijaba a todo el mundo con sus ojos de color azul oscuro, sus gritos y sus risas.

Pasaron los días, las fiestas se terminaron, las visitas desaparecieron, mi hermano se volvió a marchar y Nadia permanecía postrada en la cama, ardorosa, mientras en su habitación se repetía lo que ya había tenido lugar en mi caso: las cortinas corridas, la semipenumbra y la luz de la lamparilla.

¿Por qué tuvo que ser precisamente elegida por el Señor, ella, la alegría de toda la casa? En nuestro hogar todo el mundo de hallaba deprimido, aplastado; mi propio padre hacía constantemente gestos de desaliento, esforzándose, sin que se sepa el por qué, en quitarse toda esperanza a sí mismo y a todos los que le rodeaban, y, no obstante, nadie preveía que aquella ansiedad tendría un fin tan brutal, cuando cierta noche, ya tarde, se oyó un grito de la nodriza, quien abrió las puertas del comedor de par en par, anunciando la asombrosa noticia de que Nadia «se iba».

Sí, «se nos va». Esta palabra lacerante la oí por primera vez en una velada invernal, en lo más profundo de la sombría campiña nevada, en una finca solitaria, bloqueada por las avalanchas, donde no era posible lograr socorro de ninguna clase. Y, en plena noche, cuando nos sobrepusimos del pánico que se había apoderado de toda la casa, cuando se restableció el orden (un nuevo orden terrorífico), vi lo siguiente: en la sala grande, sobre la mesa^[15], bajo la luz sepulcral de una lamparilla, estaba extendida, inmóvil, una muñeca adornada con sus mejores galas, cuyo rostro exangüe no expresaba ya nada y cuyas negras pestañas no estaban cerradas del todo... No existió noche más aterradora y más mágica en toda mi existencia.

Y en la primavera fue la abuela quien murió. Fue en un maravilloso día del mes de mayo; mamá estaba sentada junto a la ventana, abierta de par en par, vestida de negro, delgada, pálida, enfrascada en un trabajo de costura. De repente, de detrás del granero surgió un *mujik* desconocido, montado a caballo, y la interpeló alegremente. Mi madre abrió mucho los ojos y, lanzando una exclamación con voz ligera, golpeó con la palma de su mano en el alféizar de la ventana.

La vida de la finca se vio repentina y brutalmente interrumpida de nuevo. Una vez más, por doquier, se produjo el consiguiente barullo —que yo, por desgracia, ya conocía demasiado bien—, los obreros corrieron a enganchar los caballos y mi padre y mi madre se arreglaron a toda prisa... A Dios gracias, no nos llevaron consigo a nosotros, los niños...

XVIII

Esta otra muerte no produjo ya en mí una impresión tan terrible: en aquella primavera ya había yo sufrido suficientemente las angustias que produce su aparición. Por entonces me estaba reponiendo de mi segunda enfermedad grave, la que me había transferido Nadia y que había anegado, o más bien quebrantado mi alma.

Su muerte, la primera que vieron mis ojos, me privó largo tiempo del sentido de la vida, ¡de una vida que apenas acababa de empezar a conocer! Comprendí que yo también era mortal, que en todo momento podía ocurrirme la cosa asombrosa y aterradora que le había ocurrido a ella, y que, en resumidas cuentas, todo cuanto es terrestre, vivo, sustancial y corporal, no implica seguridad alguna, sino que está obligatoriamente abocado a su pérdida, a la descomposición y a pasar por aquel negro violáceo de que se cubrieron los pequeños labios de Nadia cuando levantaron el cadáver^[16].

Mi alma horrorizada, y como profundamente ultrajada y ofendida, brotó entonces, solicitando a Dios ayuda y salvación. Muy pronto, todos mis pensamientos y sentimientos convergieron en un solo punto: suplicar a Dios en secreto, rogarle incesantemente, tácitamente, que me perdonase, que me mostrase el camino para salir de aquella sombra mortal que se extendía sobre mí y en torno mío por el mundo.

Pero Dios se callaba y en su lugar hablaba aquella experiencia aflictiva, la única saludable que ha conocido la humanidad en sus peregrinaciones terrestres y que fue legitimada y santificada por los más doctos de entre nosotros; ¡los elegidos de Dios! Antaño, el Todopoderoso les respondía, se les revelaba y, apreciando en ellos la mortificación de la carne, la renuncia a todo lo corporal y un amor sin límites ofrecido a Él solamente, les iniciaba plenamente, les concedía su estima y el reposo eterno en su seno bienaventurado, absolutamente extraño y de todo punto irreductible a este mundo.

Mi madre, a mis ojos, seguía a los elegidos: rezaba fervientemente día y noche, rogando a Dios que le otorgase «misericordia y salvación» y que no la privase del «Reino de los cielos», dirigiéndose también a la intercesión y mediación de los santos. La nodriza, viendo mi angustia, me indicaba el mismo refugio:

—Hay que rezarle mucho al buen Dios, pequeño. ¡Hay que ver lo que los santos, los elegidos, rezaban, ayunaban y se atormentaban para que Dios viniese en su ayuda! Es un pecado llorar por la pequeña Nadia; hay que alegrarse por ella, puesto que ahora está en el paraíso, con los ángeles.

Y penetré en un mundo nuevo para mí, maravilloso: me puse a leer ávidamente, sin descanso, pequeñas vidas de santos y de mártires, a un copec^[17] el ejemplar, que me traía de la ciudad el zapatero Pavel, el de Vysselki, quien iba con frecuencia allí a aprovisionarse de mercancías para su trabajo.

En todas las isbás de los *mujiks* de Vysselki hacía calor, y a pesar de ello se sentía uno a gusto en ellas; únicamente en casa de Pavel reinaba el aburrimiento, un aburrimiento perpetuo: estaba constantemente sentado delante de su horma cuyo reflejo plomizo daba en su rostro extenuado, encorvado, con su grueso delantal grasiento, tirando de su sedal de zapatero sobre una bota puesta boca abajo, desprovista de su suela, inclinando sobre ella los rizos aceitosos y amarillentos de su pelo. Allí solamente se mezclaba al olor a cuero y a cola fuerte un vaho de humedad y una pestilencia a mohó.

Así fue como se confundió en mí para siempre aquel olor a moho con el recuerdo de aquellos delgados cuadernillos, impresos en gruesos caracteres, que yo leía y releía con una ternura realmente enfermiza: aquel olor se me hizo incluso querido, recordándome nítidamente el extraño invierno, mis sueños casi dementes, entusiastas y amargos, sobre los suplicios de los primeros cristianos; sobre los adolescentes hechos trizas por las fieras en una especie de circos; sobre las doncellas de sangre real, puras y bellas como las flores de Lis del Señor, decapitadas por manos de padres feroces; sobre los desiertos ardientes y silenciosos donde, velando su desnudez con sus largas cabelleras que les caían hasta el suelo, habitaban, pagando el precio de sus errores en el mundo, María la Egipciaca y el venerable Gerásimo, y donde los leones les cavaron con sus garras las tumbas después de su fin edificante; sobre las grutas de Kiev, donde reposan legiones de siervos del Señor, quienes se enterraron en ellas en vida, para llorar y entregarse a la oración, entre las tinieblas subterráneas que de noche eran invadidas por toda una serie de terrores, tentaciones y ultrajes diabólicos.

Por aquel entonces, viví solamente de la íntima contemplación de todos estos cuadros y de estas imágenes, inhibiéndome de la vida de la casa, encerrándome en el mundo fabuloso de la santidad, embriagándome con mis dolientes alegrías, sediento de sufrimientos, de extenuaciones y de torturas voluntarias.

Iba y venía por la casa como un lunático, sin ver nada ni a nadie, no cediendo a ninguna reprimenda ni a ninguna exhortación, aunque procediese de mi propia madre. Yo ya sabía perfectamente que todos los santos, en su adolescencia, han sido siempre objeto de lamentos y admoniciones por parte de sus padres, «piadosos en su madurez». Esperaba fervientemente ser más tarde admitido entre los mártires y me pasaba horas enteras de rodillas, introduciéndome a escondidas en habitaciones vacías; me tejí una especie de cilicio con trozos de cordel; no bebía más que agua y no comía más que pan negro.

Y esto duró todo el invierno. Pero hacia la primavera, poco a poco, comenzó a pasarme, hasta que se desvaneció del todo: se me fue solo, sin que pueda recordar siquiera cómo y por qué.

Vinieron días soleados, las ventanas se caldearon, sobre sus cristales correteaban las moscas que volvían a adquirir vida, y era difícil no distraerse mirándolas, entre oración y genuflexión, que ya no se realizaban con el éxtasis y sinceridad de jornadas anteriores.

Llegó abril, y cierto día más radiante que los demás se empezaron a arrancar con estrépito las contraventanas que servían de protección en invierno; los cristales relucían; toda la casa se llenó de animación y de desorden, y seguidamente se abrieron de par en par los postigos, hacia la libertad, hacia la nueva vida, joven todavía, mientras que por todas las habitaciones se desparramaba el fresco y tierno perfume de los campos y el aroma húmedo de la tierra y se oía el chillido grave y lánguido de las grullas que habían regresado ya.

Por las tardes comenzaron a amasarse, fantásticas, sobre un poniente rojizo que se

apagaba lenta y suavemente, las nubes azuladas de la primavera, y las ranas elevaron desde el estanque sus cantos soporíferos, pensativos y calmosos en medio de los campos, entre la oscuridad que, espesándose lentamente, prometía para la noche una bienhechora y tibia lluvia de paz. Y nuevamente, acariciadora e insinuante, me atrajo hacia sus brazos maternos la que nos embauca perpetuamente: la tierra...

Me acuerdo del día en que murió mi abuela: aquella larga jornada en el recinto desierto de la finca fue triste y calmosa; Olya y yo mirábamos continuamente hacia el lado de Batourino —allá abajo todo parecía haber tomado un mal cariz, todo había adquirido un aire taciturno y siniestro—; pero me acuerdo también de que, junto con la tristeza, pesaban en mi alma otros sentimientos adquiridos durante el invierno y, probablemente, la inevitable resignación que es la única que puede salvar al hombre.

No he olvidado que me esforzaba en imaginarme la realidad del momento, lo que ocurría en Batourino, pero mi alma se resistía a ello, anhelando la transformación de la realidad en algo distinto, prefiriendo algún engaño apaciguador; sin embargo, a pesar mío, en su interior resonaba una voz que iba diciendo:

«La difunta ha sido extendida encima de la mesa, la han revestido con las ropas que había elegido ella misma, le han cruzado los brazos y han puesto entre sus manos un cirio. Afanasii Ivanovitch ha presenciado todo esto con mirada ausente. La gente ha acudido en gran número a los funerales; se han montado largas mesas en el patio; la *Koutia*^[18], los licores y los pasteles de carne se amontonan en ellas. Los convidados charlan, lloran, miran a la muerta, departen sobre las cualidades que tuvo y miran a Afanasii Ivanovitch, pero éste lo contempla todo con una mirada extraña. Se llevan por fin a la muerta y la muchedumbre se precipita detrás de ella... Los sacerdotes van revestidos de todos sus ornamentos, el sol brilla, los bebés lloran en los brazos de sus madres, las alondras cantan...».

Sí, las alondras cantaban dulcemente, los críos lloraban sin consideración, la mesa crujía bajo los platos servidos para el abundante ágape que habría de seguir al entierro, y Afanasii Ivanovitch contemplaba todo esto con un aire «extrañamente ausente»... La vida continuaba y él miraba «de una manera rara» a su alrededor. ¿Acaso no comprendía la vida, ni la muerte, ni en general lo que ocurre en el mundo?

Yo no lo comprendía tampoco, no comprendía nada: y agaché humildemente la cabeza...

XIX

Y tres meses después yo llevaba ya la gorra azul con el emblema plateado. Basta de *Aliocha*: ahora era Arséniev Alexis, alumno de la clase elemental de un liceo.

Al llegar el verano, de todas las enfermedades físicas y morales por las cuales pasé en invierno pareció no quedar rastro alguno. Me sentía dispuesto, tranquilo y alegre, identificado del todo con un tiempo risueño y seco que se mantuvo durante

toda la estación, y también con el buen humor que imperaba en toda la casa.

Nadia ya no era más que un hermoso recuerdo, bajo la apariencia de un angelito que habitaba y disfrutaba algún lugar de las alturas, en el reino de la eternidad. Mamá y la nodriza se apenaban todavía algunas veces y hablaban a menudo de ella, pero ya de otra manera, incluso con sonrisas. Es cierto que a veces llegaban a llorar, pero no eran ya las lágrimas de amarga desesperación de tiempo antes.

En cuanto a la abuela, sencillamente se la olvidó; hasta podría decirse que su muerte fue una de las causas (ocultas, claro está) del buen humor que reinó en casa: en primer lugar, Batourino nos pertenecía ahora, lo cual arreglaba mucho nuestros asuntos, y en segundo lugar nos disponíamos a instalarnos en otoño en aquella finca, mudanza que también nos regocijaba en secreto a todos, puesto que el hombre se alegra siempre de cambiar de residencia, en la esperanza de hallar algo bueno con ello, o quizá simplemente por inconscientes reminiscencias del lejano pasado y de las épocas de la vida nómada.

Según los relatos de mi madre, que me fueron transmitidos por la nodriza, me había imaginado un cuadro verdadero, y no inventado, de cuanto había ocurrido en Batourino, cuando mi padre y mi madre llegaron allí a todo galope, un día de mayo: una finca confortable rodeada de viejas dependencias, una antigua mansión de madera con sus columnas sinuosas sobre dos escalinatas; detrás de la casa, lujuriante en su verdor primaveral, un viejo vergel, cristales de un azul oscuro y púrpura en las ventanas de la sala, y allí dentro, encima de dos mesas juntas recubiertas de heno y por una sábana, estaba tranquilamente acostada una viejecita pálida, tocada con un gorro festoneado, con sus manecitas diáfanas cruzadas sobre el pecho y tapada hasta la cintura con un brocado plateado. Alrededor de ella, con sus lenguas amarillentas, ardían unos enormes cirios colocados en candelabros de iglesia; en su cabecera había una virgen monástica, de buena presencia, de cierta edad, la cual, sin alzar sus largas pestañas, leía con una voz monótona, sermonaria, sonora y extraña, que papá, con tono burlón, calificó de seráfica.

Esta palabra me vino frecuentemente a la memoria durante el verano, y presentí confusamente cuanto había en ella de terrorífico, de encantador y también en cierto modo de desagradable. Desagradable era asimismo todo el cuadro que se diseñaba ante mí. Pero desagradable nada más: sin otro calificativo.

Este desagrado estaba ampliamente compensado por la estupenda aunque vituperable idea que se me ocurría a todas horas de que, en adelante, la hermosa propiedad de la abuela nos pertenecería, que podría pasar en ella por primera vez mis vacaciones tras haber ganado la clase superior y de que papá escogería entre los caballos de la abuela y me regalaría una joven yegua de paseo, la más nerviosa pero también la más dócil, a la cual querría tanto que vendría hacia mí siempre que yo lo desease, con silbarla solamente.

No dejó de haber otros disgustos: el presentimiento de una penosa separación con mamá, con Olia, con Baskakov, con todo el nido natal, cierto terror ante una

existencia solitaria y desconocida entre gente de ciudad que yo ignoraba, junto con el miedo que me producía aquello que llamaban el gimnasio, con sus maestros severos e implacables vestidos de uniforme.

Pero lo que me salvaba fue lo que salva siempre a todo el mundo: la inconsciencia natural, no solamente propia de la edad infantil, sino muy humana, que me hacía sentir una especie de asombro ante las cosas penosas o espantosas que tenían que acaecer, o que habían sucedido ya, y en las cuales se niega uno a creer hasta el último momento.

Constantemente se me oprimía el corazón al mirar a mamá y a Baskakov, quienes también se sentían angustiados, pero en seguida me decía a mí mismo, con alegría: «todo esto no ha de ocurrir en el acto», y me volvía hacia todo cuanto había de desagradable y de seductor en mi secreto futuro: «seré alumno de un liceo, llevaré un uniforme, viviré en la ciudad, tendré camaradas entre los cuales elegiré un amigo fiel».

¡Vida nueva y desconocida, vida que me repelía y que a la vez me fascinaba! Más que cualquier otra cosa, me reconfortaban y seducían los cuadros que de ella me pintaba mi hermano Jorge, quien me parecía un ser extraordinario del todo: era un muchacho de asombrosa belleza dentro de su esbeltez de adolescente, con la pureza de su amplia frente, sus ojos brillantes y el tono sonrosado de sus mejillas; y ya no era una persona cualquiera: estudiante de la Universidad Imperial de Moscú, había ganado la medalla de oro en su examen de salida del liceo en el cual tenía yo que entrar próximamente.

El 6 de agosto me enviaron por fin a sufrir la prueba. Cuando en la puerta de la casa se oyó el ruido de la carretela, mi madre, la nodriza y Baskakov cambiaron la expresión de sus caras, Olia se deshizo en lágrimas y papá y mis hermanos se miraron con sonrisas forzadas. «Bueno, sentémonos», dijo resueltamente mi padre, y todos le obedecieron tímidamente^[19]. «¡Anda, que Dios te acompañe!», pronunció un momento después, con acento de mayor resolución todavía, y entonces se persignaron todos a la vez y se pusieron en pie. Las piernas me flaquearon de miedo, y me persigné con tanto celo y apresuramiento que mi madre, anegada en lágrimas, se abalanzó sobre mí para besarme y persignarme también. Pero yo me había rehecho y ahora estaba pensando: «¡Bueno! Dios mediante, quizá me suspendan...».

Sin embargo, pasé el examen de ingreso. Durante tres años me habían estado preparando para una jornada tan memorable, y luego resultó que únicamente se me pidió que multiplicase 55 por 30 y que explicase lo que sabía de los amalecitas. También me invitaron a escribir «con caracteres claros y limpios» estas palabras: «La nieve es blanca, pero no tiene sabor», y a recitar de memoria: «El oriente se ha cubierto con la púrpura de la aurora...». No me dejaron siquiera terminar: apenas hube llegado al párrafo en el que se habla del despertar de los rebaños «sobre las blandas praderas», me interrumpieron; el profesor —un vejete con lentes dorados y amplias narices— debía conocer ya demasiado aquel despertar, puesto que en seguida

me dijo:

—Bueno, bueno... perfectamente, ya basta, veo que te lo sabes bien...

Inmediatamente después del examen, nos dijeron a mi padre y a mí que estaba admitido y que tenía permiso hasta el 1 de septiembre. Para mi padre fue como si le hubieran quitado un enorme peso de encima —por la sola razón de que, naturalmente, se había aburrido terriblemente esperando en «el cuarto de los profesores» donde verificaban mis conocimientos— y yo, por mi parte, experimenté un tremendo alivio. Todo había ocurrido perfectamente: ¡yo, admitido, y con tres semanas de libertad por delante!

Al parecer hubiera tenido que sentirme aterrado, puesto que había gozado desde que nací de la mayor libertad y ahora me convertía de repente en una especie de esclavo, liberado solamente durante tres semanas. Sin embargo, acepté la situación como algo ineludible y no pensé más que una cosa: «¡A Dios gracias, me quedan todavía tres semanas!». ¡Cómo si no se les pudiese prever un fin en estas tres semanas!

El caso es que, muy animados, con una extraordinaria ligereza en nuestros cuerpos y almas salimos de entre las paredes del liceo y echamos a andar por la acera, aplastando bajo nuestros pies las hojas oscuras, quemadas por el sol, agradablemente crujientes, de que estaba sembrada.

—¡Bien, vamos en seguida a ver al sastre y luego a comer! —dijo mi padre, encendiendo con particular satisfacción un cigarrillo.

Y nos fuimos a casa de un hombrecillo de cortas piernas, que me asombró con la volubilidad de sus palabras, las cuales terminaban siempre en un tono de interrogación y como de fastidio, y por la destreza con que me tomaba las medidas. Luego le tocó el turno a la sombrerería, de polvorientos escaparates recalentados por el sol: allí se asfixiaba uno entre las innumerables cajas de sombreros, amontonadas con tanto desorden que el dueño del establecimiento se veía obligado a rebuscar con una lentitud desesperante, sin cesar de interpelar con voz colérica y en un lenguaje ininteligible a una mujer de rostro pálido y macilento que estaba en la habitación de al lado.

También él era judío, como el sastre, pero de otro tipo: anciano de espesas patillas, vestido con una larga levita de lustrina negra, tocado con un birrete de la misma tela que le caía hacia la nuca, de elevada estatura y amplias espaldas, malhumorado, gruñón, con una enorme barba negra como la pez que le llegaba hasta los ojos, resultaba un ser terrorífico e incluso fúnebre.

Por fin me encontró una magnífica gorra de colegial, de un azul oscuro, adornada con dos palmas plateadas. Con ella puesta fue como regresé a casa, con gran regocijo de todos, incluso de mi madre, alegría que yo no acertaba a comprender plenamente, puesto que papá decía muy acertadamente:

—¿Qué diablos tiene que hacer con esos amalecitas?

XX

Cierto día de finales de agosto mi padre se calzó unas botas altas, se ciñó una cartuchera, se puso el morral en bandolera, descolgó de la pared una escopeta de dos cañones, me dijo que le acompañase, llamó a su perra favorita, la hermosa *Djalma*, y partimos por entre los trigales, a lo largo de la carretera y en dirección al estanque.

En aquella ocasión papá llevaba una blusa abigarrada y una gorra blanca; yo, a pesar de que el tiempo era seco y caluroso, me había puesto mi gorra de alumno del liceo, con la cual experimentaba todavía una agradable sensación de importancia.

Mi padre, alto y fuerte, avanzaba con paso ligero y firme, haciendo crujir la broza amarillenta de las espigas y enviando por encima del hombro el humo de su cigarrillo; yo apresuraba el paso detrás suyo, guardando mi derecha como es de buena regla cuando se va de caza, regla que observaba con particular satisfacción.

En cierto momento silbó alegremente, y *Djalma*, con una regocijante aplicación, meneó la cola, convertida de repente toda oído, vista y olfato, y se deslizó rápida y furtivamente delante nuestro.

Los campos estaban ya desnudos pero conservaban la alegría y la luminosidad del estío. La ardiente brisa amainaba a veces por completo —y entonces el calor ascendía y se oía cantar a las cigarras, acompasadas como relojes— o bien soplaba con hálitos blandos y secos, cogía impulso, volaba a nuestro lado y, de repente, juguetona, alzaba una nube de polvo de la carretera, la aprisionaba, le daba la forma de un embudo y se la llevaba alegremente delante nuestro.

No obstante, observábamos sobre todo a *Djalma*, quien, con marcha presurosa, se alejaba de nosotros y nos arrastraba en pos de ella cada vez más lejos. De vez en cuando, bruscamente, se inmovilizaba con el cuerpo en tensión hacia adelante, y, con la pata derecha levantada, contemplaba algo que evidentemente tenía ante sí pero que resultaba invisible para nosotros. En tales casos mi padre, mesuradamente, le gritaba: «¡Busca!». *Djalma* se abalanzaba sobre lo invisible, y acto seguido, pesada y torpemente se escapaba bajo sus hocicos una gruesa codorniz de corta cola. Pero antes de haber volado una distancia de cinco pasos, caía como una piedra al suelo, alcanzada por un disparo. Yo corría a recogerla, la metía en el morral de papá y seguíamos adelante.

Así atravesamos todos los maizales y el campo de patatas, y dejamos atrás el estanque cuyo cálido y fastidioso brillo se prolongaba a nuestra derecha, en una cañada, entre dos laderas desnudas y pisoteadas por el ganado.

Las grullas meditaban sobre un montículo, como si careciesen de asilo. Papá las miró y dijo que en aquellos momentos comenzaban ya a reunirse en sus asambleas otoñales para discutir sobre su próxima partida, y por un instante me volvió a invadir una profunda angustia al pensar que, muy pronto, no solamente tendría que decir adiós a aquel verano que se acababa, sino también a todos aquellos campos, a todo

cuanto me era caro y allegado en aquel país retirado y ameno, fuera del cual no conocía todavía nada.

Seguidamente torcimos a la izquierda, dirigiéndonos hacia el lugar denominado *Zarak* (la Reserva). Seguimos los linderos de los negros campos de labranza en los cuales estaban labrando. Uno de los arados que destacaba sobre las motas de tierra grises y reseca, era tirado por un joven semental, potrillo poco antes, de patas finas y nerviosas; su cola acortada se rizaba todavía, sedosa. Me lo habían regalado a mí, y ahora, sin recato alguno, sin ni siquiera pedirme permiso, lo habían puesto a trabajar.

Soplaba una brisa tibia, sobre los campos brillaba un sol de agosto que parecía todavía estival, y el semental recorría dócilmente el campo, tirando de sus arcos de cuerda. Detrás de él se balanceaba saltarina la reja del arado, excavando la tierra con sus púas, tras las cuales iba, cojeando, sosteniendo torpemente las riendas, un muchacho con alpargatas de esparto. Y yo contemplé largamente aquel cuadro, sobrecogido de nuevo por una tristeza indefinible.

La Reserva era un amplio bosque en la llanura y pertenecía a un noble, un hombrecillo desequilibrado que, solitario hostil al mundo entero, residía como en una plaza fuerte en su finca enclavada en las proximidades de Rojdestvo, bajo la custodia de feroces mastines. Entablaba pleito con los *mujiks* de la vecindad, no llegando jamás a un acuerdo con ellos respecto a los salarios, de forma que frecuentemente se quedaban sin sembrar fanegas enteras de sus tierras, o bien se pudrían entrado el otoño y perecían bajo las nieves todas sus cosechas.

Nosotros avanzábamos hacia la Reserva por entre campos de avena todavía sin segar, pisoteados por los animales que había tumbados por el suelo. Allí *Djalma* levantó cuatro codornices más; corrí, las recogí y seguimos nuestra marcha por entre el espesor de un campo de mijo que, bajo la luz del sol, tenía el sedoso brillo de sus espigas marrones inclinadas hacia el suelo, repletas de grano, y cuyo crujido era particularmente seco y sonoro bajo nuestros pies. Mi padre se desabrochó el cuello de la blusa y su rostro se congestionó:

—¡Vaya un calor! —dijo—. Tengo una sed terrible. Pasemos por el bosque y vayamos al estanque.

Saltando un foso que separaba el campo del lindero del bosque, caminamos bajo los árboles y penetramos en aquel reino del mes de agosto, luminoso, amarillento, radiante y delectable.

Ya no se veían muchos pájaros: solamente algunos mirlos que lanzaban alegres silbidos y cloqueos satisfechos, revoloteaban de un lado para otro; en el bosque desierto había mucho espacio, ya que los árboles estaban lo bastante diseminados como para poder uno mirar a lo lejos delante de sí, bajo los rayos del sol.

Caminábamos unas veces por entre viejos abedules y otras por amplios claros donde se erguían holgadamente poderosos robles de espeso ramaje, no tan sombrío como en pleno verano y con las hojas empezando ya a reseca. Nos aprovechábamos de su sombra, aspirando su seco aroma, pisando sobre una hierba

resbaladiza y marchita, mirando al frente, hacia el lado donde brillaban con intensidad unos claros mayores, más allá de los cuales aparecía el temblor amarillo canario de otro bosquecillo arbóreo.

Apenas acabábamos de internarnos en el sendero que a través de aquella espesura conducía al estanque, repentinamente, saliendo del escondite que tenía entre unos avellanos, emprendió el vuelo casi a nuestros pies una vieja becada de un color rojizo dorado. A mi padre le sorprendió tanto su imprevista aparición que perdió la serenidad y aunque disparó sin demorarse, falló el tiro.

Preguntándose asombrado de donde habría podido venir la becada en época semejante, y algo humillado por haber errado la puntería, se acercó al estanque, dejó su fusil en el suelo, se agachó y se puso a beber en el hueco de la mano. Seguidamente, satisfecho, recobrando el aliento, se secó los labios con el reverso de la manga, se tumbó al borde del agua y encendió un cigarrillo.

El agua, pura y diáfana, tenía ese aspecto selvático propio de los estanques aislados en el interior de los bosques y que sólo frecuentan los pájaros y los animales salvajes. En su insondable luminosidad, parecida a la de un firmamento embrujado, se reflejaban tranquilamente, anegándose en ella, las copas de los abedules y robles de los alrededores, sobre los cuales pasaba, susurrante y fugaz, el hálito de la brisa del campo.

Oyendo aquel suave murmullo, mi padre, con la cabeza reposando sobre su codo, cerró los ojos y se durmió. *Djalma* bebió también agua del estanque, luego se zambulló ruidosamente en él y se puso a nadar, irguiendo prudentemente la cabeza: de pronto hizo marcha atrás, como si la profundidad la hubiese asustado, saltó velozmente a la orilla y se sacudió violentamente, llenándonos de salpicaduras. Seguidamente, sacando su lengua roja, se tumbó junto a mi padre, interrogándome con la mirada y lanzando de vez en cuando impacientes ojeadas a los alrededores.

Yo me levanté y, sin meta determinada, me interné entre los árboles dirigiéndome hacia el lugar del bosque que habíamos abordado al salir del campo de avena.

XXI

Allá abajo, pasado el lindero, los troncos de los árboles y el techo de ramaje, aparecía el brillo seco y azafranado de los amplios campos donde se respiraba la caricia, la tristeza, la luz y la dicha de los últimos días de verano. A mi derecha emergía, redondeándose irregular y maravillosa, fluyendo lentamente sobre un fondo azul oscuro, transformándose, saliendo de no se sabe dónde, una gran nube blanca.

Después de dar algunos pasos, me tumbé encima de unas ramas y de la hierba seca, rodeado por un grupo disperso de árboles claros, soleados, que parecían estar de paseo en torno mío, a la leve sombra de dos copas de abedules gemelos, de dos hermanas de blanco talle y de escaso follaje grisáceo, con los troncos anillados.

Apenas tumbado, deslicé mi brazo debajo de la cabeza y contemplé alternativamente la campiña que amarilleaba a lo lejos y aquella nube blanca.

Blandamente, soplaban de los campos un viento seco que rezumaba el ardor del día; el luminoso bosque se estremecía, y aquel susurro somnoliento parecía huir hacia una lejanía inconcreta. Por momentos crecía, adquiriendo fuerza y entonces la sombra enrejada se conmovía, las manchas de sol explotaban y rutilaban sobre la tierra y entre los árboles, cuyo ramaje se doblegaba y se abría a la claridad, mostrando el cielo.

¿En qué pensaba yo entonces, si es que a aquello se le podía llamar pensar? Meditaba, naturalmente, en mi próxima partida para la ciudad, en el liceo y en los extraordinarios personajes que allí había visto y que se llamaban profesores, los cuales formaban parte de una raza muy particular cuya única misión era educar y mantener a los alumnos en un estado de perpetuo terror. Nuevamente volvía a invadirme el asombro y el miedo preguntándome por qué razón me entregaban como esclavo a aquella gente, por qué me alejaban de la casa natal, de Kamenka y de aquel alegre bosquecillo entre los campos.

Luego reaccioné, pensando que de todas formas habría que pasar por ello, que no solamente yo, sino todos, aceptaban como ineluctable aquel absurdo y que, a fin de cuentas, no se asustaban por tal cosa: a decir verdad, se asustaban igual que yo sólo que se tranquilizaban en seguida.

Hubo un momento en que me acordé del semental de cortas crines al que había visto tirando del arado en los campos de labranza. Vagamente, pensaba más o menos lo siguiente: «Sí, ¡hay que ver lo engañoso que es este mundo!». Me imaginaba que el semental era mío y que habían dispuesto de él sin mi permiso, y esta idea incluso llegó a exasperarme. «¡Está bien!», me dije interiormente, amenazando aun personaje imaginario y notando no obstante mi completa impotencia para realizar mi amenaza.

Acto seguido pensé: «Érase una vez un potrillo de finos remos, de un color gris ratón, tembloroso y miedoso como todos los potrillos, pero también vivaracho y confiado, con unos ojos relucientes como ciruelas, muy apegado a su madre quien, siempre que le veía, relinchaba con una satisfacción contenida y afectuosa; además, era infinitamente libre y despreocupado.

»Me fue regalado un buen día, entregándomelo para siempre a mi libre disposición, y yo me regocijé con ello durante algún tiempo, soñando con él, con el porvenir que nos aguardaba a ambos, con el lazo de parentesco que debía existir, que existía ya entre nosotros desde el momento que era un regalo. Pero luego, poco a poco, comencé a olvidarlo. ¿Es de extrañar, pues, que todos olvidaran también que me pertenecía? En fin de cuentas, yo ya no me acordaba en lo más mínimo de él.

»Esto parece ser ley de vida. Probablemente olvidaré a Baskakov, a Olia y quizás incluso a papá, a quien quiero tanto. Y en ese caso también olvidaré por completo a Kamenka, cuyos rincones son para mi tan queridos.

»Pero bueno; transcurridos dos años, ¿dónde se halla aquel potrillo atontado y

feliz? Con tres años de edad y esquilado, ¿qué ha sido de su completa libertad anterior? En la actualidad, con el bocado puesto, tira del arado en los campos de labranza... ¿Y no me habrá ocurrido a mí lo mismo que a ese potrillo?».

¿Para qué me iban a servir los amalecitas? Me sentía constantemente aterrado y sorprendido, ¿pero qué podía hacer? La nube, más allá de los abedules, brillaba, se tornaba blanquecina y cambiaba en todo momento de forma. ¿Podía ella acaso evitar tales modificaciones? El bosque chorreaba claridad, se estremecía y huía con balbuceos y susurros somnolientos... ¿Hacia dónde y por qué? ¿Se le podía detener?

Entonces, cerrando los ojos, presentí vagamente que todo es un sueño, un sueño incomprensible. ¡Y la ciudad que había más allá de los bosques, más allá de los amplios campos, la ciudad a donde no podía dejar de ir, donde se hallaba mi futuro; mi pasado en Kamenka, incluso esta luminosa jornada preotoñal, yo mismo y mis pensamientos o sentimiento, todo ello no era más que un sueño!

¿Resultaba esto triste? No. A pesar de todo, por el momento no era más que un sueño ligero y feliz. Recuerdo que en el umbral de la infancia me obsesionó durante algún tiempo un determinado sueño: con angustia infinita, con indecible desesperanza, con una horrorosa nitidez enfermiza, discernía encima de mí, debajo, por todas partes, un vacío ilimitado y, en algún punto lejano situado a mi derecha, presentía el círculo rojizo del sol crepuscular, puro y claro pero inexpresablemente triste. Yo sabía que no podía acostarse jamás, viéndome a mí mismo en tal situación de soledad, tan absolutamente solo dentro de todo aquel vacío de antes de los tiempos y de aquella claridad sin poniente.

Este sueño era mucho más espantoso por el hecho de que, dormido incluso, yo sabía que era un sueño, un presagio, una pesadilla eterna. La nodriza me decía respecto a ello que eran tonterías —«Alexis, eso son tus dientes del juicio que están creciendo»— pero, el caso es que yo me pasaba el día fuera de quicio: me hacía el efecto de que el sueño continuaba y que ello le constaba al mundo entero, de forma tal que me sentía torturado por una angustia enorme.

Y ahora, para confirmar mi sensación de beatitud, como demostrándome que, a pesar de todo, primeramente las cosas eran de otra forma en aquel incomprensible sueño de la universal vida humana en el que me había internado sin hallar salida, detrás de mí se oyó un disparo atronador de fusil que llenó el bosque con su resonancia. A continuación se pudo oír un furioso piar, procedente de una bandada de mirlos que emprendían el vuelo, y los ladridos gozosamente enfurecidos de *Djalma*: era papá, ya despierto, quien había tirado.

Olvidando de repente todas mis reflexiones, corrí hacia él para recoger a las víctimas ensangrentadas, calientes todavía, que despedían un agradable aroma a bosque y a pólvora.

LIBRO II

I

El día en que comprendí que me iba de aquellos lugares para siempre, salí de Kamenka con destino al liceo y tomamos una carretera que no conocía todavía, sentí por primera vez la poesía de los grandes caminos abandonados y la vieja alma del país ruso que se perdía en su pasado y en lo recóndito de la tradición.

Los grandes caminos reales tocaban a su fin. El que tomamos, también estaba condenado. Sus antiguas cunetas se hallaban invadidas por la hierba, y los vetustos sauces que se alzaban todavía a lo largo de aquella espaciosa soledad, tenían un aspecto errabundo y melancólico. Me acuerdo de uno particularmente solitario y anciano, con el tronco agrietado y partido por una tormenta.

Sobre él se había posado un cuervo enorme y negro como un tizón, y mi padre me hizo observar —cosa que despertó mi imaginación— que los cuervos viven a veces centenares de años y que aquel quizás había conocido la época de la dominación de los tártaros. ¿Dónde residía el encanto de lo que acababa de decirme y de lo que experimenté yo entonces? ¿En la sensación viva de Rusia por el hecho de ser mi patria? ¿En el instinto de una relación con un lejano pasado común, que siempre nos ensancha el alma y amplifica nuestra existencia personal, evocando de manera inquietante y refulgente nuestra pertenencia a ese todo?

Papá decía que el tártaro Mamaï en persona había atravesado lugares en otros tiempos y que, viniendo de las bajas llanuras en marcha sobre Moscú, había saqueado nuestra población; me dijo también que íbamos a pasar en seguida delante de Stanovaïa, un pueblo grande, que hasta hacía poco había sido una famosa guarida de bandoleros, célebre sobre todo a causa de un tal Mitka, asesino tan terrible que, cuando se apoderaron de él, no se contentaron con colgarlo sino que además lo hicieron descuartizar.

Recuerdo que, justamente en aquel instante, entre Stanovaïa y nosotros, a la izquierda de la carretera, pasó un tren, espectáculo completamente inédito para mí. Comenzaba a oscurecer detrás nuestro y el sol se inclinaba hacia el poniente, iluminando de lleno aquel juguete mecánico que nos adelantaba rápidamente, corriendo hacia la ciudad.

Era una pequeñísima pero pretenciosa locomotora, cuya chimenea con capucha soltaba una cola de humo, e iba seguida por unas casitas verdes, amarillas y azules, con ruedas que giraban apresuradamente debajo de ellas. La locomotora, aquellas casitas tan agradables que daban ganas de vivir en ellas, sus pequeñas ventanas resplandecientes frente al sol, aquella carrera apresurada y mortecina de las ruedas, todo ello resultaba estrafalario y muy divertido.

De todos modos, me acuerdo perfectamente de que me seducía mucho más otra cosa, una cosa que se perfilaba en mi imaginación. Allá abajo, pasado el ferrocarril se divisaban los tejados de aquel misterioso y terrible pueblo: Stanovaïa. Esto trajo a mi mente la visión imaginativa de los Tártaros, de Mamaï y Mitka.

Sin duda alguna, aquella noche fue cuando adquirí conciencia de ser ruso y de vivir, no solamente en Kamenka, en tal distrito o en tal cantón, sino en Rusia. También tuve de pronto la noción de su pasado, de su presente, de su vida complicada e inmensa, de sus singularidades de salvajismo, a veces extrañas pero siempre fascinantes, y por último de mi inmediato parentesco con ella.

II

En fin de cuentas, todo era muy ruso en el lugar donde transcurrieron mis primeros años.

Veán, por ejemplo, ese pueblo de Stanovaïa. Más tarde, naturalmente, fui allí muchas veces y pude comprobar que hacía tiempo que ya no había bandoleros. No obstante, nunca logré ver aquellos andurriales con toda su sencillez; no en balde, al parecer, sus habitantes tenían fama de malhechores natos.

Acto seguido he de hablar del célebre empinado: la carretera, en las cercanías de Stanovaïa, bajaba por un barranco bastante profundo, llamado por nosotros «el empinado». No sé por qué aquel lugar inspiraba siempre un terror casi supersticioso a todo viajero rezagado, fuese cual fuere la estación del año en que pasase por allí su vehículo. Más de una vez, yo mismo experimenté en mi juventud ese terror exclusivamente ruso hacia «el empinado» de Stanovaïa.

Por aquella carretera eran muchos los parajes de mala fama donde antaño, eligiendo el momento propicio, surgían de las hondonadas y espesuras, cerrando el paso, unos robustos mocetones de fino oído que habían sabido sorprender en el silencio de la noche el lejano lamento cantarín de un cascabel o bien el simple traqueteo de un coche sobre el camino; pero «el empinado» de Stanovaïa era el más célebre de todos.

Por la noche, al ir llegando allí, a pesar suyo tenía uno el alma en un puño y se preguntaba qué sería lo más peligroso: ¿lanzar los caballos al galope, o bien llevarlos al paso, tratando de sorprender el menor ruido?

Se lo imaginaba uno todo: «ya está, helos aquí, viniendo sin prisas a cortarte el camino, hacha en mano, rígidos y encorvados, con el gorro echado sobre los ojos». Y, de repente, casi se les veía detenerse y ordenar con voz discreta, con afectada calma: «Aguarda un minuto, mercader...».

Y ¿qué era más terrible?, ¿oír aquella conminación en medio de la paz silenciosa y de la tranquila penumbra de las noches estivales, o bien a través del susurro del cierzo cuya blanca tormenta le cegaba a uno? Otras veces era bajo las estrellas glaciales y aceradas del otoño, a cuya pálida luz se veía extenderse en los alrededores, negra y muerta, la tierra, mientras las ruedas del coche armaban un estruendo infernal sobre la carretera helada y endurecida como la piedra.

Después de Stanovaïa, el gran camino estaba cortado por una carretera nacional

empedrada, «la calzada», y allí había una barrera ante la cual era necesario pararse y esperar a que el soldado de Nicolás, saliendo de su garita pintada de dos colores, viniese a levantar el poste que interceptaba el paso. Entonces, con un chirrido de cadenas, la barrera se alzaba lentamente.

Tanto la garita, como la barrera pintada con anillos blancos y negros y el soldado con enormes patillas de pelo gris, formaban la Rusia de un ayer relativamente cercano, la de los Gogol y de los Pushkin. Pero algo más lejos, las épocas volvían a entremezclarse: la carretera bordeaba primeramente un Burgo Castaño^[20]; seguidamente pasaba delante de una ciénaga de inmundicias cuyo nombre, por lo indecente, no puede transcribirse aquí, y finalmente desembocaba en el pavimento, entre los nuevos edificios de la prisión y un antiguo monasterio.

La propia ciudad estaba también orgullosa de su antigüedad, y tenía perfecto derecho a ello, puesto que verdaderamente era y sigue siendo una de las más antiguas ciudades de Rusia, situada en plena Tierra Negra, en los confines de las grandes estepas y sobre la línea fatídica, pasada la cual se extendían en otros tiempos «Tierras salvajes e ignoradas».

En la época de los principados de Souzdal y de Riazan, se contó entre los principales reductos del país ruso, entre aquellas ciudades que, según expresión de los cronistas, fueron las primeras en respirar tormenta, polvo y frío, bajo la amenaza de las nubes asiáticas que aparecían a cada instante. También fueron las primeras en ver, tanto de día como de noche, los terroríficos resplandores de los incendios provocados por el invasor, las primeras en avisar a Moscú el peligro inminente y las primeras en defenderla dejando en ello sus huesos.

La ciudad, como es natural, había pasado ya en varias ocasiones por todas las pruebas que son de rigor: en tal siglo «la dejó hecha un montón de ruinas» determinado kan tártaro, en tal otro siglo repitió la hazaña otro kan, y así tres o cuatro veces. Asimismo fue devastada unas veces por una gran conflagración y otras por el hambre, la peste y el miedo.

En estas condiciones, ciertamente no le fue posible conservar vestigios materiales de su historia. Pero, a pesar de ello, el alma de antaño se reflejaba allí con rasgos acusados, tanto en la rudeza de costumbres de la casta de mercaderes y de la pequeña burguesía como en el descaro y procacidad de la gente de arrabal, o sea de los habitantes del Arrabal Negro, de la Ribera Baja y del Caballo Salvaje, localidad ésta que dominaba el río desde lo alto de las rocas amarillentas que me habían asombrado en mi primera infancia y desde las cuales, según afirmaban, se había precipitado un príncipe tártaro con su corcel.

¡Y la variedad de aromas que tenía aquella ciudad! Apenas se cruzaba la barrera ya se la distinguía muy bien, con sus innumerables iglesias, resplandeciente a lo lejos en una inmensa hondonada, y en seguida empezaba a oler: primeramente se percibía la pestilencia de la ciénaga que no se puede citar, luego venían las fábricas de curtidos, los tejados de plancha recalentada por el sol, la Plaza de las Virutas donde

en los días de feria se concentraba la muchedumbre de los *mujiks*, y más lejos unas emanaciones que eran ya indefinibles. En general de allí emanaba todo cuanto es propio de una vieja y rica ciudad de Rusia.

III

Me pasé cuatro años en el liceo viviendo a pensión en casa de un tal Rostovtsev, de la pequeña burguesía. Con esto quiero decir que compartí un ambiente mezquino y pobre. Por lo demás, no podía ir a ninguna otra parte, puesto que los ciudadanos ricos no necesitaban pensionistas.

¡Qué terrible fue, al principio, aquella nueva existencia! Era mi primera noche en la ciudad, la primera después de haberme separado de mis padres, la primera en una soledad absoluta y además en un ambiente nuevo y desagradable, en dos pequeñas habitaciones estrechas, entre gentes desconocidas y extrañas a más no poder, a las que yo, hijo de familia acomodada, consideraba como seres de baja extracción, no obstante lo cual tenían cierta autoridad sobre mí, cosa que ya por sí sola era espantosa.

Los Rostovtsev tenían otro pensionista, un muchacho de mi edad y de la misma clase en el liceo, hijo natural de un propietario de Batourino, un mozalbete llamado Glébotchka. Pero aquella noche no trabamos la menor relación porque él permanecía ariscamente en su rincón, como una fierecilla en la jaula, silencioso, taciturno y obstinado, dirigiéndome miradas de soslayo como una bestezuela desconfiada, mientras que yo no sentía ninguna prisa por solicitar su amistad dado que me parecía un muchacho muy ordinario y consideraba que tal vez convenía guardar las distancias.

Estando todavía en Kamenka me enteré de que tendríamos que vivir juntos, y cierto día oí como la nodriza le daba un sucio apelativo relacionado con su nacimiento ilegítimo. Además coincidió que el tiempo estaba gris. Al caer la tarde llovizó, la interminable calle pavimentada que yo contemplaba por un ventanuco estaba inanimada, desierta, y sobre un árbol casi desnudo, detrás de la empalizada de la casa de enfrente, un cuervo, abombando el dorso, se dedicaba a lanzar graznidos que no presagiaban nada bueno, mientras que, de un alto campanario que se erguía a lo lejos por encima de los polvorientos tejados de hierro, resonaba a cada cuarto de hora, como burlándose, un canto suave, quejumbroso y desesperado.

En una tarde parecida, mi padre pronto hubiese gritado que se encendieran las luces y que se sirviera el té, o bien que se preparase la mesa antes de la hora de la cena: «¡Estos días tan fastidiosos y aburridos no encajan conmigo!». Pero allí no se encendían luces hasta que el día no había declinado por completo, y no se sentaban a la mesa sin saber cuándo ni cómo, sino que todo se hacía a una hora fija.

Por lo menos así ocurrió aquella vez: se encendieron las lámparas solamente

cuando todo estuvo oscuro y hubo regresado de la ciudad el dueño de la casa. Éste era un hombre de esbelta y elevada estatura, de rostro curtido, con una barba negra salpicada de hebras de plata y extremadamente parco en sus palabras. Invariablemente se mostraba sermoneador y exigente, aparte de lo cual sustentaba unos sólidos principios consistentes en una especie de código elaborado de una vez para siempre, «no por nosotros, pobres imbéciles, sino por nuestros padres y abuelos».

Se dedicaba a la compraventa de grano y de ganado, ocupación que le obligaba a desplazarse con frecuencia. Pero incluso estando ausente, en su casa y en su familia (una gentil y pacífica esposa, dos dulces niñas y un hijo de dieciséis años), reinaba un verdadero espíritu de austera decencia: silencio, orden, una actividad razonable y una voluntad determinada en cada gesto y en cada palabra.

En aquellos momentos, en medio del crepúsculo melancólico, la dueña de la casa y las niñas, sentadas y ocupadas en labores propias de mujeres, aguardaban en silencio pero en actitud alerta el regreso del cabeza de familia para la hora de cenar. Y en cuanto se oyó la puerta, las tres fruncieron levemente el entrecejo:

—Mania, Ksioucha, poned la mesa —dijo suavemente la madre, dirigiéndose a la cocina.

Él entró apaciblemente serio, quitándose la gorra y la pelliza en el angosto vestíbulo. Solamente conservó un ligero caftán gris que, junto con su blusa de cuello bordado y sus botas suaves de piel de becerro, contribuía a darle un aspecto netamente ruso.

Tras dirigir algunas palabras afables a su mujer, se lavó cuidadosamente las manos y las sacudió encima de un lavabo de cobre empotrado en la cocina. Ksioucha, la mayor, bajando la vista le tendió una amplia toalla muy limpia. Entonces se secó sin prisa, arrojó con un aire gravemente jocoso la toalla a la cabeza de la pequeña — que enrojeció de placer— y entrando en la habitación se persignó varias veces con un gesto hermoso y preciso, a la par que se inclinaba hacia el pequeño icono del rincón.

Me acuerdo también con todo detalle de mi primera cena en casa de los Rostovtsev, y no precisamente porque se compusiera de platos que me eran completamente extraños. Primeramente, sirvieron una sopa de patatas; luego, sobre una redonda bandeja de madera, unas tripas grisáceas y reseca que el dueño de la casa cortó en pequeños trozos cogiéndolas sencillamente con las manos, y que a mí me pusieron malo por el olor que desprendían. A continuación le tocó el turno a una sandía salada y, para terminar, alforfón hervido con leche.

Pero no se trata de esto. Lo importante es que, habiendo yo comido solamente la sopa y algo de sandía, el dueño de la casa me miró dos veces y acabó por decirme, secamente:

—Hay que acostumbrarse a todo, mi pequeño señorito. Aquí somos gente sencilla, verdaderos rusos; comemos galleta sin marca y no tenemos cosas de requisito.

Me pareció que había pronunciado estas últimas palabras con un tono casi altanero, singularmente ponderado e imperativo: y entonces fue cuando noté el primer soplo del viento que debía respirar más adelante con tanta fuerza en la ciudad: el orgullo.

IV

El orgullo, en las conversaciones de Rostovtsev, se dejaba sentir con bastante frecuencia. ¿De qué se sentía tan orgulloso? Con toda seguridad de que los Rostovtsev se consideraban auténticos rusos por el hecho de llevar una vida completamente singular, sencilla y modesta en apariencia, pero que sin embargo era la verdadera existencia del hombre ruso, entre todas la mejor por no ser modesta más que en apariencia. En el fondo la creían próspera como no era posible ver en parte alguna, teniéndola como la procreación del espíritu multiseular de una Rusia que, entre todos los países del mundo, era el más rico, el más fuerte, el más justo y el más glorioso.

¿Pero acaso este orgullo era únicamente una peculiaridad de Rostovtsev? Más adelante supe que tal peculiaridad la compartían muchos otros, e incluso ahora veo todavía una cosa: aquella soberbia era, en cierto modo, un signo de los tiempos que se experimentaba particularmente en aquella época, y no solamente en nuestra ciudad.

¿Qué fue de ella más tarde, cuando Rusia tomó el camino de su perdición? ¿Cómo no salvaguardamos todo aquello que con tanto orgullo llamábamos ruso y cuya fuerza y justicia nos proporcionaba, al parecer, tanto aplomo? Sea como fuere, sé con exactitud que crecí en la época de mayor predominio del espíritu ruso, de lo cual se tenía entonces conciencia plena.

El campo de mis observaciones de adolescente no era muy amplio y, sin embargo, lo que yo observaba entonces era, lo repito, muy significativo. Con el tiempo me enteré de que Rostovtsev no era ni mucho menos el único que se expresaba de aquella manera: en muchas ocasiones pude oír alguna que otra manifestación falsamente resignada —«vean ustedes, no somos más que una pobre gente, tan pobre que hasta nuestro propio soberano, Alejandro Alexandrovitch, gasta botas sin curtir»— y todavía ahora es indudable para mí que las opiniones de Rostovtsev caracterizaban perfectamente, no solamente el espíritu de la ciudad, sino en general el criterio de todos los rusos de aquella época.

En la expresión de aquellos sentimientos había evidentemente, mucha «pose», mucha afectación —así obraba cualquier caballero, en cualquier cruce, frente a una iglesia percibida al extremo de la calle—, mucho quitarse el gorro, mucho persignarse e incluso prosternarse. Claro está que estos papeles no eran siempre representados hasta el final, que muchas veces las palabras no concordaban con el género de vida que se llevaba, y que respecto a los sentimientos eran sustituidos a

menudo por otros completamente contrarios. ¿Pero qué era lo que predominaba a pesar de todo?

Cierto día Rostovtsev, indicando el alféizar de una ventana sobre el cual había trazado algunas señales con tiza, dijo:

—¿Qué significan entre nosotros los tramposos y traidores? Eso no es ruso. En los buenos viejos tiempos no tenían ni idea de que existiesen; el comerciante anotaba sencillamente con tiza, así, lo que Fulano o Mengano le debía. Si el deudor olvidaba el plazo por primera vez, el comerciante se lo recordaba cortésmente. Si transcurría un nuevo plazo, le advertía: «¡Ten cuidado, no te olvides por tercera vez o si no lo borraré todo! ¡Y tú serás quien se sentirá terriblemente avergonzado!».

Los hombres de este tipo, realmente eran poco numerosos. Rostovtsev, según la naturaleza de sus ocupaciones, era un *kulak*^[21], pero se comprende que él no se consideraba como tal ni tenía por qué considerarse así: a justo título se denominaba a sí mismo simplemente comerciante, y no tenía absolutamente nada en común, no solamente con los demás *kulaks*, sino en general con la mayoría de nuestros conciudadanos. A veces entraba en nuestra habitación, la de los pensionistas, y nos interrogaba de repente, con una leve sonrisa:

—Vamos a ver, ¿os han dado hoy versos para aprender?

Contestábamos afirmativamente.

—¡Ah! ¿Cuáles son?

Nos poníamos a recitar:

«El cielo a la hora de la ronda adelantando a la luna brilla a través de la escarcha de cristal helado...».

—Esto no marcha —decía—. No lo entiendo.

Nosotros tampoco lo entendíamos, y era que nos habíamos saltado las comas. Aquello no marchaba, efectivamente. Y no sabíamos qué contestar, pero él volvía a preguntar:

—¿Qué viene después?

—Después: «A la sombra de un viejo roble, un pajarillo de hermosa voz cantaba en la enramada, quebrada por un viento atroz...».

—Sí, no está mal... Es agradable, es bonito... Pero recítadme los versos del oficio vespertino, y también aquello de «bajo el manto de los cielos»...

Lleno de confusión, yo empezaba:

«Ven, tú, débil, y ven con alegría; la campana nos llama a la oración vespertina...».

Nos escuchaba con una dulce sonrisa, cerrando los ojos. Luego le leía a Nikitine: «Bajo el amplio manto azul del cielo, vislumbro al infinito las estepas...». Era una prolija y entusiasta descripción de los amplios espacios, de las inmensas y variadas riquezas de Rusia, de sus obras y de su poderío. Y cuando llegaba a la altiva y radiante perorata de: «¡Eres tú, mi Rusia soberana, mi piadosa patria!», yo veía que apretaba las mandíbulas y palidecía.

—¡Esto sí que son versos! —exclamaba, volviendo a abrir los ojos y esforzándose por calmar su agitación.

Y, levantándose, salía murmurando:

—¡Eso es lo que hay que aprenderse bien! Y sin embargo, ¿quién lo ha escrito? ¡Uno de los nuestros, un hermano, uno del país!

La demás «gente del comercio» de la ciudad, grande y pequeña, difería, repito, de su manera de ser, y, por lo regular, toda la fuerza se les iba por la boca, lo que no era obstáculo para que en los negocios se portasen como bandidos, «tratando de despellejar vivas a las personas», engañando en la medida y en el peso como los últimos de los bribones, mintiendo y perjurando sin escrúpulos ni decoro alguno, viviendo entre la suciedad y la grosería, criticándose los unos a los otros, fanfarroneando en todo momento, respirando a pleno pulmón malevolencia y envidia entre ellos, burlándose con ferocidad y bajeza de los tontos y de las tontas, de los incapacitados y de los «inocentes» que abundaban en la ciudad, tratando a los *mujiks* con un desdén que nada podía disimular.

Pero tampoco eran unos santitos los demás conciudadanos de Rostovtsev. Respecto a esto, todo el mundo sabe lo que era, lo que es y ha sido siempre el funcionario ruso, el ruso director de algo, el ruso hombre de la calle, el *mujik* ruso, el obrero ruso. Sin embargo, todos ellos poseían también cualidades. En cuanto a ese prevalecer de Rusia y de todo lo ruso, no se andaban por las ramas e incluso exageraban la nota.

Rostovtsev no era el único que podía palidecer de orgullo escuchando el apostrofe de Nikitine: «Tú, mi Rusia soberana...», o bien hablando de los héroes de la historia nacional, de un Skobélev, de un Tcherniaev, del Zar —Emancipador Alejandro II—, o escuchando en la catedral, de labios de un diácono de plateada cabellera la muerte «del muy piadoso y todopoderoso autócrata, nuestro Soberano Alejandro Alejandrovitch».

Puede decirse que se vislumbraba casi con terror, de repente, sobre qué imperio realmente inconmensurable de países, pueblos y razas diversas, sobre qué innumerables riquezas de territorio y de fuerzas vivas, «de apacible y bienhechora vida», se erigía la corona de Rusia.

V

Mis comienzos en el gimnasio fueron más terribles de lo que hubiese podido sospechar. Mi primera noche en la ciudad había sido tal como me la había imaginado: ¡todo terminó! Pero lo peor de todo quizá fue que muy pronto me resigné con mi destino y que mi existencia se fue convirtiendo poco a poco en la vulgar vida de un alumno de liceo, exceptuando mi temperamento más bien impresionable.

La mañana era soleada la primera vez que mi camarada Glébotchka y yo nos

dirigimos al centro docente, y ello bastó para animarnos bastante. Además, ¡qué bien equipados íbamos! Hechos un brazo de mar, con prendas sólidas y elegantes que alegraban la vista: el calzado bien lustroso, el pantalón de paño de un color gris claro, una chaqueta azul marino con botones plateados, espléndidas gorras azules sobre el cabello recién arreglado, y unas hermosas carteras de colegial cuyo cuero crujía y olía bien, que contenía todo cuanto habían comprado para nosotros la víspera: manuales, plumieres, lápices y cuadernos.

Seguidamente se ofreció ante nosotros la brusca novedad y el aspecto de fiesta del gimnasio: un patio limpio y pavimentado; el brillo de los cristales y de los pomos de las puertas; el espacio y la sonoridad de los pasillos pintados de nuevo durante el verano, de las aulas claras, de las salas y de las escaleras; el tumulto y los gritos de una enorme masa juvenil que invadía el recinto con un nuevo entusiasmo después del descanso estival; el hermoso orden y la solemnidad del primer servicio religioso que abría el año escolar en la inmensa sala de fiestas; la primera formación, «de dos en dos, y lleven el paso, ¡marchen!», bajo el mando de un militar «de verdad», capitán jubilado que, con paso firme, se ponía a la cabeza de la fila; la primera avalancha para ocupar los bancos y, finalmente, la primera aparición del maestro en clase, vestido con el frac de cola-de-pingüino, exhibiendo unas gruesas gafas resplandecientes sobre sus ojos miopes y como estupefactos, alzando la barbilla y con la servilleta debajo del brazo.

En poco tiempo, todo este panorama se me hizo tan familiar que parecía que no había conocido otra cosa en mi vida. Y comenzaron a huir los días, las semanas y los meses...

Estudiaba con facilidad; bien únicamente en las partes del programa que me convenían más o menos, medianamente en lo que respecta a las demás, saliendo del paso gracias a mi aptitud para cazar las cosas al vuelo, exceptuando las materias que me repugnaban demasiado, como, por ejemplo, los aoristos.

Las tres cuartas partes de lo que nos enseñaban no nos era, desde luego, de ninguna utilidad, ni dejó huella en nosotros. En general la enseñanza era estúpida y burocrática, tal como ocurre en casi todos los establecimientos docentes del mundo entero, y ello de siglo en siglo. Nuestros profesores pertenecían en su mayoría a la especie de los mediocres y de los insignificantes; entre ellos se distinguían algunos chiflados a los cuales se les tomaba el pelo en clase de mil maneras distintas, e incluso dos o tres de ellos estaban locos de remate.

Había uno que era notable entre todos: padecía una fobia de la suciedad, no comía, no bebía, solamente hablaba adoptando grandes precauciones, temiendo el aliento de las personas, los contactos y roces, y caminando siempre por en medio de la calle; en el gimnasio, después de quitarse los guantes, sacaba inmediatamente un pañuelo para protegerse la mano, y solamente así tocaba las manijas de las puertas o la silla que tenía encima del estrado.

Por lo demás, era un hombre pequeñito, débil, con unos magníficos bucles

castaños peinados hacia atrás. Su frente era espléndidamente amplia, sus blancas facciones tenían una asombrosa distinción, y sus ojos oscuros, de mirada fija, contemplaban el vacío con una inmensa tristeza impregnada de dulzura.

Me sigo representando sin esfuerzo su ropa limpia como la nieve, su preocupación por sacudir la menor mota de polvo de su frac, el brillo de las uñas sobre sus manos de un blanco lechoso, lo extraño que resultaba una persona así en nuestra ciudad y la existencia terriblemente solitaria y secreta que vivía su alma perpetuamente muda.

¿Qué más puedo decir de mis años escolares, excepto que por entonces me convertí en adolescente? Pero cómo se realizó concretamente esta transformación, sólo Dios lo sabe. Mi vida, exteriormente, era completamente rutinaria y únicamente se introducían cambios en ella en las épocas en que mis padres venían a verme a la ciudad, o bien me llevaban a Batourino.

Siempre era la misma asistencia a las clases, la misma preparación melancólica y perezosa de lecciones y deberes para el día siguiente, la misma obsesión de las próximas vacaciones y los mismos cálculos sobre los días que faltaban para Navidad y para las grandes vacaciones. ¡Ah, si hubieran podido transcurrir más aprisa! ¡Como si nos hubieran dado tantos en la tierra que se pudieran malgastar!

Después de las vacaciones, me fue incluso agradable volver a mi prisión. En el gimnasio todo me era ya familiar, y sin embargo me resultaba inédito e interesante al principio: nuevas aulas, nuevos manuales y también algunos nuevos profesores y camaradas.

En cuanto a la ciudad debo decir que, con su animación, sus calles, sus iglesias, sus comercios, sus mercados, sus ruidos y sus olores, me proporcionó agradables sensaciones cuando volví a ella, de regreso del pueblo.

En resumidas cuentas, aquellos años los viví tristemente: experimentaba una continua sensación de servidumbre y de soledad, junto con el íntimo convencimiento de que estaba malgastando días y fuerzas en algo absolutamente inútil, en un ambiente grosero y penoso para una joven alma impresionable.

VI

Recuerdo una hermosa tarde del mes de septiembre. Vagabundeaba por la ciudad, pues conmigo no se permitían el lujo de obligarme a estudiar tirándome de las orejas como hacían con Glébotchka, quien lo único que ganaba con ello era un aumento de testarudez en su pereza. Mi alma se entristecía pensando en el verano que había pasado tan de prisa y parecía tener que durar eternamente, prometiendo la realización de mil planes maravillosos; mi alma se afligía por no tener nada en común con todos aquellos que pasaban por la calle, con cuantos regateaban en el mercado o hacían de mirones ante los escaparates de las tiendas.

Cada cual tenía sus asuntos y sus problemas, y todos ellos llevaban su existencia acostumbrada de adultos, ¡tan diferente a la del colegial solitario y melancólico que todavía no había conseguido identificarse como ellos con aquella clara y apacible tarde, repleta de abundancia otoñal! Únicamente experimentaba, aunque de una manera vaga, la sensación de esa abundancia; la ciudad reventaba de riquezas y de multitudes; era rica, puesto que comerciaba todo el año con Moscú, el Volga, Riga y Reval. En aquel entonces todavía era mayor su opulencia porque el campo vertía en ella, día y noche, todas sus cosechas; desde la mañana a la noche se descargaba el grano por todas partes, y en mercados y plazas se amontonaban los frutos de la tierra.

A cada momento se encontraba uno *mujiks* que caminaban apresuradamente por el centro de la calle, hablando en voz alta como hombres descansados, contentos de haber acabado con todos sus asuntos en la ciudad, de haber vendido y comprado todo lo necesario, habiendo ya echado un trago y, ya de regreso a sus hogares, secándose los labios con el revés de la manga, a guisa de servilleta.

También parloteaban con animación, deambulando por las aceras, todos cuantos se habían pasado el día estafando a aquellos *mujiks*: comerciantes al por mayor, pequeños burgueses curtidos y polvorientos, siempre animosos, que salían de buena mañana de la ciudad al encuentro de los campesinos, disputándose los entre ellos y llevándose los seguidamente, cada cual por su lado, a los mercados y tiendas; también ellos descansaban ahora, dirigiéndose hacia los cafetines a tomar el té.

Recta como una flecha, la calle Larga, que conducía fuera de la ciudad por la parte de la prisión y del monasterio, se hallaba anegada de polvo y del brillo cegador del sol, cuyo ocaso se encontraba justamente en el borde de su trayectoria. Entre aquel polvo dorado se deslizaba el enjambre de aquellos que, a pie o en coche, regresaban de las carreras de caballos —otra de las cosas que daban fama a la ciudad—. ¡Y hay que ver la cantidad de pisaverdes, lechuguinos y petimetres que pasaban por allí, la de damiselas adornadas como aves del paraíso que se veían, y la de carricoches en los que presumían pequeños comerciantes de abultadas nalgas, sentados al lado de sus jóvenes esposas y frenando a sus caballos!

En la catedral, las campanas llamaban para el oficio de la tarde; sobre la ciudad planeaba, musicalmente, un zumbido grave y cadencioso, y unos cocheros barbudos y ponderados conducían, en pesadas y confortables carretelas tiradas por unos negros caballos bien alimentados, a las viejas burguesas que iban con el cirio en la mano, sorprendentes por su amarillenta gordura y ostentación en joyas, o bien por su palidez sepulcral y su delgadez.

También recuerdo un día festivo en que había misa en la catedral. Por lo demás, era una soleada mañana de otoño. Por toda la ciudad imperaba cierta sensación de solemnidad. Nuestro capitán, antes de llevarnos a la iglesia, nos pasó revista en el patio del gimnasio, inspeccionando hasta el último botón. Los profesores iban vestidos de gala, con todas sus condecoraciones puestas y tocados con el bicornio. Desfilando por las calles, nos sentimos regocijados al notar que los transeúntes nos

miraban como si fuésemos, en cierto modo, oficiales dirigiéndonos a participar en la parada de aquella radiante jornada.

Hacia la catedral, afluían por doquier, a pie o en coche, los representantes de otros «departamentos»: más uniformes, condecoraciones, bicornios y charreteras con gruesos entorchados. Cuanto más nos acercábamos, más resonaba, pesado, macizo y solemne, el zumbido del bordón.

Pero he aquí el atrio. Alguien dijo: «¡Quítense las gorras!», y apretándonos unos contra otros, rompiendo las filas, nos deslizamos en el majestuoso frescor del pórtico abierto de par en par: el agobiante rebato del bordón rugía y tronaba allá arriba, sobre nuestras cabezas, acogiéndonos en su amplia y austera mansedumbre, tomándonos bajo su protección.

Y en la catedral, ¡qué muchedumbre, qué recargada magnificencia la del altar inundado de oro de arriba abajo, de placas doradas, de candelabros, de cirios llameantes, de dignatarios presurosos sobre las gradas recubiertas de paño rojo!

Para el corazón de un adolescente, todo aquello no era fácil de soportar; la cabeza la daba a uno vueltas a causa de la lentitud y de la pompa del oficio, de aquellas salmodias y de aquellos incensamientos, de las salidas procesionales del tabernáculo, del fragoroso tronar de los bajos y de los deliciosos agudos de los altos en el coro, de la ardiente y agobiante opresión de gruesas humanidades que le apretujaban a uno por todos los lados.

Aparte de esto, en algunas tardes la ciudad ardía en resplandores rojizos, con la humareda y la pestilencia que despedían las lamparillas encendidas a lo largo de las aceras, mientras las casas, empavesadas, se iluminaban en la oscuridad con monogramas y coronas llameantes.

Ésta es, entre mis primeras impresiones de la ciudad, una de las más memorables. Y he aquí que un día, Rostovtsev hijo, estudiante también en una clase superior, nos llevó a Glébotchka y a mí, con motivo de una de aquellas festividades, al parque municipal. Allí me quedé confundido ante la enorme multitud que, en la avenida principal se movía lentamente, a causa de la falta de espacio, oliendo a polvo y a perfume barato, mientras que en el extremo del paseo, dentro de un quiosco resplandeciente de farolillos venecianos, una orquesta militar esparcía los sonos lánguidos de un vals, rugiendo y atronando con todos sus cobres y timbales.

Rostovtsev se paró de repente, encontrándose cara a cara con una linda damisela que venía hacia nosotros con sus compañeras. Ruborizándose, se cuadró, bromeando, y le dirigió un saludo militar; ella, a su vez, enrojeció bajo su sombrero lleno de cintas, esbozando una sonrisa de felicidad.

Delante del quiosco de la orquesta y sobre una plazoleta que había en medio de un parterre, brotaba, regando las plantas con su fresco vapor, un chorro de agua en forma de surtidor. En lo que a mí se refiere, siempre me acordaré de aquel frescor, y del aroma exquisitamente refrescante de las flores regadas, que no eran otra cosa que flores de tabaco, como supe más tarde.

De esto me acuerdo particularmente porque aquel olor se unió en mí al sentimiento amoroso de que enfermé deliciosamente, por primera vez en mi vida, algunos días después. Gracias a ella, gentil e ingenua damisela, incluso hoy en día no puedo respirar el olor a tabaco. Pero lo más extraordinario es que ella no ha tenido nunca ni la menor idea de mi existencia, ni ha sabido que, durante toda mi vida, me he acordado de ella y del fresco surtidor de agua, junto con los compases de la música militar.

A veces me pregunto dónde estará ahora. Hasta este momento sigo viéndola tal como se me apareció aquella tarde, hará cosa de medio siglo, experimentando hacia ella una especie de gratitud así como la impresión de que existe un cierto lazo entre nosotros...

VII

Llegaron los primeros fríos: las plácidas jornadas de finales de otoño se tornaron avaras y plomizas. La ciudad, silenciosa y desierta, preparó para el invierno los chasis protectores de las ventanas; se encendieron las estufas, se sacó la ropa de abrigo y la gente se aprovisionó de cuanto es necesario en la época de las nieves, hallando ya cierta complacencia en imaginarse el bienestar hogareño que había de depararles la estación invernal y en esas antiguas costumbres que son herencia de los siglos.

—Los ánades emprenden el vuelo —declaró Rostovtsev con tono satisfecho al regresar a casa, bien abrigado de pies a cabeza e introduciendo en ella el hálito del invierno—. Acabo de ver todo un triángulo de ellos... Le he comprado a un *mujik* dos carretadas de coles; ahora las recibirás, Lioubov Andréevna. Me han dicho que las traerán en seguida. ¡Son unas coles que tienen un aspecto precioso!...

Y yo sentí que se me regocijaba el alma, sin dejar por ello de estar triste, triste... Abandoné un libro de Walter Scott, que me había traído de la biblioteca del liceo, y me puse a soñar. Hubiera querido comprender y expresar algo de lo que ocurría en mi interior. Me sentía yo emparentado con la ciudad y mi pensamiento la veía y la exploraba minuciosamente.

Allá abajo, en la barrera, había un antiquísimo convento de monjes. Todo el mundo afirmaba que allí, en cada celda, había siempre aguardiente y embutidos ocultos detrás del icono; lo que le preocupaba siempre a Glébotchka era saber si los monjes llevaban calzones debajo de sus sayales; yo, pensando en el monasterio, me acordé del tiempo de éxtasis enfermizo en que ayunaba y rezaba, deseando convertirme en un santo, y, por otra parte, me dediqué a meditar sobre la antigüedad de aquel convento, que fue más de una vez sitiado, tomado por asalto, incendiado y saqueado por los tártaros: presentía en ello algo muy hermoso que trataba doloridamente de comprender y que hubiera querido expresar en versos, en una ficción poética.

Por lo demás, pasando del monasterio a la ciudad por la calle Larga, se encontraban a mano izquierda unas callejuelas míseras y sucias que desembocaban en unos barrancos, y por entre éstos se deslizaba el pestilente afluyente del río, en el cual se empapaban y se pudrían las pieles: riachuelo poco profundo cuyo lecho arrastraba detritus de todas clases. Sobre sus orillas se alzaban verdaderas montañas de materia rojiza, de una pestilencia agridulce, y se extendían negros cañizos donde se secaban las pieles, así como unos sucios barracones donde las transformaban.

En éstos trabajaba formidable, fumando y soltando palabras soeces, una muchedumbre de seres terroríficos, increíblemente groseros y obscenos.

Aquellos lugares eran muy antiguos; por lo menos tenían tres o cuatro siglos de existencia. Pensando en ellos me sentí atormentado por el deseo de hablar también de tales andurriales y de inventar a este respecto alguna historia maravillosa.

Más lejos, pasado el riachuelo, se hallaban el Arrabal Negro, Agramtcha, las rocas escarpadas sobre las cuales se alzaba la localidad. Allí debajo había un río que se deslizaba desde hacía miles de años hacia el lejano mediodía, hacia los afluentes inferiores del Don, un río en el cual pereció en otros tiempos un joven príncipe tártaro que era, al parecer, el hijo predilecto de un glorioso conquistador de la tierra rusa: también hubiera querido imaginar algo referente a él y explicarlo en verso.

Decían que fue castigado por un icono milagroso de la Virgen Madre que por entonces se conservaba en la más antigua de todas las iglesias, la que dominaba el río exactamente enfrente de Agramtcha: antigua imagen ante la cual ardían inextinguibles lamparillas y donde siempre había alguna mujer envuelta en un chal oscuro.

Algunos devotos aplicaban fuertemente tres dedos de su diestra sobre su frente, fijando con insistencia una mirada afligida sobre un paramento de oro bruñido, cuyo brillo se esfumaba entre la cálida luz de las lámparas. En cuanto al precioso ropaje, dejaba entrever una estrecha estatuilla de un color marrón oscuro, el dorso de la diestra apoyado contra el pecho y, un poco más arriba, un rostro pequeño, también sombrío, medieval, humilde y dolorosamente inclinado sobre su hombro izquierdo, bajo los encajes de plata y los pliegues del ropaje sembrados de una flora de brillantes, perlas y rubíes.

Al otro lado del agua, fuera de la ciudad y sobre una inmensa depresión del terreno, se extendía el arrabal denominado Zarétchié, visible, como los demás alrededores, desde lo alto de las numerosas calles de la ciudad que bajaban en rápida pendiente hacia el agua.

Era toda una urbe singular, en la cual habitaban infinidad de mendigos, pillos y forajidos, y un verdadero reino de la vía férrea, en el cual, día y noche, en emocionante llamada dirigida a las lejanías hacia las cuales huían ahora las triangulares oleadas de los ánades salvajes, bajo un cielo moroso y frío, las locomotoras eructaban sus imperiosas señales, resonando libremente los acentos de su llamar melancólico en el ambiente frío y sonoro.

En aquel arrabal se alzaba la estación, conmovedora también con su olor a pastelitos fritos, a samovar y a café, olor al que se mezclaban las emanaciones humeantes de los trenes que, día y noche, salían de allí para todos los lugares de Rusia.

Recuerdo muy bien días semejantes, endebles, cortos, deliciosa y sombríamente tormentosos, tanto por las comodidades del hogar como por los sueños en los cuales me sumía y en los que, sin cerrar los ojos, desfilaban ante mí la antigüedad de la ciudad y los libres espacios otoñales que se percibían desde allí.

Aquellas jornadas se deslizaban cortadas por el aburrimiento de las clases en las cuales aprendía a la fuerza todo cuanto, según decían, me era indispensable saber, y luego vividas en la tibia y apacible calma de las dos pequeñas habitaciones burguesas, cuya tranquilidad se acrecentaba no solamente con el tic-tac adormecedor del despertador que estaba sobre la cómoda de Lioubov Andréevna, sino también con el leve tintinear de las agujas de hacer media entre las manos de Mania y de Ksioucha, que se pasaban las horas muertas haciendo aquel trabajo.

Como digo, aquellas jornadas transcurrían lentamente, uniformemente, y de pronto cambiaban de faz: en atardeceres singularmente aburridos, la puerta de la calle se oía de improviso, luego la del vestíbulo, hasta que, iluminando de alegría la casa, aparecía en el umbral mi padre con su gorro de pieles con orejeras y su pelliza desabrochada. Entonces yo me precipitaba hacia él, me echaba a su cuello y pegaba mis labios a los suyos, tan queridos, tan tibios debajo del bigote frío y humedecido por el hielo. Y siempre pensaba con arrobos: «¡Dios mío, qué diferente es él a todas las demás personas de esta ciudad! ¡No se parece en nada, en nada a los demás!».

VIII

La calle en que vivíamos cruzaba toda la ciudad. En nuestro barrio estaba desierta, despoblada, llena de edificios de ladrillos y casas de comerciantes que parecían deshabitadas. En cambio, en su parte media estaba muy animada porque pasaba junto al mercado. Por eso, allí se encontraba de todo: tabernas, escaparates, las mejores tiendas y buenas hospederías.

Entre éstas, la que se hallaba en la esquina de la calle Larga y que se llamaba *Hotel de la Nobleza* tenía un nombre muy apropiado, puesto que en ella únicamente se alojaban los propietarios nobles. Los transeúntes olfateaban en las claraboyas de la cocina los exquisitos aromas del restaurante, divisaban a los cocineros con sus gorros blancos, y, por los cristales de la puerta de entrada, veían una amplia escalera de suave pendiente, tapizada de paño rojo.

Mi padre, en la época de mis años de liceo, trataba de rehacerse por última vez: habiéndose instalado en Batourino, hipotecándolo, y después de haber vendido Kamenka a un rico *mujik* de Rojdestvo —todo ello bajo la apariencia de negocios

fructuosos—, se sentía de nuevo convertido en un rico hacendado, y por tal motivo, cuando iba a la ciudad, no se alojaba más que en el *Hotel de la Nobleza*, como en otros tiempos.

De esta forma, cuando él venía yo me encontraba de repente, por dos o tres días, trasplantado del hogar de los Rostovtsev a otro mundo completamente distinto, donde era nuevamente el hijo de familia acomodada a quien todos sonreían y saludaban: los «botones» de la entrada, los «suizos» del vestíbulo, los camareros, las doncellas, e incluso el pulido Mikhéitch, vestido con su amplio frac, con corbata blanca, antiguo siervo de los Chérémetiev, que había conocido un poco de todo durante su existencia —París, Roma, Petersburgo, Moscú— y que terminaba sus días, digna y tristemente, en un rincón de provincia cualquiera, donde hasta los simples caballeros adoptaban poses señoriales, empleando modales aristocráticos exageradamente desenvueltos y hablando con voces campanudas más bien a causa del vodka que por su condición señorial.

—¡Se le saluda, Alejandro Serguéitch! —exclamaban los cocheros delante de la entrada del hotel, rivalizando en celo—. Con su permiso, y perdone, ¿aguardamos a que vaya usted al teatro esta tarde?

Y mi padre que, como es natural, no podía dejar de sentir su falsa posición de hombre adinerado, se sentía sin embargo halagado por aquellos gritos y daba orden de esperar, a pesar de que en los alrededores del hotel había siempre tantos carruajes como se quisiese, de forma que no había ninguna razón para tener que pagar a los cocheros.

Una vez cruzada la puerta de entrada, se encontraba uno con un ambiente agradablemente caldeado, brillantemente iluminado por infinidad de lámparas, percatándose de todo cuanto hay de bueno y de señorial en los viejos hoteles de provincia reservados a los nobles, a sus reuniones y a sus congresos. Desde el pasillo de la planta baja que conducía al restaurante, se oían voces y risas. Alguien gritaba: «Mikhéitch, ve a decirle al conde, ¡el diablo me lleve!, que le estamos esperando».

Indefectiblemente, por la escalera que subía al primer piso venía a nuestro encuentro, haciendo girar dentro de sus órbitas con fingida alegría unos ojos acerados de gavián, un gigante con una pesada pelliza de viaje. Cuando se inclinaba a besar la mano de mi madre con una afabilidad cortesana, parecía al mismo tiempo un *mujik* y un gran señor. En cuanto a papá, contestándole con el mismo tono mundano, le estrechaba la mano con fuerza:

—¡Por favor, por favor, venga a visitarnos, príncipe! ¡Nos alegraremos de todo corazón!

Poco después se adelantaba por el corredor un joven bajito y bastante macizo con chaqueta plisada, blusa de batista, una cabellera rubia bien alisada, y unos ojos azules siempre humedecidos. Era un tal Micha Stankévitch quien, con voz ronca y chillona, empleando un tono extraordinariamente familiar (a pesar de no tener absolutamente nada en común con nuestra familia), gritaba desde lejos:

—¡Querido tío, querido tío, hace siglos que no nos vemos! He oído decir: «¡Arséniev...! ¡Arséniev...!» y en seguida me he preguntado si serías tú... Buenos días, querida tía —proseguía, sin tomar siquiera aliento, besando la mano de mamá con tal familiaridad que ella se sentía obligada a aplicarle un beso en la sien. Luego, vivamente, se volvía hacia mí.

—Buenos días, Alejandro —me saludaba, equivocándose como siempre con mi nombre de pila—. ¡Pero si estás hecho todo un hombre! Y yo, tío, ya ves, hace más de cuatro días que estoy aquí, esperando a ese condenado de Kritchevsky. Me ha prometido darme lo necesario para pagar al Banco, y después de ello, sin previo aviso, ¡demonio!, se ha largado a Varsovia... ¿Quién sabe cuándo volverá? Sólo Tartempion podría decirlo... Pero ¿ya has comido? Si no es así, bajemos juntos; hay toda una asamblea por ahí...

Entonces mi padre le abrazaba cordialmente, y así, de improviso, invitaba a su «sobrino» a comer, lo arrastraba consigo, lo recibía en sus habitaciones y, con la mayor animación, encargaba a Mikhéitch una Increíble cantidad de entremeses, platos variados, aguardientes y vinos.

¡Vaya una avidez terrorífica, en su manera de comer y de beber, la de aquel Micha! ¡Hay que ver lo bullicioso e incansable que era hablando, lanzando continuas exclamaciones, riéndose a carcajadas y mostrándose asombrado por cualquier nadería! Incluso hoy en día me parece estar oyendo su voz chillona y la frase que repetía impulsivamente:

—Vamos, vamos, tío, ¿me crees a mí capaz de semejante pillería?...

Aquella tarde estábamos todos sentados en la inmensa y glacial tienda de lona de los hermanos Truzzi, que olía fuerte y agradablemente a circo. Lanzando agudos gritos de cotorra aparecían en la pista, ante un público regocijado, los payasos de amplios calzones y faz enharinada, dando volteretas y cayéndose cuan largos eran con fingida torpeza; detrás de ellos, se destacaba la pesada silueta de un viejo caballo blanco que llevaba sobre su amplia grupa cóncava a una amazona de cortas piernas, revestida de una malla color de rosa, cuajada de lentejuelas doradas y exhibiendo unos robustos muslos de gimnasta.

La orquesta empezó a tocar una especie de marcha de vivo compás, y un hermoso tipo de negra barba, el director, vestido de frac, con sombrero de copa y botas altas, de pie en medio de la pista, hizo restallar, con golpes secos que parecían pistoletazos, un largo látigo de cuero; el caballo, iniciando un pesado galope, comenzó a recorrer el borde de la pista, la mujer se preparó, tensa como un muelle de acero, y de repente, lanzando un pequeño grito de coquetería, saltó y atravesó con estrépito el aro de papel que habían puesto ante ella dos ayudantes. Y cuando, esforzándose por ser más ligera que una pluma, se lanzó por fin de su caballo a la arena de la pista, cayendo doblando las rodillas, agitando sus manecitas, y bajo una tempestad de aplausos, con un andar exageradamente infantil, corrió a ocultarse entre bastidores, la orquesta, de pronto, se paró en seco (únicamente los payasos, deambulando por la pista como

imbéciles, desorientados, seguían gritando con voces roncas: «¡Otra vueltecita!»), el circo entero experimentó un delicioso escalofrío: los mozos aparecieron empujando una inmensa jaula de hierro, mientras detrás de las telas resonaban los ecos de un monstruoso rugido, como si alguien, invadido por dolorosas náuseas, vomitase: era un hálito tan imperioso que la tienda de los hermanos Truzzi se estremecía hasta su base.

IX

Después de la marcha de papá y mamá, los días en la ciudad parecían jornadas de Cuaresma.

Y como solían irse en sábado, aquella misma tarde me veía obligado a asistir a las vísperas de la pequeña iglesia de la Exaltación de la Cruz, que se hallaba en una oscura callejuela, próxima al gimnasio.

¡Dios mío, cómo me acuerdo de aquellas tranquilas y tristes veladas, de finales de otoño, bajo las bóvedas tenebrosas de aquel templo! Acostumbraban a llevarnos bastante antes de que comenzase el oficio, y henos allí, esperando, concentrados en el silencio y en la oscuridad.

No había nadie más que nosotros y alguna que otra vieja de aspecto sombrío arrodillada en un rincón, y no turbaba la quietud del lugar más que el apagado murmullo de sus fervientes oraciones y el chisporroteo de los escasos cirios y lamparillas que había delante del altar. La sombra se iba haciendo más densa y en las angostas ventanas la tarde iba entristeciéndose cada vez más, tornándose azulada, violácea, muriendo por fin...

De pronto se oían los pasos amortiguados por el calzado de goma de los oficiantes, vestidos con pesados ropajes invernales, que se encaminaban hacia el altar. Pero, después de esto, el silencio se prolongaba de nuevo y había que esperar todavía. En el santuario, cuya Puerta Sagrada estaba oculta por una cortina de seda roja, se realizaban misteriosos preparativos; luego, cuando apartaban aquel velo —momento siempre un poco inesperado y de cierta emoción—, largamente, entre el mayor silencio, humeaba el incienso ante el Tabernáculo, hasta el instante en que aparecía el diácono, quien, con voz moderada pero solemne, lanzaba la invitación: «¡Levantaos!», a la cual replicaba desde el fondo del santuario una voz humilde y triste: «Gloria a la santa, única e indivisible Trinidad», voz que era apagada entonces por el armonioso y apacible canto del coro: «¡A-me-én!».

¡Cuánto me emocionaba todo aquello! Era todavía un muchacho, un adolescente, pero había nacido con el sentimiento de todas aquellas cosas y, en los últimos años había conocido ya tantas veces aquella espera, aquel silencio concentrado anunciador del oficio, había oído tantas veces aquellas invitaciones seguidas por el *amén* que las apagaba, que todo ello representaba para mí una parte de mi alma que, presintiendo

cada palabra de la liturgia, respondía desde lo más profundo de sí misma, con la mayor premura: «Gloria a la santa y única»... Oía la voz conocida, la amada voz que llegaba débilmente desde el altar, y por todo mi cuerpo sentía como un delicioso escalofrío, de forma tal que, desde aquel momento, asistía al oficio como si me hallase embrujado.

«¡Vengamos a adorar, vengamos a adorar!». «¡Alma mía, bendice al Señor!». Oía esto mientras el sacerdote precedido por el diácono que llevaba un cirio, recorría la iglesia en silencio, llenándola con el aromático humo de su incensario, inclinándose ante los iconos.

Con frecuencia notaba que mis ojos se inundaban de lágrimas, puesto que había llegado a saber muy bien que no existía nada más grande ni más hermoso que aquello, que nada podía existir más bello sobre la tierra. Aunque Glébotchka me hubiese dicho alguna vez que, según el decir de algunos camaradas mal afeitados de los cursos superiores, Dios era un mito, no había de todas formas nada mejor en el mundo que lo que experimentaba en aquellos instantes, escuchando aquellas invocaciones, aquellos himnos, contemplando las llamitas rojas que lucían ante el mamparo dorado del vetusto altar, o bien al elegido del Señor, el muy santo y venerable príncipe Alejandro Nevski, erguido con toda su talla dentro de su armadura, pintado al fresco sobre una columna dorada cercana a mí, quien, en su temor a Dios y en su piedad, tenía una mano sobre su pecho, alzando hacia el cielo una mirada terrible y devota.

De esta forma se iba desarrollando el santo misterio. La Puerta del Santuario a veces se cerraba y a veces se abría, significando con ello, o bien nuestro destierro del Paraíso perdido, o bien la nueva contemplación del Edén. También se recitaban maravillosas oraciones vespertinas, que hablaban del afligido sentimiento de nuestra debilidad terrestre, de nuestra humildad y de nuestra aspiración a ser instruidos en las vías divinas.

Las bóvedas del templo reflejaban fulgores más acentuados y más cálidos al ser encendidos numerosos cirios como señal de las creencias humanas en el Salvador esperado y de la esperanza con que los corazones se iluminaban; con sólida fe en las larguezas divinas, resonaban humildemente las grandes invocaciones jaculatorias: «De las celestes beatitudes y de la salvación de nuestras almas... De la paz en el mundo y de la prosperidad de las santas iglesias...». Y nuevamente era la pobre y débil vocecilla la que rubricaba apaciblemente: «Ya que Tú eres digno de toda glorificación, honor y gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos...».

No, no es justo lo que he dicho de las catedrales góticas y de sus órganos: jamás he llorado en esas basílicas como lo hice en la pequeña iglesia de la Exaltación de la Cruz, en unas sombrías y áridas veladas. Después de haberme despedido de mis padres entraba en ella como si fuera en mi casa paterna, y entre aquellas bóvedas bajas, con su silencio, su tibieza y su penumbra, me sentía como extenuado.

Permaneciendo de pie, enfundado en mi largo capote, escuchaba la antífona de contrita humildad: «Que mi oración se purifique», o bien la deliciosa lentitud del canto: «Antorcha de paz, en santa gloria inmortal, nacido del Padre celestial, santo y bienaventurado Jesucristo...». Y me embriagaba con la visión de un Occidente místico que se me aparecía al oír sus estrofas: «Apareciendo al ocultarse el sol, viendo la luz vespertina...».

Asimismo, me postraba casi de hinojos al llegar el momento misteriosamente triste en que se sumía otra vez en un profundo silencio toda la iglesia, en que se apagaban de nuevo los cirios y se modulaba, prolongada y discreta, apenas perceptible, como procedente de la lejanía, la antigua oración de la primera alba: «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...», antífona interrumpida tres veces por apasionados sollozos de aflicción y de alegría: «Bendito seas, Señor, muéstrame tu justificación...».

¿Cómo es que me venían a los ojos aquellas lágrimas ardientes y sublimes, a las cuales me entregaba con embriaguez, a pesar de que ya entonces existiese en mí una gran cantidad de firmeza, de reserva y de disimulo? Quizás aquel llanto manaba sobre todo de una dolorosa presciencia que me iluminaba misteriosamente en aquellos momentos: no solamente presciencia de mi suerte, sino también adivinación de todos los destinos terrestres.

X

Me acuerdo también de muchas duras y grises jornadas de invierno, sombrías y fangosas al fundirse la nieve, cuando la vida rural en nuestro país se hacía singularmente penosa, cuando todo el mundo adoptaba un aire de fastidio y de malevolencia —¡como ser primitivo, el hombre ruso cede a las influencias naturales!—, y todo el mundo, hasta mi propia existencia, me atormentaba por su inutilidad y por la vanidad que todo ello encerraba.

Me viene a la memoria que durante semanas enteras solían desencadenarse tormentas de nieve asiáticas a través de las cuales apenas brillaban los faros de los campanarios. Me acuerdo de las heladas de la Candelaria que hacían pensar en una Rusia muy antigua, donde helaba «hasta partir las piedras»: entonces, sobre la ciudad recubierta por la cándida nieve, completamente perdida bajo las avalanchas, la blanca constelación de Orión lucía en un cielo negro como la pez.

Durante el día reverberaban siniestramente dos soles empañados, mientras que en la tensa y sonora inmovilidad de una atmósfera cruda, toda la ciudad expulsaba lentamente, salvajemente, las humaredas rojizas de sus chimeneas, a la par que crujía y crepitaba toda ella bajo la multitud apresurada de transeúntes y bajo los patines de los trineos.

El aliento de los caballos hirsutos y llenos de escarcha hasta los ojos, así como el

de los *mujiks* que los acompañaban tiesos como estacas, con el látigo en la mano, se desprendía en continuas volutas de vapor blanquecino.

Durante aquellos fríos un día murió congelada bajo el pórtico de la catedral una mendiga, Dunia la Inocente, que había vagabundeado durante medio siglo entero por la ciudad; y sus habitantes, que habían escarnecido siempre a aquella pobre mujer con la mayor de las crueldades, le organizaron de repente unos funerales casi principescos, lo cual incitó a Rostovtsev a leernos con tono moralista una de las páginas más atroces, profundamente rusa, de la Vida de San Procopio, que decía más o menos lo siguiente:

*En un muy crudo invierno
Cruel como ninguno,
Helado y tormentoso,
En que las altas nieves
Recubrieron la tierra,
Sepultando en su manto
Chamizos y palacios.
Por caminos y sendas,
Y en la misma ciudad,
Personas y animales
Perecían de frío,
Y hasta los mismos pájaros
Caían congelados
En techos y tejados.
Y ocurrió, por entonces,
Que un bienaventurado,
En su cuerpo desnudo
Padeció la rudeza
De aquel hielo implacable.
Cierta noche se fue
Hacia humildes moradas
En busca de cobijo,
Solicitando, el pobre,
Un lugar junto al fuego.
Apenas se mostraba,
Los unos le pegaban,
Los otros se encerraban,
Y algunos le imprecaban:
—¡Largo de aquí, tú, Idiota!
Ante tal actitud
Y viendo en un recodo
Yacer sobre la paja,
Encima de la nieve,*

*A unos perros mastines,
El Santo se tumbó,
Buscando allí calor.
Pero hasta aquellas bestias,
Al verle, le ahuyentaron.
Y el santo, regresando
Al portal de la iglesia,
Lleno de escalofríos,
Se sentó, entristecido,
Dispuesto ya a morir.
Y exclamó, quejumbroso:
«¡Señor, bendito seas!
Mastines y personas
Son lo mismo, aquí abajo;
Igualmente feroces,
Igualmente falaces...».*

Por extraño que parezca, me acuerdo en este preciso momento de un baile que se celebró en el liceo de las chicas, el primer baile al cual asistí. Era también una época de hielos y grandes fríos. Al regresar de clase, camino de casa, Glébotchka y yo pasamos por la calle en que se hallaba la escuela de muchachas, en cuyo patio estaban igualando ya los montones de nieve a ambos lados del camino que conducía a la entrada, a la par que colocaban una doble hilera de hermosos abetos recién cortados.

El sol se ocultaba; todo era puro, juvenil y adquiría un tono sonrosado: la calle nevada, los techos recubiertos de nieve, las paredes de las casas, sus cristales con reflejos dorados de mica, y el aire mismo, que le llenaba a uno el pecho de un ozono exuberante.

A la salida del liceo nos encontramos con las colegialas, todas ellas bien abrigadas, calzadas con botitas forradas y gentilmente cubiertas con sombreritos o gorros de punto. Eran jovencitas de largas pestañas, en las que se posaban las perlas de la escarcha, y de ojos resplandecientes. Algunas de ellas, al pasar, nos dijeron afablemente, con voz sonora: «¡Tengan la amabilidad de venir a nuestro baile!», y aquella conmovedora sonoridad de sus palabras logró despertar en mí las primeras sensaciones de todo cuanto había de singular en aquellas pieles, en aquellas botitas, en aquellos gorros, en aquellos tiernos rostros, animados por largas pestañas húmedas y ardientes y por rápidas ojeadas: sentimientos más adelante que debían apoderarse de mí con tanta fuerza...

Después del baile, permanecí largo tiempo embriagado con los recuerdos que suscitaba en mi interior: recuerdos sobre aquel hermoso, pimpante, ligero y presto estudiante que, con su uniforme azul recién estrenado y sus guantes blancos, con el alma estremecida de gozo y de gallardía, se mezclaba con la engalanada

muchedumbre de jovencitas, corría por pasillos y escaleras, tomaba refrescos en el ambigú, se deslizaba entre los bailarines sobre un pavimento recubierto de un polvillo aterciopelado, en una inmensa sala mundana por la claridad opalina de las lámparas y que resonaba con el triunfal estrépito de la orquesta militar instalada en una galería.

Aquel jovencito aspiraba aquellas cálidas fragancias, que eran como un ensueño para los novicios del baile, y se quedaba extasiado a la sola vista de un lindo zapatito, de una blanca esclavina, de un simple chal de terciopelo negro, de un lazo de seda en una mata de pelo, o ante cada corpiño juvenil que se ensanchaba estremecido en un voluptuoso vértigo después del vals.

XI

En la clase de tercero le dije al director una palabra insolente que por poco me cuesta la expulsión del gimnasio. En la lección de griego, mientras el profesor nos estaba explicando algo, escribiendo en la pizarra con mano firme y ejercitada y rubricando sus golpes de tiza con una visible satisfacción por su propia destreza, yo releía por centésima vez, sin escucharle, uno de mis pasajes preferidos entre todos los de la *Odisea*: aquel en que aparecen Nausícaa y sus siervas en la orilla del mar, hilando. Y de pronto se presentó en la clase el director, que acostumbraba a recorrer los pasillos y a echar un vistazo a través de las puertas de vidrio. En seguida se dirigió directamente hacia mí, me arrancó el libro de las manos, y me gritó con furia:

—¡Anda a ponerte en aquel rincón hasta el final de la lección!

Me levanté y, palideciendo, respondí:

—¡No me grite ni me tutee! ¡Ya no soy ningún chiquillo!

Efectivamente, ya no me sentía un niño.

A primeros de septiembre del mismo año, cuando pasé a cuarto curso, quiso de repente trabar amistad conmigo uno de mis camaradas, un tal Vadim Lopoukhine. Cierta día se acercó durante el recreo, me cogió el brazo por encima del codo y, dirigiéndome a los ojos una mirada inexpresiva, dijo:

—Escucha, ¿quieres ingresar en nuestro círculo? Hemos fundado un círculo de estudiantes nobles, para no tener que codearnos con todos esos pequeños burgueses. ¿Comprendes?

Era, bajo todos los aspectos, mucho mayor que yo, porque repetía todos los cursos, y tenía ya una estatura achaparrada de hombrecito, rubio, con los ojos claros y un ligero bozo dorado sobre el labio superior. Se notaba que estaba ya al corriente de todo y que lo había experimentado todo, viéndosele vicioso y muy satisfecho de serlo, como si ello fuese una señal de buen tono y de madurez.

Durante el recreo se paseaba distraídamente y con presteza entre los demás, con un andar ligero y señorial, con paso elástico y sonoro, adelantando el busto con negligente desenvoltura, las manos metidas en los bolsillos de un amplio y ligero

pantalón, siempre silbando y mirándolo todo a su alrededor con una fría curiosidad un tanto irónica; solamente se acercaba a charlar con los «suyos», y cuando se cruzaba con alguno de los vigilantes del liceo, le dirigía un pequeño signo amistoso con la cabeza como si se tratara de algún viejo conocido.

Por aquella época, yo empezaba a observar de cerca a la gente y a seguirla con la mirada, y mis simpatías y antipatías comenzaron a concretarse y a dividir a las personas en categorías, de las cuales algunas se me hicieron para siempre abominables. Lopoukhine era precisamente uno de aquellos a quienes yo detestaba. Y, sin embargo, me sentí halagado, di mi aprobación con respecto a lo del círculo, y entonces me invitó a ir, aquella misma noche, al jardín municipal.

—Primeramente, tienes que conocer mejor a algunos de los nuestros —dijo— y además te presentaré a Nalia R... Es todavía alumna del gimnasio y sus padres son muy engreídos, pero ella ya ha pasado por todas las pruebas, por el fuego y el agua, llamémoslo así. Es inteligente como un diablo, alegre como una francesa e incluso puede vaciar una botella de champaña sin que la ayude nadie. Es pequeña de estatura, muy pequeña, y con el pie de un hada... ¿comprendes?...

Mientras me hablaba de este modo, me seguía mirando a los ojos, pensando, o haciendo ver que pensaba en cosas muy distintas a las que decía.

Y he aquí que inmediatamente después de esta conversación se produjo en mí algo completamente extraordinario: por primera vez en mi vida me sentí, no solamente enamorado de aquella Nalia que me imaginaba por las palabras de Lopoukhine —tendencia amorosa que no se parecía en nada a la pasajera sensación, ligera, misteriosa y bella que me había rozado a la vista de Sachka, primero, y luego al cruzarme con el joven Rostovtsev, que iba acompañado de una joven, un día de fiesta nacional—, sino que, además, experimenté una sensación viril, completamente carnal.

¡Hay que ver con qué impaciencia esperé la llegada de la tarde! «¡Bueno, al fin llegó!», pensaba. Pero ¿el qué, a resumidas cuentas? ¿Qué? Un límite fatal, largo tiempo deseado, por el cual debía pasar el temible umbral de un paraíso del pecado. Y ya me hacía el efecto de que todo ello ocurriría, o por lo menos comenzaría aquella misma tarde.

Me fui a casa del peluquero, estuve luego casi una hora lavándome, cepillándome y acicalándome en casa, y cuando salí hacia el jardín municipal, noté que tenía las manos heladas y que las orejas me ardían. Nuevamente, vi la banda de música y el surtidor que esparcía generosamente su polvillo líquido; un aroma refrescante, en cierto modo femenino, se desprendía del parterre e inundaba la atmósfera de aquella tarde otoñal; pero la reunión era poco numerosa y me producía algo de vergüenza el caminar aparte, a la vista de todos, en aquel grupo escogido de «estudiantes nobles», cambiando con ellos frases con cierto regusto aristocrático.

Ahora bien, de repente, ¡vaya impresión que recibí! Por la avenida se adelantaba a nuestro encuentro, con pasitos presurosos y un junco en la mano, una niña con

aspecto de mujercita, muy bien hecha, muy sencilla y muy elegantemente vestida. Cuando se hubo acercado a nosotros y, jugando amablemente con sus ojos color de ágata nos hubo tendido a todos, con un gesto liberal y enérgico, su fina manecita enguantada de negro, diciendo algunas palabras rápidas y lanzando por dos veces una pequeña risita pero dirigiendo hacia mí una ojeada inquisidora, experimenté, por primera vez en mi vida, la violenta y sensual impresión de cuanto existe de singular y de terrible en una risa de labios femeninos, en el sonido pueril de una voz delicada, en la redondez de unos hombros mórbidos, en la esbeltez de un talle agradable, en cuanto hay de inefable incluso en un tobillo de mujer. Por tal motivo no pude pronunciar ni una palabra.

—Eduquémoslo un poco, Nalia —dijo Lopoukhine, señalándome con un movimiento de cabeza apacible y desenvuelto; y esta alusión me pareció tan indecente que me corrió un escalofrío de los pies a la cabeza y me castañetearon los dientes.

Felizmente, Nalia partió pocos días después hacia la capital de la provincia, debido a que su tío, el vicegobernador, había muerto de repente. Por fortuna, lo del círculo tampoco tuvo resultado alguno. Por otra parte, en nuestra familia se produjo un acontecimiento formidable: mi hermano Jorge fue detenido.

XII

Este acontecimiento consternó a mi padre.

Es imposible, en efecto, imaginarse en nuestros días cuál era la reacción de un ruso común con respecto a cualquiera que se atreviese «a ir contra el Zar», personalidad que, a pesar de la incesante campaña que se hacía contra Alejandro II y a pesar del asesinato de que fue víctima, seguía siendo la representación del «Dios terrestre» y suscitaba en los espíritus y en los corazones una veneración de tipo místico.

La palabra «socialista» se pronunciaba también con misticismo, llena de oprobio y de horror, puesto que a ella se relacionaban toda clase de maldades. Cuando corrió la noticia de la aparición de «socialistas» hasta en nuestros cantones (los hermanos Rogatchev y las señoritas Soubbotine), reinó un abatimiento general como si en el distrito se hubiese declarado la peste o bien la lepra bíblica.

Seguidamente, se produjo algo todavía más terrible: ocurrió que el hijo de nuestro vecino más próximo —no un Rogatchev cualquiera o una Soubbotine, sino un hombre de nuestro propio ambiente—, desapareció de pronto de Petersburgo donde estudiaba en la Escuela Militar de Medicina, y luego le vieron cerca de Eletz, en los molinos hidráulicos, en calidad de simple descargador, con calzado de esparto, blusa de grosera tela y largas barbas; pronto fue identificado, acusado de «propagandista» —esta palabra también era terrible— y encarcelado en la fortaleza de Pedro-y-Pablo.

Mi padre no era ni mucho menos ignorante o de criterio restringido, y no había en él nada de timorato; durante mi infancia le había oído nombrar, muchas veces —¡y con qué tono irreverente!— a Nicolás I, dándole el mote de «Borbón-la-Fusta»; y sin embargo, al día siguiente también le oía pronunciar con sincera solemnidad palabras muy distintas: «El soberano emperador Nicolás Pavlovitch, a quien Dios tenga en su seno...». La verdad es que en él, como gentilhomme autoritario, todo dependía del humor, pero incluso así, ¿qué era lo que predominaba? Yo sólo sé que se limitó a hacer un gran gesto de consternación cuando se supo que al joven descargador de las largas barbas lo habían «pescado».

—¡Ese desgraciado Fédor Mikhaïlytch! —decía, hablando del padre con espanto—. Ese palomino será probablemente ejecutado —añadía, gozando como siempre en dramatizar las cosas—. ¡Y le estará bien empleado, bien empleado! ¡Siento mucha compasión por el viejo, pero no hay que andarse con rodeos con esa clase de gente! De lo contrario, acabarán metiéndonos en una revolución francesa. Acordaros de lo que os digo. ¡Ese infeliz vagabundo acabará sus días en la cárcel y será la vergüenza de toda su familia!

Ahora bien, he aquí que el mismo oprobio y la misma cosa espantosa se abatió de pronto sobre nuestra casa. ¿Cómo?, ¿por qué? Puesto que, a fin de cuentas, no se podía decir de mi hermano que fuese un cabeza dura o un loco vagabundo. Su «actividad criminal» parecía todavía más absurda, más inverosímil que la de las señoritas Soubbotine, quienes, a pesar de ser de rico y aristocrático linaje, quizá se habían embarcado en todo aquello por ingenuidad de solteronas, bajo la influencia de cualquier Rogatchev.

En qué consistió «la actividad» de mi hermano y cómo ocupó sus años de universidad, no lo sé a ciencia cierta. Lo que conozco, es que aquella actividad comenzó, desde el gimnasio, bajo la dirección de una «notable personalidad»: el seminarista Dobrokhotov.

Pero ¿qué había de común entre mi hermano y éste? A decir verdad, hablándome después de él se veía que seguía considerándolo con un gran entusiasmo, y evocaba su «austero rigorismo», su voluntad de hierro, «su implacable odio hacia la autocracia y su amor sin límites para con el pueblo».

Seguramente, eran todos estos rasgos (excepción hecha, claro está, del «amor sin límites») los que le caracterizaban, pero ¿poseía acaso mi hermano una sola de estas peculiaridades? ¿Y por qué sentía tanta admiración por ellas? Evidentemente sería en virtud de ese eterno atolondramiento, de esa propensión a encapricharse que era patrimonio de la raza noble y que conservaron hasta salirles canas los Radíschev, los Tchatsky, los Roudine, los Ogarev y los Herzen^[22]; y también porque la personalidad de Dobrokhotov parecía impregnada de grandeza y de heroísmo; y, finalmente, por la sencilla razón de que, al evocar su recuerdo, le venía a la memoria aquella alegre fiesta en la cual había pasado sus años juveniles; la felicidad de sentirse joven, las delicias de una participación «criminal», y por lo tanto voluptuosamente angustiada,

en toda clase de círculos clandestinos, las alegrías de las reuniones, de los himnos, de los discursos «incendiarios» y de los planes y empresas arriesgadas.

¡Ah, lo que es esa continua necesidad de fiesta en los rusos! ¡Hay que ver lo sensuales que somos, la sed que tenemos de la embriaguez de la vida —no simplemente del placer, sino de la embriaguez—, cómo nos vemos impulsados a una constante intemperancia, cuánto nos aburren las horas cotidianas y el trabajo racional! ¡Qué sorprendente es la diferencia que existe entre nosotros y los franceses, por ejemplo, seres que, como es sabido, no son menos apasionados que nosotros, que tienen nuestra misma voluptuosidad, pero que ya han adquirido conocimiento del límite y de la medida de las cosas; que no exigen de la existencia lo imposible, sabiendo ya desde hace tiempo, por amarga experiencia, que de todas formas no puede resultar nada bueno, por más que se beba, se fume, o se entregue uno al desenfreno, ni por más que nos fastidiemos los unos a los otros con efusiones sentimentales. También saben que no hay que gastar más que con la mayor parsimonia esas reservas espirituales o físicas, e igualmente el dinero que no cae del cielo, a menos que no se robe en casa del vecino lo que éste robó a otros, o que no se viva, en una palabra, a costa del bolsillo ajeno, pidiendo prestado a algún buen amigo unas veces un franco y otras un cigarrillo!

En aquellos años Rusia vivía una vida extraordinariamente amplia y activa; el número de los trabajadores sanos y robustos se acrecentaba sin cesar. ¿No ha sido acaso el antiguo sueño de los rusos, referente a los ríos de leche, a la libertad sin límites y a la fiesta continua, una de las causas principales de la revolución? ¿Y qué es en general el ruso descontento, el rebelde, el revolucionario, siempre desvinculado, hasta lindar en lo absurdo, de la realidad, una realidad que desprecia negándose rotundamente a someterse a los razonamientos, al cálculo, a la acción sin perspectivas, sin prisas, velada de gris? «¿Cómo?, se suelen decir ¿servir en las oficinas de un gobernador de provincia?, ¿verter al servicio público un miserable óbolo? ¡Por nada en el mundo! ¡Mi coche, mi coche!».

Tanto en el gimnasio como en la universidad le auguraban a mi hermano un brillante porvenir científico. ¿Pero qué le importaba la ciencia en aquella época? Debía, háganse ustedes cargo, «renunciar totalmente a su vida personal y consagrarse por entero al pueblo doliente». Era un buen muchacho, generoso, despierto, cordial, y, sin embargo, se mentía sencillamente a sí mismo, o mejor dicho se esforzaba por vivir —y vivía, en efecto— de sentimientos imaginarios, tal como les sucedía a otros muchos miles.

En fin de cuentas, ¿de dónde procedían en los hijos de la nobleza aquellos actos de devoción para con el pueblo, aquellas rebeliones contra sí mismos que originaban con sus reuniones, discusiones, actuaciones clandestinas, así como con sus palabras y actos sanguinarios? En el fondo, todos ellos eran de la misma carne y de la misma sangre que sus padres, quienes, como ellos, también habían malgastado su existencia.

Las ideas son las ideas, pero vuelvo a preguntarme: ¿en qué proporción existía en

aquellos jóvenes revolucionarios el simple deseo de diversión bajo una apariencia de bulliciosa actividad? Era la embriaguez de sí mismos en aquellas reuniones, llenas de color y de canciones, entre los peligros de la clandestinidad —por si fuera poco «mano a mano» con lindas señoritas Soubbotines— soñando persecuciones y encarcelamientos, procesos sensacionales y la camaradería de la deportación a Siberia, a presidio, cerca del círculo polar.

¿Qué fue lo que le decidió a mi hermano, que había terminado magníficamente sus estudios, tanto en el gimnasio como en la universidad, únicamente gracias a su excepcional capacidad, qué fue lo que le impulsó a dedicar todo su ardor juvenil «al trabajo subterráneo»? ¿El amargo destino de ciertos héroes de nuestras novelas populares? Sin duda, leyendo alguno de aquellos relatos vertió más de una lágrima. Pero ¿por qué ni él ni sus compañeros de lucha se dieron cuenta jamás de la existencia de personajes iguales a ellos en Novosselki y en Batourino? Bajo muchos, muchísimos aspectos, era digno hijo de su padre quien solía decir, después de dos o tres vasitos de vodka:

—¡La verdad es que está bueno! ¡Me gusta beber un trago! ¡Esto reanima!

«Esto reanima»: tal palabra era de uso corriente en las destilerías, y el hombre que había bebido quería decir con ello que se sentía penetrado de algo joven y alegre, que en él se producía una deliciosa fermentación, como una liberación de lo juicioso, de los impedimentos cotidianos y de la vida regularizada. Los *mujiks* hablaban así del vodka: «¡Claro que sí! ¡Él es quien nos libera!». El famoso dicho: «*La alegría de Rusia reside en la bebida*», no es tan simple como parece. ¿Acaso esa alegría no tiene un parentesco con la demencia de los «locos del Señor», con el espíritu vagabundo, con las vigiliadas, con las hecatombes voluntarias a sangre y fuego, con las revueltas de toda índole, e incluso con esa asombrosa expresión, esa sensualidad verbal que ha hecho tan famosas a las letras rusas?

XIII

Durante mucho tiempo mi hermano se ocultó bajo nombre falso, cambiando a todo instante de domicilio. Luego, cuando creyó que el peligro había pasado, vino a descansar a Batourino. Pero allí, al día siguiente, fue detenido: su llegada había sido denunciada por el administrador de uno de nuestros vecinos.

Es notable que la misma mañana en que aparecieron los guardias en Batourino, el administrador muriese aplastado por un árbol que él mismo había ordenado, que derribasen en el jardín.

Para toda la vida, permanecerá en mi imaginación lo que vi entonces: un antiguo y enorme vergel, ya todo despojado por el otoño, pintorescamente desfigurado por las lluvias, las tempestades y las primeras heladas, sembrado de hojarasca podrida, moteado de negro por árboles y tocones, abigarrado de colores, en una clara y fresca

mañana, en la que la luz del sol, cegadora, acariciaba el césped y caía en tibias columnas doradas entre los troncos.

A lo lejos, a la sombra húmeda de un bosquecillo, entre una leve neblina, se divisaba el resplandeciente éter azulino de las brumas matutinas todavía no del todo disipada, el cruce de dos avenidas y un magnífico roble centenario que elevaba en el firmamento luminoso y húmedo las transparencias de su copa inmensamente desplegada, negra guirnalda de ramaje al cual permanecían asidas, aquí y acullá, unas grandes hojas recortadas, de un amarillo limón.

Tenía un poderoso tronco, petrificado por el tiempo, en el cual, con alegres sonidos, se hundían cada vez más las brillantes hachas de los *mujiks* de burdas blusas, con el gorro echado hacia atrás, mientras que el administrador, con las manos en los bolsillos, contemplaba mirando al cielo, la copa vacilante.

¿Tal vez pensaba en la elegante manera con que había metido en la jaula a un socialista? Pero sucedió que el árbol crujió repentinamente, la copa se inclinó y, con estrépito, redoblando la velocidad de su caída con el peso a través del ramaje de los árboles cercanos, se derrumbó encima de él.

Posteriormente visité aquella propiedad más de una vez. Antaño había pertenecido a nuestra madre. Papá, infatigable en su pasión de dejar perderlo todo, había vendido hacía tiempo aquellos bienes y dilapidado el dinero que de ellos había obtenido. Después del fallecimiento del nuevo propietario, se convirtió en la herencia de no sé qué «dama de la Corte», residente en Moscú, y todo quedó abandonado: la tierra estaba arrendada a los *mujiks*, y el edificio en manos de la Providencia.

Muchas veces, al pasar por la carretera que había a una versta de distancia aproximadamente, daba un rodeo, me adentraba por la amplia avenida de robles que llevaba a la casa, penetraba en el gran patio, dejaba mi caballo junto a las caballerizas y me adelantaba, a pie, hacia la mansión.

¿Cuántas propiedades desiertas y jardines abandonados existen en la literatura rusa, y con qué predilección no han sido descritos? ¿A qué es debido el que, para el alma rusa, exista tanto encanto y tanto deleite en la devastación, en la soledad, en el abandono y en las ruinas?

Por mi parte, seguía avanzando hacia la casa, atravesando el jardín que aparecía detrás de ella. Debo decir que las caballerizas, las isbás de los criados, los graneros, otras dependencias dispersas en las proximidades del patio desierto y todo en general era inmenso, grisáceo. Todo se derrumbaba y adquiriría un aspecto casi tan salvaje como el de los hierbajos y maleza que invadían la huerta.

Los silos, algo más alejados, se perdían en el lindero de los campos. El edificio de madera, como es natural, se iba pudriendo de día en día, tornándose decrepito, adquiriendo de un año para otro un aspecto más irreal, hasta el punto de que a mí me agradaba singularmente otear por las estrechas rendijas de sus ventanas.

¿Cómo expresar lo que experimentaba yo en aquellos instantes al penetrar como un ladrón, con mirada sacrílega, en la vieja mansión vacía, el santuario mudo y

misterioso de su vida desde largo tiempo fenecida!

El parque que se extendía detrás de la vivienda había sufrido naturalmente sombríos cortes, a pesar de que todavía lo adornasen numerosos tilos centenarios, álamos plateados de Italia, robles y encinas, que acababan allí, solitaria y silenciosamente, en el olvido, sus largos años, su vejez eternamente juvenil, cuya belleza parecía todavía más maravillosa entre aquel silencio y aquella soledad, con la inutilidad bendita y divina de su existencia.

¿Se cansaría uno nunca de contemplar el cielo y los viejos árboles, cada uno de los cuales tiene siempre su expresión peculiar, sus líneas y su alma propia? Deambulaba largamente bajo ellos, con la mirada prendida en la infinita variedad de copas, de ramaje y de hojas, atormentado por el deseo de comprender, de adivinar y de grabar para siempre en mi mente sus imágenes; me sentaba, pensando en ellos, en la espaciosa bajada de la parte inferior del parque, entre enormes tocones de robles que surgían, con su brutal color negruzco, en medio de las altas hierbas y de las flores, encima de los claros estanques, de aguas crecidas, que se extendían abajo, en una vaguada.

¡Con qué melancólica y benigna sabiduría se desvinculaba entonces el alma de la existencia, como si desde una lejanía supraterrrestre contemplase la vida y las «cosas y obras» de los humanos! Y cada vez, invariablemente, me acordaba del desgraciado que había muerto allí aplastado por un viejo árbol, de la miserable suerte de mi hermano, inconscientemente perjudicado por aquel hombre, y del lejano día en que fue arrestado por dos guardias barbudos, que se parecían a Alejandro III, y conducido desde Batourino a la ciudad, a aquella misma cárcel en la que, un día remoto, vi a un preso macilento contemplar el sol poniente a través de las rejas.

Aquel día, mis padres se fueron a todo galope detrás de la *troika*^[23] que le conducía: habían perdido completamente la cabeza. Mi madre ni siquiera lloraba; sus ojos oscuros despedían una llama seca, terrible. Papá se esforzaba en no mirarnos ni a ella ni a mí, fumando sin cesar y repitiendo:

—¡Tonterías!, ¡paparruchas! Creedme, en pocos días quedará aclarado todo.

No obstante, el mismo día, al anochecer, fue trasladado más lejos, a Járkov, sede de la organización clandestina a la cual pertenecía y que había ocasionado su arresto. Le acompañamos a la estación. Lo que más me asombró, creo yo, fue el que tuviéramos que dirigirnos a la sala de los viajeros de tercera, donde mi hermano, vigilado por los guardias, esperaba la salida del tren, sin atreverse ya a tomar plaza entre personas de nuestra posición, libres y formales, y sin poder ya disponer de sí mismo, privado incluso del derecho a tomar el té y de comer unas pastas en nuestra compañía.

En cuanto entramos en aquella sala apestosa, horriblemente atestada de una muchedumbre alborotada, me dio un vuelco el corazón a la sola vista de mi hermano, con aquel aspecto singular de detenido que ya no es dueño de sus actos: él mismo comprendía, sentía toda su humillación, y por tal motivo mostraba una embarazosa

sonrisa de culpable. Estaba sentado aparte, en el rincón más distante, junto a la puerta que daba al andén, algo macilento pero rezumando juventud, inspirando compasión con su limpio atuendo, consistente en un liviano temo gris sobre el cual llevaba puesta la pelliza de piel de marta de mi padre.

Había un claro a su alrededor: los guardias rechazaban continuamente a las comadres, *mujiks* y pequeños burgueses que se amontonaban en torno suyo, contemplando con curiosidad y con terror a un socialista de carne y hueso el cual, ¡a Dios gracias!, había sido detenido.

Más curioso que ninguno, un pope de la aldea, cubierto con un alto gorro de piel de castor y calzado con polvorientas botas de caucho, no apartaba de él la mirada de sus ojos desorbitados, y con voz de misterio, atropellando las palabras, atosigaba los guardias a preguntas, a las cuales éstos no contestaban. Miraban a mi hermano como a un chiquillo desobediente a quien tenían el deber, quisiesen o no, de guardar y conducir a su destino según las órdenes recibidas, y uno de ellos, con una sonrisa afable e indulgente, le dijo a nuestra madre:

—No se atormente usted, señora; todo esto, Dios mediante, se arreglará... Siéntese usted a su lado, puesto que todavía faltan veinte minutos para que llegue el tren... Mire usted su hijo menor puede ir a buscar agua caliente para el té, y que compre para el viaje del señor lo que usted quiera como provisiones... Ha hecho usted bien en darle una pelliza al señor, pues esta noche hará frío en el vagón...

Me acuerdo de que sólo entonces es cuando por fin mamá se echó a llorar: se sentó en el banco, junto a mi hermano, y de pronto prorrumpió en sollozos, apretándose un pañuelo sobre los labios, mientras papá, con las facciones dolorosamente contraídas, hacía un gesto de desaliento y se alejaba rápidamente.

No toleraba los sufrimientos ni las desgracias, y siempre, involuntariamente, como por instinto de conservación, se apresuraba a huir de ellas de alguna forma; evitaba incluso las separaciones más o menos penosas, cortándolas siempre de improviso, frunciendo el ceño de repente y mascullando que «las despedidas largas son lágrimas de más».

El caso es que se fue al bar, vació varios vasitos de vodka y luego se dirigió en busca del coronel de gendarmes de la estación, con la pretensión de obtener permiso para que mi hermano pudiese viajar en primera. Por último regresó corriendo, exactamente en el último y terrible minuto, cuando, con un estrépito implacable, entraba en la estación el fatídico tren de Járkov.

XIV

Aquella tarde, creo que no fui capaz de experimentar otra cosa que no fuera un gran azoramiento y una enorme estupefacción. Pero lo cierto es que se habían llevado a mi hermano y que mis padres se habían marchado. Después de reconocer tal

evidencia, necesité un buen lapso de tiempo para poder superar el malestar moral que me invadía.

Mis padres se pusieron en ruta al día siguiente por la mañana. Hacía sol, como ocurre frecuentemente en nuestro país en octubre, pero incluso la ciudad, sufría los embates de un rudo vendaval del norte, y todo era infinitamente puro, claro y espacioso: la perspectiva de las calles sin un alma, los alrededores de la población, tan desierta que parecían como vaciados de toda atmósfera, y el brillante cielo que resplandecía por sectores con fulgores verdosos a través del rápido peregrinar de unas blancas nubes vaporosas.

Acompañé a los viajeros hasta el monasterio y la cárcel. Entre estos dos edificios, en dirección a los campos fríos y desnudos, salpicados de sol y de sombras nubosas, se deslizaba la calzada, helada ya y sólidamente petrificada. Al llegar allí, la carretela se detuvo.

El sol, que había adquirido cierta altura durante los preparativos y la marcha, se mostraba de vez en cuando entre las nubes; pero su luz cegadora no calentaba lo más mínimo y, en cuanto salimos al campo raso, el aquilón sopló tan penetrantemente que el cochero se veía obligado a agachar la cabeza, y papá, arrebuñado en su pelliza y en su gorro de invierno, con los bigotes flotantes, tenía lágrimas en los ojos, enturbiados por el viento.

Me bajé, y mamá comenzó de nuevo a llorar amargamente, aplicando sobre mi rostro su tibia toca gris; papá se limitó a trazar un presuroso signo de la cruz sobre mi cabeza, después de lo cual oprimió contra mis labios una mano helada y gritó a la espalda del cochero:

—¡En marcha!

La carretela, con la capota levantada a medias, chirrió acto seguido, el robusto alazán del timón irguió la cabeza, sacudiendo la campanilla que tintineaba bajo el arco de las varas, los bayos laterales emprendieron al unísono un trote ligero, y yo permanecí todavía largo rato en la carretera, siguiendo con la mirada aquella capota que ocultaba a mis padres, contemplando las ruedas posteriores que giraban a toda prisa y las herraduras de los caballos que parecían no tomar en el suelo: durante cierto tiempo escuché dolorido aquella punzante queja que se alejaba.

Mientras permanecía allí enfundado en mi ligero capote de estudiante y azotado por el viento, me acordaba de lo que mi padre había dicho la víspera por la noche, cenando en el *Hotel de la Nobleza*, mientras se servía un vaso de oporto:

—¡Cuentos, tonterías! ¡Vaya con el asunto de marras! ¡Bien!, ¿lo han detenido? ¡Bueno!, ¿y qué? ¿Se lo llevan y quizá lo deporten a Siberia? —cosa que me parece bastante probable—, ¡bien!, ¿pero a cuánta gente no deportan hoy en día? Y, por otra parte, permitidme que os pregunte en qué se diferencia la habitabilidad de Tobolsk, por ejemplo, de la de Voronèje. Además, en fin de cuentas, todo esto no son más que cuentos, tonterías. Uno de nuestros santos ha dicho que todo pasará, tanto lo malo como lo bueno. Y yo lo repito ahora, qué ¡demonio!

Me acordaba de estas palabras y notaba que, lejos de reconfortarme, me apenaban todavía más. Pensaba: «Quizá, verdaderamente, todo sea absurdo, pero resulta que de ese absurdo está hecha mi vida, ¿y cómo es que yo tengo la impresión de que la vida se me ha dado para emplearla en cosas que no sean cuentos, y no para que todo pase y desaparezca, sin dejar rastro? Puede que todo sean tonterías: ¡sin embargo, por el solo hecho de que se hayan llevado a mi hermano, el mundo entero me parece despoblado, se ha hecho enorme, ha perdido su sentido, y me siento tan afligido y tan solitario como si ya lo hubiese abandonado, cuando necesitaría tanto estar con él, amar y alegrarme con él!».

¿Cómo se podía hablar de tonterías cuando resultaba que yo amaba —y evidentemente había amado siempre— a aquel gentil y lastimoso «socialista» al cual había visto la víspera en la estación, preso, vestido con su trajecito gris, cubierto con la pelliza de piel de marta, y al que se llevaban no sabía adonde, privándolo de la libertad y de la dicha, separándolo de nosotros y de todo su ambiente de vida?

En el mundo, todo parecía seguir como antes, como siempre; todos eran libres y dichosos: solamente él estaba preso y era desgraciado. He aquí que, fustigado por aquel viento glacial y turbulento, corría a lo largo de la carretera, hacia la ciudad, caminando ladeado, un modesto hombrecillo pelirrojo que parecía preocupado con sus pequeñas cosillas; pero mi hermano ya no estaba allí: se hallaba en algún lugar de la inmensa lejanía del sur desértico, resplandeciente, rodando en el compartimiento cerrado de un soleado vagón de ferrocarril, bajo la vigilancia de dos pandoras con armas que lo llevaban hacia un Járkov de no sé cuántos.

Tranquilamente perfilado, se alzaba frente al sol el amarillo edificio carcelario cuyas ventanas enrejadas miraban, en el lado opuesto de la carretera, al monasterio. Aquel edificio era tan temible, tan distinto de los demás, como el que esperaba a mi hermano en Járkov. El día anterior estuvo unas horas detenido allí, y en aquellos momentos ya se había ido dejándome únicamente la penosa sensación de su presencia fugitiva.

Por encima de las altas murallas almenadas del monasterio, en un cielo salpicado de nubes, brillaban con reflejos de oro mate las cúpulas de la catedral y se transparentaban los oscuros ramajes de los antiguos árboles del cementerio; pero él, mi hermano, no podía ya ver tanta belleza ni compartir conmigo la felicidad de contemplarla.

Sobre el enorme portalón del monasterio, encima de ambas hojas, estaban burdamente pintados dos santos de elevada estatura y de una delgadez sepulcral. Ambos, con rostros entristecidos y verdosos, lucían estolas y sostenían en la mano unos rollos de pergamino que caían hasta el suelo. ¿Cuántos años hacía que estaban allí, de pie? ¿Cuántos siglos haría que abandonaron este mundo?

Me dije: «Todo pasará, todo pasa, y día llegará en que no quedará ninguno de nosotros sobre la faz de la tierra, pero estos venerables confesores de la antigua Rusia, sosteniendo en la mano sus sabias y santas escrituras, seguirán todavía, aquí

impasibles y tristes, de pie sobre el portalón».

Y entonces, quitándome la gorra con lágrimas en los ojos, me persigné delante de aquellas puertas, sintiendo cada vez más compasión por mi hermano y por mí mismo. Dominado por este sentimiento rogué fervorosamente a los santos que nos socorriesen, puesto que, por triste y dolorosa que fuera la existencia en este mundo incomprensible, no por ello dejaba de ser menos bello. En el fondo, yo sabía que todos aspirábamos ardientemente a conseguir la felicidad y a amarnos los unos a los otros.

Regresé sobre mis pasos, parándome con frecuencia y volviendo la mirada hacia atrás. El viento del norte parecía soplar con más fuerza todavía y era verdaderamente helado, pero el sol iba ascendiendo, esplendoroso.

El día se iluminaba, exigiendo alegría y vida, y por encima de todo ello —sobre la plaza de las Virutas, desierta, sobre los sagrados y silenciosos dominios del monasterio de la alta muralla, sobre el bosquecillo de su cementerio y las cúpulas doradas de sus iglesias, y sobre la estepa que se extendía hasta perderse de vista, por donde huía la carretera hacia un firmamento septentrional de un color verde suave— veía deslizarse en el pálido y fluido azul del cielo otoñal unas hermosas aglomeraciones de nubes, violáceas. Todo respiraba luminosidad, y sobre todas las cosas, con pintoresca ligereza, alternando su paso con la luz del sol, navegaban las vaporosas sombras aéreas. Me detenía, miraba y proseguía mi camino...

Di toda la vuelta a la ciudad. Me encaminé por el Arrabal Negro, que iba desde la plaza de las Virutas hasta las tenerías, y crucé por el puente de piedra, casi derrumbado de puro viejo y bajo el cual discurría un riachuelo que despedía una pestilencia dulzona, atestado de pieles amarillentas que se pudrían al sol. Luego ascendí por el lado opuesto, dirigiéndome hacia el convento de monjas, cuyos muros encalados resplandecían a la luz del sol.

Por el postigo del portalón vi salir a una joven religiosa, vestida con un burdo ropaje negro, toscamente calzada, pero con una belleza tan pura, tan fina, de icono antiguo, que llegó a sorprenderme hasta el punto de que incluso me detuve para contemplarla mejor. Después continué mi camino hacia el arrabal de Agramtcha.

Volví a bajar al riachuelo, subí hacia la catedral, y al llegar a la barranca que había detrás de la basílica, me paré nuevamente, para mirar las vigas carcomidas que servían de remate a las casuchas de los pequeños burgueses, aglomeradas abajo, sobre pequeñas alturas, a lo largo del riachuelo.

Examiné el interior de sus sucios y repugnantes patios, y mientras tanto no cesaba de pensar en la vida humana, repitiéndome mentalmente que todo pasa y se renueva, que, con toda seguridad, tres siglos atrás, existían tejados con vigas negruzcas iguales a los que ahora miraba, así como toda clase de hierbajos salvajes como los que se veían por aquellos terrenos de descampado.

Seguidamente, mi pensamiento se dirigió hacia mis padres, conducidos por el galopar de tres caballos a través de los luminosos campos desiertos. Con la

imaginación volvía a ver Batourino, donde todo era tan apacible, tan familiar, y que ahora, naturalmente, se tornaría triste, no obstante lo cual estaría invadido por un encanto y un arrobo indecibles.

También evoqué a mi hermano Nicolás, a Olia la de los ojos negros, que tenía ya diez años, el abeto que ambos habíamos elegido frente a las ventanas del salón, y el jardín, vacío, desnudo, melancólicamente otoñal, entre el viento tumultuoso y el sol vespertino.

Toda mi alma se dirigía hacia aquel lado, pero, aparte de estas meditaciones y sentimientos variados, no dejaba de recordar a mi hermano. Contemplé el río cuyas aguas grises avanzaban con regularidad hacia unas rocas amarillentas, las contorneaban y se perdían a lo lejos. Mientras tanto seguía pensando que, incluso en tiempos de los Petchenagos^[24], aquellas aguas ya se deslizaban de idéntica manera, y traté de no mirar hacia el lado del Arrabal, en el fondo del cual se vislumbraba la estación, donde la víspera estuvo sentado mi hermano. No quería ni oír los acuciantes aullidos de las locomotoras, que llegaban hasta mí en alas del viento, a través de la atmósfera helada de la tarde.

¡Cuán dolorosamente se identificaba con mi hermano todo cuanto vi y viví en aquella extraña jornada! No obstante, por encima de todo me parecía experimentar cierto alivio, mezcla de arrobo y de deleite, recordando a la joven monjita que había visto salir del postigo del monasterio.

Durante mucho tiempo, no pude oír con calma aquellos lejanos silbidos que llegaban desde la estación: sobre todo cuando me despertaba por las noches.

Por entonces mi madre hizo la promesa ante Dios de guardar ayuno durante toda su vida si mi hermano se salvaba, y observó este voto hasta el día de su muerte, con toda austeridad. Y Dios no solamente lo salvó, sino que a ella la recompensó, puesto que un año después fue puesto en libertad y, con gran alegría de todos, le enviaron desterrado a Batourino por tres años, bajo la vigilancia de la policía.

XV

Un año más tarde también yo fui puesto en libertad, con lo cual quiero decir que abandoné el gimnasio y regresé bajo el techo paterno, donde iba a vivir las jornadas más asombrosas que he conocido.

Estaba empezando ya mi adolescencia, época llena de admirables sensaciones para cualquiera, pero para mí, en virtud de circunstancias favorables y de mis particularidades personales, más sorprendente que para los demás.

En aquel período, mi vida no solamente sufrió una nueva transformación radical en lo externo sino que además fue jalonada también por un cambio repentino, beneficioso, que se manifestó con un auténtico despertar que se produjo en todo mi ser.

Siempre es maravilloso el desarrollo primaveral de un árbol. ¡Y qué admirable resulta cuando la nueva estación se muestra alegremente entusiasta! Entonces es cuando todo aquello que se realiza invisiblemente en él, se revela milagrosamente. Alzando la vista una mañana hacia un árbol, causa asombro ver los innumerables brotes que lo han cubierto durante la noche. Pasa un poco de tiempo, y los negros arabescos del ramaje se ven moteados por un enjambre de manchas de un verde suave. Entonces sobreviene la primera nube, ruge el primer trueno y cae la primera lluvia, tibia, y he aquí un nuevo milagro: el árbol se ha vuelto ya tan umbroso, tan fastuoso, por comparación con sus desnudos aparejos de la víspera, exhibe un follaje tan macizo, tan brillante, tan amplio y espeso, muestra tanta hermosura y robustez con su juvenil y firme hojarasca, que uno no da crédito a lo que ven sus ojos. Pues bien; algo parecido me ocurrió por entonces. Y vinieron para mí días de mágico hechizo:

*En los secretos valles, al llegar el renuevo,
Cuando se llamaban los cisnes;
Cerca de las aguas que brillaban, silentes,
La Musa fue una aparición...*

Ni los parques de los colegios aristocráticos, ni los estanques de Tsarskoié-Sélo, con sus cisnes, nada de todo esto, a mí, vástago de «pródigos padres», me fue dado contemplar. Pero la inmensa y divina novedad, la frescura y la alegría de «todas las emociones del ser», los valles siempre y por doquier secretos para un corazón joven, las aguas que brillan en silencio, y los primeros, lastimosos, torpes pero inolvidables encuentros con la Musa, todo eso sí que lo tuve.

Las cosas entre las cuales «adquirí mi desarrollo», según la expresión de Pushkin, no se parecían mucho a los parques de Tsarskoié. ¡Pero qué cautivadoras y allegadas eran para mí las líneas de Pushkin que hablaban de aquellos jardines! ¡Qué vívidamente expresaban aquello de que mi alma rebosaba: las misteriosas llamadas de los cisnes que, a veces, resonaban en ella con imperio y ardor! ¿Y qué importaba saber de dónde procedían? ¡Qué importaba, puesto que yo era incapaz de hallar una palabra que tradujese lo que me decían!

XVI

Todos los destinos humanos se determinan ocasionalmente, en necesaria función con la suerte de lo que les rodea. Así se decidió mi suerte de adolescente que debía reglamentar toda mi existencia. Como en un antiguo poema:

*Volví a hallar el techo natal,
La acogida de la apacible estepa,
Buenas y amadas costumbres,
Y el fervor de un alma extasiada...*

¿Por qué dejaba el gimnasio? ¿Hubiera sido mi adolescencia lo que fue, así como toda mi vida, si no se hubiese producido un incidente, insignificante a primera vista?

Mi padre decía a veces que yo había abandonado la escuela por motivos completamente inadmisibles, absurdos e inesperados, basados sencillamente en ese «porque me da la gana», de la nobleza, según expresión suya; me reprendía también diciéndome que, para lo joven que era, tenía un carácter intratable, y se reprochaba por haberme abandonado a mis inclinaciones. Pero, por otra parte, decía asimismo otra cosa —sus juicios eran siempre muy contradictorios— y es que yo había obrado muy «lógico-mente» —pronunciaba esta palabra separando las sílabas— y que no había hecho sino dejarme llevar de mi temperamento.

—No —repetía—; la vocación de Alexis no es una carrera civil o llevar un uniforme, ni tampoco el asumir la dirección de una hacienda; su vocación reside en la poesía, en la vida y en el alma. Sí, y además, ¡démosle gracias a Dios puesto que no tendría nada que administrar! ¿Y quién sabe?, quizá se convierta en un nuevo Pushkin o en otro Lermontov.

De hecho, fueron numerosas las circunstancias que intervinieron para interrumpir mis estudios en un colegio público: aquel «espíritu de libertad» que antaño caracterizaba tan bien a nuestra vieja Rusia, muchas otras peculiaridades de los nobles, de las cuales poseía una fuerte dosis en mi sangre, la idiosincrasia heredada de «papá», mi vocación «por la poesía del alma y de la vida», ya claramente definida por entonces, y finalmente aquel azar que envió a mi hermano, no a Siberia, sino a Batourino.

Yo había cambiado mucho, anímica y físicamente, adquiriendo un repentino vigor viril durante mi último año de permanencia en el liceo. Hasta entonces, creo yo, habían predominado en mí las características maternas, pero luego se me desarrollaron rápidamente las de mi padre; su robusta vitalidad, su resistencia ante las adversidades, aquella sensibilidad que, si bien latente en su interior, sabía dominar con mano férrea, su instintiva perseverancia en conseguir sus más mínimos antojos, y sus tendencias caprichosas.

La aventura de mi hermano, no muy grave a fin de cuentas, pero que pareció entonces espantosa a toda la familia, fue para mí una prueba de la cual no me pude liberar en seguida y que contribuyó incluso a adelantar mi madurez y a estimular mis fuerzas. Me di cuenta de que papá tenía razón, «de que no se puede vivir como un sauce llorón» y de que la vida era a pesar de todo «algo espléndido», como también decía a veces cuando había bebido. Por lo menos, yo veía ya en ella una maravilla irresistible: la creación literaria. En mi alma se formó la firme decisión de pasar a

cualquier precio la clase superior del gimnasio y de abandonar para siempre aquel establecimiento; quería regresar a Batourino y convertirme en un «segundo Pushkin» o bien en un «nuevo Lermontov», con los cuales me hizo el efecto de estar unido por un parentesco sanguíneo en cuanto los conocí, y cuyos retratos eran para mí como cosa de familia.

Durante aquel invierno me esforcé por llevar una vida laboriosa, llena de empuje, y, al llegar la primavera, ni siquiera me costaba ya esfuerzo mi trabajo. Durante la estación invernal, se había producido un cambio indudable en mi persona —ante todo en lo que respecta al desarrollo físico—, como les ocurre súbitamente a todos los adolescentes que de repente empiezan a notar pelusilla en las mejillas, mientras sus piernas y brazos crecen toscamente y su voz, al mudar de inflexión, se torna más recia.

A Dios gracias, ninguna tosquedad apareció en mí por aquella época, pero la pelusilla se doraba, los ojos adquirieron una tonalidad azul oscura más reluciente y más profunda, y el rostro, cuyas facciones aparecieron mejor dibujadas, se cubrió de una especie de leve bronceado de sano aspecto.

Ello motivó que mis exámenes fuesen muy distintos a los anteriores. Repasaba las lecciones durante días enteros, deleitándome el sentirme infatigable en mi ardor, notando cuanto existe de juvenil, entusiasta y puro en esa época, que indudablemente se puede comparar a la Semana Santa, con sus ayunos, confesiones y comuniones.

Dormía tres o cuatro horas, y por la mañana saltaba de la cama con ligereza y animación, me lavaba y me vestía cuidadosamente, le rezaba a Dios con el convencimiento de que no dejaría de ayudarme incluso en el estudio de los aoristos, y salía de casa con paso firme y tranquilo, conservando nítidamente grabado en el cerebro y en el corazón cuanto con tenacidad había aprendido la víspera, lo cual tenía que transmitir y exponer, valiente e íntegramente, a quien correspondiese.

Y cuando toda aquella experiencia hubo llegado a buen fin recibí otra alegría: ni mi padre ni mi madre vinieron aquella vez a recogerme para conducirme a Batourino; se limitaron a enviarme, como si fuera un adulto, una tartana de dos caballos, guiada por un joven y alegre cochero que, durante el camino, se convirtió rápidamente en mi amigo entrañable.

En Batourino —aldea grande y bastante próspera, que contaba con tres haciendas ocultas entre jardines, varios estanques y espaciosos pastos— todo estaba ya en flor, todo reverdecía y se regocijaba en aquellas maravillosas jornadas de finales de mayo, y de repente me hice cargo, comprendí aquella feliz hermosura, aquella opulencia y aquel brillo del follaje, la plenitud primaveral de los estanques, los trinos de los ruiseñores y el croar de las ranas, como un hombre hecho y derecho, rebosante de vigor y de sensualidad.

Durante el verano, sin que yo sepa por qué, mi hermano Nicolás se casó, desinteresándose con aquel gesto de su propia suerte, acabando con una mera señal de la cruz con todos sus sueños y esperanzas así como con sus capacidades y

aspiraciones. ¿Qué es lo que soñaba poder ser? En realidad, se dejaba llevar por la deliciosa ociosidad del hombre rural y por las aventuras amorosas. Cuando se cansó de una y otra cosa, decidió casarse, y lo hizo: sin amor, contrayendo matrimonio con una señorita a quien apenas conocía, hija de un modesto administrador alemán, establecido en una propiedad del Estado vecina a la nuestra.

Opino que aquel enlace completamente absurdo, las fiestas a que dio lugar durante todo el verano, mi participación en todo aquel asunto, que a pesar de todo guardaba cierta relación con el amor, y luego la presencia de una mujer joven en casa, contribuyeron también mucho a mi rápido desarrollo.

Poco después fue cuando, de improviso y sin previa advertencia, mi hermano Jorge se presentó en Batourino. En un claro atardecer en que el resplandeciente astro rey se ocultaba, alegre y apaciblemente, detrás de las dependencias de la finca, dejando flotando en el patio un aroma de hierba que se enfría, y en el que, impregnada de la belleza del crepúsculo, nuestra vieja mansión se erguía con sus columnas de maderas gris y su elevado tejado, toda la familia se hallaba sentada en la terraza tomando el té.

Yo me disponía a ir a las caballerizas para ensillar un caballo y dar un paseo por la carretera, cuando, de repente, en la puerta de nuestra rústica propiedad, apareció algo realmente extraordinario: ¡un coche de punto de la ciudad! Hasta en estos momentos recuerdo la singular palidez de encarcelado de aquel rostro tan conocido, y sin embargo inédito, extraño, que era el de mi hermano...

Fue aquélla una de las noches más felices en la vida de nuestra familia, la que señaló el comienzo de aquella paz, de aquel bienestar que reinó en ella durante tres años, antes de que tuviera lugar la dispersión, el fin.

XVII

¿Qué hubo de sorprendente en aquellos días? Nada en absoluto, salvo la novedad que para mí significaron mi juventud y mis excelentes condiciones físicas. El mundo, para un adolescente miope, duro de oído y carente de olfato, es algo muy distinto que para un ser que goce de plena salud. Ahora bien, yo distinguía las siete estrellas de las Pléyades, oía desde una versta de distancia el chillido de las marmotas en los campos, y me embriagaba aspirando profundamente el aroma de una mañana otoñal, el de una tormenta de nieve, el de un viejo libro o el del muguete. Verdaderamente tiene razón el viejo poeta:

*¡Cuán fresca y plena de suavidad
Es la primavera de la vida!
¡Qué belleza contiene, tan divina,
Cuanto en el mundo respira novedad!*

El hecho es que sin cesar se iba acrecentando y exacerbando en mí aquella sensación alegre y sensual de lo nuevo.

Sumido en tal estado de ánimo, regresé a Batourino después de los exámenes. Fue entonces cuando empecé a tomar parte en las correrías de mi hermano Nicolás, cuando éste iba a visitar a su novia a Vassilievskoié: ello representaba una veloz carrera en *troika* por caminos apartados, a las horas apacibles que anunciaban el crepúsculo, a través de los campos de centeno que iban espesándose, oyendo el lejano cucú de un pajarillo en un bosquecillo de abedules repleto de hierbas y de flores, viendo la aparición de las fantasmagóricas nubes de junio sobre un ocaso dorado y, por la noche, aspirando los diversos aromas de la aldea, de sus isbás, de sus jardines, del río, de la destilería, de la comida preparada para la cena en casa del administrador, mientras resonaban en nuestros oídos las suaves melodías de la caja de música que sus hijas menores se empeñaban en hacernos escuchar.

De las paredes colgaban paisajes de Westfalia, encima de los veladores había siempre unos enormes ramos de peonías de un color rojo oscuro, toda la casa emanaba ese bienestar y esa sencillez típicamente alemanes, y yo me iba percatando paulatinamente del creciente parentesco que me unía a aquella joven de elevada estatura, delgaducha, no muy guapa pero notablemente simpática, que pronto vendría a formar parte de nuestra familia y que ya me tuteaba.

Yo no podía servir todavía de testigo, pero incluso el papel de *acompañante* ya no encajaba conmigo cuando, de mil alfileres, vestido con un espléndido uniforme nuevo, con guantes blancos, los ojos radiantes y la cabellera brillantada, coloqué un zapatito de satén blanco en el pie de la novia, recubierto de fina seda. Luego partí con ella, en una berlina tirada por dos fogosos caballos grises, camino de Znamenié.

Por aquel entonces cada día llovía un poco, y los caballos corrían al trote largo, proyectando alrededor suyo partículas fangosas de un color negro azulado. Los campos de centeno, saturados de humedad, inclinaban sobre la carretera sus espigas mojadas, de un gris verdoso; el sol, muy bajo en el horizonte, brillaba a través de una cortina de lluvia dorada —presagio de una feliz unión, según decían— mientras que los cristales de las portezuelas, levantados, chorreaban lágrimas que tenían reflejos diamantinos.

La berlina, tapizada de seda, era estrecha, y yo respiraba con delicia el fresco perfume de la novia, el delicado aroma a naranjo que emanaba de ella, toda aquella frágil pureza, aquella blancura de nieve en que estaba anegada, mientras sus ojos, lacrimosos todavía, sonreían de felicidad. Entre mis manos, torpemente, sostenía el icono revestido de oro nuevo con el cual la habían bendecido.

Durante la ceremonia sentí por primera vez, muy hondamente, cuanto hay de maravilloso y de tradicional en ese misterio que es un matrimonio, singularmente bello en una iglesia de pueblo, bajo una lámpara pobre pero solemnemente iluminada, y en los acentos chillones, discordantes aunque llenos de alegría de los chantres pueblerinos, mientras, detrás de las puertas abiertas bajo el cielo oscureciente de la

tarde, se apretujaba la muchedumbre arrobada, e incluso un poco intimidada, de las comadres y de las jovencitas.

Por lo demás, todo cuanto había de novedad, y al parecer de alegría, en la llegada de los recién casados a nuestra finca, tuvo su rúbrica con el inesperado regreso de mi hermano Jorge. Toda la familia se encontró reunida y completamente satisfecha; por lo tanto, la idea de volver al gimnasio me pareció completamente absurda.

No obstante, mi hermano trataba tenazmente de disuadirme de mi idea de abandonar la escuela. Como el gran afecto que por él sentía no cesaba de aumentar, cedí por algún tiempo, hasta las Navidades. Al llegar el otoño, volví a la ciudad y frecuenté las clases, pero apenas si echaba un vistazo a las lecciones que se me imponían, y cada vez con mayor frecuencia procuraba evadirme a los interrogatorios de los profesores, quienes, con una placidez venenosa y cortés, me oían pretextar jaquecas y otras excusas parecidas, a la par que me endosaban con deleite, con su mejor letra, su peor nota.

No cesaba de leer a los viejos historiadores y filósofos rusos y, arrebujado en un caftán de pliegues y calzado con botas altas, recorría las tabernas y los mercados, prestando oído a las discusiones y conversaciones de los *mujiks* y de los pequeños burgueses, tanto en los recintos de feria como en los salones de té; deambulaba por las afueras de la ciudad, observando tipos y costumbres; asistía a las llegadas y salidas de los trenes, deteniendo mis miradas sobre rostros infinitamente variados —principalmente sobre los comerciantes de tipo moscovita y sobre los hombres del Don y del Cáucaso— envidiando a aquellos que, presurosos y agitados, se instalaban con multitud de bagajes en los trenes de las «grandes líneas»; aspiraba voluptuosamente los densos y cálidos efluvios del restaurante de la estación, extasiándose cuando tintineaba la campana de aviso y un enorme funcionario, con larga librea, se adelantaba hasta el centro de la sala de espera, anunciando lentamente y con aguda voz de barítono que tal tren, con destino a tal sitio, estaba a punto de partir.

Así viví hasta Navidad. Pero en cuanto me dieron las vacaciones, salí volando hacia la pensión, arreglé mi equipaje en cinco minutos, me despedí apresuradamente de Rostovtsev y de Glébotchka —este último tenía que esperar a que le enviaran un carruaje del pueblo, mientras yo cogía el ferrocarril en dirección a Vassilievskoïé— tomé la maleta, salí y salté sobre el primer trineo, helado y lastimoso, que hallé a mano.

El rocín emprendió una veloz carrera y el trineo se deslizó sobre la nieve, resbalando a veces con un crujido hacia el talud, haciendo que cada bache repercutiera en mi cerebro. Un viento glacial azotaba el cuello levantado de mi capote, llenándome el rostro de partículas de nieve; la ciudad se sumía en un hosco crepúsculo de borrasca, mientras que yo, por el contrario, irradiaba alegría.

Debido a las avalanchas que se habían producido en la línea, tuve que aguardar dos horas largas en la estación, pero el tren llegó por fin, espolvoreado de nieve. Yo

experimenté un gran bienestar en el acogedor calorcillo del vagón, oyendo un sordo martilleo que procedía de no sé qué parte de la calefacción, mientras en el exterior rugía la tormenta impenetrable; luego, unos toques de campana, luces, voces que resuenan en una estación apenas visible a causa del torbellino de nieve, y nuevamente el prolongado aullido de la locomotora, dispuesta a hundirse en las tinieblas, en las tempestades lejanas, en lo desconocido; una sacudida, un sordo fragor, y, por los vidrios escarchados del vagón, llenos de reflejos, el rápido vislumbrar de las luces de un andén que se va quedando atrás. Otra vez la oscuridad, la tormenta, la soledad y los bramidos del cierzo en el ventilador, pero se estaba caliente y confortable, a la pálida luz de un farol velado por una cortinilla azul; la marcha se aceleró, meciéndole a uno sobre los muelles del asiento forrado de pana y haciendo balancear en su colgador a la pelliza.

Desde nuestra estación hasta Vassilievskoïé había unas diez verstas aproximadamente; pero cuando bajé del tren era ya noche cerrada y la tormenta había adquirido tal violencia que me vi obligado a guarecerme en el frío edificio de la estación, ahumado por las lámparas de petróleo. En el silencio de la noche, las puertas golpeaban con singular resonancia cuando entraban o salían los maquinistas de los trenes de mercancías, arropados hasta los ojos, cubiertos de nieve y llevando renegridas linternas rojas. No obstante, aquello también tenía su encanto.

Me apelotoné sobre un pequeño diván de la salita reservada a las damas y traté de descabezar un sueñecito, pero me despertaba a cada momento con la impaciencia de ver despuntar el día y también a causa de la vehemencia de las ráfagas de viento. A veces oía unos vozarrones lejanos que resonaban agudamente a través del gorgoteo y los silbidos de una locomotora parada, que escupía vapor por su tubo de escape, justamente debajo de las ventanas. Cuando me desperté del todo, me puse en pie de un salto, rodeado por la sonrosada claridad de una apacible y helada madrugada.

Una hora después me hallaba ya en Vassilievskoïé, sentado ante una mesa en la acogedora y alegre casa de Wigand, nuestro nuevo pariente. No sabía a dónde dirigir la mirada de tan deliciosamente turbado como me sentía: y es que la joven Anchen, nieta de Wigand, originaria de Reval, servía el café.

XVIII

La finca de Batourino era muy hermosa, sobre todo en aquel invierno. Aparecía de un blanco azucarado, con sus montículos de nieve cortados por los patines de los trineos cuyos rastros tenían reflejos azulados, y con una amplia avenida que separaba la propiedad de la finca vecina. Unas antiguas pilastras de piedra señalaban la entrada desprovista de puerta y, bajo la escarcha, se veía el patio, apacible y soleado. De la cocina surgían unas pacíficas y untuosas emanaciones, y una sensación amable de pisadas sobre la nieve, entre el *office* y la casa, entre la isbá del servicio y el establo,

las caballerizas y otras dependencias que rodeaban el patio.

Silencio, reflejos sobre la inmaculada blancura de los techos agobiados por un peso excesivo y, visible desde ambos lados de la casa, el espeso jardín, sepultado bajo las avalanchas. Con su ramaje desnudo de un color negro rojizo, nuestro abeto predilecto alzaba su copa puntiaguda, de color verde oscuro, hacia el brillante azul del cielo, por detrás del edificio y de la rápida pendiente de su tejado parecido a una cándida cima de montaña, entre dos chimeneas y dos apacibles humaredas amarillentas.

Sobre los frontispicios caldeados por el sol, apretujándose frioleramente unas contra otras se distinguían varias cornejas, por lo regular muy charlatanas, pero de momento muy discretas; acogedoras, parpadeaban bajo la luz cegadora y alegre, con los reflejos irisados de las nieves, las antiguas ventanas de pequeños cristales.

Las botas de fieltro, heladas, rechinaban sobre la escarcha de los peldaños al subir por la escalera principal, en el ala derecha del edificio. Se pasaba debajo de la marquesina, se empujaba una pesada puerta de roble, ennegrecida por el tiempo y se cruzaba una amplia entrada, hosca y tenebrosa.

En la habitación de los criados, donde se podía ver un enorme cofre groseramente tallado debajo de la ventana, hacía todavía fresco y la atmósfera tenía una tonalidad azulada —en aquel lugar no entraba jamás el sol, puesto que la ventana daba al Norte— pero estaba la estufa que crepitaba y roncaba, haciendo retemblar su placa de cobre.

A la derecha, un tenebroso pasillo llevaba a las habitaciones, y enfrente, siguiendo todo recto, había una gran puerta de roble, también negra, que se abría sobre la sala principal. Aquel lugar no estaba siempre caldeado: predominaba el espacio y el frío, y en las paredes se congelaban los retratos de un antepasado rígido de sombrías facciones bajo los bucles de su peluca, y del emperador Pablo, con su nariz roma, vestido con un uniforme de vueltas encarnadas. Ambos se observaban de una pared a otra, con aire no muy amistoso. También había otros antiguos retratos, junto con unos vetustos candelabros que habían estado arrinconados en el pequeño cuarto de los trastos viejos, al cual era delicioso echar un vistazo, de niños, a través de la puerta de cristales. No obstante, la enorme sala estaba inundada de sol, y sobre el liso suelo encerado, de una amplitud inusitada, ardían y se fundían unas manchas violetas y granates, procedentes de los altos vasares.

Las ventanas también eran altas. Por la lateral de la izquierda, que daba al Norte, se veían alargarse los negros ramajes de un inmenso tilo, y por los cristales soleados que estaban frente a la puerta, se contemplaba el jardín con sus montículos de nieve. Por otra parte, la ventana de en medio se hallaba enteramente obstruida por el altísimo abeto que dominaba incluso las chimeneas de la casa: frente a aquel mirador estaban suspendidas, en opulentas hileras, sus blancas mangas episcopales. ¡Cuán indeciblemente hermoso era aquel árbol, en las noches de hielo y de luna!

Si se entraba en la sala, no había luz ninguna; solamente se percibía al pálido

astro, en lo alto, detrás de los cristales. La estancia estaba majestuosamente desierta, como impregnada de un ligero velo de humo, pero el abeto, espeso, con su ropaje de agujas y sus lutos de nieve, se erguía mayestáticamente ante las ventanas, ascendiendo como fina punta por la cúpula azul oscura, pura, transparente e insondable, donde palidecía con tonos plateados, ampliamente dispersa, la constelación de Orión. Más abajo, en el claro vacío del firmamento, centelleaba vivamente, temblando con sus diamantes azulados, la maravillosa Sirio, la estrella preferida de mi madre. ¿Cuánto no vagaría yo por entre aquel vapor lunar, siguiendo los largos rastros de sombra a cuadros que proyectaban las ventanas sobre el suelo? Cuántas veces no habrán vuelto a mi memoria los ensueños juveniles, repitiendo las señoriales palabras de Derjavine, nuestro viejo poeta:

*En el oscuro azul del éter
Flotaba una luna dorada
Que iluminaba mi vivienda...
Y un rayo de su luz amarillenta
Dibujaba las vidrieras
Sobre el reluciente encerado...*

Deliciosos fueron también los nuevos sentimientos que animaron mi primer invierno en aquella casa. Toda la estación transcurrió entre paseos e interminables conversaciones con mi hermano Jorge —charlas que ensancharon mi horizonte con prisa extraordinaria— en visitas a Vassilievskoïé y en leer a los poetas de la época de Derjavine y Pushkin.

En Batourino casi no había libros. Pero comencé a frecuentar Vassilievskoïé, la finca de nuestra prima por parte de padre: propiedad situada sobre un altozano frente a la destilería del Estado cuyo director era Wigand. Esta prima estaba casada con un propietario llamado Pisarev y, durante largos años, nos habíamos abstenido de ir a visitarla, debido a que el viejo Pisarev, su suegro, estaba en completa desavenencia con su hijo, ya que era un hombre extremadamente serio con el cual mi padre, como es natural, se peleó en seguida. Las relaciones entre nuestras casas se reanudaron aquel año, cuando el viejo falleció, y entonces pude disponer a mi gusto de la biblioteca que había reunido durante largos años.

En aquella colección descubrí infinidad de maravillosos libros encuadernados en piel y con los títulos grabados en oro en sus lomos: las obras de Sumarokov, de Anna Bounina, de Derjavine, de Batiuchkov, de Zhukovski, de Venevitinov, de Iazykov, de Kozlov y de Baratynsky^[25].

¡Cuánto encanto había en sus románticas viñetas —liras, urnas, cascos y coronas— en la elección del carácter de letra, en lo recio del papel, por lo regular azulado, y sobre todo en la pura y armoniosa belleza, magnitud y nobleza de todo cuanto estaba escrito en aquel papel! También estaba allí Pushkin, en la edición de 1837, que parecía completamente distinta a las ediciones más modernas.

La verdad es que no acierto a explicar con cuánta alegría me acuerdo de los años pasados en Batourino, particularmente en aquel invierno, a causa de la felicidad que me proporcionaron todos aquellos libritos. Con ellos viví todos los primeros sueños de mi adolescencia, los primeros arranques de entusiasmo espiritual, mi primer deseo de ponerme a escribir yo también, mis primeros ensayos para apagar aquella sed y, principalmente, las voluptuosidades de la imaginación.

Me entregué a ellas, así como a todos los sentimientos que suscitaban en mí con agudeza, y el resultado fue realmente prodigioso. Leyendo: «Ya vuela al combate el joven bardo», o aquello de: «Murmura, murmura, desde toda tu altura, claro torrente», o bien: «Entre las glaucas olas que besan la Taurida, al alba he visto nadar a la Nereida», veía y sentía al bardo, al torrente, a las olas glaucas, al alba sobre el mar y a la Nereida desnuda, con tanto realismo y tan vívidamente que me entraban deseos de cantar, de gritar, de reír y de llorar. Ciertamente me asombro al pensar en las cosas tan pueriles que salían de mi pluma por aquella época.

También fue maravilloso mi primer enamoramiento, que duró, apacible y risueño, todo el invierno. Anchen era una chiquilla muy joven, y nada más. ¿Pero se trataba acaso de ella en sí? Indudablemente era una muchacha alegre, cariñosa y muy buena, y solía decirme con sincera ingenuidad: «¡Me gusta mucho, mi pequeño Alexis, porque tiene usted unos sentimientos muy puros y ardientes!».

Desde luego no necesité más que un instante para incendiarme de amor. Me entusiasmé en cuanto la vi por primera vez: limpia y fresca como todas las alemanas, con su vestido rosa algo presuntuoso y sus jóvenes atractivos, adelantándose hacia mí en el comedor de los Wigand, enrojecido por el sol de una mañana invernal, para servirme el café hirviente. Apenas hubé estrechado sus deditos todavía fríos, recién salidos del agua, perfumados con jabón de almendras, mi corazón dio un brinco y decidí: ¡ya está, *es esto!* Y partí hacia Batourino con la plena convicción, no del todo descaminada, de haberme enamorado.

Sólo Dios podría decir por qué me dediqué acto seguido a fortalecer aquella pasión en mi interior, dándole incluso un sentido doloroso: de todo ello, sin embargo, nada salió al exterior. Lo único cierto era el placer y la impaciencia con que a todo momento recordaba que, al día siguiente de Navidad, la familia Wigand tenía que venir a nuestra casa. Y, efectivamente, vinieron, llenando de pronto la casa con su ruidosa alegría alemana, con sus risas un tanto inmotivadas a veces, con sus bromas y con todo aquello que suelen traer consigo los invitados campesinos, en invierno, en la época de los hielos, en un día festivo, quitándose al entrar sus aromáticas y frías pellizas, sus *snow-boots*, y sus botas de fieltro.

Por la noche, llegaron otros invitados y todos, excepto las personas de edad avanzada, decidieron, según era costumbre, disfrazarse e ir a visitar las fincas vecinas. Como es de suponer, me las ingeníé para hallarme en un trineo bajo de campesino, en compañía de Anchen. ¡Cómo olvidar aquel sonido nocturno de campanillas, aquella sorda noche de invierno en un infinito campo de nieve, la

escarcha, el frío, lo insólito! Por doquier se veían sombras confusas, y también había momentos en que uno creía tener ante sí unas luces inquietantes, como los ojos de criaturas desconocidas, surgidas de las tinieblas y del frío.

Nos envolvía el aire vivificante de las nieves, la oscuridad y el ligero escalofrío que se sentía por las piernas, a pesar de las botas de piel y del grueso pantalón de algodón azul y, por primera vez en mi vida, noté mi mano asida por otras manos jóvenes y ardientes, por aquellas cálidas manecitas de muchacha que, sin saber por qué, eran amistosas y sumisas. Nada, en toda mi vida, me ha impresionado tanto como aquel primer y torpe beso que nos dimos en medio de la noche grisácea y entre el torbellino de la nieve.

XIX

Llegó la primavera, que fue la más extraordinaria de mi existencia. He aquí cómo empezó:

Me acuerdo como si fuese ayer: estaba sentado con Olia, en su habitación cuya ventana daba al patio. Debían ser alrededor de las cinco de una luminosa tarde de marzo. El sol, ya muy bajo, dispuesto a esconderse, todavía frígido pero también vernal, prometedor de toda una infinidad de días felices, vertía un cegador torrente de oro por la ventana, junto con el brillo igualmente dorado, aunque algo verdoso, de las nieves que comenzaban a fundirse en el patio.

De pronto, abrochándose una corta pelliza, apareció mi padre con su acostumbrado dinamismo —su bigote era ya gris, pero se mostraba tan juvenil como antes— y dijo:

—Ha venido un emisario de Vassilievskoïé. Pisarev ha sufrido algo así como un ataque de apoplejía. Estaba caminando por el salón y, de repente, ha caído al suelo, desvanecido. Voy a acercarme hasta allí. ¿Quieres venir?

Me levanté, trastornado por aquella noticia y por la inesperada dicha de volver a Vassilievskoïé, donde podría ver a Anchen. Partimos inmediatamente, pero con gran sorpresa comprobamos que Pisarev se hallaba perfectamente; alegre y juvenil, estaba asombrado de lo que le había ocurrido y no comprendía a qué podía deberse. «¡De todas formas, deberías beber un poco menos!», le dijo mi padre al día siguiente, mientras se despedían en la salita. «¡Tonterías!», respondió, con un relámpago de alegría en sus ojos agitados, a la par que ayudaba a mi padre a ponerse la pelliza.

Todavía me parece verle, esbelto, curtido por el sol, con su barba negra, su amplia blusa de seda roja, su pantalón bombacho negro y sus blandas botas con rebordes plateados.

El hecho es que regresamos tranquilamente a casa, y pronto vino el deshielo, con unas aguas primaverales tan imperiosas y continuas que nuestras comunicaciones con Vassilievskoïé quedaron interrumpidas durante medio mes. El primer día de Pascua,

ya todo se había secado y los pastos comenzaron a reverdecer. Estábamos ya todos preparados junto a la tartana para salir hacia Vassilievskoïé, cuando apareció en la puerta un caballo, seguido por un coche ligero en el que se hallaba nuestro primo Piotr Petrovitch Arséniev.

—¡Cristo ha resucitado! —exclamó con calma afectada al llegar a nuestro lado—. ¿Vais a Vassilievskoïé? Llegaréis a punto. Pisarev acaba de fallecer. Esta mañana, al despertarse, ha entrado en el cuarto con su hermana para cambiar con ella el beso de la paz; de pronto, se ha sentado en un sillón, ha inclinado la cabeza, y... ¡kaput!

Terminaban de amortajar al difunto cuando nosotros entramos en la casa. Estaba tendido, como de costumbre, encima de la mesa —espectáculo que me seguía resultando extraño—, en la misma sala en cuyo umbral, quince días antes, se hallaba de pie, sonriente y guiñando los ojos a causa del resplandor del sol poniente y del humo de su cigarrillo. Yacía con los ojos cerrados —aún hoy en día veo aquellos globos violáceos—, pero todavía con el aspecto de un ser vivo, con sus cabellos y su barba negra como la pez recién peinados, con una levita nueva, camisa almidonada y una corbata de seda negra primorosamente anudada. Le habían cubierto hasta la cintura con una sábana bajo la cual se dibujaban las puntas de sus pies.

Lo contemplé tranquilamente, estúpidamente, e incluso palpé su frente y sus manos, que estaban casi tibias. No obstante, al caer la tarde, todo cambió de aspecto. Yo ya había salido de mi atontamiento y, comprendiendo lo que había ocurrido, ya no pude dominarme cuando entré en la sala adonde nos llamaban para el primer servicio fúnebre.

Por la ventana se vislumbraba todavía el rojizo resplandor del atardecer primaveral, pero el crepúsculo que ascendía del oscuro valle por donde se deslizaba el río y de la húmeda oscuridad de los campos, iba anegando cada vez más aquel resplandor; en la sala, entenebrecida, llena de gente, había un velo de incienso y, a través de aquella oscuridad y de aquel velo, en manos de todos los asistentes brillaban las pequeñas velillas de cera.

Detrás de los grandes cirios de iglesia, cuyas lenguas rojizas humeaban junto al lecho mortuario, resonaban siniestramente las oraciones jaculatorias del clero, que modulaban extrañamente, inconscientemente, palabras repletas de una alegría insistente y de una clara melancolía primaveral: «Cristo ha resucitado de entre los muertos, y con su muerte ha vencido a la muerte...».

Yo observaba atentamente el lugar donde aparecía, a través del resplandor de los cirios y envuelto por el crepúsculo, el rostro ya plomizo del difunto, o bien, con ferviente ternura, con la sensación de hallar en ello un puerto de salvación, buscaba entre la muchedumbre las delicadas facciones de Anchen, apacibles y discretas, cálida e inocentemente iluminadas por la llama de un cirio.

Por la noche dormí con sueño agitado y afligido, turbado constantemente por las mismas visiones, insólitas en su lucidez y en su desorden, de una muchedumbre inquieta, terrible y misteriosamente relacionada con lo que había ocurrido: todos

ellos, apresuradamente —y, ¡cosa horrible!, como si obedeciesen las órdenes mudas del difunto—, recorrían las habitaciones, se consultaban unos a otros, y transportaban mesas, sillones, camas y cómodas.

Por la mañana, al salir al patio, me hallaba como ebrio. Había amanecido un día apacible, tibio y luminoso. El sol caldeaba las escalinatas de la entrada, el patio adornado por un incipiente y tierno verdor, y el jardín transparente que, no obstante, comenzaba ya a adquirir las suaves tonalidades grises de la primavera.

De repente, al echar una mirada a mi alrededor, percibí con espanto, apoyada en una pared que había cerca de mí, una alta tapa oscura, recién pintada: la tapa del ataúd. Salí corriendo escaleras abajo, me adentré en el jardín y me senté en un banco, en un sendero apartado, debajo de unas pequeñas acacias.

El calor se acentuaba por momentos, los pinzones gorjeaban, las acacias amarilleaban bajo una suave y muelle pelusilla, el alma se enternecía, voluptuosa y dolorosamente, aspirando el aroma de la tierra y de la hierba nueva, las grullas croaban, monótonas, triunfantes y como dándose importancia, pero sin turbar el modesto silencio del jardín. Estaban lejos, en una hondonada, sobre unos viejos abedules allí donde brotaba, entre una primaveral bruma olivácea y todavía despojada de sus hojas, la joven vegetación de las mimbreras.

¡Por doquier estaba la muerte, confundida con la eterna, amable y fútil vida! No sé por qué, me acordé de pronto del comienzo de *Guillermo Tell*: montañas, un lago, un pescador remando y cantando. Y, repentinamente, en mi alma resonó, indeciblemente radiante y libre, el canto de las lejanas regiones de la felicidad.

Aquella jornada transcurrió para mí en una especie de embriaguez que me mantuvo en un constante estado emotivo: más servicios fúnebres, nuevamente el gentío, vecinos que llegaban y vecinos que se iban, interminables abrazos pascuales, asombros afligidos y tímidos, y sin embargo ávidas libaciones delante del ambigú, y allá en el soleado cuarto de los niños, cerrado completamente, los despreocupados juegos de los pequeños que no comprendían nada, bajo la vigilancia entristecida y afectuosamente distraída de una vieja nodriza que, de vez en cuando, vertía algunas lágrimas.

El crepúsculo se iba acentuando, y de nuevo la gente se reunía sin prisas, apretujándose en la sala, hablando en voz baja, en espera de un nuevo servicio fúnebre. La llegada de los oficiantes y el silencio que reinó en seguida, los cirios que se encendían, los ornamentos sacerdotales revestidos dentro de aquel silencio, el misterio de aquellos preparativos rituales, luego el primer balanceo del incensario y la primera invocación, todo en conjunto me pareció, en aquella velada que era la última para el difunto, tan significativo y tan solemne que la tierra me huía debajo de los pies y no podía mirar lo que se hallaba ante mí: aquel suntuoso ataúd forrado de terciopelo y alzado sobre unas mesas unidas, y aquel cuerpo ostensiblemente sepulcral, recostado dentro del féretro, con toda la siniestra magnificencia de un paño dorado extendido, con un icono sobre el pecho y una almohada nueva de rígida

blancura bajo la cabeza, rodeado por la lúgubre penumbra de algo que ya no despertaría más de la tumba. También me impresionó aquel rostro de negra barba, con los párpados abatidos y ennegrecidos, despidiendo reflejos metálicos a través de la humareda tibia y asfixiante del incienso, entre el chisporroteo de las cálidas luces mortuorias.

Para pasar la noche nos prepararon nuevamente la cama a Jorge y a mí... donde él, en su antiguo gabinete. Las puertas de la sala, una vez evacuada, todavía penetrada por un intenso aroma a incienso, donde un chantre salmodiaba con voz baja y monótona a la luz de los cirios, fueron cerradas del todo. En el mismo instante la casa se silenció y se apaciguó hasta el menor ruido.

Mi hermano, después de conversar un momento conmigo, apagó su bujía y se durmió inmediatamente. Pero yo, angustiado y amedrentado, era incapaz incluso de desnudarme. Me acosté completamente vestido y, en cuanto hube apagado de un soplo la bujía, me quedé adormilado un instante. Pero en seguida me vi otra vez en la sala y, sobrecogido, volví a abrir los ojos.

Me incorporé con el corazón palpitante y me puse a mirar en la oscuridad prestando oído al menor ruido. Todo se hallaba extraordinaria y terriblemente tranquilo: únicamente se oía, a lo lejos, en la sala, la voz ininteligible del sacerdote. Hice un excepcional esfuerzo sobre mí mismo, bajé los pies del diván, empujé la puerta del gabinete, corrí de puntillas por el oscuro pasillo y apliqué la oreja en la puerta de la sala bajo la cual se filtraba un rayo de luz.

—El Señor reina, revestido de majestad, el Señor se halla revestido de poder —murmuraba el chantre, con tono frío y presuroso—. Los ríos elevan, Señor, los ríos elevan sus voces, los ríos elevan sus aguas... Al principio de todas las cosas, creaste la tierra y los cielos, obra de Tus manos. Estos perecerán, pero Tú permanecerás, y Tú te limitarás a cambiarlos como si fueran ropa vieja... ¡Gloria al Señor por los siglos de los siglos!

Un estremecimiento de lágrimas estáticas me recorrió de pies a cabeza. Entonces me precipité a tientas por el oscuro corredor y, por el tenebroso vestíbulo del patio interior, salí a la puerta trasera de la casa. Bajé rápidamente los escalones, di la vuelta al edificio y me detuve en medio del patio principal. Reinaba la oscuridad y, como suele ocurrir durante los primeros balbuceos de la primavera, todo era sumamente apacible, puro y fresco. Un finísimo y purísimo vaho, semejante al de una respiración, ascendía como un velo plateado entre la tierra y el cielo iluminado de estrellas. A lo lejos, en el silencio nocturno, el valle resonaba con el ruido sordo y regular de la crecida de las aguas.

Miré al través de la oscuridad, y más allá del valle, en la otra vertiente, allí en la casa de Wigand, vi que brillaba, solitaria y tardía, una lucecita roja: «Es *ella* que no duerme», me dije. «Los ríos elevan sus voces y sus aguas», pensé luego. Y la lucecita parpadeó de repente en mis ojos velados por nuevos llantos: eran lágrimas de felicidad, de amor, de esperanza y de no sé qué radiante y frenética ternura.

LIBRO III

I

Aquella terrible noche de primavera en Vassilievskoié resulta para mí más memorable por el hecho de que coincidía con la víspera del entierro.

No conseguí pegar los ojos hasta el alba. No me sentía con fuerzas suficientes para regresar a la casa en seguida; demasiado siniestramente se dibujaban sus contornos a la luz de las estrellas y se erguía negra, al pie de la escalera, la tapa del ataúd; excesivamente violento era el contraste de todo aquello con lo que desbordaba en mi corazón. Por lo tanto, me encaminé hacia los campos y anduve largo rato en la oscuridad, a ciegas.

Regresé cuando ya blanqueaba el oriente y cantaban los gallos por toda la aldea. Me deslicé dentro de la casa por el mismo patio interior y me dormí acto seguido. Sin embargo, mi sueño fue pronto obsesionado por el terrorífico pensamiento de que algo muy grave se estaba fraguando, y me levanté de repente, sin haber dormido apenas tres horas.

El edificio se hallaba dividido todavía en dos mundos absolutamente distintos; en el uno estaba la muerte en un ataúd, en la sala; en el otro, o sea en todas las demás habitaciones, separadas de aquella sala por puertas cerradas, se desarrollaba como podía nuestra vida desordenada, aguardando con impaciencia el fatal desenlace de todo aquello.

Me desperté con la viva sensación de la inminencia —¡por fin!— del desenlace y, hasta cierto punto, me sentí asombrado al ver a mi hermano —que había dormido como yo en el gabinete del difunto— fumando con indiferencia, vestido únicamente con su ropa interior, sentado sobre un diván, mientras las arrugadas sábanas con que se había tapado yacían a su lado, sobre el suelo.

Detrás de la puerta se oían ya pasos apresurados, voces, preguntas breves y también cortas respuestas. María Petrovna, la primera doncella, entró a servirnos el té; hizo un saludo silencioso sin mirarnos y, tras depositar la bandeja encima de la mesa del despacho, salió con aire preocupado. Comencé a vestirme, y noté que me temblaban las manos.

En el gabinete, cuyas paredes estaban recubiertas con un viejo papel con entrefiletos dorados, todo era sencillo, cotidiano, incluso alegre, y flotaba —signo de la vida matutina de los hombres— un aromático humo de cigarrillos. Mi hermano fumaba y contemplaba distraídamente las zapatillas caucásicas de Pisarev, que yo había visto en los pies del difunto quince días antes, cuando brillaba todavía con su robusta hermosura de gitano, y que ahora permanecían modestamente ocultas debajo de la mesa.

Yo también las miré, y entonces todo se embrolló todavía más en mi cerebro. «Él ya no está», pensé; «pero sus zapatillas siguen aquí y pueden seguir si es preciso un siglo entero. ¿Pero él dónde estará, y dónde permanecerá hasta el final de los tiempos? ¿Será cierto que se habrá encontrado ya en el otro mundo con todos los

antiguos muertos de antaño y que ahora es un espíritu o simplemente la idea que yo tengo de él? ¿Es posible que sea él esa cosa terrorífica que descansa sobre dos mesas, en la sala, entre las planchas oblicuas de la caja mortuoria, entre los insólitos resplandores que en pleno día despiden los cirios casi consumidos cuya cera empapa el papel que los envuelve, en los altos candelabros de plata? ¿Es acaso él quien, anteayer mismo, en una mañana exacta a la de hoy, entraba, con su barba negra cuidadosamente peinada, recién aseado, en la habitación de su mujer, en esa habitación donde media hora después iban a lavar su cuerpo desnudo sin vida?

»Naturalmente que es él. Pero no deja de ser asombroso pensar que hoy mismo, dentro de un instante, le ocurrirá esa cosa postrera, terrible y ritual, con la cual, al parecer, no había tenido nada en común durante su vida».

Se trataba de una cosa divina en el mundo y en la que yo iba a participar por primera vez en toda mi joven existencia. En resumidas cuentas, iba a vivir la realidad de aquellas extraordinarias palabras que, no sé por qué razón, tuve que aprenderme de memoria en el liceo: «Tres días después de haber fallecido un cristiano, conviene que su cuerpo sea llevado al templo... Los preparativos para entrar en el reino de lo absoluto consisten, en presencia de allegados, padre y amigos, en unos grandes incensamientos alrededor del difunto y en el canto de las antífonas rogando por su eterno descanso hasta el día del Juicio Final y de la resurrección de los muertos...».

Súbitamente se me ocurrió meditar con asombro que, en aquel caso, el cristiano era Pisarev, y en seguida me sentí aterrado al imaginarme aquella eternidad que habría de transcurrir, tanto para él como para nosotros, antes de la resurrección, después de la cual se prolongaría por los siglos de los siglos algo completamente inimaginable.

II

Observé el levantamiento del cadáver con avidez y con un pronunciado temblor en todo mi ser. Cuando por fin llegó la hora de su separación con su casa y con el mundo entero, unos obreros endomingados, fuertes y jóvenes, vinieron para transportarle. Me volví a imaginar entonces que, en aquella enorme caja de color negro aterciopelado, con feas patas plateadas, yacía algo sagrado pero al mismo tiempo repugnante e indecentemente terrestre.

Aquella cosa, con las manos humildemente enlazadas y petrificadas dentro de las negras mangas de una levita, balanceando una cabeza tan inerte como la madera, flotó por encima del suelo por obra de la voluntad de otros, y luego, a través de la apiñada muchedumbre, de las capas ceremoniales, del incienso y de los cánticos desafinados, bogó, con los pies por delante, hacia el portal abierto de par en par.

¡Jamás aquellos pies volverían a cruzar el umbral de aquella casa! Pasó primeramente por el vestíbulo y después salió a la escalinata, dándole de lleno el sol

y el verdor primaverales, entre una muchedumbre sobre la cual se alzaba el crucifijo. Dos *mujiks* llevaban sobre la cabeza la tapa de ataúd. Allí, los obreros hicieron una pausa para descansar un momento, y los oficiantes alzaron todavía más el tono de sus voces: «en señal de que el difunto comparece en el Reino de los espíritus no carnales que rodean el trono del Todopoderoso y silenciosamente cantan su himno tres veces santo».

Desde lo alto del campanario que se hallaba detrás de las dependencias, justamente enfrente de la puerta principal, las campanas habían desgranado lentamente hasta aquel momento unas notas finas, quejumbrosas, cada vez más graves, pero de súbito resonó con brusquedad, voluntariamente incoherente, una disonancia trágica en bajo y alto, que fue contestada en coro por los aullidos y ladridos discordantes de los asustados lebreles y mastines que deambulaban por el patio.

Aquello resultaba tan abominable que mi hermana, bajo su largo velo de luto, vaciló y sollozó, las mujeres de la aldea eructaron sus lamentos, y mi padre, que sostenía también torpemente el féretro, se quedó anonadado de angustia y de dolor.

En la iglesia contemplé el rostro del muerto ante la puerta del iconostasio^[26], bajo el círculo sordo de una cúpula con nubes pintadas, en medio de las cuales, en un burdo triángulo azul, se dilataba, duro y enigmático, el Ojo escrutador de todas las cosas. Estaban dando ya la absolución, y aquella faz de nariz afilada, de transparente barba negra, con bigotes del mismo color bajo los cuales relucían unos labios exangües y petrificados, estaba macabramente ceñida por la banda de pergamino de vivos colores que se colocaba sobre la frente de los muertos.

Yo lo miraba, pensando: «Ahora se parece a un paladín de los viejos tiempos, en cierto modo, ya está para siempre unido a la imagen de los santos, a la legión de todos nuestros abuelos y antepasados...». Por encima suyo, cantaron: «Felices los puros que caminan según la Ley del Señor», y yo, sintiéndome angustiado y dolorido por él, y enternecido por mi propia persona, volví a pensar lo siguiente: «Ya está; ahora van a poner entre sus dedos ya rígidos, de uñas ennegrecidas, “el pergamino de despedida”. Luego derramarán sobre él la santa unción, le persignarán, lo cubrirán con un sudario y con una tapa, se lo llevarán, lo enterrarán, y se irán y lo olvidarán. Pasarán los años, y mi larga y dichosa vida seguirá su curso por ahí, en algún lugar de mi brumoso y luminoso porvenir, y él, o mejor dicho su cráneo y sus huesos permanecerán y permanecerán tendidos en la tierra, detrás de esta iglesia, entre la hierba alta, bajo un sauce que hoy plantarán en la cabecera de su tumba y que se convertirá un día en un árbol grande y hermoso, con su tronco blanco y vigoroso y su copa gris verdosa que deslizará su ramaje hasta el suelo, estremeciéndolo suavemente en las largas jornadas de estío...».

Depositando sobre él «el último beso», rocé con mis labios la banda que le ceñía la frente. ¡Dios mío, qué frialdad y qué hedor noté en aquel terrible momento! ¡Cómo me consternó la glacial rigidez de aquella frente huesuda, que había adquirido un

color limón oscuro, bajo la banda de pergamino, en inconcebible contraste con cuanto había de viviente, primaveral y tibio en aquel hálito que soplaba suave y sencillamente a través de las ventanas enrejadas de la iglesia!

Seguidamente observé con atención detrás de la iglesia, entre las viejas losas y monumentos erigidos en memoria de antiguos oficiales y suboficiales, y vi la profunda y angosta fosa que tenía el brillo mortecino y angustioso de sus cuatro paredes excavadas con pulcra y firme exactitud: grosera e implacable volaba allí encima, a toda prisa, la tierra húmeda, la tierra primitiva, recubriendo el terciopelo oscuro y la cruz que lo marcaba de blanco.

Sentía tentaciones de irritarme sacrílegamente; me acordaba del Ojo que lo veía todo fríamente, en la bóveda nubosa de la cúpula; pensaba en lo que quedaría en aquel ataúd al cabo de una semana, y traté incluso de persuadirme de que, pasado cierto tiempo, ocurriría lo propio conmigo. Pero no conseguía imaginármelo.

Ya habían nivelado la tierra encima de la tumba; Anchen llevaba un vestidito nuevo de batista; acariciador, resolviéndolo todo y devolviendo las esperanzas, resonaba el último cántico, un canto de alegría, otro canto más a Cristo que se perdía en el calor del sol... El mundo pareció rejuvenecido, liberado, más amplio y más bello cuando un ser hubo partido para siempre...

III

Al regresar del cementerio, mi hermana caminaba a tropezones, aplicando un pañuelo sobre sus ojos, sin ver nada de lo que tenía delante de sí. Pero mi padre la sujetaba enérgicamente por el brazo y, tratando de acompañar su paso al suyo, le repetía insistentemente todas esas frases vacías y amables que se suelen decir en casos semejantes:

—Querida mía; es inútil consolarte, pero debo decirte una cosa: recuerda que la desesperación es un pecado mortal, que no estás sola en el mundo, que alrededor tuyo hay personas que te quieren infinitamente, que tienes unos hijos que dan a tu existencia un fin elevado y sobre todo que eres joven todavía, que tienes toda una vida por delante...

Y de repente comprendí enternecido que, efectivamente, después de todo, mi hermana no tenía más que veinticinco años, que era bonita y que en aquel momento, vestida de luto, habiendo adelgazado y palidecido mucho en aquellos últimos días, se había vuelto como una jovencita soltera.

Sosteniendo en la mano su gorra galoneada de noble, caminaba junto a papá su viejo amigo, un propietario bajito y rechoncho, muy curtido y ya de por sí muy moreno, que tenía como unas manchas de tabaco rubio sobre las pupilas amarillentas de sus ojos marrones, cosa que me había intrigado mucho desde niño. Tenía calor, a falta de costumbre de llevar levita y camisa almidonada, y también a causa de su

corpulencia y de los sentimientos que le agitaban. Con la respiración silbante, por la prisa y la sofocación, hablaba como mi padre:

—Vera Petrovna, permítame que también le diga una cosa: he sido un segundo padre para el difunto después de la muerte de su papá; fui yo quien lo apadriné, lo eduqué y lo bendije cuando ustedes dos se casaron, de forma que ya puede comprender lo que siento. Luego, como usted ya sabe, yo también me quedé viudo muy joven... Pero Alejandro tiene razón mil veces. ¿Sabe usted lo que dicen los *mujiks*? «La muerte es como el sol; no se la mira cara a cara...». Sí, no se la mira, y tampoco hay que mirarla, pues de lo contrario es imposible vivir... Mire usted, me da vergüenza de que él ya no esté aquí y que en cambio yo siga en pie todavía, hablando con mi voz cascada. ¿Pero es que acaso esto depende de nosotros?

Contemplé su robusta cabeza y su cabellera bien cortada, de un gris azulado; su ancha nuca y el viejo aro de matrimonio en su mano curtida: prueba de que también él había amado en otros tiempos y de que había sido joven y feliz. Le miraba y notaba que todos sentíamos cierta vergüenza, que estábamos desazonados y que, no obstante, a todos nos era infinitamente grato volver a la vida después de haber soportado durante tres días enteros la espantosa carga que pesaba sobre nosotros.

Hasta cierto punto me sorprendía pensar que me era agradable caminar sobre la blanda tierra primaveral, con la cabeza descubierta bajo los rayos del sol; escuchando los gritos incesantes y variados de las grullas que voceaban con vehemencia, con una especie de dolorosa alegría, posándose en todos los jardines de los contornos; contemplando con una mirada casi amorosa a mi enlutada hermana, bella en su juventud y en su pena. Al mismo tiempo pensaba, dándome un vuelco el corazón, que para aquella tarde había quedado citado con Anchen en el fondo del jardín.

Una vez desembarazada de su dueño, también la casa parecía haberse rejuvenecido. Todos los suelos y cristales habían sido lavados, se había hecho una limpieza general y las ventanas estaban abiertas de par en par, dejando penetrar el aire y el sol.

Apenas crucé el umbral de la sala grande, donde habían dispuesto y adornado la mesa para el banquete de exequias, volví a notar en seguida aquel olor espantoso, inimaginablemente inmundado, que me había producido náuseas toda la mañana. Pero de todos modos resultaba singularmente excitante, mezclado con el del piso húmedo recién fregado y con el del aire fresco primaveral que invadía toda la casa; y era para una fiesta, para un festín de vida y no de muerte, para lo que brillaban encima de las mesas los manteles, las copas y las botellas.

No obstante, ¡qué horrible resultó aquella interminable comida, grotescamente abundante, interrumpida de vez en cuando por las voces ebrias y discordantes de los chantres, que se elevaban en un *Réquiem* enternecido a la eterna memoria de un ser incomprensible al que acaban de enterrar detrás de la iglesia! Mi padre tenía razón al decirme:

—¡Ya sé, querido, ya sé lo que sientes ahora! Todos llevamos plomo en el ala,

pero tú, que estás en el umbral de la vida y que tienes un corazón tan distinto al de nuestra época... ¡Me imagino lo que sientes!

IV

Después del entierro estuve todavía una quincena de días en Vassilievskoié, permaneciendo en el mismo estado de excitación y de desdoblamiento ante la vida cuyo fin inconcebible y espantoso acaba de presenciar con mis propios ojos.

Me sentía más angustiado en aquellos días por el hecho de que tenía que pasar por otra prueba: separarme de Anchen que regresaba a su casa.

Mi padre y Pior Péetrovitch decidieron, a causa de mi hermana, permanecer todavía algún tiempo en Vassilievskoié. Yo también me quedé con ellos, y no solamente a causa de Anchen hacia quien mi pasión aumentaba de día en día; la verdad es que tenía también deseos, no sé por qué, de prolongar aquellos sentimientos dobles que me poseían y que me obligaban a no separarme de *Fausto*, libro que había caído entre mis manos de entre los de la biblioteca de Pisarev; y me había entusiasmado desde el primer momento:

*En la marejada de la vida, en el fuego de la acción,
Invisible, pero visiblemente presente por doquier,
Soy alegría y soy pena,
Soy muerte y soy vida,
Ola viviente
Sobre el mar de la existencia,
Sobre el bullicioso marco del universo
Tejo y destejo sin reposo,
Tanto en la criatura como en las entrañas de la creación,
El viviente ropaje del Creador...*

Doble era también la existencia en Vassilievskoié. Estaba todavía impregnada de una gran tristeza, pero iba regularizándose con una rapidez asombrosa, adquiriendo un aspecto singularmente agradable a raíz de los cambios producidos y que se seguían produciendo en el esplendor de la flora primaveral que iba fortaleciéndose.

Todos notaban que era ya hora de volver a la vida con nuevas fuerzas; incluso con fuerzas duplicadas. Se seguía manteniendo una limpieza excepcional en toda la casa y se habían introducido muchos cambios en ella. Determinados muebles, demasiado viejos ya, habían sido relegados al granero; otros habían sido transportados de una habitación a otra; para mi hermana, habían arreglado un nuevo dormitorio cerca del de los niños; y de la antigua habitación de matrimonio, detrás del saloncito, no habían dejado nada, transformándola en una amplia sala de estar.

Escondieron casi todos los objetos que habían pertenecido al difunto: cierto día vi

cómo cepillaban junto al patio interior su uniforme de noble, su gorra galoneada de rojo y su bicornio emplumado, metiéndolo luego todo en un viejo baúl.

En la vida doméstica también se había implantado un nuevo orden: la dirigían ahora mi padre y Pior Pétrovitch, y en la servidumbre, como ocurre siempre entre amos y criados durante los primeros tiempos, todos rivalizaban en celo confiando en que, debido al cambio ocurrido, todo marcharía en adelante de una forma nueva, de una forma perfecta.

Me acuerdo de que aquello me conmovía mucho. Pero tal vez lo más conmovedor era apreciar el retorno progresivo de mi hermana a la vida; se iba reponiendo poco a poco, volviéndose más apacible y más sencilla, e incluso a veces sonreía débilmente en la mesa, ante las ingenuas preguntas de los niños. Por lo demás, tanto Pior Pétrovitch como mi padre se mostraban discreta pero invariablemente afables y atentos para con ella.

Es asombroso lo de prisa que transcurrieron para mí aquellos días dolorosamente felices. Cuando, entrada ya la noche me separaba de Anchen, voluptuosamente atormentado por nuestras interminables despedidas, al regresar a la casa me deslizaba en el gabinete y me dormía con un sueño de plomo pensando en la cita del día siguiente. Por la mañana, me apresuraba a tomar el té y, sentado en el soleado jardín con un libro en la mano, me consumía de impaciencia aguardando el instante en que podría de nuevo cruzar el río para irme a pasear con ella.

En aquellos momentos, las hijitas de Wigand se paseaban con nosotros, pero como siempre corrían delante, no nos estorbaban lo más mínimo. Al mediodía, regresaba a casa a la hora de comer; después de la comida, releía el *Fausto*, y esperaba la hora del crepúsculo.

Durante aquellas veladas, en lo más intrincado del jardín brillaba la luna, mientras los ruiseñores cantaban misteriosa y prudentemente. Anchen, olvidando su pudor de tiempo antes, se sentaba sobre mis rodillas, me abrazaba y yo sentía palpitar su corazón, experimentado por primera vez las delicias de tan preciosa carga.

Finalmente, se fue. Jamás había yo llorado tan abundante y ciegamente como aquel día. Pero ¡con qué ternura, con qué delicioso tormento de amor por el mundo, por la vida, por la belleza corporal y espiritual del ser humano que ella me había revelado sin saberlo, vertía yo aquellas lágrimas!

Cuando por la tarde, atontado a fuerza de llorar, me fui de nuevo a rondar por el otro lado del río, pasó por mi lado el carricoche que la había llevado a la ciudad. El cochero hizo alto y me tendió un número de una revista ilustrada de Petersburgo, a la cual un mes antes yo había enviado versos por primera vez. La abrí, y fue para mí como un relámpago cegador el ver saltar ante mis ojos las letras embrujadas de mi nombre...

En aquella primavera cumplía yo mi decimosexto aniversario. Todavía había en mí mucha puerilidad, mucha tontería, ardor e ingenuidad. Sin embargo, al regresar de Vassilievskoïé a Batourino, adquirí plena conciencia de que mi entrada en la vida se realizaba con méritos iguales a los de las personas mayores.

Durante el invierno creía todavía saber muchas cosas indispensables a todo adulto: la formación del universo, cierto período glaciario, los salvajes de la edad de piedra, la vida de los pueblos de la antigüedad, las invasiones de Roma por los bárbaros, la Rusia de la época de Kiev, el descubrimiento de América, la Revolución francesa, el byronismo, el romanticismo, los hombres de la generación del 40, Jeliabov, Pobedonostsev, sin hablar de multitud de personajes y vidas imaginarias que entraron en mí con todos sus sentimientos y predestinaciones; es decir, todos esos seres que parecen indispensables a todo el mundo: los Hamlet, los Don Carlos, los Childe-Harold, los Oneguine, los Patcherine, los Roudines, los Bezarou.

La verdad es que mi experiencia de la vida me parecía inmensa. Regresé terriblemente cansado, pero con la firme decisión de comenzar en adelante a vivir «plenamente». ¿En qué tenía que consistir aquella vida? Yo albergaba la sensación de que su fundamento sería el experimentar, entre todas las demás impresiones y ocupaciones gratas, las mayores alegrías poéticas posibles, a las cuales creía incluso tener cierto derecho. «Hemos entrado en la vida con un maravilloso crédito...» y con este maravilloso crédito me disponía yo también a entrar en la vida.

Durante el invierno, cuando tanto leía, aplicándome siempre todo a mi propia persona, escribí un día en mi cuaderno el párrafo siguiente, que uní a las anotaciones más queridas que extraía de los libros: «A veces, tengo momentos de adivinación, o tal vez sean de reminiscencia, de una dicha infinita...». Y el caso es que esta anotación no había sido hecha a la ligera; porque lo cierto es que yo ya comprendía que existen momentos semejantes. Ahora, eran para mí todavía más comprensibles, y mis días transcurrieron en la incesante espera de aquellas miras que yo adivinaba y de aquellas reminiscencias. Pero, no obstante, ¿estaba yo bien fundamentado?

Me mantenía en la impresión de «tener todo por delante»; tenía también conciencia de mis fuerzas juveniles, de mi salud corporal y espiritual, de cierta belleza de rostro y de las elevadas cualidades de mi constitución general, de la libertad y seguridad de mis movimientos, de mi caminar ligero y rápido, de mi atrevimiento y de mi habilidad: ¡había que ver cómo montaba a caballo! Sentía la convicción de mi propia capacidad, de mi pureza de adolescente, de mis nobles impulsos, de mi franqueza y de mi desprecio por toda bajeza.

Existía en mí una exaltación espiritual, tanto por naturaleza como por adquisición a través de la lectura de los poetas que hablaban continuamente de la elevada misión del aedo, diciendo que «la poesía es Dios en los santos ensueños de la tierra», y que «el arte es un progreso hacia un mundo mejor». Rebosaba de una alegría que me elevaba el espíritu, incluso en la apasionada amargura con que me recitaba a mí

mismo, en ciertos momentos, cosas muy diferentes: algunos versos virulentos de Lermontov y de Heine, las lamentaciones de Fausto dirigiéndose a la luna detrás de su ventana gótica, o bien los aforismos alegres e indecentes de Mefistófeles. Pero ¿no comprendía acaso, de vez en cuando, que todo aquello no bastaba, que no basta tener alas para volar sino que se precisa también del aire que las sostenga y las permita extenderse?

No podía dispensarme de experimentar los singulares sentimientos propios de todo joven escritor en cuanto ve su nombre en la prensa. Pero tampoco podía ignorar que una flor no hace verano. Mi padre, en sus momentos de irritación me llamaba el simplón de la nobleza; yo me consolaba pensando que no era el único que estudiaba «quedamente, algo y de alguna manera»; pero no por eso dejaba de comprender qué precario era mi consuelo.

En el fondo del alma (a pesar de estar contaminado por mis lecturas y por mi hermano Jorge de una cantidad de ideas liberales preconcebidas), me sentía todavía muy orgulloso de pertenecer a la estirpe de los Arséniev. Pero al mismo tiempo, no era posible evitar acordarme de nuestra creciente indigencia, de la pobreza que nos acechaba y de que la despreocupación con respecto a esta miseria alcanzaba en nosotros proporciones antinaturales.

Había crecido con la convicción, y la seguía sustentando, de que con todas las cualidades de mis hermanos, particularmente de Jorge, yo era el principal heredero de todo cuanto llevaba a mi padre, a pesar de sus defectos, a diferenciarse tan notablemente de todas las personas que yo conocía. Pero la verdad es que ya no era el de antes; parecía haberse desprendido del mango después de haber tirado el hacha, estaba casi siempre taciturno y había limitado casi todas sus ocupaciones a arrendar sus tierras y a vender sus últimas vacas, sus caballos e incluso los arneses.

¡Qué no debía yo experimentar, viéndole constantemente excitado, con su barbilla grisácea sin afeitar, con su cabeza majestuosamente despeinada, sus zapatillas rotas y su capa hecha trizas que databa del sitio de Sebastopol! ¡Y qué dolor no experimentaría yo también pensando en que mi madre envejecía y en que Olia se hacía mayor! Sentía asimismo una cruel compasión respecto a mí mismo, particularmente después de haber cenado una sencilla sopa fría de legumbres, al regresar a mi habitación y abismarme en mis libros, que eran mi única riqueza. En aquellos momentos revolvía la arqueta del abuelo, de abedul de Carelia, donde se hallaba todo cuanto era para mí más querido: papeles grisáceos que olían a menta, comprados con mis últimos ochavos en la pequeña tienda de la aldea, y sobre los cuales yo había garrapateado «cegías» y «estancias».

A veces se me ocurría pensar en la juventud de mi padre y notaba una extraña diferencia con mi propia juventud. Poseía casi todo cuanto convenía a un feliz adolescente, de su clase y de su rango; por tal motivo, había crecido y vivido con una despreocupación completamente natural en virtud de aquellos privilegios de *barino* de los cuales se aprovechaba libre y apaciblemente; no conocía ningún límite para sus

pasiones y deseos; en todas partes, por derecho propio y con risueña altanería, se sentía Arséniev.

Por el contrario, yo no tenía más que una arqueta de abedul de Carelia, un viejo fusil de dos cañones, un flaco corcel del Cáucaso y una vetusta silla de montar cosaca muy gastada. ¡Qué deseos sentía en ocasiones de presentarme elegante y peripuesto! Y sin embargo, cuando me disponía a ir de visita, me veía obligado a ponerme la chaqueta gris de mi hermano Jorge, precisamente la que había llevado cuando le conducían a la prisión de Járkov y de la cual me avergonzaba, en mi fuero interno, delante de las visitas.

Carecía del sentimiento de la propiedad, ¡pero cuántas veces pensaba en la riqueza, en lo maravillosa que es la opulencia y en todas las alegrías físicas y espirituales que la acompañan! Soñaba en viajes lejanos, en la contemplación del mundo entero, en lo insólito de la belleza femenina y en la amistad de maravillosos adolescentes imaginarios, compañeros y camaradas por las tendencias, los impulsos y los gustos.

¿Y acaso no me daba cuenta a veces de que no había salido de los límites de nuestra pequeña ciudad, de que el mundo entero estaba clausurado para mí, de que no veía más que *mujiks* y kulaks, de que todo el círculo de nuestras amistades se limitaba a dos o tres pequeñas fincas y a Vassilievskoié, y de que el refugio de todos mis sueños era mi vieja habitación en un rincón de la casa, con sus casi podridas ventanas de guillotina y las vidrieras de colores que daban al jardín?

VI

Sea como fuere, el hecho es que volví a encontrarme en casa y que todo era apacible, sencillo y encantador en torno mío.

Los días transcurrían y yo me iba recuperando poco a poco. Las flores del jardín habían caído y ahora se hallaba recubierto de ramaje; el ruiseñor cantaba; las ventanas de mi habitación estaban abiertas todo el día, y aquella estancia se me había hecho más grata que antaño a causa de aquellas ventanas hechas con pequeños cristales cuadrados, de su sombrío techo de roble, de sus sillones también de roble y de su cama de la misma madera con montantes pulidos y curvados.

Durante los primeros tiempos, no hacía otra cosa más que permanecer tumbado distraídamente, con un libro en las manos, unas veces leyendo y escuchando los trinos del ruiseñor, y otras meditando sobre la vida «pletórica» que en adelante, libre de todo, iba a vivir. En ocasiones me dormía inopinadamente, con un sueño corto y profundo, del cual me despertaba siempre como sorprendido por la novedad y el encanto de cuanto me rodeaba.

Con frecuencia tenía tanta hambre que me incorporaba de un salto y corría a buscar confituras a un gabinete abandonado cuya puerta vidriera daba a la sala, o bien

pan negro a la habitación del servicio, que estaba siempre vacía durante el día, a excepción de Leonty, tumbado en un rincón, junto a una estufa ardiente y cubierta de desperdicios. Éste era un individuo increíblemente esquelético, con una abundante y amarillenta barba erizada, con el cuerpo recubierto de escamas a causa de su avanzada edad, antiguo cocinero de la abuela que, desde hacía ya numerosos años, defendía contra la muerte su incomprensible existencia de hombre de las cavernas.

¡Esperanzas de dicha, de vida feliz que debía comenzar en el acto! Pero para ello, muchas veces bastaba con despertarse después de un sueño repentino y breve, y correr a buscar un mendrugo de pan negro, o bien oír que le llamaban a uno al balcón para tomar el té y a continuación pensar que había que ensillar en seguida el caballo y trotar velozmente por la carretera, en dirección a la ciudad, repitiendo mentalmente unos versos de Lermontov que le venían a uno a la memoria:

*Azulada era la extensión
Sobre la ribera del Azov...*

Había noches de luna en las que me levantaba a la hora más avanzada, cuando ni siquiera cantaba ya el ruiseñor. En el mundo entero reinaba un silencio tal que, al parecer, era precisamente el que me despertaba. Por un momento, me invadía el temor; me acordaba súbitamente de Pisarev y me imaginaba ver una alta sombra en un rincón, cerca de la puerta que daba a la sala. Pero, un instante después, aquella sombra ya no existía; no se veía más que el rincón que se ensombrecía a través del fino crepúsculo de la habitación; y por las ventanas abiertas, resplandecía, dirigiendo la llamada de su luminoso reino de silencio, el jardín lunar.

Recuerdo que abría discretamente la puerta del salón, vislumbraba en la penumbra el retrato de la abuela de la cofia de encajes que me contemplaba desde lo alto de la pared, y dirigía una mirada circular a la sala donde había pasado tan hermosos ratos durante las noches de luna en invierno.

El tilo seguía cegando las ventanas con su frondoso follaje. Salía al balcón y, de un modo que casi llegaba a la estupefacción, incluso con cierta angustia interna, me maravillaba ante la hermosura de la noche: ¿qué significaba aquello y qué es lo que había que hacer? Todavía hoy en día experimento algo parecido en noches semejantes. ¿Qué no sería cuando todo aquello era nuevo para mí, cuando mi olfato era tal que podía distinguir el olor del patio cubierto de rocío del de la hierba húmeda?

El triángulo increíblemente alto y espeso del abeto, que la luna iluminaba solamente de lado, seguía elevando su punta dentada hacia el diáfano cielo nocturno donde velaban unas pocas estrellas, pequeñas, apacibles, tan infinitamente lejanas y maravillosas, tan divinas, que sentía tentaciones de ponerme de rodillas y de persignarme ante ellas. El césped solitario que había delante de la casa estaba inundado de una potente y extraña luz.

A la derecha, encima del jardín, brillaba en un claro y desierto firmamento la luna

llena, con los relieves ligeramente umbrosos de su faz cadavérica, inyectada de una brillante blancura. Ella y yo, que nos conocíamos ya desde tiempo atrás, que nos habíamos observado largamente, aguardando uno y otro la frase sin reservas, dentro del mayor silencio, ¿qué esperábamos? Yo solamente sabía que tanto a ella como a mí nos faltaba algo.

Acto seguido, me paseaba con mi sombra sobre la hierba húmeda de rocío e irisada del claro; penetraba en la penumbra de la avenida que iba hacia el estanque, y la luna, dócil, me seguía. Yo caminaba y de vez en cuando me volvía a mirarla: tenía un brillo con reflejos de espejo, a través del artesonado de follaje que había sobre mi cabeza. Me detenía en la pendiente húmeda que bajaba hacia las aguas del estanque, brillantes en toda su superficie dorada, a la derecha, cerca del dique. Yo miraba y la luna miraba también.

Cerca de la orilla, debajo de mí, se extendía el abismo rizado, espejo sombrío, de un firmamento de las profundidades acuáticas, sobre el cual estaban suspendidos varios patos, durmiendo con un sueño ligero, con la cabeza oculta debajo del ala y reflejándose en el agua sus siluetas. Pasado el estanque, a lo lejos, hacia la derecha, se perfilaba la sombría silueta de la finca del propietario Ouvarov, aquel cuyo hijo natural era Glébotchka; más allá del agua también, en enfrente mismo, aparecían unas laderas arcillosas, iluminadas a boca de jarro por la luna, y más allá todavía, en la claridad nocturna, se vislumbraba la dehesa y una hilera de isbás ensombrecidas.

¡Qué calma más asombrosa reinaba allí y qué brillantes se veían las aguas junto al dique! El grito de alarma de los patos salvajes, repentinamente despiertos y que hacían ondular bajo ellos el movedizo espejo de las aguas, resonaba a veces por todos los jardines de los alrededores. Yo seguía caminando, bordeando la orilla derecha del estanque, y la luna se deslizaba de nuevo suavemente a mi lado, por encima de las sombrías copas de los árboles petrificados en su belleza nocturna.

De esta forma, aquella compañera y yo recorríamos todo el jardín. Parecía como si tuviésemos pensamientos comunes e idénticos: soñaba en el misterio de la dicha de la vida amorosa, en mi misterioso futuro que tenía que proporcionarme la felicidad y, desde luego, pensaba de continuo en Anchen.

La imagen de Pisarev, tanto en vida como en muerte, se diluía cada vez más en mi memoria. ¿Qué quedaba de la abuela, si no era su retrato en la pared del salón? Lo mismo ocurría con Pisarev: pensando en él, ya no me venía a la imaginación más que una gran fotografía colgada en la salita pequeña de Vassilievskoié: un retrato de cuando acababa de casarse (¡esperando sin duda vivir indefinidamente!).

Ya volvían a mi mente los mismos pensamientos de días anteriores: ¿dónde estaría ahora aquel hombre?, ¿qué habría sido de él?, ¿en qué consistía aquella vida eterna donde, al parecer, tenía él ahora un sitio? Pero las preguntas que no tienen respuesta ya no me producían las alarmas de la incertidumbre; incluso hallaba en ellas como un consuelo: ¿que dónde estaba Pisarev? Eso solamente Dios —a quien no podía comprender, y en el cual debía creer y creía para vivir y ser dichoso— es

quien lo sabía.

Y así se iba convirtiendo en recuerdo aquel que tenía una mirada tan juvenil, tan alegre, tan risueña y sobre todo tan persistente, en aquella fotografía colgada de una pared de la casa en la que había sido adolescente, marido, padre de familia y amo del lugar, y donde crecían ahora sus hijos...

Anchen me atormentó durante mucho más tiempo. Incluso en pleno día —y ya podía yo mirar, escuchar, leer o pensar cualquier otra cosa— la veía en todas partes; por doquier me hallase, rememoraba mi ternura hacia ella y los instantes pasados a su lado, sintiendo el punzante dolor de no tener a nadie a quien decir cuánto la amaba; y por la noche (¡ni qué decir tiene!), se apoderaba de mí por completo.

Pero el tiempo transcurría, y he aquí que, poco a poco, también ella se fue transformando en un mito, perdiendo su estructura carnal: ya empezaba a serme difícil creer que había estado cierto tiempo conmigo y que se hallaba en algún lugar determinado; empecé a pensar en ella y a sentirla únicamente como poeta, con angustia amorosa, experimentando la ansiedad de un hermoso rostro de mujer que confundía con las imágenes trazadas en los poemas de Pushkin, de Lermontov y de Byron...

VII

Un buen día, al comienzo del verano, leí un semanario en el que acababan de publicarse las poesías completas de Nadson. ¡Qué entusiasmo suscitaba aquel hombre, incluso en los rincones más apartados de la provincia! Yo había leído ya algo suyo y, a pesar de toda mi buena voluntad, no había conseguido sentirme conmovido. «¡Que el veneno de las implacables dudas se apague en mi seno desgarrado!». La verdad es que esto me parecía a mí solamente una parrafada de mal gusto. No obstante, Nadson era el «poeta prematuramente desaparecido», un joven de hermosos y tristes ojos, de quien escribían que «se había apagado entre las rosas y los cipreses a orillas del mar azul del Mediodía».

Cuando durante el invierno leí que había muerto y que su ataúd metálico, «recubierto de flores», había sido enviado «hacia el glacial y brumoso Petersburgo», para tributarle unas solemnes exequias, me senté a la mesa tan pálido y emocionado que mi padre empezó a mirarme con inquietud y no se tranquilizó hasta haber oído la explicación de mi pena.

—¡Ah!, ¿no es más que eso? —exclamó, asombrado al enterarse de que se trataba de la muerte de Nadson.

Y añadió con tono colérico, aunque visiblemente aliviado:

—¡Hay que ver la de sandeces que tiene uno que oír! ¡Y yo que creía que te había ocurrido algo!

Ahora, el anuncio aparecido en el semanario me había conmovido nuevamente.

Durante el invierno, su fama se había acrecentado todavía más; se hablaba de la publicación de la primera colección completa de sus poemas como de un acontecimiento que interesaba a toda Rusia, y el pensar en aquella gloria se me subió de tal forma a la cabeza, despertó en mí un deseo tal de adquirir también celebridad rápidamente, que decidí irme al día siguiente mismo a la ciudad a buscar un ejemplar de su obra para saber con fundamento qué era y por qué, dejando aparte su poética muerte, lo que había provocado tal entusiasmo en toda Rusia.

No tenía ningún coche a mi disposición: *Kabardinka* cojeaba y los caballos de labranza estaban demasiado delgados y tenían un feo aspecto, por lo que, forzosamente, había que ir a pie. Y me fui a pie, a pesar de que la ciudad distaba sus buenas treinta verstas. Salí muy temprano, caminé sin descanso por la carretera ardiente y desierta y, alrededor de las tres de la tarde, entraba en la Biblioteca de la calle del Comercio. Una señorita de cabello ondulado, que estaba sentada y parecía aburrirse mucho en una habitación angosta y sin ventilación, abarrotada de arriba abajo de libros encuadernados, echó sobre mi persona, extenuada por el camino recorrido y por el ardor del sol, una mirada llena de curiosidad.

—Nadson está muy solicitado —dijo con indiferencia—. No podrá usted tenerlo antes de un mes.

Me quedé anonadado y confuso —¿acaso es una broma recorrer inútilmente a pie treinta verstas?— pero resultó que la señorita sólo había querido burlarse un poco de mí.

—Pero ¿también usted es poeta? —añadió en seguida, con una risita—. Ya le conozco a usted; le he visto alguna vez cuando todavía era alumno del gimnasio... Voy a darle el ejemplar de mi propiedad...

Balbuocé un millón de gracias y, rojo de emoción y de orgullo, me precipité fuera del local con el precioso libro, tan ciego de alegría que estuve a punto de derribar a una jovencita delgaducha, de unos quince años, que acababa de descender de una carretela parada junto a la acera.

El coche llevaba un extraño tiro compuesto por tres caballos píos. Muy vigorosos los tres y de corta estatura, del mismo pelaje y de robusta apariencia. Más extraño todavía era el cochero, sentado en el pescante: delgado a más no poder, con el rostro quemado por el aire y el sol, increíblemente andrajoso, y sin embargo, muy elegante. Era un caucasiano pelirrojo con el gorro de piel marrón echado hacia la nuca.

Dentro del coche estaba sentada una dama rolliza y majestuosa, envuelta en un sencillo guardapolvo de *shantung*. Me miró con un aire bastante severo y asombrado, mientras la chiquilla se hacía a un lado con un verdadero terror reflejado maravillosamente en sus ojos negros de tuberculosa y en toda su faz blanca y exangüe, con un tinte ligeramente lila, y unos labios que conmovían por su aspecto enfermizo.

Todo ello me consternó todavía más, por lo cual exclamé con una vivacidad y

cortesía excesivas: «¡Ah, perdóneme, señora!», y sin mirar detrás de mí, eché a correr calle abajo, hacia el mercado, con la única obsesión de poder hojear rápidamente el libro y tomar el té en la taberna de Jokhov. Sin embargo, aquel encuentro fortuito no tenía que terminar tan sencillamente.

Decididamente, aquel día estaba de suerte. En la taberna había unos *mujiks* de Batourino. Al verme, con el alegre asombro que experimentan siempre los rurales de un mismo pueblo cuando se encuentran en la ciudad, exclamaron a coro:

—Pero... ¡si es nuestro joven *barino*! ¡Tenga la amabilidad devenir con nosotros! ¿Sin cumplidos, verdad? ¡Siéntese, siéntese, por favor!

Me coloqué junto a ellos, muy contento también, con la esperanza de poder volver en su compañía. Efectivamente, me propusieron en seguida llevarme en sus carros. Me enteré de que habían venido a buscar ladrillos, que sus carretas se hallaban fuera de la ciudad, en las tejas que había junto al Burgo Marrón, y que aquella misma tarde se pondrían en camino para volver al pueblo. No obstante, la tarde entera transcurrió amontonando ladrillos. Yo estuve sentado en la tejera durante casi tres horas, contemplando la desierta campiña que se extendía ante mí y a los *mujiks* que cargaban y cargaban sin cesar. Ya habían tocado a vísperas en la ciudad, y el sol estaba ya muy bajo sobre los campos enrojados, pero ellos seguían cargando.

Yo me hallaba sencillamente extenuado de aburrimiento y de cansancio cuando, de repente, un *mujik* dijo en tono burlón, transportando hacia una carreta un capazo lleno de sonrosados ladrillos frescos y volviendo la cabeza hacia un coche de tres caballos que pasaba entre una nube de polvo:

—¡Ah! ¡Ahí está la señora Bibikova! Va a nuestra casa, a casa de Ouvarov. El amo dijo anteayer que aguardaba su visita y que había comprado un cordero con tal motivo... ¡Eso sí que son amos!

Otro *mujik* intervino:

—Justamente, es ella. Y ahí va ese desollador, en el pescante... Los he visto hoy, a la hora de comer, junto a la herrería; tenían una rueda que no iba bien.

Me estremecí al reconocer en seguida los caballos píos que había visto delante de la biblioteca; y de pronto comprendía qué era lo que me había atormentado en secreto durante todo el día, a partir del momento en que había salido con tanta precipitación del local de la calle del Comercio: era ella quien me atormentaba, aquella chiquilla delgaducha.

Oyendo explicar que precisamente se dirigía a nuestra localidad, a Batourino, dirigí a los *mujiks* una serie de ávidas preguntas, y así fue como me enteré de un sinfín de cosas, siendo las más importantes que la señora Bibikova era la madre de aquella jovencita, que ésta cursaba sus estudios en una institución de Voronej —los *mujiks* denominaban a aquello «un establecimiento para los nobles»—, que madre e hija vivían en «su pequeño terrenillo» muy, pero que muy pobremente, cerca de Zadonsk, y que eran parientas de Ouvarov. También supe que otro pariente, su vecino Markov, era quien les había prestado los caballos, que sus caballos píos eran

conocidos en toda la provincia al igual que aquel desollador caucasiense, el cual había sido domador de potros en casa de Markov, convirtiéndose luego en una especie de familiar de la casa, en el inseparable amigo del patrón, con el que se había ligado en una acción espantosa: un día había fustigado con su *nagaika*^[27] a un gitano ladrón porque había tratado de robar el mejor caballo de la manada.

Salimos al oscurecer y rodamos penosamente toda la noche, tanto como se lo permitían a las débiles varas su enorme carga. ¡Vaya noche aquella! En el crepúsculo, apenas llegamos a la carretera empedrada, se levantó el viento y cayó la oscuridad, rápida y como indecisa, de los nubarrones inquietantes que se aproximaban del Este. De pronto, unos truenos formidables conmovieron el cielo, esparciendo el espanto, fulgurantes y horriblos.

Media hora más tarde las tinieblas lo invadieron todo, y unas veces nos hostigaba un vendaval ardiente y otras una brisa muy fresca; por doquier nos cegaban los relámpagos rosas y blancos que zigzagueaban lívidamente por entre los campos negros y, en todo momento, se quedaba uno ensordecido por el retumbar de los truenos, terroríficos, que eran acompañados por un inverosímil crepitar, seco y silbante, que estallaba justamente sobre nuestras cabezas.

Seguidamente, fue un verdadero huracán el que se desencadenó furiosamente; los relámpagos centelleaban por entre las nubes, desde las mayores alturas hasta abajo, como dragones al rojo vivo, a través de un estrépito exasperado de espanto, como en víspera del Juicio Final; y entonces comenzó a caer una lluvia espesa y torrencial que nos azotaba con ráfagas tan furiosas, entre el estruendo incesante de los truenos y unas llamaradas de aspecto tan apocalíptico, que parecía que las infernales tinieblas de los cielos se rasgaban encima de nuestras cabezas hasta sus profundidades más extremas.

Tumbado sobre los fríos ladrillos, tapado por las arpilleras y trapos que me habían prestado los *mujiks*, no tenía sobre mí ni una sola pulgada de ropa seca al cabo de cinco minutos. ¡Pero qué me importaban aquel infierno y aquel diluvio, si mi ser estaba entregado ya de lleno a aquel nuevo amor!...

VIII

En aquella época. Pushkin era para mí, no sólo un objeto de lectura sino también una auténtica parcela de mi vida.

¿Cuándo penetró en mi ser y cómo le conocí, haciendo de su alma la mía? Hablando de mi infancia, ya he dicho que lo llevaba conmigo —¡y de una manera tan singular!— casi desde el origen de mis días. Había oído hablar de él siendo todavía un chiquillo, y su nombre siempre era evocado en casa con una especie de afectuosa familiaridad, como el de un hombre que fuera enteramente «de los nuestros», en razón del ambiente común, definido, al cual pertenecíamos juntamente con él.

Por otra parte, me hacía el efecto de que no escribía más que cosas de nuestro mundo, dirigidas a nosotros y con nuestros propios sentimientos. La tormenta que, en sus poemas, entenebrecía al cielo, «alzando torbellinos de nieve», era la misma que rugía en las noches invernales alrededor de la hacienda de Kamenskoïé. Mi madre me leía a veces, con una sonrisa melancólica y acariciadora: «Ayer, tomando el ponche con aquel húsar...», y yo le preguntaba: «¿Con qué húsar, mamá?, ¿con el difunto tío-abuelo?». O bien leía: «Todavía la veo, a esa florecilla disecada, privada de su perfume, olvidada dentro de un libro», y entonces yo también veía aquella flor en un álbum que databa de la juventud de mi madre.

En cuanto a mi adolescencia, transcurrió toda ella en compañía de Pushkin.

Por aquel tiempo, caí también bajo la influencia de Lermontov:

*Mudo es el azul de la estepa que circunda
Con cadena de plata el Cáucaso.
Y el monte ceñudo dormita sobre las olas,
Como un gigante inclinado sobre su escudo,
Atento a los discursos de aquellas olas errantes...
Y sin reposo ni fin rompe la Negra mar...*

¡Hay que ver a qué maravilloso deseo de adolescente, impelido hacia lejanos viajes; a qué sueño apasionado del más allá y de lo bello y a qué íntimas resonancias respondían aquellas líneas, formando mi alma! Sin embargo, me dedicaba sobre todo a Pushkin. ¡La de sensaciones que éste suscitaba en mí! ¡Cuántas veces me acompañaba en mis propios sentimientos y en todo aquello entre lo cual y de lo cual vivía!

He aquí que me despertaba en una mañana de hielo, soleada, y me sentía doblemente feliz, porque podía exclamar con él: «helada, sol; día maravilloso». Con él, quien no solamente había hablado espléndidamente de aquella mañana, sino que además me había proporcionado al mismo tiempo una imagen encantadora:

Dormitas todavía, delicioso amigo...

He aquí que despertándome en un día de tormenta dé nieve, recordaba que habíamos de ir de caza con los lebreles, y de nuevo comenzaba mi jornada con él:

*He de preguntar si amainó la tormenta,
Si la primera nieve es propicia a la caza...
¿Hay que dejar la cama? ¿Habrá que cabalgar?
¿O bien leer viejas revistas, esperando el almuerzo?*

He aquí un crepúsculo primaveral. La Venus de oro brillaba sobre el jardín, abiertas las ventanas. Y él estaba otra vez conmigo, expresando mi sueño secreto:

*Ven pronto, hermosa mía,
La estrella dorada del amor
Reluce ya en el cielo...*

He aquí que ya las sombras habían caído por completo; en el vergel, el ruiseñor languidecía, haciéndole a uno languidecer:

*¿Habéis oído, detrás del bosquecillo, la voz nocturna
Del chanfre del amor, del chanfre de su tristeza?*

Estaba en la cama, en mi cabecera ardía una triste candela —en efecto, una triste candela de sebo, y no una lámpara eléctrica— y, ¿quién rebosaba de un amor de adolescente?, o mejor dicho, ¿quién tenía sed de amar...? ¿Él o yo?

*¡Morfeo, hasta mañana, proporciona consuelo
A este amor que me atormenta!*

Y de nuevo «el bosque se desprende de su púrpura y las labores otoñales se resienten de las locas diversiones», de esas diversiones a las que yo mismo me entregaba con tanta pasión:

*¡Cuán rápido, por los campos recién segados,
Galopa mi caballo con sus cuatro herraduras!
¡Cuán sonoramente, bajo sus cascos,
Resuena la tierra helada y dura!*

Ahora bien, por la noche se alzaba suavemente sobre nuestro jardín muerto una enorme luna de un color rojo sombrío; de nuevo resonaban en mí estas palabras divinas:

*Como un aparecido, detrás de la pineda,
La luna brumosa se levanta.*

Mi alma estaba repleta de indecibles sueños sobre la desconocida que había creado y que me había cautivado para siempre; la cual, en algún lugar de allá abajo, en un lejano país, caminaba en aquellos momentos:

Hacia las orillas inundadas por las olas rumorosas...

IX

Mis sentimientos hacia Lisa Bibikova provenían, no solamente de mi puerilidad,

sino también de mi vinculación a nuestra clase de vida.

Estaba enamorado de ella a la antigua moda poética, y la amaba también como a un ser que pertenecía por completo a nuestro ambiente.

El espíritu de este ambiente, idealizado por mi romántica imaginación, tenía para mí un encanto tanto mayor por cuanto desaparecía para siempre, a ojos vista.

Me daba cuenta de la depauperación en que iba cayendo nuestra casa, pero nuestro género de vida me era por ello mismo más querido; en ocasiones, incluso me regocijaba singularmente de aquella pobreza. Tal vez porque con ella, podía establecer cierto paralelismo con Pushkin, cuya casa, según la descripción del poeta Yazykov, no era ni con mucho, la imagen de la riqueza:

*Pobres papeles pintados,
Aquí y allí cubren los muros;
Un piso hundido, dos ventanas,
En el centro una puerta vidriera,
Un diván ante el icono del rincón
Y dos sillas...*

Por otra parte, en la época en que Lisa residía en Batourino, nuestra indigencia se hallaba embellecida por las cálidas jornadas del mes de junio, por el frondoso verdor de los umbrosos jardines, por los perfumes del jazmín que acababa de florecer y de las rosas que se abrían, y también por los baños en el estanque que, del lado nuestro, sobre nuestra orilla sombreada por el jardín y anegada en el frescor de la hierba espesa, estaba pintorescamente marcado por un gran sauce.

Así fue como la imagen de Lisa quedó confundida para siempre en mi imaginación con aquellas primeras jornadas de zambullidas en el estanque y con el marco y los perfumes del mes de junio: la fragancia del jazmín, de las rosas, de las fresas encima de la mesa, de las mimbreras sobre la orilla, cuyas largas hojas son muy olorosas y de sabor amargo, del agua tibia y del cieno del estanque caldeado por el sol.

A la hora de comer, resonaban los incesantes y alegres gritos de las chiquillas y de los mozalbetes que se bañaban en la otra orilla, sobre las laderas arcillosas que despedían cegadores reflejos de agua y de sol.

Aquel verano no fui a ver a los Ouvarov: Glébotchka pasaba la temporada en las cercanías de Járkov, en una escuela de agricultura donde lo habían matriculado debido a la mediocridad de sus estudios en el gimnasio; los Ouvarov tampoco nos visitaron, ya que las relaciones entre nosotros estaban algo tirantes (la eterna historia de las pequeñas querellas de aldea); no obstante, la señora Ouvarov había pedido autorización a mi padre para bañarse en la parte nuestra de la orilla, y venía con las Bibikov casi diariamente.

Yo, como por casualidad, me encontraba con ellas al borde del agua, y las saludaba muy cortésmente; la señora Bibikova, que tenía siempre un porte

majestuoso, todavía embutida en su amplio albornoz con una toalla al hombro, me contestaba ya con bastante amabilidad e incluso con una sonrisa, recordando sin duda mi precipitación de aquel día, en la ciudad, al salir de la biblioteca.

Con cierta reserva primero, y luego cada vez más animadamente y con mayor viveza, me contestaba también Lisa, bastante bronceada ya y cuyos grandes ojos habían adquirido cierto brillo. Ahora llevaba una blusa blanca con cuello azul marino y una falda azul, algo corta, y no protegía con nada su cabecita morena, cuya trenza negra, ligeramente ondulada, llevaba prendida una ancha cinta blanca.

No se bañaba. Solía permanecer sentada en la orilla, mientras que por algún lugar de allí cerca, bajo un mimbreral más frondoso que los demás, se chapuzaban su madre y Ouvarova; pero, a veces, se quitaba los zapatos para caminar por la hierba, deleitándose con su suave frescor, de manera que pude verla varias veces con los pies desnudos, cuya blancura sobre la hierba verde tenía un singular encanto.

Volvieron las noches de luna y me dio por no dormir, no me acostaba hasta que amanecía, entregándome a leer y escribir versos en mi habitación; luego, rondaba por el jardín y contemplaba la finca de los Ouvarov situándome en el dique del estanque.

Durante el día, solía haber en aquel lugar una serie de comadres y muchachas, quienes, inclinándose sobre una gran piedra plana que se adentraba en el agua junto a la orilla, con las faldas recogidas por encima de las rodillas, macizas, enrojecidas y no obstante delicadas, femeninas, mientras se interpelaban con viveza y con entusiasmo, golpeaban dura y rítmicamente con sus palas las grises camisas mojadas; de vez en cuando se incorporaban, enjugándose el sudor que les resbalaba por la frente. Cuando daba la casualidad de que pasaba delante de ellas, me decían con un descaro cómico, haciendo alusión a algo: «¿Qué, *barinito*, se te ha perdido algo por aquí?», y de nuevo se inclinaban sobre la ropa, golpeándola con más fuerza, charlando entre ellas y riéndose de no sé qué, yo me escabullía a toda prisa; bastante tormento era ya para mí contemplarlas así, agachadas, mostrando sus rodillas desnudas.

Luego, a casa de uno de nuestros vecinos —aquel cuya finca se hallaba separada de la nuestra por la carretera y cuyo hijo estaba deportado: el viejo Alferov— llegaron de Petersburgo unas señoritas que eran parientes lejanas. Una de ellas, la más joven, Assia, era bonita, esbelta y muy vivaracha. Le agradaba jugar al croquet, disparar su máquina fotográfica delante de cualquier cosa y montar a caballo.

Insensiblemente, me convertí en un huésped bastante asiduo de aquella finca y trabé una especie de amistad con Assia, amistad en la que ella me trataba como a un chiquillo, demostrando al mismo tiempo un verdadero placer por hallarse en compañía de un muchacho. No paraba de fotografiarme y nos pasábamos horas enteras golpeando las bolas de croquet; muchas veces yo cometía fallos en el juego, y ella se paraba a cada momento, gritándome con acento desesperado: «¡Ah! ¡Qué torpe!».

Lo que más nos gustaba era galopar al atardecer por la carretera, y tengo que confesar que muchas veces perdía la serenidad oyéndola gritar alegremente en plena

carrera y viendo sus mejillas enrojecidas y su cabello revuelto, mientras que su cuerpo de lira estaba soberbiamente afirmado sobre la silla y la firme pantorrilla de su pierna izquierda, apoyada en el estribo, se revelaba a cada momento bajo los pliegues flotantes de su traje de amazona.

Pero todo esto ocurría durante el día o por la tarde. En lo que a las noches se refiere, las consagraba a la poesía.

Los campos se habían ensombrecido del todo y el tibio crepúsculo se iba espesando. Assia y yo regresábamos al paso y cruzábamos el pueblo impregnado de todos los aromas de los atardeceres estivales. Después de acompañarla hasta su casa, entré en el patio de nuestra finca, arrojé a un criado las bridas del sudoroso *Kabardinka* y entré corriendo para llegar a tiempo de cenar. Mi llegada fue acogida con alegres pullas por mis hermanos y mi cuñada.

Terminados de cenar, me fui a pasear con ellos por los pastos situados más allá del estanque o bien, una vez más, por la misma carretera, contemplando la luna nebulosamente rojiza que se levantaba detrás de los campos negros. Después del paseo, por fin me quedé solo.

Todo se había apaciguado, todo dormía: la casa, la finca, el pueblo y los campos blancos de luna. Estaba sentado junto a mi ventana abierta, leyendo y escribiendo. El viento nocturno, que había refrescado ligeramente, llegaba de vez en cuando del jardín y hacía vacilar las llamas de los candelabros. Las mariposas nocturnas volaban por enjambres alrededor de las luces, quemándose en ellas y cayendo achicharradas encima de la mesa.

Un insoportable sopor me hizo inclinar la cabeza, y sin embargo conseguí superarlo. Por lo regular, se disipaba hacia medianoche. Me levanté y salí al jardín. En junio la luna seguía su curso estival, más baja todavía. Se ocultaba tras una esquina de la casa; desde allí se extendía una amplia sombra sobre el claro y, de pie en aquella sombra, se estaba maravillosamente bien situado para contemplar cierta estrella multicolor que centelleaba suavemente en oriente, muy lejos, más allá del jardín, del pueblo y de las mieses donde a veces, casi imperceptible y por ello tanto más encantador, se oía el lejano arrullo de la codorniz.

Junto a la casa, emanando un suave aroma, florecía un tilo centenario; la luna era cálida y dorada. Nuevamente comenzó a soplar una tibia brisa, como siempre ocurría antes del alba que se presentía ya, en la bóveda celeste del oriente donde el horizonte iba adquiriendo un tinte plateado. La brisa soplaba de allí, del otro lado del estanque, y yo caminé tranquilamente al encuentro de aquel hálito igual y acompasado, dirigiéndome hacia el dique.

El patio de la finca de los Ouvarov era adyacente a la dehesa de los aldeanos y el jardín lindaba con los campos; mirando por allí, desde el dique, me representaba exactamente dónde se hallaban los durmientes. Yo sabía que Lisa dormía en la habitación de Glébotchka, aquella cuyas ventanas daban también a un frondoso y sombrío jardín que estaba casi debajo de ellas. ¡Cómo expresar los sentimientos que

experimentaba al imaginármela dormida bajo el susurro del follaje, parecido al rumor de una lluvia suave, mientras por las ventanas abiertas se deslizaba el tibio hálito de los campos, meciendo su sueño Infantil! ¡No había nada en el mundo entero que tuviera para mí la belleza y la pureza de aquel sueño!

X

Aquel singular género de vida duró todo el verano. Pero se modificó inopinada y brutalmente: un buen día me enteré de que los Bibikov ya no estaban en Batourino. Pasé como pude la mañana y al atardecer me fui a ver a Assia.

—Nosotras, partimos mañana para Crimea —me dijo en cuanto me vio, alegremente, como si con ello fuera a proporcionarme una gran alegría.

Después de esto, el mundo se tornó tan desierto y tan aburrido que dirigí mis cabalgatas hacia un campo donde habían empezado a segar el centeno. Me pasaba horas enteras, sentado sobre las gavillas, contemplando con inercia a los segadores.

Recuerdo especialmente uno de aquellos días. Todo a mi alrededor respiraba la sequedad, el brillo y el ardor inmóvil de la canícula, mientras se oía el ruido de las hoces. Como una muralla alta y espesa, perfilándose en el profundo azul de un cielo sin nubes que se tornaba grisáceo debido al intenso calor, se alzaba un mar de espigas amarillentas, humildemente encorvadas, contra el cual avanzaban los *mujiks* despechugados, alejándose luego lentamente con el destello fugaz de sus hoces sonoras, derribando a su izquierda espiga tras espiga y dejando tras sí el rígido cepillo amarillento de las cañas despojadas. Los vacíos se iban haciendo cada vez mayores y el campo se iba quedando desnudo, adquiriendo incluso un aspecto distinto; descubriendo nuevas vistas, nuevas horizontes.

—¡Bien!, ¿por qué no haces algo, *barinito*? —me dijo con desenfado amistoso uno de los segadores, un alto y hermoso *mujik*—. Coge mi otra hoz y síguenos...

Me levanté sin decir una palabra y me dirigí hacia su carreta. Y desde aquel momento la cosa varió.

Al principio era un verdadero suplicio. En mi prisa y con toda mi torpeza, me extenuaba de tal forma que, por la noche, apenas si conseguía llegar hasta casa: rendido, con la espalda encorvada, los hombros doloridos, las manos llenas de ampollas ensangrentadas, el rostro ardoroso, con los cabellos pegados por el sudor seco, y con un amargo sabor a ajeno en la boca. Pero luego me sentí tan entusiasmado con mi sacrificio voluntario, que incluso me dormía pensando con alegría:

—¡Mañana también segaremos!

Después de la siega, vino el entroje. Este trabajo era todavía más difícil. Resultaba duro plantar una horquilla en una gavilla espesa, seca y resistente, alzar con un rodillazo el mango liso y, con un esfuerzo brusco, proyectar aquel magnífico

fardo rumoroso, que soltaba grano picante, hacia el creciente montón de la carreta que quedaba casi oculta bajo el enorme bulto de gavillas erizadas de barbas por todos los lados.

Seguidamente había que atar con sólidas cuerdas nuevas aquel amasijo de puntas múltiples, que desprendía un asfixiante aroma a centeno. También era penoso tirar fuertemente de aquellas cuerdas, para amarrarlas sólidamente a las varas de la carreta. Luego había que caminar lentamente detrás de la masa bamboleante, por un sendero de herradura lleno de baches y barrancos, hundiendo los pies hasta el tobillo en el polvo abrasador, vigilando continuamente al caballo que, bajo la carga, parecía empequeñecido. Había que sujetarlo, con el temor de que la pequeña carreta, que chirriaba de forma alarmante, no fuera a volcarse sobre una rueda al coger una curva con demasiada brusquedad.

¡Todo esto no era broma, sobre todo cuando se iba con la cabeza descubierta bajo los rayos del sol, con el pecho sudoroso, irritado por el polvillo del centeno, con las piernas temblorosas y el sabor a ajeno en la boca!

En septiembre me pasaba el día sentado en el hórreo. Vinieron días grises, días lastimosos. En el cobertizo, desde el alba hasta el anochecer, rugía y zumbaba la trilladora, escupiendo la paja; las comadres y las mozas de la aldea trabajaban con sus rastrillos, junto a la máquina, con sus pañuelos polvorientos echados sobre los ojos; otras, en un rincón oscuro, daban vueltas a la manivela de la aventadora, y en el interior de la máquina, las aletas emanaban un perfume de trigo.

Mientras trabajaban, no cesaban de canturrear con una voz monótona, y yo las escuchaba todo el rato, unas veces dando vueltas a la manivela con alguna de ellas, y otras ayudándolas a descascarillar debajo de la aventadora el grano ya completamente limpio, complaciéndome en echarlo en un saco ampliamente abierto.

Fui trabando cada vez más amistad con aquellas comadres y aquellas mozas, y la verdad es que estuve a punto de perder la cabeza con una pelirroja de esbeltas piernas, que cantaba mejor y con más entusiasmo que las demás y que, al mismo tiempo, a pesar de toda su apariencia picaresca y atrevida, ya me daba a entender con un singular deje de melancolía que no se negaría a nada, a cambio de unas tijeras nuevas, por ejemplo. Pero no llegó a suceder nada porque se produjo un nuevo acontecimiento en mi existencia: una de mis obras fue inopinadamente admitida, no en un semanario cualquiera, sino en una de las revistas mensuales más importantes de Petersburgo.

En consecuencia, me encontré formando parte del mundillo de los escritores más destacados de entonces, y además recibí un giro postal de quince rublos. «No, me dije, trastornado ante una cosa y otra, ¡ya basta de cobertizo; hay que volver a leer y a escribir!». Acto seguido me fui a ensillar a *Kabardinka* pensando: «Me iré a la ciudad, cobraré el dinero... y a trabajar».

A pesar de que ya anocheecía, partí al galope, carretera adelante. Recuerdo que la campiña estaba triste, solitaria, fría e inhóspita, pero ¡qué entusiasmo, qué fe, y qué

impulso ante la vida inundaban mi alma juvenil!

XI

El campo se iba oscureciendo; soplaban un vientecillo áspero y yo respiraba a pleno pulmón su hálito que anunciaba el invierno, deleitándome con aquel sano frescor que acariciaba mi joven rostro ardiente, mientras espoleaba a *Kabardinka*.

Siempre me ha gustado hacer una alegre carrera a caballo; siempre he sentido un gran afecto por el animal que he montado, y no obstante siempre los he tratado de una manera implacable. Aquella vez, el galope fue excepcionalmente rápido. En aquellos momentos, ¿tenían lucidez mis pensamientos y mis ideas? No lo sé. Pero siempre que en una existencia ha sobrevenido algo importante, o por lo menos notable, de lo cual he tenido que sacar alguna conclusión o bien adoptar alguna decisión, el pensamiento no ha tenido gran importancia, puesto que el hombre prefiere entregarse al misterioso trabajo secreto del alma.

Recuerdo perfectamente que durante todo el trayecto hasta la ciudad, mi alma, en un arranque viril, se aplicaba continuamente a meditar algo determinado. Pero ¿qué? Yo no lo sabía todavía; únicamente experimentaba el deseo de algún cambio en mi vida, de una liberación, y al mismo tiempo me sentía transportado no sé a dónde.

Al llegar a las proximidades de Stanovaïa, hice alto durante unos segundos. Oscurecía, y los campos habían adquirido un aspecto todavía más triste y angustiado. Por lo visto, no había ni un alma, no solamente en aquella carretera perdida y olvidada de todos, sino a cientos de verstas a su alrededor. Parajes salvajes, inmensidad, soledad. «¡Ah qué buena cosa es esto!», pensé, aflojando las riendas. *Kabardinka* se detuvo, sus flancos palpitaron con fuerza y se quedó inmóvil.

Con las rodillas entumecidas, salté de la silla y eché una mirada inquisitiva y circunspecta en torno mío; recordaba las viejas historias tradicionales sobre los bandidos de Stanovaïa y, deseando en mi fuero interno que se produjera algún encuentro terrible, un cuerpo a cuerpo feroz con alguien, aseguré la cincha del caballo, apreté mi cinturón de cuero sobre mi caftán y me cercioré de que mi puñal estaba en su sitio.

El viento, brutal e impetuoso, me azotaba como si fuera agua fría, zumbándome en los oídos y susurrando de una forma furtiva e inquietante en el indeciso crepúsculo de los campos, sobre las hierbas secas y las cañas sin espigas.

Kabardinka, bajo su silla de montar con los estribos colgantes, estaba soberbiamente erguido, con las orejas alerta, como si a su vez se hiciese cargo de que aquellos andurriales tenían muy mala fama. Observaba con severa atención un determinado punto del camino. Se hallaba reluciente de sudor y, aunque delgado, yo sabía que era resistente y que tras haber llenado de aire sus pulmones, después de unos segundos de descanso, podría volver a emprender su camino con la misma

energía que antes; energía de animal ya no muy joven pero que se sentía estimulada por su gran afecto hacia mí. Y, tras abrazar su cuello y besar sus nerviosos ollares, salté de nuevo a la silla y proseguí, con mayor rapidez todavía, el galope interrumpido.

Poco después se extendió una noche sombría y verdaderamente otoñal. Como en sueños, me hizo el efecto de que no se acabarían ya nunca las tinieblas, el viento de cara y el trote regular de los cascos del caballo en la oscuridad. Acto seguido aparecieron en la lejanía, penetrantes y nítidas, las luces de la ciudad y de sus arrabales. Poco a poco fueron acercándose y haciéndose mayores.

A lo largo de la carretera surgían de entre la oscuridad los techos de vigas del arrabal y, debajo de ellos, seductoras y acogedoras, brillaban las pequeñas ventanas de las isbás, dejando adivinar sus claras interioridades con las humildes gentes que allí cenaban en familia. Un momento después percibí el olor penetrante de la ciudad, con todos sus complejos relentes de humanidad; a uno y otro lado brillaban innumerables luces y se veían ventanas iluminadas. Finalmente, las herraduras de *Kabardinka* resonaron alegremente sobre el pavimento de las calles.

Allí el ambiente era más cálido, más apacible; reinaba el crepúsculo, pero no aquella impenetrable y ciega oscuridad que invadía desde hacía largo rato la campiña.

Bajé de mi montura y entré en la hospedería de Nazarov a la hora justa de la cena.

¡Qué no experimentaría mi alma aquella noche! No podría decir que era muy feliz por haber sido admitido en una revista célebre y en un círculo de escritores ilustres: aquello me lo tomé, me acuerdo perfectamente, como si fuese algo que me correspondiera por ley natural. Me hallaba únicamente en un estado de fuerte y agradable excitación; me encontraba en la plena posesión de todas mis facultades de percepción, espirituales y corporales, y todo me producía un singular deleite: aquella noche otoñal en la ciudad; mi llegada al trote hasta la puerta cochera de Nazarov donde, tirando de la anilla de un alambre oxidado que colgada de un agujero de la jamba, hice resonar en el patio una campanilla; el toc-toc del portero cojo que acudía a abrirme; la seducción del patio lleno de estiércol donde, en la oscuridad, bajo los negros sobradillos y un cielo que comenzaba a nublarse, había todo un hacinamiento de carretas, toda una manada de caballos que masticaban ruidosamente, y también cierto hedor característico a urinarios, muy provinciano.

Mis piernas anquilosadas por el frío subieron rápidamente la escalera de la entrada y, entre tinieblas, busqué a tientas el pomo de la puerta. De repente, apareció ante mí la cocina, luminosa, caliente y concurrida, despidiendo un fuerte olor a condimentos, salazones y sobre todo a los *mujiks* que allí estaban sentados.

Detrás había una pieza de mejor presentación. Allí delante de una gran mesa redonda brillantemente iluminada por una lámpara que colgaba del techo, una gruesa patrona con el rostro picado de viruela y el labio superior colgante, y el viejo patrón, pequeño burgués de apariencia austera y taciturna, de fuerte osamenta, semejante, con su cabellera pelirroja y lacia y su nariz respingona, a un Viejo-Creyente, cenaban

en compañía de cierto número de individuos de rostro curtido, vestidos con largas blusas y chalecos cortos.

Todos, excepto el patrón, bebían vodka, paladeaban una espesa sopa de coles, sirviéndose de una sopera común, y charlaban con animación.

«¡Ah, qué bien está todo esto!», pensaba yo. Al mismo tiempo abarcaba aquella noche inhóspita en el campo y aquella velada amistosa en la ciudad, a aquellos *mujiks* y a aquellos pequeños burgueses que comían y bebían. En resumidas cuentas, abarcaba todo lo ancestral de aquella vieja Rusia provinciana, con toda su rusticidad, su complejidad, su robustez y su espíritu de vida familiar, así como mis confusos sueños sobre un Petersburgo fabuloso, Moscú y los escritores célebres.

Pero también había otra cosa muy importante que considerar: ¡que iba a echarme un buen trago al colete y que iba a abalanzarme con un apetito de lobo sobre la sopa de coles, con mi blanca servilleta de burgués!

Y efectivamente, comí y bebí de tal suerte que luego, cuando todo el mundo se había dispersado después de cenar, yendo a acostarse, unos en el patio, otros en la cocina o sobre los duros divanes, o bien sencillamente sobre el piso, encima de unas colchonetas de fieltro; cuando hubieron apagado las luces y se hubieron dormido con un profundo sueño, poniéndose por entero a la disposición de las chinches y de las pesadillas, permanecí largo rato sentado sobre los escalones de la entrada, refrescándome la cabeza con el aire glacial de la noche de octubre, y escuchando en el silencio nocturno, unas veces los chasquidos del pestillo de madera que resonaban a lo lejos, y otras el apacible masticar de los caballos debajo del sobradillo, interrumpido a intervalos por los empujones que se daban y que les hacían prorrumpir en rabiosos relinchos.

En aquellos momentos meditaba, adoptando decisiones en mi alma beatíficamente ebria. En fin de cuentas, todo estaba ya decidido: aquella noche concebí por primera vez la idea de abandonar tarde o temprano, pero indefectiblemente, Batourino.

XII

Pasé bastante mala noche. El patrono y la patrona dormían separados en su habitación, que parecía una capilla a causa del gran número de iconos dorados y plateados que había en el altar que se alzaba como un sepulcro negro detrás de una lamparilla de luz rojiza; y nosotros, o sea yo y cinco clientes más de categoría, lo hacíamos en la misma sala donde habíamos cenado. Tres estaban tumbados en el suelo, sobre unas alfombrillas de fieltro, y los demás, entre los cuales desgraciadamente me contaba yo, sobre unos canapés duros como la piedra, con rígidos respaldos de madera.

Como es lógico, las chinches (muy pequeñas, singularmente malignas hasta el

punto de que desaparecían cobardemente en cuanto yo encendía una cerilla), me estuvieron devorando durante toda la noche. En la cálida hediondez de las tinieblas se oían potentes ronquidos, la noche parecía que no se iba a acabar nunca, el pestillo seguía golpeando rítmicamente a lo lejos, y como la puerta del dormitorio de los dueños estaba entreabierta, la luz de la lamparilla de aceite me daba directamente en los ojos, semejando, con su negro flotador en forma de cruz y con el claroscuro de sus chisporroteos y sombras vacilantes, una especie de fabulosa araña en su inmensa tela.

No obstante, me levanté fresco y dispuesto en cuanto oí que se despertaban los patronos, y la cocinera, pasando rápidamente por encima de las piernas de los que dormían en el suelo, dejó sobre la mesa un enorme samovar hirviente, que despedía un fuerte y delicioso aroma y cuyo espeso vapor llenó con su vaho los vidrios de las ventanas.

Una hora después me presentaba en la oficina de Correos, percibía por fin mis primeros honorarios y recibía el grueso cuaderno, el asombroso cuaderno distinto a todos los del mundo, bajo cuyas cubiertas vírgenes de color amarillo huevo se hallaban mis versos, que en el primer momento no me parecieron míos: ¡tanta era su encantadora semejanza con verdaderos y hermosos versos de poeta!

Seguidamente, por encargo de mi padre tenía que tratar un asunto con un tal Iván Andreievitch Balavine, depositario de trigo; tenía que mostrarle unas muestras de nuestros productos, preguntarle precios y, de ser posible, efectuar una venta. Desde Correos me fui directamente a su casa, pero caminaba de una forma que hacía que los transeúntes, *mujiks* y pequeños comerciantes, mirasen con asombro a aquel joven calzado con grandes botas, con gorra y caftán azules, que, a cada momento, aminoraba el paso y a veces se paraba bruscamente en medio de la calle, con la mirada prendida siempre en la misma página de una revista.

Al llegar al mercado volví a adquirir noción de las cosas y de lo que me rodeaba. Nuevamente noté el soplo del viento anunciador del invierno; las campanas de las iglesias llamaban para la misa; por doquier, los comerciantes vendían y los chalanes compraban, deambulando de un puesto a otro con animación, apalabrando mercancías, despertando en mí el deseo de irme a Moscú, a Nijni-Novgorod, o bien solamente a Orel o a Tula.

En el barrio del pescado, olía fuertemente a salazón y por tal motivo me entraron ganas de hallarme en algún lugar a orillas del mar Azov, en Rostov o en Tsaritsyno. Después evoqué el otoño anterior durante el cual había frecuentado la estación para ver pasar los trenes, para tener al menos el placer de contemplarlos y de soñar en las poblaciones desconocidas de donde venían y a donde se dirigían las innumerables personas que llenaban la estación y los vagones. ¡Qué lejos están ya aquellos tiempos! ¡Y cómo había cambiado todo desde entonces, sobre todo yo!

En otro sector del mercado, en cuya entrada se veía colgado por unas cadenas un gran icono antiguo de metal negruzco que a mí me había producido cierto miedo en

mi infancia, se vendían acordeones, tabaco del malo, pequeños libritos y litografías olorosas, pegajosas y floridas.

Esto suscitó en mí el recuerdo del gentil y emotivo muchachito que, enfundado en su primer capote de alumno del liceo, recién estrenado, había ido allí a comprar libritos de leyendas heroicas: «*El Combate de los rusos con las huestes de Kakardin, o la Bella Mahometana falleciendo sobre el ataúd de su marido*».

Contemplé con admiración los retratos, de vivo y llamativo colorido, del corpulento zar de ondulada barba roja y ojos claros, cuyo uniforme estaba adornado con condecoraciones multicolores; de la zarina, dulce y graciosa bajo su diadema de perlas, y de los grandes duques, hermosos personajes, con la barba afeitada y adornados con unas soberbias patillas.

«¡A Petersburgo, a Petersburgo!» pensé repentinamente, acelerando el paso.

El caso es que mi entrevista con Balavine aumentó todavía más mi excitación.

Al principio me recibió secamente, con aquel aire malhumorado sin motivo que se manifestaba con frecuencia en nuestros comerciantes de Rusia. Su almacén, en el mercado de cereales, abría sus puertas directamente sobre la calzada. Un empleado me guió hasta la parte del fondo, donde había una puertecilla vidriera velada en el interior por una cortina de algodón rojo. Llamó discretamente con los nudillos.

—¡Pasa! —gritó una voz desagradable, detrás de la puerta.

Entré y, para recibirme, se levantó de detrás de su amplia mesa de despacho un hombre de edad indeterminada, vestido enteramente a la europea, con la faz amarillenta, muy límpida y como diáfana, cabellos de un rubio desleído, cuidadosamente peinados con raya al medio, finos bigotes pajizos y una mirada despierta en sus ojos verdiclaros.

—¿De qué se trata? —preguntó con brusquedad.

Me presenté, apresurándome acto seguido a sacar torpemente de los bolsillos de mi caftán dos saquitos de grano que deposité encima de la mesa, delante suyo.

—Siéntese —me dijo entonces con indiferencia, sentándose él a su vez.

Sin mirarme siquiera, se puso a desatar los cordeles de los saquitos. Una vez abiertos vertió en el hueco de su mano unos cuantos granos, los frotó entre las palmas, los olió y luego repitió la operación con los del otro saquito.

—¿Cuánto en total? —inquirió con tono distraído.

—¿Quiere usted decir cuántas fanegas? —pronuncié, nervioso.

—Ya me imagino que no serán vagones —replicó irónicamente—. No creo que sus cultivos sean tan importantes como todo eso.

Mi rostro se tiñó de rojo, pero no me dio tiempo a responderle.

—Por otra parte, eso es lo de menos. Los precios están bajos en estos momentos, como usted no ignorará probablemente.

Y, tras fijar un precio tope, me invitó a hacer la entrega al día siguiente mismo, si queríamos.

—Estoy de acuerdo con el precio —repuse ruborizándome, y añadí—: ¿Puedo

percibir un adelanto?

Sin decir palabra, sacó del bolsillo interior de su chaqueta una cartera, me alargó un billete de cien rublos y, con un gesto preciso y familiar, volvió a guardar la cartera en el bolsillo.

—¿Desea usted un recibo? —pregunté, sonrojándome todavía más, cohibido por el placer de estar actuando como un hombre de negocios.

Balavine sonrió irónicamente; respondió que, a Dios gracias, Alejandro Sergueevitch Arséniev era lo bastante conocido por todo el mundo y, como para hacerme comprender que la conversación de negocios había terminado, abrió una pitillera de plata que estaba encima de la mesa y me la tendió.

—Gracias, no fumo —dije.

Encendió un cigarrillo e indagó como al desgaire:

—¿Es usted el que escribe versos?

Le miré con el mayor de los asombros, pero, una vez más, no me dio tiempo a que le contestase.

—No hay que extrañarse de que esas cosas me interesen —prosiguió, en tono burlón—. Yo también soy, si usted me lo permite, un poeta. Incluso publiqué cierta vez un librito. Ahora, no hay más que verme, he dejado la lira a un lado, porque no tengo tiempo de ocuparme de ella. Solamente soy corresponsal de periódicos, como quizás haya usted oído decir, pero de todos modos sigo interesándome por la literatura y hago traer muchos periódicos y revistas. Si no me equivoco, acaba usted de debutar en una gran revista literaria, ¿verdad? Si es así, permítame que le desee de todo corazón que tenga éxito y que le aconseje que procure usted estar a la altura de su labor. Es preciso que piense usted muy en serio en su porvenir. Sírvase usted excusarme, pero para dedicarse a la literatura se precisan medios de existencia y una gran instrucción. ¿Posee usted ambas cosas? Mire usted, recuerdo que por lo que a mí respecta... Sin falsa modestia, le diré que yo era un muchacho bastante espabilado así como que desde niño he visto tanto mundo como pueda desear cualquier turista poder ver... pero ¿qué escribía? Me da vergüenza acordarme de ello. Vea usted, por ejemplo:

*Nací en el fondo de la estepa,
En un ahumado chamizo.
En lugar de una cama coqueta,
Se balanceaba una cunita...*

»Yo mismo me pregunto a veces por qué escribí tales sandeces. Para empezar, debo decirle que todo es falso: no nací en un chamizo de la estepa, sino en la ciudad; en segundo lugar, comparar una cama esculpida con una cuna es el colmo de la tontería y, en tercer lugar, las cunas no se balancean jamás. ¿Acaso no sabía yo todo eso? Lo sabía perfectamente, pero no podía evitar el decir tonterías porque me faltaba educación y no tenía posibilidad de adquirir una cultura por ser pobre.

Se levantó de repente y me estrechó con fuerza la mano, mirándome a los ojos.

—Desearía que mis palabras le hiciesen reflexionar sobre su propia persona. El permanecer confinado en el campo, sin ver el mundo, escribiendo, leyendo y dejándose uno arrastrar a una vida de pereza y de ociosidad, no es una brillante carrera. Ahora bien, tiene usted talento, y perdone mi franqueza; su persona me ha producido una excelente impresión.

Y nuevamente volvió a adoptar un acento seco y severo:

—Hasta más ver —concluyó con aire negligente, despidiéndome con un movimiento de cabeza y sentándose en su mesa—. Le ruego que salude usted a su padre de parte mía.

Y así fue como, de manera inesperada, recibí una confirmación a mi secreto pensamiento de abandonar Batourino.

XIII

Sin embargo, aquellos proyectos no pudieron realizarse tan rápidamente como yo hubiera deseado.

Dar forma a mis sueños, siendo tan joven, no era claro está, más que pura fantasía. Yo mismo lo comprendía en mi fuero interno, y mi existencia, después de aquel memorable viaje a la ciudad, reemprendió su curso habitual, quizás hasta más despreocupada. De este modo veía transcurrir los días uno tras otro, y recuerdo que de vez en cuando realizaba vanos esfuerzos para dedicarme a un trabajo metódico.

Poco a poco iba adquiriendo, al menos en apariencia, el tipo del joven lugareño acostumbrado a resistir en su finca, entre cosas cotidianas y completamente familiares. Iba de caza y visitaba a mis vecinos; en época de lluvias o de tormentas de nieve, iba a disipar mi aburrimiento a la aldea, en las isbás de mi preferencia; mataba el tiempo en el círculo familiar, delante del samovar, o bien me pasaba horas enteras tumbado en un diván, con un libro en las manos; departía con mi hermano y charlaba de cosas insulsas con mis familiares. Así transcurrió un año más. Luego, se produjo lo que tarde o temprano tenía que producirse.

Nuestro vecino Alferov falleció. Mi hermano Nicolás tomó en arriendo aquella finca desierta y decidió pasar el invierno en ella. Entre la servidumbre había una sirvienta llamada Tonnka. Acababa de casarse, pero poco después de la boda, debido a la pobreza y a la carencia de domicilio propio, tuvo que separarse de su marido porque éste era guarnicionero y, apenas se hubo casado, se vio obligado a reemprender su oficio nómada, mientras que ella se ponía al servicio de mi hermano.

Tenía unos veinte años. En el pueblo la llamaban «la chova», y como era muy taciturna, la creían tonta por completo. Tenía la piel muy bronceada, una estatura esbelta y robusta de muchacha joven, unas manos y unos pies pequeños pero fuertes, y unos ojos rasgados de color marrón oscuro. Parecía una india: sus facciones eran

correctas aunque algo toscas y su cabello lacio era negro como la pez. Pero en ello mismo residía su encanto.

Yo iba casi todos los días a casa de mi hermano y me extasiaba delante de aquella mujer. Me gustaba hasta oír la pisada de su paso firme y despierto, cuando traía el samovar o la soperá; me agradaba su mirada bovina, sus ojos, su espesa mata de pelo cuya raya de en medio se veía a través de un pañuelo anaranjado, los labios violáceos de su boca grande y el joven cuello bronceado que se curvaba en los hombros; todo ello despertaba en mí una constante inquietud. En ocasiones, la cogía por la cintura, bromeando, y la apretaba contra la pared. Ella, sin decir palabra, se desasía... y todo terminaba allí. No experimentábamos el uno por el otro ningún sentimiento amoroso.

Y he aquí que, paseándome en un suave atardecer invernal por la aldea, se me ocurrió dirigir distraídamente mis pasos hacia el patio de la finca de Alferov. Avancé a través de los montones de nieve de ambos lados de la entrada y subí las escaleras.

En el vestíbulo, sombrío como una caverna negra, brillaba el rojo resplandor de las brasas de la estufa. Tonnka, sin pañuelo en la cabeza, con sus piernas desnudas ligeramente separadas, alargando delante de la llama sus pantorrillas de lisa piel, estaba sentada en el suelo, exactamente delante de la boca de la estufa, toda ella iluminada por el rojizo resplandor que ésta despedía.

Sostenía en la mano el atizador cuyo extremo rojizo reposaba encima de los carbones y, echando un poco hacia atrás su rostro para protegerse del ardor del hogar, contemplaba somnolienta aquella brasa y los montoncitos de carbones carmesíes, con tenues transparencias, que ya se oscurecían bajo un ligero tinte lila y que, por sectores, ardían todavía con unas llamitas de un azul verdoso.

Al entrar yo, a pesar del portazo que di, ni siquiera se volvió.

—¡Caramba, qué oscuro está esto! ¿Es que no hay nadie en la casa? —pregunté, aproximándome.

La muchacha proyectó todavía más su cabeza hacia atrás y, sin mirarme, soltó una risita embarazosa, desprovista de alegría.

—¡Como si usted no lo supiese! —pronunció con acento burlón.

—¿Qué es lo que yo no sé?

—Bueno, bueno, ya basta...

—¿Qué es lo que ya basta?

—¿Cómo puede no saber dónde está el *barino*, si ha ido a casa de usted?

—No lo he visto. Estaba dando un paseo.

—Sí, sí..., ya conocemos sus paseos...

Me puse en cuclillas, observando sus piernas y su negra cabeza descubierta; notaba en mí un escalofrío que me recorría de pies a cabeza, pero me reía y fingía estar absorto en la contemplación de las brasas, que despedían un oscuro fulgor purpurino. Luego, de repente me senté a su lado, la cogí por el talle y la tumbé sobre el piso, aprisionando entre los míos sus cálidos labios que trataban de evadirse.

El atizador cayó con estrépito, y una lluvia de chispas brotó de la estufa...

De un salto me encontré en las escaleras y, como un hombre que acaba de cometer fortuitamente un asesinato, recobré el aliento y miré vivamente a mi alrededor por si venía alguien. Pero no se veía a nadie y todo seguía asombrosamente tranquilo y sosegado; en la aldea, en la habitual oscuridad invernal, inverosímilmente apacible —como si no hubiese ocurrido nada—, ardían las luces de las isbás. Miré a un lado y a otro, presté oído, y me alejé rápidamente, sin sentir casi mis piernas, preso de dos sentimientos absolutamente contradictorios: el de una catástrofe espantosa, irreparable, que acababa de producirse en mi vida, y el de una alegría febril, la alegría triunfal de la victoria.

Por la noche, a través de un sueño inquieto, me atormentó constantemente una mortal angustia, junto con la sensación de haber realizado algo atroz, criminal e inconfesable, lo cual significaba mi eterna perdición. «Sí, ¡todo está perdido!», pensé despertándome, recuperando penosamente mis sentidos, «todo, todo está perdido, todo se ha estropeado, todo se ha aniquilado, pero así tiene que ser; no hay reparación posible y no puede uno volverse atrás. Y lo más terrible de todo es que no se puede decir una palabra de esto a nadie: todo el mundo duerme, nadie sabe nada, nadie sospecha nada. Ahora soy diferente a los demás y estoy solo en el mundo».

Por la mañana contemplé con mirada distinta las cosas que había en torno mío y aquella habitación que tan bien conocía. Lo miré todo a la uniforme luz de la nieve que había caído durante la noche: no hacía sol, pero la estancia estaba iluminada por el vivo reflejo de la escarcha.

Mi primer pensamiento, en cuanto abrí los ojos, se dirigió naturalmente a lo que había ocurrido. Pero aquella idea ya no me aterraba; no experimentaba ya angustia, ni desesperación, ni vergüenza, ni culpabilidad en mi alma. Al contrario. «¿Cómo voy a ir a tomar el té?», pensé. «Y, por otra parte, ¿qué hacer, sino? Nada, no hay que hacer nada. Nadie sabe nada, nadie sabrá nunca nada y nada ha cambiado en el mundo. Yo diría que hasta incluso parece que todo va muy bien: fuera, esa blanca claridad, esa calma que tanto me agrada, el jardín con sus desnudos ramajes erizados de copos de nieve, y montículos blancos por doquier; hace una agradable temperatura en mi habitación; mientras yo dormía, alguien ha encendido la estufa que ahora ruge y crepita con regularidad, en tanto su placa de cobre vibra encima de la llama».

Había en el aire tibio un amargo y fresco aroma de ramitas heladas que comenzaban a descongelarse encima del suelo, junto a la estufa. Y en cuanto a lo que había ocurrido, aunque ilegítimo, era inevitable, tenía que ser así: ¡había que tener en cuenta que yo tenía diecisiete años y valía como cualquiera! No solamente valía como cualquiera sino que valía más, y he aquí que también en aquello me había puesto al nivel de cualquier otro.

Nuevamente me invadió una sensación de triunfo, de orgullo y de felicidad: pensaba que yo también era un hombre y tenía una amante. ¡Qué tontería todo cuanto me había imaginado por la noche! ¡Era maravilloso y horrible lo ocurrido ayer! ¡Y tal vez iba a volver a ocurrir, quizás aquel mismo día! ¡Cuán gentilmente,

repentinamente pueril en su terror, cuán visiblemente desamparada murmuró unas pocas palabras suplicantes! ¡Ah, cómo la quería!

XIV

A partir de aquel día, comenzó para mí un terrible período.

Fue una verdadera locura que absorbió por completo todas mis fuerzas físicas y morales; una existencia compuesta únicamente de minutos apasionados, o de la espera de esos minutos, y de las torturas de unos celos atroces que me desgarraban el corazón cuando el marido de Tonnka venía a verla y ella tenía que abandonar la casa por la noche para ir a dormir con él a la isbá de los criados.

¿Me quería? En los primeros tiempos sí, estoy seguro de ello. Disimulaba su cariño, pero se sentía tan feliz que, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía ocultar el secreto arrobó que yo le inspiraba, como tampoco el brillo de sus ojos rasgados, incluso cuando me veía en compañía de mi hermano y de mi cuñada en los momentos en que nos servía. Luego ocurrió que unas veces me quería y otras no —por momentos se mostraba no solamente fría, sino incluso hostil— y aquellos bruscos cambios de humor, siempre incomprensibles e imprevistos, me extasiaban por entero.

Había instantes en los que la detestaba violentamente, pero incluso entonces me bastaba pensar en sus pendientes de plata bruñida; en cuanto había de tierno, gracioso y juvenil en sus labios; en el óvalo de la parte inferior de su rostro; en sus ojos rasgados, con los párpados abatidos; en el tosco perfume de sus cabellos, de su cuerpo y de su aliento, para quedarme sumido en una especie de éxtasis amoroso, indefinible. En casos así me sentía dispuesto —hasta con cierta ávida alegría— a aceptar cualquier clase de humillación ante ella, con tal de revivir de nuevo los primeros y felices días de nuestra intimidad.

Me esforcé en la medida que pude en vivir con cierta decencia, poco más o menos como había vivido hasta entonces, pero mis jornadas se habían transformado en una lastimosa parodia de mi vida anterior.

Pasó el invierno, llegó la primavera, estábamos ya en mayo, y yo no me daba cuenta de nada. Me acuerdo de que me obstinaba en estudiar el inglés... ¿Para qué?

* * *

Dios vino inesperadamente en mi auxilio.

Era un espléndido día del mes de mayo. Yo estaba sentado, con un manual de inglés en la mano, junto al alféizar de la ventana, en mi habitación. No lejos de mí, en el balcón, se oían las voces de mis hermanos, de mi cuñada y de mi madre. Les escuchaba distraídamente y con la mirada vagamente posada sobre el libro, me

entregaba a las más taciturnas reflexiones. Sentía la comezón de salir corriendo hacia la finca de Alferov, aunque no fuese más que un momento, aprovechando el que mi hermano y su mujer estaban en nuestra casa. Y al mismo tiempo tenía el alma de tal forma agobiada por el peso cruel de mi envilecimiento, había en mi interior tanta amargura y aflicción, sentía tanta lástima de mí mismo y de mi juventud destrozada, que me pasaban por la imaginación, como liberadoras y acertadas, las más sombrías y fúnebres ideas.

El jardín, por sectores, brillaba bajo el ardiente sol y estaba repleto del zumbido de las abejas. En otros, rincones lo envolvía una diáfana e inmensa sombra azul; en la infinita altura del cielo primaveral, una gruesa nube iba velando lentamente el sol y, poco a poco, la atmósfera empezaba a ensombrecerse; de repente, con majestuosa gravedad llena de sonoridad y de repercusiones, estalló el primer trueno. En aquel instante cogí un lápiz y, pensando en la muerte, me puse a escribir sobre el manual:

*Todavía, todavía, sobre vuestras cabezas,
Entre las nubes y el azul oscuro de los bosques,
Se inundarán con un esplendor de Edén
Las puras cimas en su beatitud;
Brillante todavía, la nube juguetona
Será un monte nevado sobre los bosques;
Desfallecerá la avispa encima de la flor
Y tronará en su todopoderío
El dios vernal... Pero ¿dónde estaré yo?*

—¿Estás aquí? —dijo mi hermano Nicolás con un tono severo desusado en él, acercándose a mi ventana—. Ven un momento; tengo que decirte algo...

Noté que palidecía; no obstante, me levanté y salté por el alféizar de la ventana.

—¿Qué me has de decir? —pregunté, con afectada calma.

—Vamos a dar una vuelta —contestó él secamente, a la par que se dirigía hacia el estanque—. Solamente te ruego una cosa —añadió—, que escuches razonablemente lo que te voy a decir.

Y, parándose, se volvió hacia mí:

—Bueno, amiguito, como puedes muy bien comprender, desde hace tiempo toda esa historia ya no es un secreto para nadie.

—¿De qué historia me hablas? —inquirí haciendo un esfuerzo, aunque con brusquedad.

—Vamos, vamos, tú ya me entiendes. El hecho es que debes saber que esta mañana le he pagado lo que se le debía. De lo contrario, la cosa habría terminado con un asesinato. El marido regresó ayer y se vino directamente a verme, diciéndome: «Nicolás Alexandrovitch, lo sé todo hace tiempo; despida usted a Tonnka inmediatamente o de lo contrario esto va a acabar muy mal...». Como puedes comprender estaba blanco como esta pared, y tenía los labios tan resecos que

articulaba las palabras con dificultad. De modo que te aconsejo que vuelvas a la realidad de las cosas y que no intentes verla más. Por otra parte, sería inútil: se marchan hoy mismo, muy lejos de aquí.

No repliqué una palabra. Lo dejé allí plantado y me dirigí hacia el estanque. Al llegar a la orilla, me senté en la hierba, bajo las juveniles y brillantes ramas de los sauces, que se inclinaban en gracioso semicírculo hacia el espejo límpido y plateado de las aguas.

Una vez más, majestuosamente, retumbó el trueno en el insondable desierto de las alturas y, acto seguido, se oyó un rápido crepitar a mi alrededor, a la par que ascendía a mi olfato el aroma de la tierra húmeda.

Caía un chaparrón y el agua, semejante a una cortina de tenues hilos de cristal, se derramaba de una gruesa nube que se hallaba infinitamente alta, justamente encima de mi cabeza, desplegando sus volutas de nieve. Sobre la superficie de las aguas, inmóvil como un cristal de luna, rebotaron innumerables clavitos con un murmullo apagado y el brillo de sus puntas oscuras.

LIBRO IV

I

Los últimos días que pasé en Batourino fueron también los últimos de toda la vida de antaño de nuestra familia.

Todos comprendíamos que el pasado se nos escapaba. Mi padre le decía a mi madre: «Querida mía, ¡nuestra nidada ya emprende el vuelo!». En efecto, Nicolás ya había desertado del nido y Jorge se disponía a abandonarlo: su confinamiento forzoso tocaba a su fin; sólo quedaba yo, pero también iba a llegarme el turno.

Y sin embargo, como suele ocurrir con frecuencia, ni uno solo de nosotros (salvo mamá, claro está) realizaba por completo sus aspiraciones, y yo menos que ninguno. Por entonces —sólo Dios sabrá el porqué—, yo había emprendido la traducción de *Hamlet*, lo cual era un suplicio cuya extraordinaria voluptuosidad se acrecentaba sin cesar.

II

Una vez más llegó la primavera, y de nuevo me hizo el efecto de que no se parecía en nada a las demás y que era el principio de algo completamente distinto a mi pasado.

En toda convalecencia hay una mañana en la cual se despierta uno notando por fin con toda plenitud la sencillez, la cotidianidad, que es la salud misma, el retorno al estado habitual, aunque diferente a lo que era antes de la enfermedad, debido a una nueva adquisición: una nueva experiencia.

En ese estado de ánimo me desperté un buen día, en una apacible y soleada mañana de mayo. Dormía en mi habitación del extremo de la casa, donde no tenía necesidad de correr las cortinas de la ventana para que no me viese nadie. Me destapé, experimentando la serenidad y el goce de todas mis juveniles fuerzas y todo ese sano calor de la juventud con el que había caldeado aquella noche mi alma y mi propio cuerpo.

El sol brillaba en las ventanas y desde las vidrieras de arriba se proyectaban en el suelo manchas de color azul y rubí. Levanté los chasis de la parte baja; la mañana parecía de verano, con toda esa apacible simplicidad propia de la estación calurosa, con su aire matinal, suave y diáfano, y con el aroma del soleado jardín, que exhibía sus hierbas, sus flores y sus mariposas.

Me lavé, me vestí, y recé mis oraciones ante los iconos colgados en un rincón de la habitación, iconos que, por su familiar antigüedad, despertaron siempre en mí una especie de esperanza y de sumisión a lo cotidiano de las jornadas terrestres.

En el balcón se oían voces. Tomaban el té y hablaban. Estaba allí también mi hermano Nicolás que a menudo venía a tomar el té con nosotros. Y era él quien, hablando evidentemente de mí, decía con el buen juicio que le caracterizaba:

—¿Para qué hacer cábalas? Claro está que ha de buscar un empleo y trabajar. Pero opino que Jorge logrará de todas formas encauzarle cuando él mismo se haya creado una situación.

Estas palabras me serenaron todavía más. «Está bien; si hay que colocarse, sea... Pero la cosa va para largo, puesto que Jorge no se irá antes del otoño, y de aquí al otoño todavía falta una eternidad».

¡Qué lejanos están aquellos días! Tengo ahora que hacer un verdadero esfuerzo para percatarme de que los he vivido, por próximos que me parezcan al escribir estas memorias, tratando por alguna razón de resucitar una remota imagen de mi juventud. ¿La imagen de quién? Es algo que tiene la apariencia de un imaginario hermano menor, tiempo ha desaparecido del mundo con toda la infinita lejanía de su tiempo.

En la casa de algunas de mis amistades he tenido ocasión de tener entre mis manos un viejo álbum de fotografías. ¡Qué extraños y complejos sentimientos han despertado siempre en mí los rostros que aparecían en los retratos amarillentos! Ante todo, era una sensación de extraordinario alejamiento, puesto que el hombre, en determinados momentos, puede ser increíblemente extraño al hombre.

De esta sensación se derivaba también una impresión intensa y palpitante de aquellas gentes y de su época. ¿Qué seres eran para mí aquellos rostros? Gente que vivió su tiempo, en algún sitio, cada cual a su manera, con diversos destinos y en diferentes épocas, en las cuales todo tenía su singularidad: vestidos, costumbres, caracteres, tendencias sociales y acontecimientos.

He aquí a un austero anciano, un dignatario, luciendo una condecoración, con la faz muy rasurada y unas mejillas carnosas. He aquí un petimetre de la época de Herzen, que lleva el pelo rizado y luce patillas, con la chistera en la mano, con una amplia levita y un ancho pantalón, bajo el cual los pies parecen muy chiquitos. He aquí el busto de una hermosa y melancólica dama: con un sombrerito de plumas sobre un alto peinado, un vestido de seda que ciñe apretadamente su seno y su fino talle y unos largos pendientes. Y he aquí, por último, a un joven del año setenta: el alto cuello, ampliamente abierto, descubriendo la nuez, el delicado óvalo de un rostro sin apenas pelo, una languidez juvenil en sus grandes ojos enigmáticos y una larga cabellera flotante. Todos esos rostros, sus vidas y sus épocas son, en suma, ficción, leyenda.

Ahora experimento análogos sentimientos al resucitar la imagen de lo que antaño fui. ¿Existí realmente entonces? Ha habido un joven Guillermo II, ha habido un general Boulanger, y ha habido también un Alejandro III, poderoso señor de la inconmensurable Rusia. Y en aquellos tiempos legendarios, en aquella Rusia destruida para siempre, había una primavera, había un mes de mayo, y había cierta persona con unos brillantes ojos azules que se atormentaba traduciendo *Hamlet*, sin saber exactamente por qué, la cual, día y noche, experimentaba una gran ansiedad: la de conocer su porvenir, donde, al parecer, le esperaban todo el encanto y la alegría de este mundo...

III

A principios de verano, encontré un día en el pueblo a la cuñada de Tonnka. Se detuvo un instante y dijo:

—Alguien le envía sus saludos.

Al llegar a casa, ensillé a *Kabardinka* y emprendí un galope furioso. Recuerdo que fui a Kamenskoïé, por Malinovo, y que llegué hasta la carretera de Levena, donde sobrevino uno de esos serenos atardeceres de principios de estación, en los cuales reina en los campos una plenitud pacífica, una belleza y una beatitud completamente peculiares.

Me detuve cerca de la carretera, pensando: ¿dónde ir ahora? Con un súbito impulso, crucé y me interné entre las tierras del otro lado. Me dirigí hacia donde brillaba el sol, ya bajo, y avanzando entre barbechos —era toda una mar de un amarillo rabioso en flor— me metí en un gran bosque, de pertenencia ignorada, que empezaba con una gran comba de frondosos barrancos, con loca y exuberante vegetación, donde las flores y las hierbas, penetradas por el fresco aroma de los matorrales de los prados, ascendían hasta el petral de mi caballo.

En torno mío, por todos los zarzales y espesuras, vocalizaban y trinaban deliciosamente los ruiñeños; en algún lugar, lejos de allí, muy lejos, mesurada y obstinadamente, el cucú cantaba sin descanso entre todos aquellos vanos éxtasis de los ruiñeños, como persuadido de ser el único que tenía razón en su melancolía solitaria y desheredada, y su voz de sordas resonancias parecía unas veces próxima y otras más lejana, alterándose, desolada y exquisita, con los ecos más distantes todavía del bosque que se iba ensombreciendo.

Yo cabalgaba escuchando y, de pronto, me puse a contar involuntariamente las llamadas del cucú para saber cuántos años me predeciría; para conocer cuánto me quedaba de todo eso tan inconcebible que se llama vida, amor, separaciones, pérdidas, recuerdos y esperanzas. Y resultó que el cucú seguía cantando, anunciándome algo infinito. Pero ¿qué ocultaba en sí aquel infinito? En la enigmática impasibilidad de cuanto me rodeaba, había incluso motivo para asustarse.

Contemplé el cuello de *Kabardinka*, sus crines colgantes que se agitaban con regularidad al ritmo de la marcha, toda aquella cabeza combada de corcel que a veces, en los tiempos fabulosos de antaño, había podido vaticinar: era terrible su fatal mutismo, aquel silencio que nada podría jamás romper, de un ser que estaba tan vivo como yo, que tenía conocimiento y que, como yo, sentía y pensaba; pero todavía era más horrible la fantástica posibilidad de que de repente lograra romper su silencio. Los ruiñeños seguían vocalizando en torno mío con una alegría espantosa, insensata, mientras que con una insistencia que parecía producto de un sortilegio, el cucú cantaba monótonamente, buscando en vano, como siempre, el nido de sus

sueños.

IV

Al llegar el verano me fui un día a la feria de la ciudad y, por casualidad, me volví a encontrar con Balavine. Le acompañaba un chalán, extraordinariamente sucio y andrajoso; en cuanto a él, iba muy pulido y pimpante, trajeado con esmero, cubierto con un sombrero de paja nuevo y provisto de un soberbio bastón.

El chalán, caminando rápidamente a su lado, le aseguraba alguna cosa jurando por todos los santos que era cierta, mientras le miraba con ojos salvajemente interrogadores; Balavine caminaba sin escucharle, mirando recto ante él con la mirada fría y dura de sus ojos de color verde pálido. «¡Todo eso son mentiras!», dijo despectivamente y, dándome los buenos días como si nos hubiésemos visto la víspera en lugar de dos años atrás, me cogió del brazo y me invitó «a tomar el té y a charlar un poco».

Entramos en una taberna y, una vez allí, se puso a interrogarme con ironía: «¿Qué, cómo va todo? ¿Cuáles son sus éxitos?». A continuación me habló del «lastimoso estado» de nuestros asuntos —a este respecto estaba mejor informado que nosotros mismos—, y volvió a insistir sobre mi porvenir. Después de ello, me separé de él tan afectado que decidí incluso regresar inmediatamente a casa.

Comenzaba a oscurecer, las campanas del monasterio tocaban a vísperas, la feria instalada en el prado cercano se iba dislocando, y las vacas, conducidas detrás de las chirriantes carretas que se iban carretera adelante, mugían de una forma que parecía amenazadora, hasta perder el aliento; los cocheros que volvían a sus puntos de partida cruzaban velozmente el prado, en loca carrera.

Salté en el primer vehículo que hallé a mano y me hice llevar a la estación: justamente había un tren de la noche que iba en la dirección que yo necesitaba para retornar a casa.

«Sí, ¿qué hacer?», pensaba, recordando las palabras de Balavine y convenciéndome cada vez más de la desesperante razón que contenían. «No veo qué es lo que va usted a poder hacer más adelante», me había dicho. «Los antepasados suyos, en parecidas circunstancias, se hacían militares, partían al galope o bien se metían en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero usted, ¿hacia dónde podría galopar? ¿Dónde alistarse? De una manera general, le creo a usted incapaz de sentar plaza; no son ésas sus aspiraciones. Como dicen los oráculos, apunta usted muy alto. Por lo que respecta a Batourino, solamente veo una salida: venderlo lo más pronto posible, antes de que lo embarguen. En tal caso, siempre le quedará algo en el bolsillo a su padre de usted, aunque no gran cosa. Y por lo que a usted respecta, reflexione sobre ello...». ¿Pero qué podía reflexionar?, me decía a mí mismo. ¿Querría tal vez que me colocara de meritorio en su tienda de granos?

Aquella entrevista enfrió mi trabajo sobre *Hamlet*. Había emprendido aquella traducción por casualidad, puesto que la obra no era de las que yo más estimaba. Simplemente, el libro me cayó entre las manos justamente en el momento en que hacía propósitos de volver a empezar una vida de pureza y de laboriosidad. Puse sin tardanza manos a la obra, y la tarea pronto me encadenó y estimuló con sus dificultades. Por otra parte, nació en mí la infantil idea de hacerme traductor, abriéndome con ello no solamente una fuente de goces artísticos sino también un medio de subsistencia.

Ahora, mientras regresaba a casa, comprendí súbitamente que aleatorias eran aquellas esperanzas. Comprendí también que los días pasaban y que todos los «sueños» que Balavine, sin querer, había suscitado en mí, no dejaban de ser sueños. En cuanto al «lastimoso estado» de nuestros asuntos, pronto dejé de pensar en ello. Pero los «sueños» ya eran harina de otro costal. ¿En qué consistían, hablando con propiedad?

Balavine había mencionado casualmente el Cáucaso: «Sus antepasados, en circunstancias parecidas sentaban plaza en el Cáucaso o partían al galope...». De nuevo me hizo el efecto de que hubiese dado la mitad de mi vida por encontrarme en el lugar de mis antepasados.

En la feria, una joven gitana me había leído el futuro en la palma de la mano. ¡Oh, nada nuevo en esas bohemias! ¡Pero qué no experimentaría yo en el momento en que tenía mi mano sujeta entre sus dedos negros, y la de veces que pensé luego en ella! Sus andrajos amarillos y rojos eran extraordinariamente abigarrados, y no cesaba de balancear sus caderas mientras me decía las acostumbradas paparruchas, con el chal echado hacia atrás descubriendo su cabecita negra como la pez; y yo languidecía no solamente mirando aquellas caderas, el voluptuoso atractivo de aquellos ojos y de aquellos labios, sino también admirando cuanto había en ella de ancestral, evocando lejanos y desconocidos parajes, pensando que con aquello revivía una vez más el espíritu de mis antepasados —¿quién de ellos no habría consultado alguna vez a una gitana?—, sintiendo mi íntima vinculación con ellos, en la sed de aquella sensación, puesto que ¿podríamos amar al mundo como lo amamos si fuese de verdad completamente inédito para nosotros?

V

En aquellos días, solía preguntarse muy a menudo con un asombro juvenil: «De todas formas, ¿qué es mi vida en este incomprensible, eterno e inmenso mundo que me rodea, en el infinito del pasado y del futuro, y en un Batourino cualquiera, circunscrito a los estrechos límites de espacio y de tiempo que me han sido personalmente concedidos?». Y veía que mi vida (la mía y cualquier otra), era una sucesión de noches y de días, de obras y de descansos de entrevistas y de

conversaciones, de satisfacciones y de disgustos, denominados a veces acontecimientos; un desordenado cúmulo de impresiones, de cuadros y de imágenes de los cuales persisten en nosotros (no se sabe cómo ni por qué) únicamente partículas insignificantes.

Incesante, sin abandonarnos nunca, hay en nosotros un continuo chorro de pensamientos variados, de sentimientos, de difusas reminiscencias del pasado y de confusas conjeturas sobre el futuro; y también algo en lo cual parece como si residiera la esencia misma de esta vida, un cierto sentido, un fin, algo capital que es imposible captar y expresar y que está unido a una eterna espera; no solamente la espera de la dicha, sino también (cuando llegue esa dicha) la espera de algo más que haga que lo esencial, el sentido de la vida, se revele por fin de repente y se deje captar. Como dicen en los oráculos, «tiende usted demasiado a lo lejano...». Y realmente, en secreto, todo mi ser tendía hacia allí. ¿Con qué finalidad? ¿Tal vez precisamente para captar lo ignoto de la vida?...

VI

La marcha de nuestro hermano Jorge puso un punto final a nuestro relativo bienestar.

Volvió a partir para Járkov —ahora ya completamente libre y risueño— y, como en otros tiempos, cuando lo encarcelaron, en una luminosa y fría mañana del mes de octubre. Lo acompañé hasta la estación. Rodábamos velozmente por los caminos relucientes y llenos de baches tratando de ahuyentar con animosas consideraciones sobre el futuro la melancolía de la separación, el secreto dolor de pensar en una parte de la vida que se había ido ya, y cuyo último balance se imponía, antes de marcharse, para cerrarlo seguidamente para siempre jamás.

—Todo se arreglará con la ayuda de Dios —decía mi hermano, no queriendo, por amor propio, entristecerse y ensombrecer las esperanzas que fundamentaba en su existencia en Járkov—. En cuanto me haya situado y tenga fondos, te escribiré para que vengas. Y, una vez allí, ya veremos lo que se puede hacer... ¿Quieres un cigarrillo? —añadió, y contempló con una sonrisa mi torpeza al encender, ya que fumaba por primera vez en mi vida.

Regresar solo a casa resultó singularmente triste y extraño. Incluso me costaba creer que la cosa tan temida por todos nosotros en secreto se hubiese realizado, que mi hermano no estuviera ya en casa, que yo rodara en el coche y que hubiera de despertarme a la mañana siguiente en Batourino.

En la finca me aguardaba una desgracia todavía mayor. El caballo que iba en cabeza era *Kabardinka*, quien, durante todo el trayecto, no dio tregua al caballo timonel, corriendo al trote largo. Al llegar a casa, no pensé más en él y los criados le hicieron beber, sudoroso como estaba, sin pasearlo antes. Por ese motivo le entró un

escalofrío mortal, pasó la noche sin manta y, al amanecer, murió. Al mediodía me dirigí a un pequeño prado, detrás del jardín, donde lo habían arrastrado.

¡Oh, qué cruel y luminoso vacío en el mundo, qué sepulcral silencio soleado, qué transparencia en el aire, qué frío y qué brillo en los campos desiertos! *Kabardinka*, encima de la hierba, era una horrorosa forma negra, con su amplio tórax, sus flancos hinchados, su cuello delgado y largo y su cabeza echada hacia atrás.

Ya los perros se atropellaban junto a su vientre, mordiéndolo y desgarrándolo voluptuosamente; una lúgubre bandada de cuervos estaba posada allí cerca esperando, y a veces emprendía el vuelo cuando los perros, que gruñían incluso mientras se entregaban de lleno a su repugnante tarea, se abalanzaban de nuevo sobre el cadáver, colmillos en ristre y el hocico ensangrentado.

Después de comer, estando ya tumbado sobre el diván en mi habitación contemplando a través de los pequeños cristales el azul uniforme del cielo otoñal y los negros perfiles de los árboles desnudos, oí en el pasillo unos pasos presurosos y pesados, y de repente mi padre entró en el cuarto. Llevaba en la mano su querido fusil belga de dos tiros, el único objeto precioso que le quedaba de su antiguo lujo.

—Toma —dijo, depositando resueltamente el arma junto a mí—. Te doy lo que puedo y hay que contentarse con lo que tiene uno. Tal vez esto pueda consolarte.

Salté del diván y cogí su mano, pero no me dio tiempo a besársela; la retiró con un gesto brusco, e inclinándose con viveza apoyó torpemente sus labios sobre mi sien.

—Y, a fin de cuentas, no te apesadumbres demasiado —añadió, esforzándose en hablar con su acostumbrada animación—. No me refiero al caballo, claro está, sino a tu situación en general. ¿Crees que no veo nada y que no pienso en ti? ¡Pienso en ti más que en cualquier otra persona en el mundo! Soy culpable ante todos vosotros, puesto que os he llevado a la ruina. Pero los demás, después de todo, poseen algo. Nicolás tiene la vida bastante asegurada y Jorge cuenta con su instrucción. En cambio tú, ¿qué tienes, aparte de tu hermosa alma? Y además, ellos ¿qué necesitan? Nicolás es un ser completamente vulgar; Jorge será siempre el eterno estudiante. ¿Pero y tú, y tú? Y lo peor del caso es que no querrás seguir mucho tiempo con nosotros. En resumidas cuentas, ¿qué te espera en la vida? ¡Sólo Dios lo sabe! No obstante, recuerda lo que te voy a decir: nada hay más mísero en el mundo que la tristeza.

VII

En aquel otoño reinó la calma y el vacío en nuestra casa. Jamás, creo yo, había experimentado un afecto tan tierno por mis padres, pero únicamente mi hermana Olia era quien me salvaba en aquellos días de la sensación de soledad que me invadió con una violencia singular. Con ella era con quien yo compartía ahora mis paseos, con quien conversaba y con quien hacía proyectos para el futuro; y era para mí motivo de

asombro y de alegría el darme cuenta de su creciente madurez y de su mayor desarrollo espiritual e intelectual, que la hacía estar más cerca de mí que lo que yo hubiese podido imaginar. Existían también nuevas afinidades entre nosotros, como una especie de maravillosa regresión a nuestra lejana intimidad infantil.

Mi padre había dicho de mí: «¿Qué es lo que te espera? ¡Sólo Dios lo sabe!». Pero ¿qué es lo que le esperaba a Olia con todo el encanto de su juventud, entre el aislamiento y la pobreza de Batourino?

Por otra parte, era en mí mismo principalmente en quien pensaba en aquellos días.

VIII

Había abandonado el trabajo. Pasaba muchos ratos en la aldea, en las isbás, y cazaba también muy a menudo: unas veces con mi hermano Nicolás y otras veces solo. De nuestros perros, sólo nos quedaban un par de lebreles. Las grandes cacerías que se organizaban todavía en el distrito, iban a lugares de más caza que los nuestros, en persecución del lobo y del zorro. En lo que a nosotros respecta, nos conformábamos con poder tirar sobre algún conejo, o mejor dicho con deambular en su busca por los campos azotados por el viento otoñal.

Así fue como un día, hacia finales de noviembre, me hallaba vagabundeando por los alrededores de Efremovo. Muy temprano había desayunado unas patatas asadas en la isbá de la servidumbre, cogiendo luego el fusil y el morral y llamando a los perros. Como en casa de mi hermano estaban cribando el grano, partí solo.

Era un día extraordinariamente cálido y soleado, pero la campiña estaba triste y, en cuanto a cazar, no había la menor probabilidad de ello: triste el campo, ya demasiado apacible y desnudo por doquier, todo llevaba la huella de esa última indigencia, de esa resignación que no aparece más que entrado ya el otoño; ninguna probabilidad de caza a causa de las recientes lluvias: había tanto barro —no solamente en los caminos sino también en los brotes verdes y en las cañas del trigo— que me veía obligado a caminar constantemente por los linderos de los bosques y por los bordes de los senderos.

Pronto dejé de pensar en cazar, y los perros hicieron otro tanto: correteaban despreocupadamente delante de mí, comprendiendo perfectamente la imposibilidad de una persecución estando el campo como estaba, incluso aunque hubiese habido algo que perseguir, y únicamente se animaban un poco cuando penetrábamos en algún bosquecillo que olía fuertemente a hierba húmeda y podrida, o bien cuando nos internábamos entre las frondosas malezas de algún barranco o de algún montículo.

Pero allí tampoco había nada: por doquier imperaba el vacío, el silencio, el brillo difuso, sin vida, aunque tibio y luminoso, como ocurre siempre en otoño, en el cual aparecían las líneas bajas, llanas y nítidas de los claros alrededores: todo aquel mosaico de espigas, de pastos y de labrantíos, el rojizo pelaje de los arbustos, y, a lo

lejos, acá y acullá, unos islotes de abedules y de tiemblos de un gris azulado.

Finalmente, desde Lobanovo, volví hacia atrás. Al pasar por Chipovo, entré en la aldea de Kryptovka donde se hallaba la propiedad hereditaria de los Lermontov. Allí descansé en la casa de un *mujik* conocido mío; sentado en el pequeño porche, bebí un trago de *kvas*^[28].

Delante de nosotros se extendían los pastos y, detrás de ellos la modesta finca, deshabitada desde largo tiempo atrás, cuya única belleza se la proporcionaba el jardín. Descansaba y, como siempre cuando visitaba Kryptovka, contemplaba la finca y pensaba: «¿Será cierto que en esta misma casa vivió Lermontov los días de su infancia y que su padre pasó en ella casi toda su existencia?».

Dicen que van a venderla —observó el *mujik* que también la contemplaba, guiñando los ojos—. Aseguran que es Kamenev, el de Efremovo quien va a quedarse con ella.

Y dirigiéndome una mirada de soslayo, a la par que guiñaba todavía más los ojos, prosiguió:

—¿Y ustedes? ¿No venden todavía?

—Eso es cosa de mi padre —repliqué evasivamente.

—Claro, claro —musitó él, meditando aparentemente algo en su fuero interno—. Digo eso solamente porque ha venido a cuento. La verdad es que todos venden ahora, pues la existencia se ha hecho dura para los señores. Lo mismo ocurre con el pueblo: cada cual cultiva su tierra a la buena de Dios, y en cuanto a la de los amos, tampoco van las cosas mejor. Los brazos cuestan caros hoy en día, y el *barino* no puede adelantar los jornales... Es la necesidad, la miseria...

Proseguí mi camino dando un gran rodeo, pues para distraerme había decidido pasar por Vassilievskoïé y quedarme durante la noche en la finca Pisarev. Por lo demás, mientras cabalgaba me sumí en profundas reflexiones sobre la gran miseria de toda nuestra región. ¡Todo era pobre y desértico a mi alrededor! Salí a la carretera principal y me asomé al verla tan abandonada. Por caminos de herradura, pasé por delante de cabañas y de fincas: ¡qué isbás, qué fincas, y qué lastimosa y estúpida era la existencia en ellas!

No había nada que impidiera el paso, no solamente en los campos, sobre los caminos fangosos, sino en las calles también embarradas de los pueblos y en los patios desiertos de las haciendas. No acertaba uno siquiera a comprender el porqué de ello: ¿dónde estaba la gente y cómo mataban el tedio del otoño, encerrados en aquellas isbás y en aquellas fincas?

En cierto instante, me vino a la memoria lo absurdo de mi propia existencia en medio de todo aquello y me sentí aterrado, acordándome, al mismo tiempo, de Lermontov. Sí, allí estaba Kryptovka, aquella casa abandonada que no podía nunca contemplar sin experimentar un cúmulo de emociones infinitamente melancólicas, indecibles. Pensé en su pobre cuna, nuestra cuna común, y en sus primeros días, cuando su alma infantil, con la misma confusión que yo poco tiempo antes,

languidecía «llena de un maravilloso deseo».

También medité en sus primeros versos, tan débiles como los míos. Pero ¿y luego? Evoqué de repente *El Demonio*, *Mtsyri*, *Ramane*, *El Velo*. «La hoja que cayó de su roble natal...». ¿Qué vinculación existía con Kroptovka y todo lo que era Lermontov? Pensé: «¿Qué es Lermontov?», y primeramente percibí los dos tomos de sus obras, que me eran tan conocidos, tan familiares ya desde niño, los cuales, desde hacía ya tiempo, se habían convertido en una parte de mi vida. Luego vi su retrato: un rostro juvenil y extraño con unos ojos sombríos de mirada fija; seguidamente discerní, una tras otra, las poesías, y no solamente bajo su apariencia material, sino con los cuadros que a ellas se relacionaban, es decir, los que me parecían unidos a sus días terrestres: la cima nevada del Kazbek, la garganta del Darial, aquel claro valle, desconocido para mí, de Georgia donde, «enlazadas como dos hermanos, murmuraban las cascadas del Aragva y de la Kura», una noche nebulosa y una cabaña a la orilla del mar, en Tamane, el vaporoso azul de las olas en las que apenas se distinguía, a lo lejos, la blancura de una vela, de un color verde claro, delante de un mar Negro completamente fabuloso.

¡Qué existencia!, ¡qué destino! Veintisiete años en total, pero qué infinitamente ricos y hermosos hasta su último día, hasta aquel sombrío atardecer en el cual, en un camino desierto, al pie del Machuj, retumbó, como un cañonazo, el trueno de un enorme y antiguo pistolón manejado por un tal Martynov, y «Lermontov cayó como segado».

Pensaba en todo esto con tal viveza de sentimientos y de imaginación, mi corazón estaba sobrecogido por un transporte y unos deseos tales, que me dije a mí mismo en voz alta: «Ya basta de vivir en Batourino; ha llegado el momento de tomar una decisión en firme».

IX

Al día siguiente al regresar a casa seguía reflexionando sobre lo mismo.

Por la noche, sentado en mi habitación, pensando en todo ello, releía *La Guerra y la Paz*. El tiempo había cambiado bruscamente en veinticuatro horas. La noche era fría y tempestuosa. Era ya tarde, y toda la casa se hallaba silenciosa y a oscuras. Mi estufa estaba encendida y llameaba y roncaba con un gran ardor porque el viento soplaba de un modo violento y angustioso, azotando el jardín y las paredes de la casa, y sacudiendo los postigos de las ventanas.

Como digo, al mismo tiempo que leía pensaba en mí mismo, entregado a las delicias melancólicas de la hora tardía, de la noche, del fuego y de la tormenta. Luego, me levanté, me abrigué, salí por la puerta del salón y me puse a caminar arriba y abajo sobre el césped, delante de la casa, pisando la hierba rala y helada.

Alrededor mío, el jardín extendía su oscuridad susurrante, y encima del césped se

esparcía una leve claridad. Soplaban un viento helado del Norte; las copas de los vetustos árboles confundían sus angustiados gemidos y los matorrales dejaban escapar un quejido agudo y seco y parecían querer desarraigarse del suelo; en el cielo, embadurnado de un tinte blancuzco, sobre la pequeña mancha de la luna con su enorme anillo de infinitos matices, corrían velozmente, procedentes del siniestro Norte, unos nubarrones sombríos, extraños, que no parecían de aquellas latitudes, como si vinieran del mar, semejantes a aquellos que representaban los viejos pintores de naufragios nocturnos.

Y yo, unas veces caminando contra el viento, soportando su azote glacial, y otras hostigado por él en la espalda, iba y venía, sin dejar de pensar, con ese desorden y esa ingenuidad con los cuales (sobre todo cuando se es joven) se sueña en las cosas más íntimas. Pensaba mas o menos lo siguiente:

—¡No he leído nunca nada mejor! Sin embargo, ¿y *Los Cosacos*? También es excelente *El Viaje a Arzerum*, de Pushkin. ¡Ah, qué dichosos eran todos ellos: Pushkin, Tolstoi, Lermontov! Parece ser que ayer, según me han dicho, pasó delante nuestro, por la carretera principal, una comitiva de cazadores a los cuales se había unido uno de los jóvenes Tolstoi. ¡Qué cosa más asombrosa! ¡Soy *su* contemporáneo e incluso *su* vecino! ¡Es como si viviese en los tiempos de Pushkin y a su lado! Todo esto, sin embargo, es *suyo*: los Rostov, Pedro, el campo de Austerlitz, el príncipe Andrés agonizante. «No hay nada en la vida de no ser la vaciedad de cuanto me es inteligible y la majestad de algo que es incomprensible, y al mismo tiempo lo más importante...». A Pedro, alguien le decía, en sueños: «La vida es amor... Amar la vida es amar a Dios...». También a mí me lo dice siempre una voz íntima, y hay que ver cuánto amo todo, incluso esta noche tormentosa. ¡Quiero ver y amar el mundo entero, toda la tierra, todas las Natachas, y debo, cueste lo que cueste, salir de aquí!

En el anillo que circundaba la neblina lechosa de la luna, había como un siniestro presagio celeste. La pobre faz del astro, ligeramente ladeada, se entristecía cada vez más y se imbuía de la blanquecina bruma del firmamento; en las alturas corrían y se mezclaban, echando a veces sobre aquella faz un velo macabro, los nubarrones plomizos, de tenebroso aspecto; más allá del jardín, en su parte norte, se alzaba una negra nubosidad y el viento olía salvajemente a nieve. Yo caminaba y reflexionaba así:

—No, no puedo vivir más así. No podría ni aunque poseyese una docena de Batourinos sin hipotecar. ¡Cómo asusta el considerar que el propio Tolstoi, en su juventud, pensaba sobre todo en el matrimonio y en la vida familiar! Y ahora no cesa de repetir que hay que «trabajar por el bien del pueblo», «que ha de pagar su deuda con el pueblo»... Pero yo no me he sentido jamás ni me siento deudor de nada con respecto al pueblo. Sacrificarme por el pueblo, «servirlo», jugar, como dice mi padre, al juego de los partidos y de las polémicas en las asambleas de *zemstvos*^[29], no puedo ni quiero hacerlo... No, ¡hay que decidirse de una vez!

Ávidamente, pero en vano, trataba de averiguar a qué tenía que decidirme.

Recuerdo que regresé a casa completamente perdido en reflexiones desordenadas y estériles. La estufa se había apagado, la lámpara se agotaba, olía a petróleo y su luz era ya tan débil que se podía distinguir en la habitación la indecisa claridad de aquella pálida y ansiosa noche. Me senté junto a la mesa y, de repente, cogí la pluma y me puse a escribirle a mi hermano Jorge que partiría dentro de algunos días a buscar un empleo, el que fuese, en el *Goloss* (La Voz), periódico que se publicaba en Orel.

X

Aquella carta fue la que decidió mi suerte.

Desde luego no partí «al cabo de unos días» —primero hubo que recoger algo de dinero para el viaje—, pero el hecho es que partí por fin.

Me acuerdo de mi última comida en casa. Recuerdo que apenas habíamos terminado cuando se oyó un sordo cascabeleo debajo de las ventanas y, detrás del porche, aparecieron un par de caballos de labor, con su ropaje invernal, hirsutos, recubiertos de la nieve que aquel día caía en avalanchas impenetrables, en gruesos copos lechosos...

¡Qué viejo es todo aquello, Dios mío! ¡Qué parecidas son todas esas despedidas, pero qué dolorosamente inédita resultaba aquélla para mí! Me pareció que hasta la nieve que se abatía aquel día era de una clase especial, tanto me chocó por su blancura y su frialdad en el momento en que pesadamente embutido en la pelliza de piel de garduña de mi padre y acompañado por todos los habitantes de la casa, salí para ocupar mi puesto en el trineo.

Seguidamente, todo fue como un sueño: la larga ruta silenciosa, el balanceo regular del vehículo en aquel reino infinitamente blanco de los copos de nieve, donde no había ni tierra ni cielo sino únicamente un blanco uniforme que no cesaba de chorrear de arriba abajo, y luego los encantadores aromas de la ruta invernal, el vaho apestoso de los caballos, y el olor que despedía el cuello de garduña mojado, mezclado con cierto olor a cerillas de azufre y a tabaco de mala calidad.

Una vez en la blanca sábana, se deslizó a nuestro lado el primer poste telegráfico y aparecieron, recubiertas de nieve, alzadas sobre los montones que habían a ambos lados de la carretera, las empalizadas de protección, es decir, el comienzo de una vida muy distinta a la de la estepa, esa cosa siempre singular y emocionante para el hombre ruso que se llama ferrocarril.

Cuando llegó el tren, me despedí del cochero, le entregué la pelliza, le encargué que transmitiese a Batourino un millón de saludos y luego penetré en el atestado vagón de tercera con la sensación de partir para un viaje cuyo fin no se podía prever. Incluso me quedé largo rato asombrado viendo la indiferencia con la cual ciertos viajeros tomaban té o bocadillos, mientras otros dormían y los demás, a falta de otra cosa en que entretenerse, echaban continuamente madera en la estufa de plancha, ya

suficientemente calentada al rojo vivo y que llenaba el coche con su vaho ardiente.

Yo estaba sentado y gozaba con aquel seco calor metálico que olía a abedul y a hierro caliente; detrás de los cristales, caía sin reposo una nieve azulada y constantemente parecía que se estuviese acercando el crepúsculo...

XI

Sí, mis presentimientos eran exactos; lo que me esperaba era un camino muy largo y poco vulgar, años enteros de peregrinación, sin hogar propio; una existencia desordenada, unas veces muy feliz y otras profundamente desdichada; era, en una palabra, todo cuanto evidentemente estaba de acuerdo con mi modo de ser. Yo pienso que tal vez solamente era estéril y absurdo en apariencia.

En aquel día de nieve invernal acabó para siempre mi infancia, mi adolescencia y mi primera juventud; todo aquello que había vivido desde el día en que nací y que no era, por así decirlo, más que una larga preparación para algo esencial que se denomina la vida, la carrera de la vida; y aquella carrera se abrió aquel mismo día, de una manera excepcionalmente extraña...

XII

Los confusos pensamientos en que me había sumido estaban repletos de extraordinaria melancolía y de ternura por cuanto acababa de abandonar en el silencio y en la soledad de Batourino; me parecía incluso notar mi propia ausencia de allá abajo; veía mi habitación desierta que parecía conservar, en un mutismo casi religioso, algo que ya se había fundido en la eternidad: mi yo de antaño. Pero, dentro de esta tristeza había también, como es natural, una gran alegría secreta, la dicha de ver por fin un sueño realizado, el disfrute de una cierta libertad, de una voluntad en ejercicio, de un movimiento que me conducía hacia algo que era más seductor por ser completamente indeterminado.

Como es lógico, estos últimos sentimientos fueron acrecentándose a cada nueva estación, de manera que los primeros fueron debilitándose paulatinamente hasta que, finalmente, todo el pasado, todo cuanto había dejado, se retiró en la lejanía (en una amable lejanía, pero que me resultaba ya casi extraña) y no subsistió más que el presente que poco a poco se iba haciendo más interesante y más perceptible.

Me fui acostumbrando a aquella multitud de vidas y de rostros extraños y toscos que me rodeaban; comencé a ver claro en ellas, haciendo toda una serie de cábalas a su respecto. También me di cuenta de que el vagón estaba bastante nuevo y limpio, así como que se le veía amarillento con las planchas estriadas de que estaban hechas sus paredes recalentadas por la estufa.

Se asfixiaba uno allí dentro a causa de todo aquel humo de tabaco, en general bastante cáustico pero que, no obstante, producía la agradable sensación de un amistoso conjunto de vidas humanas, protegidas por cristales de las nieves que inundaban la tierra, en el exterior.

Al cabo de un rato, me entraron ganas de salir, de ir hacia la nieve y el viento, y, vacilando, me dirigí hacia la puerta. El cenizo helado soplabla en la plataforma del vagón y en torno mío se extendía la blancura inmaculada de unos campos que ya no me eran familiares. Finalmente, la nieve se aclaró un poco y la luz se tornó más viva y más blanca.

El tren se detuvo algunos minutos en una pequeña estación perdida. Todo respiraba allí paz y tranquilidad —salvo la ronca y ardiente trepidación de la locomotora—, y en todo ello había un encanto inconcebible: en aquel sopor y en aquel silencio momentáneos, en la jadeante espera de la máquina, y también, al parecer, en el hecho de que no se viera la estación oculta por la roja muralla de los vagones de mercancías alineados sobre unos raíles medio congelados por entre los cuales caminaba y picoteaba tranquilamente, como si estuviera en su casa, una gallina condenada a vivir toda su existencia de ave doméstica precisamente en aquella pequeña estación; una gallina a la que no le interesaba en lo más mínimo saber dónde y con qué fin viajaba uno, con todos sus sueños y sus pensamientos, y cuya eterna e ingenua alegría se hallaba vinculada a cosas externas, insignificantes y banales.

Cuando cayó la tarde, me puse a esperar la llegada a la primera estación importante. Durante largo rato permanecí en la plataforma, helado de frío, hasta el momento en que, por fin, divisé delante de mí, entre las sombras crepusculares, numerosas luces de diferentes colores, raíles que se bifurcaban en distintas direcciones, garitas, locomotoras de reserva, y, acto seguido, la estación, con su andén lleno de gente y brillantemente iluminado.

¡Es fácil imaginar con qué apresuramiento me precipité entre otros viajeros hacia el ambigú, claro y armónico, donde sorbí, quemándome, la sopa de coles más deliciosa del mundo!

Los resultados de todo aquello fueron bastante inesperados, al menos así me lo parece. Mientras estaba sentado muy satisfecho fumando un cigarrillo junto a los negros cristales del vagón que se había puesto de nuevo en marcha, pensaba que, por extraño que pareciese, pronto llegaría al término de mi viaje, a aquella ciudad de Orel de la cual todavía no me había conseguido hacer una idea pero que ya tenía algo chocante: a lo largo de la estación, de arriba abajo, había un trazado ferroviario sobre el mapa de Rusia. Hacia el Norte: Moscú y Petersburgo; hacia el Sur: Kursk, Járkov y, para mí principalmente, aquel Sebastopol que parecía estar vinculado para siempre a la juventud de mi padre.

Y de repente me dije a mí mismo: «¿Será cierto que hago únicamente este viaje para trabajar al servicio de un *Goloss* cualquiera?». Allá abajo, había algo que indudablemente me atraía bastante: una redacción, una imprenta. Pero ¿y Kursk,

Járkov y Sebastopol? «No —me dije súbitamente—, ¡todo eso son cuentos! No haré más que una visita a Orel, trabaré alguna relación, veré qué es lo que me proponen y diré que necesito reflexionar, ver a mi hermano... Una visita... ¡y en ruta hacia Járkov!».

Pero ocurrió que ni siquiera necesité hacer aquella visita. Lo que sucedió resultó todavía mejor de lo que yo había imaginado: como hecho expofeso llegué a Orel con retraso, justamente en el momento en que venía el tren que iba en dirección a Járkov. Y este tren resultó ser una maravilla como yo no había visto jamás: era un rápido con una formidable locomotora americana, con unos vagones enormes, de primera y segunda clase únicamente, cuyas ventanillas dejaban transparentar una luz azulada a través de las cortinas de seda. Y el caso es que pasar una noche rodeado de la tibieza y del confort de un mundo rico (¡y además, de camino hacia el Sur!), me pareció entonces una felicidad absolutamente irresistible.

XIII

En Járkov me hallé de repente en un mundo completamente inédito para mí.

Siempre ha existido en mi naturaleza una extrema impresionabilidad con respecto a la luz y a la atmósfera, así como a sus menores variaciones. Ahora bien, lo que me chocó en primer lugar en Járkov fue la suavidad de la atmósfera y el que la luz parecía tener más fuerza que en nuestra región.

Al salir de la estación cogí un trineo de alquiler —allí los cocheros llevaban un tiro de dos caballos con gruesos cascabeles—, me arrellané en mi asiento y me puse a mirar con curiosidad a mi alrededor. Pronto tuve la impresión de que aquellos parajes tenían algo que los diferenciaba mucho de los nuestros: era algo más suave, más primaveral. También había nieve, pero su blancura me resultaba nueva, agradablemente deslumbrante. No hacía sol, pero había mucha luz, más que la que suele haber en el mes de diciembre, y la tibia presencia del astro detrás de las nubes presagiaba algo maravilloso.

La verdad es que todo resultaba más suave en aquella claridad y aquella atmósfera: el olor del carbón de tierra procedente de la estación, los rostros y el modo de expresarse de los cocheros, el tintineo de los cascabeles en el tiro, las voces graciosamente invitadoras de las comadres que, en la plaza de delante de la estación, vendían pastelillos de hojaldre, semillas de girasol, pan moreno y tocino fresco. Detrás de la plaza se alineaban unos altísimos álamos, desnudos pero también muy meridionales. Y, en las calles de la ciudad, comenzaba el deshielo.

Sin embargo, todo aquello no era nada comparado con lo que me esperaba aquel mismo día: jamás había experimentado tantas sensaciones nuevas, en toda mi vida no había conocido a tanta gente. Ocorre a veces que, desde el primer día en que se llega a un sitio desconocido, topa uno con una extraña mezcla de impresiones y de

conocimientos. Eso fue lo que me sucedió a mí en aquella ocasión.

En mi hermano, que me acogió con alegre estupefacción, también encontré algo nuevo: allí en Járkov me pareció diferente de lo que era en Batourino. Lo encontré más joven y más afable, aunque me hizo el efecto de que estaba más distanciado de mí, a pesar de la alegría del encuentro.

Por otra parte, ¡qué extraña era su existencia! Concedamos que fuese el tipo del «eterno estudiante», pero, a pesar de todo, era un Arséniev. Y, ¿dónde lo encontré? En una angosta y empinada callejuela, en un sucio patio empedrado que olía a carbón de piedra y a cocina judía, en el exiguo tabuco de un tal Blumkin, sastre de profesión, de numerosa familia. A decir verdad, aquello resultaba muy bien como novedad, no obstante lo cual me quedé desconcertado.

—Celebro que hayas venido en domingo y que me hayas encontrado —dijo después de haberme abrazado—. Aunque, vamos a ver... ¿con qué fin has caído por aquí? —añadió seguidamente, esforzándose en hablar con el perpetuo acento burlón característico de nuestra familia.

Yo respondí que había venido a fin de que él me aconsejara seriamente y de ese modo saber a qué atenerme y qué camino seguir. Pero observé que ya no me escuchaba.

—¡Ya reflexionaremos sobre todo ello! —dijo con convicción, y acto seguido me hizo pasar a lavarme y a acicalarme un poco, para que le acompañase a comer al bodegón de Lisovsky, donde comían siempre sus colegas del *zemstvo*. Salimos, pues, y caminamos de calle en calle, prosiguiendo nuestra charla con la incoherencia habitual en casos parecidos, mientras que yo —vestido ya como un hombre de ciudad y con la impresión de serlo— echaba ojeada tras ojeada a las calles —que me parecían magníficas— y a cuanto me rodeaba.

Después del mediodía surgió el sol y proyectó por todas partes su brillo cegador; la nieve se fundía y los álamos de la calle Suma alzaban sus copas hacia las blancas nubecillas que flotaban en un cielo de color azul mate, que parecía desprender un leve vapor blanquecino.

En casa de Lisovsky había un sótano extraordinariamente interesante con un ambigú cargado de excelentes entremeses asombrosamente baratos, en el cual almorzaba un gran número de funcionarios cuyo aspecto de «gente de pueblo» (característico de la Pequeña Rusia) me sorprendió muchísimo.

En cuanto nos hubimos sentado ante una mesa algo apartada de las demás, empezó a acercarse y a unirse a nosotros una serie de individuos completamente extraños para mí, y a los que yo miraba con verdadera avidez porque eran precisamente los mismos de quienes había oído hablar tanto a mi hermano durante su estancia en Batourino.

Me los fue presentando uno a uno, con cierta alegría presurosa y hasta con un poco de orgullo. Pero el hecho es que pronto empezó a darme vueltas la cabeza: en primer lugar, a causa de aquella reunión completamente desacostumbrada para mí y

de sus notables características; en segundo lugar, por culpa de aquel sótano atestado de gente a través de cuyos ventanucos se veían los pies de los transeúntes que deambulaban por la calle; y en tercer y último lugar, debido al ardiente *borchtch*^[30] rojo y a que la animada conversación de nuestra mesa se refería a algo que yo desconocía y que me parecía muy interesante.

Hablaban del famoso estadístico Annensky, cuyo nombre era pronunciado con gran reverencia por todos; del gobernador de una provincia del Volga, del cual decían que hacía azotar a los *mujiks* para impedirles que hiciesen correr la voz de sus míseras condiciones de vida; y del próximo congreso médico, llamado congreso Pirogov, que tenía que celebrarse en Moscú y sería, como siempre, un acontecimiento.

Es fácil imaginarse el vivo contraste que yo debía ofrecer en aquella mesa, con mi juventud, mi lozanía, mi rostro curtido de campesino, mi rebosante salud, mi sencillez y sobre todo con aquella atención ardiente (todo yo era ojos y oídos) que probablemente debía parecer estupidez o pasmo. Mi hermano también se diferenciaba mucho de los demás. Era de un mundo completamente distinto al de todos, a pesar de su intimidad con ellos; y parecía el más joven e ingenuo de los allí reunidos, tenía un aspecto más refinado e incluso hablaba otro lenguaje diferente al que allí se utilizaba.

Muchos de los que componían aquella reunión eran, como pude comprender después, gente muy típica, tanto por su exterior como por todo lo demás. En mi fuero interno, yo ya discrepaba con varios de ellos en numerosos puntos: había uno, de muy elevada estatura, estrecho de pecho, muy miope, que se encorvaba constantemente, sacudiendo de continuo una de sus piernas sobre la cual reposaba la otra, milagrosamente enroscada en forma de espiral; otro, de cabellos pajizos, con un rostro exangüe y amarillento, me daba la impresión de que hablaba con demasiada fogosidad e inspiración, sin mirar a la cara, y desprendiendo en todo momento la ceniza de su cigarrillo con un índice huesudo; el siguiente no paraba de soltar unas risitas sarcásticas, haciendo algo que me resultaba particularmente desagradable: hacía girar entre sus dedos, sobre el mantel, una bolita de miga de pan que desde hacía rato se había vuelto negra.

Desde luego había algunos que eran muy agradables: el polaco Hanski, de mirada profunda y afligida y labios resecaos, incansable fumador que aspiraba el humo a pleno pulmón y tenía de encender con mano temblorosa su cigarrillo a pesar de no estar apagado; de estatura gigantesca y pintorescamente melencólico, Krasnoplsky, estudiante de medicina, recientemente expulsado antes de acabar sus estudios, tenía un cierto parecido a Juan Bautista; el barbudo Leontovitch, el mayor de todos, y como estadístico el de más fama, me gustó en seguida por sus buenos modales, su apacible calmosidad, su benevolente discernimiento, y sobre todo por el timbre sumamente agradable de su voz, con un marcado acento de la Pequeña Rusia; luego, había un tal Padlka, hombrecillo de nariz puntiaguda, distraído a más no poder, terriblemente impulsivo, siempre apasionadamente indignado por algo y, no obstante,

tan puerilmente puro y sincero que desde el primer instante me fue todavía más simpático que Leontovitch. Vaguin también me agradó: era, como más tarde supe, un estadístico tan furibundo que nada en el mundo parecía existir para él aparte de su inclinación. Por lo demás, era robusto, de elevada estatura, con una dentadura blanca y sana, hermoso y alegre como lo son ciertos *mujiks*, con una risa estruendosa y comunicativa y con la boca siempre llena de un «¡Oh!» admirativo.

Me hicieron experimentar una viva repugnancia dos hombres: el antiguo obrero Bykov, individuo rechoncho, con blusa de burda tela, de frente estrecha y cuyos ojos redondos y dilatados, justificaban su nombre de «Toro»; y otro que se llamaba Melnik «El Molinero»: un ser todo él hundido, caquéctico, con tez de un amarillo terroso, escrofuloso, corto de vista, y con una voz nasal extraordinariamente áspera y machacona en sus juicios.

XIV

Rodeado de aquel ambiente pasé mi primer invierno en Járkov.

Ya se sabe cuál era aquel ambiente, su formación, su manera de vivir y sus creencias.

Lo más sorprendente de todo era que los miembros de aquella reunión, a pesar de haber aprendido desde la escuela todo cuanto les convenía para debutar, es decir, habiendo pasado primero por algún círculo, habiendo participado luego en toda clase de «movimientos» de estudiantes, y conociendo como conocían el destierro, la prisión o la deportación, continuaban de una forma u otra aquella misma «labor», y vivían, en una palabra, muy al margen de los demás rusos, no pareciendo ni siquiera considerar como personas morales a los hombres de acción práctica, comerciantes, agricultores, médicos y pedagogos (extraños a la política), funcionarios, eclesiásticos, militares, y sobre todo a los policías y a los gendarmes con los cuales las menores relaciones eran consideradas no solamente ignominiosas, sino también criminales.

Todos ellos tenían un denominador de vida común: sus asuntos, sus intereses, sus acontecimientos, sus relaciones y amistades y su actitud particular con referencia a Rusia (negación de su pasado y de su presente, sueños de un futuro para ellos y fe en este futuro por el cual había que «luchar»).

En aquel ambiente existían, como es de comprender, individuos muy diferentes entre sí, no solamente por el grado de su espíritu revolucionario, de su «amor» por el pueblo y de su «odio» hacia sus enemigos, sino también por toda su estructura externa e interna. No obstante, todos ellos, en conjunto, eran bastante limitados, dogmáticos e intolerantes, y profesaban algo muy poco complicado: «el pueblo lo somos solamente nosotros y todos cuantos son humillados u ofendidos»; todo el mal está en la derecha y todo el bien está en la izquierda; toda la pureza del mundo reside en el pueblo, con sus «capas profundas» y en sus esperanzas; todas las calamidades se

deben a la forma de gobierno y a los malos gobernantes (a los cuales parecían considerar como un pueblo aparte); la salvación estriba en la revolución, en la constitución o en la república...

El caso es que fue a este ambiente al que me uní en Járkov, y no solamente por la forma, a pesar de que ello me conviniese muy poco.

¿Con qué otra cosa hubiera podido identificarme? Estaba repleto de una ávida curiosidad por todo y hacia todos. En Járkov me rodeaba una vida espaciosa y variada. Y yo contemplaba todo con mis cinco sentidos, con la secreta ambición de penetrar en todos los círculos. Pero ¿cómo introducirme? No tenía ninguna relación que me sirviera de intermediaria para lograrlo, ni la buscaba tampoco: sobre el deseo de incorporarme a aquellos círculos predominaba ya el sentimiento consciente de que, si bien muchas cosas no me acababan de agrandar en mi nuevo ambiente, muchas otras me gustarían menos fuera de él, ya que, por ejemplo, ¿podría haber algo en común entre mi persona y las de los comerciantes y funcionarios?

Por otra parte, en mi círculo hallaba un cierto solaz, mis relaciones se extendían en él rápidamente y me complacía ver la facilidad con que conseguía trabar amistades. Me gustaba la modestia de la existencia estudiantil, la sencillez de las costumbres y de las relaciones personales. Determinados individuos me atraían muchísimo. Por si fuera poco, en aquel ambiente se vivía alegremente. Por la mañana, reunión en las oficinas, donde se tomaban grandes cantidades de té, se fumaba y se discutía mucho; seguidamente, animados ágapes, puesto que casi todos almorzaban por grupos, en las tabernas; por la tarde nueva reunión, sesión o velada en algún lugar determinado, o bien en casa de cualquiera.

Durante aquel invierno íbamos por lo regular a casa de Hanski, persona bastante acomodada, o a la de Chkliarevitch, rica y hermosa viuda, adonde acudían con frecuencia famosos actores de la Pequeña Rusia que cantaban canciones sobre la «libre cosaquería» e incluso la *Marsellesa*: «*Aux armes, compagnies!*». También nos reuníamos en la hospitalaria mansión de un alto funcionario de ferrocarriles, hombre espléndido bajo todos aspectos, rechoncho cuarentón con hermosos rasgos de tipo oriental, glotón, talentado, cáustico y como negligentemente espiritual, despreciador de todo y de todos, no creyendo en absoluto en nada salvo en que sería absolutamente indispensable extirpar de la tierra cuanto había de orden y de costumbre en Rusia, y que nos obsequiaba con buen vino y con succulentos cigarros.

Había algunas otras cosas que no eran de mi agrado en aquel círculo. A medida que me iba acostumbrando a él y lo examinaba desde más cerca, me indignaba cada vez con mayor frecuencia por eso o aquello, e incluso había momentos en que no ocultaba mi indignación, enzarzándome en una ardiente discusión, inútil, claro está, sobre tal o cual tema; afortunadamente, la mayoría de mis contertulios me habían tomado aprecio y me perdonaban aquellos arranques.

Cada vez me sentía más imbuido de prevenciones injustificadas contra todos los demás círculos, pero ¿qué es lo que hallaba en el mío? Un círculo en el que se daba a

leer a los muchachos y jovencitos obras de economía política, en el que uno no leía más que a Korolenko y a Zlatovratsky, mientras que, por ejemplo, se despreciaba a Chejov por su indiferencia para con la política, se vituperaba a Tolstoi por «su abominable y pernicioso consejo de no actuar», porque «adulaba al buen Dios» y porque, tras haber jugado a ser campesino y zapatero, tomaba asiento en una mesa «lujosa» en el momento en que aquel mismo *mujik* de Iasnaia «se moría de hambre».

De la literatura y del arte se hablaba en general de una forma que, a pesar de todos mis arranques de indignación, de día en día se iba insinuando en mí una secreta aprensión; empezaba a decirme que quizá fuera verdad el que no hubiera que escribir esto, y que esto otro no sería útil para nadie, mientras que aquélla (hablar del padre Makar o de la vida de los deportados) era la única cosa necesaria de verdad.

¡Siempre se hablaba de darlo todo por el bien de Rusia; pero todas las castas rusas, exceptuando la más inculta y miserable, eran objeto de la más severa suspicacia! La época de los *Anales de la Patria* era considerada como un siglo de oro, y el cierre de esta revista como uno de los más graves y terribles acontecimientos de la vida rusa; en cuanto a la época que vivíamos se la llamaba «fuera de su tiempo» —«que las hubo peores, pero no más abyectas»— y además pretendían que Rusia entera «se asfixiaba» en aquel punto muerto.

Se consideraba como «renegado» a todo el que se permitiera la menor duda sobre lo que constituía la ley de aquel ambiente y, en todo momento, uno u otro era objeto de la rechifla general por su «moderación y puntualidad». Se despertaba un gran entusiasmo cuando, por ejemplo, la esposa de Vaguin organizaba charlas dominicales con el auxilio de la linterna mágica, y preparaba ella misma una de aquellas lecciones sobre «las montañas que despiden fuego»; en el transcurso de aquellas veladas, todos, hasta los críos, cantaban: «Torbellinos de odio nos rodean», y yo notaba tan a las claras la falsedad de aquellos «torbellinos», me daba cuenta tan perfecta de la sinceridad de los sentimientos y pensamientos inventados para toda la vida, que no sabía adonde dirigir la mirada y me preguntaban:

—Alexis, ya está usted apretando sus poéticos labios. ¿Se puede saber por qué?

Fue la mujer de Bogdanov quien me interrogó, la esposa de aquel estadístico que tenía el don inconcebible para mí de poder enrollar las piernas como un tornillo de rosca.

Gran velada en casa de los Bogdanov; en su pequeño departamento había gran cantidad de gente y apestaba a tabaco; el samovar no dejaba de circular y los rincones estaban llenos de tacitas vacías. La reunión se celebraba en honor de un «militante» secretamente llegado a Járkov; era un veterano famoso que se había hecho célebre por su formidable e incansable actividad, hasta el punto de que ya no llevaba la cuenta de sus años de penal, fue enviado en varias ocasiones más allá del círculo polar y se evadió de todos los sitios. Por lo demás, tenía el verdadero aspecto del hombre de las cavernas: basto, con la barba espesa, con pelos en las fosas nasales y en las orejas, unos ojos chiquitines cuya mirada era no obstante inteligente e incisiva,

y con una inagotable y tan fluida verborrea que, cuando hablaba, daba la impresión de que lo que decía lo estaba leyendo en un libro.

En cuanto a Bogdanov, era totalmente insignificante, pero su mujer gozaba desde hacía tiempo de una merecida consideración: ¡qué no había conocido en toda su vida y en qué empresas no habría participado! Antaño fue bonita y tuvo multitud de adoradores; en la actualidad seguía siendo alegre y decidida, tenía una conversación amena y la respuesta fácil y podía desconcertar al más pintado con una rara lógica; fina y todavía juvenil, adornaba con esmero su persona en aquellas veladas: lo único feo en ella eran los lentes que pellizcaban su nariz.

A mí me apreciaba bastante, pero me tomaba el pelo siempre que le era posible. En aquellos momentos, si apretaba los labios era porque, tras haber escuchado suficientemente al hombre célebre, tras haber hablado y bebido copiosamente, ya había un grupo cantando en un rincón: «¡Nuestras maldiciones irán contra los pérfidos y llamaremos a los valientes al combate!». Todo aquello me resultaba penoso y ya no me encontraba a gusto allí.

La dueña de la casa, sentada a mi lado en un diván, con un fino cigarrillo en la mano, me observaba y se excitó un poco. No supe qué contestarle, no acerté a expresarme, y ella, sin esperar mi respuesta, entonó con voz sonora: «Contra los cobardes y los charlatanes, cuyas manos están tintas de sangre...».

Esto me pareció sencillamente espantoso. «¿Quiénes son esos cobardes?», me pregunté. «¿Quiénes son esos charlatanes con las manos tintas de sangre?». Seguidamente, vino algo que me resultó todavía más odioso por su tono bravucón de canción de estudiantes: «De una región, de una región lejana —donde se desliza el padrecito Volga— henos aquí reunidos —en busca de honrosa misión—. Y de alegre libertad...».

Le volví la espalda al padrecito Volga y a aquella honrosa misión, y vi cómo Brailovskaia, exquisita muchacha, taciturna y apasionada, con ojos llameantes y escrutadores de ángel guerrero, me miraba desde su rincón con una especie de provocante sinceridad en su odio.

Yo no era más «de derechas» que ellos mismos en conjunto, o sea, en mi atolondramiento revolucionario y en mi sed sincera de bienestar, humanidad y justicia, pero de todos modos no podía soportar que me estuviesen recordando continuamente, aunque fuese en tono de broma (con acento moralista, claro está): «¡Puedes dispensarte de ser poeta, pero estás obligado a ser ciudadano!».

Cuando me recordaban esta obligación, cuando me predicaban (aunque fuese solapadamente) que todo el sentido de la vida reside «en el trabajo por el bienestar de la sociedad», es decir, del *mujik* o del obrero, verdaderamente me sacaban fuera de quicio. Según ellos, tenía que sacrificarme por algún cerrajero perpetuamente borracho, o bien por algún Klim necesitado, el cual, por si fuera poco, no era un Klim de carne y hueso, sino un ser colectivo a quien todos ellos, en el fondo, no tenían el menor deseo de conocer, cuya existencia ignoraban como la de un cochero que pasa

por la calle, mientras que yo amaba efectivamente a determinados Klim.

A los míos de Batourino los quería de todo corazón, y estaba dispuesto a dar hasta mi último copec a cualquier segador nómada errante, tímido y torpe, que fuera por la ciudad con su saco y su hoz al hombro, y que me dijera con aire embarazoso: «¿No habría algún trabajo para mí, joven caballero?». ¡Y no solamente le daría el copec sino que saltaría a la garganta de cualquiera para defenderle!

No podía concebir cómo llegaban incluso a pretender que sólo sería posible morir en paz «después de haber trabajado honradamente por el bien de la sociedad»: aquello me llenaba de zozobra el alma. Sufría cuando oía constantemente citar al satírico Chtchedrin hablando de la población de Glupovo y de los prefectos de policía que entraban en ella montados en caballos blancos; me rechinaban los dientes cuando veía colgados de las paredes en casi todos los domicilios que frecuentaba, o bien a Tchernychevsky, con sus lentes y su rostro de pájaro, o bien a Bielinsky, descarnado como la muerte, con sus ojos enormes, alzándose de su lecho de agonía delante de los gendarmes que aparecían en la puerta de su gabinete.

Por si fuera poco, en aquel círculo estaban los Bykov y los Melnik (el «Toro» y el «Molinero»). Mirándoles, era difícil hacerse a la idea de que ellos también eran los artífices de un hermoso futuro y que se contaban entre los principales concedores y organizadores de la felicidad humana.

Había otro conocido bajo el apodo de Max, que de vez en cuando hacía su aparición en Járkov, viniendo de no se sabía dónde: era de elevada estatura, con unas piernas torcidas y robustas como las raíces de un roble, calzado con gruesas botas suizas de clavos, muy sereno y muy juicioso cuando hablaba, preciso en sus palabras, con el rostro bronceado, facciones toscas y un amplio cráneo, redondo y abrupto, adornado por una espesa mata de pelo. Comía poquísimo, dormía menos, y viajaba, viajaba siempre, sin experimentar la menor fatiga.

XV

Así transcurrió el invierno.

Por la mañana, mientras mi hermano se iba a la oficina, yo deambulaba por la ciudad o bien leía en la biblioteca pública. Acto seguido, volvía a pasear de nuevo, meditando sobre cuanto había leído, pensando en aquellos que pasaban a pie o en coche, y diciéndome que casi todos ellos, probablemente, eran dichosos y tranquilos a su manera —cada cual se ocuparía de sus asuntos y tendría la existencia más o menos asegurada— mientras que yo no sabía decir otra cosa que languidecer con el confuso y vano deseo de escribir algo sobre lo cual no tenía ni yo mismo la menor idea, algo respecto a nada concreto y que se refiriese a todo, cosa para la cual no me sentía ni con decisión ni con sabiduría suficientes, y que relegaba siempre para más adelante.

Por otra parte, era tan pobre que no podía permitirme ni siquiera el lujo de

realizar el más humilde de mis sueños: el de comprar una bonita libreta. Esto me resultaba más amargo por el hecho de que me hacía el efecto de que muchas cosas dependían de esta compra. Quizás hubiera proporcionado impulso y actividad a mi vida, puesto que, a fin de cuentas, ¡cualquiera sabe lo que puede uno llegar a escribir en una libreta!

Ya llegaba la primavera. Por aquel entonces acababa de leer una recopilación de las *Meditaciones* de Dragomanov; me hallaba completamente cautivado por *El Relato de la Compañía de Igor*, habiéndolo leído por casualidad y comprendiendo de repente toda su indecible belleza, y he aquí que, nuevamente, me sentía atraído hacia un mundo lejano, fuera de Járkov: hacia el Donetz, cantado por el bardo de Igor, y hacia el lugar donde, al parecer, tenía que erguirse todavía sobre la muralla de la ciudad, siempre en aquel amanecer antiguo, la joven princesa Eufrosina; y también hacia el mar Negro de los tiempos de la Cosaquería donde, sobre cada piedra blanca, se encontraba algún maravilloso «halcón de ojos claros»; y hacia «los caminos uniformes de Poltava»; y por último, como siempre, hacia la juventud de mi padre, hacia Sebastopol.

Así mataba la mañana, y luego me dirigía a casa de Lissovsky; allí volvía a la realidad, a aquellas charlas y discusiones de sobremesa que eran ya habituales para mí. Seguidamente, mi hermano y yo reposábamos, conversando, en las camas de nuestro chamizo donde, después de comer, a través de la puerta se desprendía un olor particularmente pesado a cocina judía, un relente tibio, suavemente alcalino. Después de lo cual trabajábamos un poco: la oficina de mi hermano me daba a mí también extractos de cuentas y balances para comprobar. Y nuevamente nos íbamos a algún sitio determinado, a ver gente.

Me gustaba mucho visitar a Hanski. Era un excelente músico y tocaba a veces para nosotros noches enteras. Abría ante mí un mundo extraño, absolutamente desconocido hasta entonces, un mundo voluptuosa y dolorosamente sublime, en el cual yo penetraba con una alegría entusiasta y temerosa desde las primeras notas. Acto seguido me sumía en la mayor de las ilusiones (ficticia y divina posibilidad de poseer toda clase de felicidad, poderío y ciencia), que no se puede encontrar más que en la música o en ciertos momentos de inspiración poética.

Resulta extraño ver al propio Hanski, tan extremista en sus sentimientos revolucionarios —a pesar de que los manifestase menos a menudo y con mayor moderación que todos los demás— sentado al piano, con los labios resecos, casi ennegrecidos por el fuego de la pasión secreta e intensa que le invadía siempre cuando tocaba.

Las notas guiaban hacia un más allá y avanzaba, de compás en compás, con elegante fluidez, exultando de una alegría tan intensamente divina que se tornaban casi aterradoras y hacían surgir una imagen maravillosamente trágica en mi imaginación: mentalmente, me decía a mí mismo que Hanski acabaría irremediablemente loco y que entonces, en su estrecho tabuco de ventanas enrejadas,

con sus labios ardientes, su mirada extática y su uniforme gris de hospitalizado, no cesaría de vivir en un mundo de sueños insensatos y de sublime aberración.

Cierto día, explicaba que, siendo todavía muy joven, había visitado, en Salzburgo, la casa de Mozart. Allí, junto al antiguo y estrecho clavicordio, había visto una vitrina donde se hallaba el cráneo del maestro. Aquello me hizo pensar: «¡Siendo todavía muy joven! ¿Y yo?». En el mismo instante experimenté tanta amargura y tanto despecho, que apenas pude seguir quieto en mi asiento: tan apasionado fue el deseo que repentinamente se apoderó de mí de salir corriendo hacia casa, y de ponerme a escribir, sin perder minuto, un poema o novela, algo extraordinario que me convirtiese de golpe en un hombre célebre, para poder ir a Salzburgo y contemplar con mis propios ojos aquel clavicordio y aquel cráneo.

Muchos años después, realicé este sueño que había conservado secretamente desde entonces, entre muchos otros, antiguos y sagrados para mí: vi Salzburgo, el clavicordio y el cráneo. Las teclas del instrumento eran exactamente del mismo color que el cráneo, y sentí el deseo de inclinarme sobre ellas, de besarlas y de apoyar encima mi mejilla. En cuanto al cráneo, era inverosímilmente pequeño: parecía el de un recién nacido.

XVI

A comienzos de la primavera, partí para Crimea.

Me procuraron un billete gratuito y tuve que viajar con nombre falso, haciéndome pasar por un obrero transeúnte... ¡Hay que ver entre qué privaciones transcurrió mi juventud!

Entonces, por vez primera, me di cuenta de la importancia de tener un nombre en la vida, y durante todo el trayecto me vi obligado a soportar la humillación de viajar ¡con el nombre de un obrero! Y el caso es que eso no fue todo. Tuve que coger un tren correo, sucio y atestado de gente, que llevaba una cantidad de vagones verdaderamente inaudita. Llegó lleno hasta los estribos y, en el andén de Járkov, fue asaltado por una nueva horda vociferante de individuos que iban en busca de trabajo a las regiones del Mediodía, todos con sus bolsas y morrales, bandas de tela para los pies, teteras y apestosas provisiones.

Por si fuera poco, era ya tarde, de manera que iba a tener que pasar una noche de insomnio, luego una larga jornada y de nuevo otra noche sin pegar ojo. Pero estaba decidido a todo: en algún lugar, allá abajo, me aguardaba la juventud de mi padre.

La visión de aquella lejana juventud vivía en mí desde mi primera infancia. En un lejano tiempo de antaño, era como una de esas luminosas jornadas que preceden al otoño. Había en ella algo infinitamente melancólico, pero también inmensamente feliz. Existía algo que se vinculaba a la confusa imagen que yo me forjaba de los días de guerra en Crimea: reductos, asaltos, soldados de aquel tiempo que denominaban

«la época de la servidumbre», y la muerte, sobre la colina de Malakhov, del tío Nicolás Sergueevitch, un gigante, bizarro coronel, opulento y brillante personaje cuyo recuerdo siempre estuvo rodeado de una aureola legendaria en nuestra familia.

Pero sobre todo, en aquellos sueños había a la orilla del mar una colina desierta y clara, y sobre ella, entre las piedras, unas flores blancas que crecían allí, debido únicamente a que durante mi infancia había oído explicar a mi padre, en alguna mañana invernal, lo siguiente:

—¡Y pensar que cuando estábamos en Crimea íbamos muchas veces por esta época a recoger florecillas vestidos solamente con un ligero uniforme!

¿Qué encontré en realidad?

Me acuerdo que al llegar el alba de la primera noche abrí los ojos ante una estación de la estepa, ya lejos de Járkov. Una bujía terminaba de arder en un rincón; no había salido todavía el sol, pero el firmamento estaba teñido de un suave color rosado. Contemplé con asombro el lastimoso y angustioso cuadro que ofrecían los durmientes a mi alrededor, hacinados como animales en una cuadra, y me sentí profundamente asqueado ante la pestilencia que despedían aquellos cuerpos sudorosos, cubiertos de andrajos.

Rápidamente, abrí la ventanilla. ¡Dios bendito, qué aurora! Un profundo silencio reinaba por doquier; el oriente, a lo lejos, ardía con un resplandor sonrosado y, en la atmósfera, se notaba esa divina frescura, esa pureza, que no se siente más que al comenzar la primavera, en un amanecer en la estepa. Invisibles alondras piaban en el cielo; a derecha e izquierda se extendía la inmóvil muralla de nuestro tren y, a dos pasos de nosotros, sobre la estepa infinita y lisa como una sábana acuática, se alzaba y me miraba un gran túmulo sepulcral... Ni siquiera ahora puedo comprender por qué me chocó tanto. Era algo que no se parecía a nada, ni por sus contornos tan nítidos y sin embargo, tan delicados, ni por lo que se ocultaba en ellos. Era algo completamente extraordinario en su sencillez; algo tan antiguo que resultaba infinitamente extraño a todo cuanto perdura hoy en día, y no obstante me resultaba conocido, próximo y familiar.

—¿Te das cuenta de cómo se hacía enterrar la gente antiguamente? —me dijo un viejo, sentado en el rincón opuesto del compartimento. Era el único que no dormía y, encorvándose y respirando fatigosamente, daba lentas chupadas a su pipa—. ¡Antiguamente las personas se hacían enterrar de manera que se las pudiese recordar! —añadió con énfasis—. ¡Eran ricas!

Después de una pausa, agregó:

—También es posible que fuesen los tártaros quienes nos enterraban así. Puesto que ha habido de todo en el mundo, joven; cosas buenas y cosas malas...

Recuerdo que el segundo amanecer fue todavía más asombroso para mí. De nuevo abrí repentinamente los ojos en una estación, y percibí algo realmente paradisíaco: una blanca mañana de verano —allí, verdaderamente, era ya verano— y por doquier un frondoso verdor —rocío y aromas suaves— una pequeña y blanca

estación enguinaldada de rosas, junto a una ladera escarpada, recubierta de arboleda, y una vegetación espesa, salpicada de flores multicolores, en los barrancos del otro lado. El aullido de la locomotora que volvía a emprender la marcha, resonó allí de distinta manera: alegremente, despertando ecos triunfales y juveniles a su alrededor.

Cuando llegamos de nuevo al espacio libre, tras cruzar unas agrestes colinas boscosas, bruscamente apareció ante mí, con toda su enorme y sombría soledad que llegaba hasta el firmamento, una masa de color azul oscuro, casi negro, húmedo velo, sumido en la penumbra todavía, desprendiéndose de las entrañas oscuras de la noche; y, de repente, lleno de alegría, *reconocí* aquello. Digo bien: ¡lo recordé, lo reconocí!

Sebastopol me pareció casi tropical. La estación era tórrida, meridionalmente lujuriente e impregnada toda ella de un suave y cálido hálito. ¡Cómo ardían y brillaban los raíles, delante de aquella estación! El cielo, a fuerza de calor, palidecía y estaba incluso gris, pero allí reinaba la opulencia y la dicha: ¡era el Sur!

Todo el enorme enjambre de gente que nuestro tren transportaba había ido disminuyendo durante el trayecto. A mi vez, casi solo, descendí por fin del tren, recobrando de nuevo mi verdadero nombre. Tambaleándome de cansancio y de hambre, me dirigí al comedor de primera clase. Eran las doce, y la inmensa sala estaba desierta por completo (aquél era un mundo de gente rica, libre y notable, que no solía viajar en trenes correo), reinaba la limpieza y la calma por doquier, y los blancos manteles brillaban en las mesas, adornadas con jarrones y candelabros.

No pude contenerme, ni empezar a hacer cálculos de viajero indigente; me senté y pedí café y unas pastas. Me sirvieron mirándome de soslayo —mi aspecto no debía ser muy tranquilizador— pero ¡qué importaba! Lo principal era que yo me volvía a sentir el mismo de siempre. Aquel silencio, aquella limpieza y la cálida brisa que soplaba a través de las puertas y ventanas era algo que me producía un verdadero deleite, llenando mi alma de una apacible beatitud.

De repente, por una de las puertas que daban al andén, entró tranquilamente, como paseándose, un volátil abigarrado, parecido a una pintada. Desde entonces, la idea que me he forjado de las estaciones del Mediodía se halla siempre vinculada a aquella cosa multicolor.

Pero ¿dónde se hallaba lo que yo había ido a buscar allí? No encontré en Sebastopol ni casas en ruinas, ni silencio, ni desierto: nada absolutamente de los días vividos por mi padre y Nicolás Sergueevitch, con sus reductos, sus cantinas y sus campamentos. Desde hacía mucho, muchísimo tiempo, la ciudad se pasaba sin ellos, reconstruida, y desde luego mejorada; sus calles, blancas y soleadas, eran recorridas continuamente por espaciosa berlina y por una abigarrada muchedumbre de judíos karaim y de griegos; todas ellas estaban sombreadas por el claro follaje de las acacias meridionales y exhibían espléndidas expendedurías de tabaco; el monumento de Nakhimov, encorvado, se alzaba junto a la escalera que conducía al puerto del Conde, hacia las aguas verdes del mar donde reposaban los acorazados.

Únicamente por allí, pasadas aquellas aguas verdes, se podía hallar algo

relacionado con mi padre: al lado Norte, como se le llamaba al Cementerio Militar, Allí respiré el encanto y la melancolía del lejano pasado, ahora ya apacible y eterno, e incluso experimenté la sensación de estar identificándome con algo que solamente me pertenecía a mí y que todo el mundo había olvidado.

A continuación, me puse en marcha. Pasé la noche en un miserable hotelucho de los arrabales, y por la mañana, muy temprano, salí de Sebastopol. A la hora del mediodía, me hallaba ya más allá de Balaklava. ¡Qué solitario, ignorado y feliz era aquel extraño mundo de montañas desnudas que me rodeaba! Había una blanca calzada, interminable; ante mí, unos valles pelados y grises, y los panes redondos y desnudos de las alturas próximas y lejanas, dirigiéndome la desfalleciente llamada de sus pechos cenicientos, de su sueño ardiente y misterioso.

¿Dónde estaba la colina soñada, con sus flores blancas? Había desaparecido, anegada en otra antigüedad secular. Entre inmensos valles pedregosos, recuerdo que descansé un momento. Un pastorcillo tártaro, con su cayado en la mano, se erguía a lo lejos, junto a un rebaño de ovejas diseminado detrás de él. Estaba masticando algo. Me dirigí hacia él, vi que comía algo con pan y saqué del bolsillo una moneda. Él, sin dejar de masticar, sin apartar su mirada de la mía, movió la cabeza afirmativamente y me tendió el morral que llevaba colgado al hombro. Lo cogí. Sus dientes brillaron y todo su rostro pareció distenderse de satisfacción.

En aquel momento, por delante nuestro pasaba un vehículo con un tiro de tres caballos, con gran ruido de cascabeles y de herraduras. En el asiento del cochero iba un tártaro; en el coche, un anciano de cejas grises, con un gorro de tela, y, a su lado, abrigada con pieles, amarilla como la cera, con unos ojos sombríos y terribles, una muchacha. A decir verdad, muchos años después he visto más de una vez su cruz de mármol sobre el monte que domina a Yalta, entre muchas otras cruces, bajo las rosas y los cipreses, acariciada por la suave brisa que llega del mar en una límpida jornada del Mediodía.

En la cumbre de la pendiente, en las «puertas de Vaidar», pasé la noche en el vestíbulo de la casa de postas. El vigilante no me dejó entrar cuando supo que no iba a alquilar caballos. Pasadas las puertas, en el infinito de un abismo sombrío, el mar murmuraba toda la noche, perenne y somnoliento, con inconcebible y amenazadora majestad. Salí varias veces al acantilado: allí se acababa la tierra sobre las profundas tinieblas y corría el soplo de la niebla aromática y del frío de las olas; el murmullo se apaciguaba a ratos y volvía a adquirir fuerza, semejando el rumor del viento en una agreste pinada. Dominaba el abismo y la oscuridad, algo ciego e inquietante, algo así como la vida de las entrañas, una vida hostil y absurda...

XVII

Cuando se regresa de un viaje, siempre piensa uno que habrá ocurrido algo

durante su ausencia, que se habrá recibido alguna carta o alguna noticia. Por lo regular, ni ha sucedido nada, ni nada se ha recibido. Pero aquella vez no fue así, al menos para mí. Mi hermano me recibió consternado a consecuencia de que nuestro padre había vendido Batourino y nos enviaba dinero y una carta sumamente triste y arrepentida.

De momento, me sentí lleno de alegría —¡habría, pues, la posibilidad de emprender un nuevo viaje!— pero rápidamente este sentimiento dejó paso a un dolor muy agudo: ¡así aquello significaba el fin de toda nuestra vida anterior! Experimenté una amarga compasión por mi padre, por mi madre y por Olia: nosotros nos sentíamos alegres y despreocupados, teníamos la primavera, los amigos y la ciudad, pero ellos, allá abajo, vivían en el campo, solos, pensando en nosotros, y también en que pronto se quedarían sin hogar.

Jamás había podido imaginarme a mi padre melancólico, y no podía escucharle cuando trataba de justificarse por haber hecho de nosotros unos vagabundos; en tales momentos, estaba siempre dispuesto a echarme a sus pies para besarle las manos, agradeciéndole incluso ardientemente el que hubiese obrado así. Pero ahora, después de la visita a Sebastopol, apenas pude contener las lágrimas. Felizmente, se había limitado a vender las tierras, conservando la casa.

La segunda noticia era todavía más imprevista. Mi hermano me pareció del todo anonadado cuando me comunicó: «Perdóname por haberte ocultado esto, pero yo no quería ni quiero, de momento, que los nuestros se enteren de nada... He aquí de lo que se trata: estoy casado... No ante la Iglesia, claro está. A causa del niño, ella sigue viviendo con su marido, pero tú ya me entiendes... Cámbiate de ropa y vamos en seguida a verla; ya te conoce y te quiere de antemano...».

A toda prisa, me explicó la historia. La mujer de la que hablaba era de una familia rica y de noble linaje, pero había sido educada entre apasionados sueños de libertad y de patriotismo; se había casado muy joven para empezar «a vivir de la mano con el hombre de su elección», a vivir solamente por el pueblo y a participar en su lucha por la libertad. «El hombre de su elección», al convertirse gracias a ella en un hombre rico, se cansó muy pronto de todas sus tendencias de antaño, mientras que para ella, no solamente eran sagradas e invariables, sino que además la atormentaban desde su más temprana juventud; tanto es así que, deseando su propio mal como compensación a todos los males que sufría el pueblo, y avergonzada de su propia belleza, un día intentó quemarse las manos con vitriolo porque todo el mundo las admiraba demasiado. A mi hermano lo había encontrado en el Mediodía, donde ella se ocultaba y vivía bajo un nombre falso. Y el caso es que, comprendiendo que lo amaba, en su desespero se arrojó al mar y por pura casualidad pudo ser salvada por unos pescadores.

Dócilmente, mientras me vestía, escuchaba todo esto con gran asombro, muy emocionado y apartando la mirada de la suya. No estaba a gusto, y me sentía desagradablemente impresionado con lo que me contaba, hasta el punto de que en mi

interior crecía una evidente hostilidad hacia aquella heroína, exageradamente romántica. No obstante, todavía fue mayor mi asombro apenas hube cruzado el umbral de la habitación que ocupaba en un lujoso hotel. ¡Fue de ver la rapidez con que se levantó a mi encuentro, el afecto familiar con que me besó, lo encantador y acariciador de su sonrisa y la soltura y amenidad de sus palabras! En toda la gentil sencillez de sus modales había finura de raza, educación, nobleza de alma, un encanto modesto y muy femenino, y, al mismo tiempo, una sorprendente libertad en sus movimientos y en su voz, ligeramente cantarina y muy armoniosa, así como un extraño sortilegio en la pureza y el brillo de sus ojos de negras pestañas, cuya mirada era un poco triste.

Y sin embargo, aquella noticia inesperada, aquel súbito descubrimiento de que mi hermano tenía una vida propia, oculta a los demás, y que se hallaba fuertemente apegado a aquella mujer, todo ello me hirió profundamente. Me sentí nuevamente solo en mi juventud, entre toda aquella vida primaveral que me rodeaba, y experimenté una honda amargura y una gran desilusión. Pero, al mismo tiempo, me dije: «Bueno, mejor para mí; ahora soy totalmente libre en ese maravilloso país que acaba de abrirse ante mí...».

Ahora bien, aquel país me lo imaginaba como todos los inconmensurables espacios primaverales del Mediodía ruso, cautivando cada vez más mi alma por su antigüedad y por su vida actual. Por aquel entonces existía una enorme y opulenta región, la belleza de sus campos de labranza y de sus estepas, de sus haciendas y de sus poblaciones, del Dniéper y de Kiev, de un pueblo fuerte y afectuoso, hermoso y pulcro hasta en los menores detalles de su existencia, heredero del auténtico eslavismo, el del Danubio y de los Cárpatos. Y allá abajo, en la antigüedad, existía la cuna de los Sviatopolk y de los Igor, de los Petchenagos y de los Polovtsy —me llenaba de arrobo la simple pronunciación de estos nombres— y luego siglos de batallas de cosacos con turcos y polacos, los rápidos del río... *El Relato de la Compañía de Igor* me enloquecía:

«Quiero con vosotros, gentes de Rusia, romper lanzas en el límite de la región polovtsiana... No ha sido la tormenta la que ha traído a los halcones por las amplias praderas; bandadas de grajos se reúnen sobre el inmenso Don... Los sementales relinchan detrás de Sula; tocan a rebato en Kiev; resuenan las trompetas en Novogrado; flotan los estandartes sobre Poutivle... Entonces, el príncipe Igor puso el pie en el oro de su estribo y partió hacia el campo libre. El sol se oscureció, cerrándole el camino; gemebunda, la noche despertó un huracán de pájaros... La lechuza gritó desde lo alto de un árbol, a fin de ser oída en las tierras ignotas, en el Volga y en las riberas marítimas, en Sula y en Suroja...

»Rechinaban a medianoche las carretas, como cisnes que emprenden el vuelo: Igor llevaba al Don sus batallas... Las águilas golpeaban con el pico las osamentas, llamando a las fieras, y las hienas aullaban sobre los escudos sangrientos... ¡Oh, tierras rusas! Henos ya lejos, pasando el río Kelomen...

»Al día siguiente, a primera hora, el alba sangrienta aportó su claridad; negros nubarrones venían de la mar; en ellos brillaba el relámpago; pronto resonaría el trueno y caerían las flechas de la lluvia...».

Y, luego:

«¿Qué murmullo, qué ruido era aquel que se oía antes de amanecer?

»Sviatoslav había tenido un tenebroso sueño: Aquella noche, en los montes de Kiev —explicó— me revistieron con un negro ropaje sobre un lecho de planchas. Me vertieron un vino azul mezclado con veneno...

»Rugió la mar a medianoche... Al príncipe Igor, Dios le mostró su camino en la tierra rusa, desde el trono de oro del Padre. Y el crepúsculo se apagó: Igor se había dormido, Igor velaba, Igor, mentalmente, medía los campos, desde el inmenso Don hasta el pequeño Donetz...».

Y muy pronto, volvió a empezar mi vagabundear. Me hallé junto a las mismas riberas del Donetz desde donde el Príncipe se había fugado antaño de su cautiverio: «armiño en los cañaverales, blancas cercetas en el agua»; seguidamente, visité el Dniéper, justamente en el lugar donde «había roto montes de piedra a través de la tierra polovtsiana», navegué ante poblados adornados con su blancura primaveral, a través de los interminables bajos fondos, azules de cielo y de aire, que, a lo largo del río, ascienden hacia Kiev.

¿Cómo explicar lo que cantaba dentro de mi ser junto con aquella primavera y el Relato de Igor? «El sol brillaba en el firmamento, ¡el príncipe Igor estaba en tierras rusas! Las mozas cantaban junto al Danubio. Y clamaban las voces de ultramar hasta Kiev...».

Y, desde aquí, me dirigí a Kursk y a Poutivl. «Ensillad, hermanos, vuestros rápidos corceles; los míos ya están listos, están ensillados cerca de Kursk...». Solamente después de transcurridos muchos años, se despertó en mí la conciencia de estas palabras: Kostroma, Suzdal, Uglitch, Rostov-el-Grande.

En aquellos días, vivía otro hechizo diferente. ¡Y poco me importaba que Kursk me resultase la más aburrida de las poblaciones, como capital de provincia, y la polvorienta Poutivl más tediosa todavía! ¿No era acaso aquél el mismo desierto, el mismo polvo de aquel tiempo en que, con el alba en la estepa, sobre una muralla de piedras rodeada de estacas, se oía «el lamento de Iaroslavna»?

«Iaroslavna se lamenta de madrugada en la villa de Poutivl: volaré, dice, como una alondra, empaparé mi manto de castor en el río Kaial y restañaré las heridas ensangrentadas del príncipe...».

XVIII

Después de haber seguido este trayecto, volvía ya para casa. Ahora, incluso tenía prisa por llegar allí, puesto que mi pasión viajera se había saturado

momentáneamente. Tenía ganas de dedicarme al descanso y al trabajo, y por otra parte, el verano que me aguardaba en Batourino me hacía el efecto de que tenía que ser maravilloso: ¡tanta era la riqueza de esperanzas, proyectos y confianza en mi destino que albergaba! Pero ya se sabe que nada hay tan peligroso como un exceso de confianza.

Diré, para abreviar, que durante el curso del viaje pasé por Orel.

Allí, me di cuenta de que mis peregrinaciones tocaban a su fin: unas horas más y estaría en Batourino. No me quedaba más que echarle un vistazo a Orel, la ciudad de Lesskov y de Turgueniev y enterarme luego de una vez en qué consistía una redacción y qué era una imprenta.

Me sentía extraordinariamente animado. Pero me había adelgazado y curtido como un gitano al regreso de cinco ferias: tanto era lo que había caminado y lo que había navegado por el Dniéper, siempre sobre cubierta, recibiendo el chorro ardiente de los rayos del sol, el brillo de las aguas y el humo de las chimeneas del barco. Por todo ello, tenía derecho a una pequeña recompensa. Y, pensándolo así, en cuanto salí de la estación de Orel cogí un coche de los más nuevos y me hice conducir al mejor hotel.

Era un atardecer que espolvoreaba las calles con un suave color lila; por doquier, se iban encendiendo ya las luces; al otro lado del río, en el parque municipal, tocaba una orquesta de instrumentos de viento.

Sabidas son las confusas sensaciones, deliciosamente emocionantes, que se experimentan por la noche en una población desconocida donde se encuentra uno solo. Con tales sentimientos, cené en la desierta sala de aquel viejo y honorable hotel provinciano a donde me habían llevado y, seguidamente, salí a tomar el fresco al balconcillo de hierro de mi habitación. Debajo de mí, iban y venían los transeúntes hablando en voz alta, vislumbrándose la lucecilla azulada de sus cigarrillos; enfrente, en unas grandes mansiones, las ventanas estaban abiertas y a través de ellas se percibían habitaciones iluminadas, personas que tomaban el té y otras que charlaban o se entregaban a otras ocupaciones. En mi interminable deambular por el mundo, he vivido luego muchas horas semejantes de calma solitaria y de contemplación, y a esas horas debo principalmente el haber adquirido una prudencia bastante amarga. Pero, en aquella tibia noche de Orel, no era precisamente la prudencia la que en mí predominaba, con aquella música regimental que, desde el otro lado del río, me aportaba de vez en cuando su languidez cantarina, o bien su triste algazara bravucona.

Me había desacostumbrado completamente a dormir como todo el mundo, y aquella noche incluso me resultaba extraño el gran lecho que había en mi espaciosa habitación, con su apacible y limpia presencia. El caso es que, como si tuviese que seguir mi viaje, me desperté al despuntar el alba. Así se explicaba que llegase a la redacción del *Goloss* a una hora completamente indebida.

Era una cálida mañana primaveral. La calle principal, blanca y desnuda, estaba todavía desierta. Para hacer un poco de tiempo hasta una hora que no resultase muy

inconveniente para presentarse en la redacción, bajé primeramente por aquella calle, atravesé un puente y desemboqué en otra calle muy grande, llena de comercios, que respiraba esa opulencia y prosperidad de la que reventaban entonces todas las poblaciones de Rusia.

Haciendo juego con aquella opulencia y con el brillo del sol matinal, las campanas tocaban con su voz grave y majestuosa el anuncio solemne de la misa en la maciza y elevada iglesia vecina al barrio de Orlik. Escuchando aquel repique, crucé otro puente, ascendí por una calle y llegué a las oficinas públicas, enormes casas de la época de Nicolás I y de Alejandro, ante las cuales, a lo largo de una clara y espaciosa plaza, se extendía a derecha e izquierda un paseo de tilos, llenos de fresca matinal y de sombras transparentes. No conocía la calle donde se hallaba la redacción del *Goloss*, y le pregunté a un transeúnte si estaba muy lejos.

—Está a dos pasos de aquí —me dijo, señalándome el lugar con la mano. Y, de repente, noté que me palpitaba con fuerza el corazón: ¡por fin iba a conocer una redacción!

Sin embargo, la sencillez de aquel paraje era muy provinciana. Detrás de la plaza se extendían unos amplios jardines y unas apacibles y umbrosas calles, que se perdían entre el verdor y que estaban invadidas por altas hierbas. En una de aquellas calles, en un gran jardín, se alzaba la casa gris donde se hallaba la redacción. Me acerqué, vi la puerta entornada y tiré de la cadena de la campanilla. En seguida se oyó un tintineo a lo lejos, pero no obtuve ningún resultado: la casa parecía deshabitada, como todos los alrededores. Volví a llamar, esperé un momento y, finalmente, me decidí a entrar.

Recorrí un pasillo bastante largo. De pronto, me encontré en una gran sala, baja de techo, increíblemente sórdida, llena de máquinas y sembrada de papeles manchados y rotos. Todas las máquinas estaban en movimiento, rugiendo con regularidad, elevando y bajando una especie de rejas, desprendiendo una tras otras las hojas impresas, todavía blancas en el anverso pero en el reverso recubiertas de un granulado negro, brillante como el caviar. De todas aquellas máquinas, cuyo zumbido y estrépito se confundía con las interpelaciones de los prensistas y compositores, ascendía un fuerte olor, una potente y agradable pestilencia a tinta fresca, a papel, a petróleo y a aceite: todo cuanto para mí se convirtió desde entonces en algo particular y delicioso.

—¿Busca usted la redacción? —me gritó una voz ronca, a través de todo aquel ruido de máquinas y de voces.

—¡Esto es la imprenta! ¡Eh! ¡Acompáñale a la redacción!

Acto seguido se precipitó entre mis piernas un chiquillo muy sucio, con su cráneo redondo y despeinado lleno de polvillo de plomo:

—¡Por aquí, venga usted!

Y yo, lleno de emoción, me apresuré a seguirle, regresando hacia el vestíbulo. Un momento después me hallaba sentado en la sala de visitas del redactor jefe, el cual resultó ser una linda y joven mujercita regordeta, muy activa, llena de viveza, cuyos

hoyuelos brillaban a cada sonrisa. A los cinco minutos me encontré en el comedor, tomando café, como en mi casa.

Me obsequiaba, me hacían preguntas, me hablaban con elogio de mis poesías impresas en las revistas mensuales de las capitales y me invitaron a colaborar en el *Goloss*. Yo me ruborizaba, daba las gracias y sonreía con embarazo, conteniendo a duras penas una alegría casi entusiasta ante una entrevista tan maravillosa, ante semejante hospitalidad y tales atenciones; y mis manos temblaban cuando acepté unos pastelillos de fabricación casera que se deshacían rápida y exquisitamente en mi boca.

De repente, la dueña de la casa dejó de hablar al oír unas animadas voces femeninas detrás de la puerta y, echándose a reír, me dijo:

—¡Ya están aquí las hermosas dormilonas! Voy a presentarle a usted a dos criaturas encantadoras: mi prima Lika M... y su amiga Sacha Obolenska...

Inmediatamente después, riéndose no sé por qué, entraron en el comedor dos jovencitas vestidas a la rusa, con ropas bordadas de vivos colores, con cintas abigarradas y collares, y unas amplias mangas que descubrían hasta el codo sus jóvenes brazos redondos.

XIX

¡Con qué pasmosa e inconsciente rapidez me entregué a todo cuanto empezó tan fácil y casualmente, y que luego me produjo tantos tormentos y tanta pena, arrebatándome buena parte de mis fuerzas morales y físicas!

¿Por qué mi elección recayó sobre Lika? Obolenska era incluso más interesante. No hacía falta esforzarse para darse cuenta de ello: su tez era bronceada, su estatura esbelta, tenía una espesa cabellera negra, muy bien cuidada, ligeramente ondulada, y había una noble firmeza y sencillez en el ardor de sus ojos sombríos y en sus juicios inteligentes y precisos. Pero tal vez no le presté suficiente atención, ¿o quizá fue ello debido a que Lika me miró con mayor atención y familiaridad y se puso a hablar conmigo con mayor viveza que Obolenska?

Y, en fin de cuentas, ¿de qué me había enamorado tan fulminantemente? A decir verdad, de todo: de aquella joven reunión femenina donde de repente me había hallado metido y que, sin saber el motivo, me había acogido con tanta alegría; de las zapatillas de la dueña de la casa y de los vestidos bordados de aquellas muchachas con todas sus cintas, sus collares de cuentas de vidrio, sus redondas mejillas y sus lindas piernas. También me había enamorado de todas aquellas espaciosas habitaciones, bajas de techo, provincianas, con ventanas que daban a un soleado jardín, e incluso me sentí transportado de emoción cuando vi a la nodriza que volvía de pasear con un chiquillo de pelo rubio, muy encarnado y sudoroso, que echó sobre mí una mirada seria y atenta, mientras su madre le besaba y le arreglaba la blusa.

Como hecho a propósito, en aquel mismo momento se pusieron a desembarazar de cosas la mesa y a poner el mantel para el almuerzo, y a la dueña de la casa se le ocurrió invitarme a comer, diciéndome que no debía marcharme tan pronto de Orel: Lika me quitó la gorra y, sentándose en el piano, tocó algunas melodías con bastante acierto.

En una palabra, no salí de la redacción hasta las tres de la tarde, absolutamente estupefacto de que el tiempo hubiese pasado tan aprisa: no sabía todavía que aquella rapidez, aquella desaparición del tiempo, eran los primeros síntomas de lo que se llama enamoramiento, lo cual empieza siempre con una alegría fácil que parece una embriaguez etérea.

XX

Así empezó para mí un nuevo amor que tenía que constituir un gran acontecimiento en mi vida. Y este comienzo fue marcado por un incidente sorprendente por partida doble.

Me iba de Orel como quien se marcha de un lugar ya querido, familiar, con toda la melancolía y el enternecimiento de una primera separación de enamorado y la ardiente esperanza de una próxima y nueva entrevista. Pero resultó que aquel día precisamente tenía que pasar por Orel un convoy fúnebre de la mayor importancia. Su hora de llegada estaba señalada para las dos, una hora antes de la de mi tren, y como mi nueva amiga, la propietaria del *Goloss*, tenía que asistir indefectiblemente a la estación, se me ofreció la posibilidad de contemplar un curioso espectáculo.

Y he aquí que de una manera completamente inesperada, como todo cuanto me había ocurrido durante mi estancia en la ciudad, me hallé mezclado con una gran muchedumbre que, delante de las filas de soldados con uniforme de gala, esperaba la llegada de aquella cosa majestuosa y terrorífica que, desde algún punto lejano, avanzaba ya hacia allí y se aproximaba. Me encontré metido entre todas las personas notables de la población y de la provincia, en medio de fracs, de uniformes bordados, de bicornios, de entorchados militares y de todo un sínodo de sotanas y de mitras resplandecientes.

Cualquiera que se vea así, entre una reunión tan ceremoniosamente grave, sufre inmediatamente el contagio de una especie de sopor, y eso fue lo que me ocurrió a mí; tanto es así que no recobré la conciencia de donde me hallaba hasta el momento en que, de repente, rugiente y estrepitosa, pareció caer encima nuestro y de toda la estación una enorme locomotora, adornada con banderas enlutadas. Acto seguido desfiló ante nosotros algo magnífico, de un azul oscuro, con grandes ventanales claros, con cortinillas de seda y águilas doradas en los costados.

Entonces, toda la muchedumbre que esperaba retrocedió, y de un vagón que había en el centro del convoy que se acababa de parar con suavidad y precisión, apareció

con paso elástico, caminando sobre la alfombra roja que habían extendido para él ante la portezuela, un joven gigante rubio, húsar de dolmán rojo, de facciones claras y acusadas, con una fina nariz, enérgica y desdeñosamente respingona, y un mentón algo prominente. A mí me dejó pasmado con su estatura sobrehumana, con la largura de sus piernas delgadas y el brillo penetrante de su mirada imperiosa, pero sobre todo con un movimiento de cabeza que hizo, orgulloso y ligero, para echar hacia atrás su cabellera corta de un rubio pajizo.

¿Podía imaginarme en aquella cálida jornada primaveral *cómo* y *dónde* lo volvería a ver otra vez?

XXI

Toda una vida ha transcurrido desde entonces.

Rusia, Orel, la primavera. Y luego, Francia, el Mediodía y las jornadas invernales del Mediterráneo.

Los dos estamos desde hace ya tiempo en país extranjero. Un invierno fue vecino mío y estuvo gravemente enfermo. Una mañana, al desplegar un periódico local, lo dejé caer de mis manos: ¡se acabó! Le seguí durante largo tiempo y con insistencia, leyendo los periódicos, y contemplé desde lo alto de mi montaña el lejano promontorio boscoso donde, durante todo aquel tiempo, sentía su presencia. Ahora, aquella presencia ya no está.

Sol, luminosidad y frío. Un día salí de la casa y me dirigí hacia el jardín que descendía gradualmente hasta una plazoleta cubierta de arenilla, sombreada por las palmeras; desde allí se veía todo un país de valles, de mar y de montañas, todo ello con el brillo del sol y el azul del cielo en la atmósfera.

Una enorme depresión montaraz, que ascendía por oleadas, por cotas y barrancos, venía del mar hacia aquellos primeros contrafuertes de los Alpes donde me hallaba. Debajo de mí, a mi derecha, sobre una cima escarpada, de roca, se erguía, alrededor de los vestigios de una antigua fortaleza, uno de los más viejos nidos de la Provenza, es decir, algo completamente rústico, gris, pedregoso, escalonado, formando un solo conjunto sobre la base escamosa, como oxidada, de las tejas derrumbadas.

En el horizonte, delante de mí, ascendiendo por el infinito espacio del cielo, se vislumbraba la bruma blanquecina del lejano mar. Pero, por *allá abajo*, el promontorio boscoso —más hacia la izquierda— se anegaba en el brillo matinal del mar que lo envolvía con sus olas.

Miré largo rato hacia aquel lado. El mistral, que se había levantado, iba llegando por momentos al jardín y agitaba la rígida y amplia fronda de las palmeras con un murmullo seco y frígido, como el de las coronas mortuorias. ¿Ir allá abajo? Era algo inconcebible: encontrarse dos veces solamente en toda una existencia, y las dos veces en compañía de la muerte. Sí, era realmente inconcebible. Hele con todo el vigor y la

robustez de la juventud atravesando toda Rusia desde el Mediodía hasta el Norte, realizando un viaje de pomposo luto, con el ataúd de su padre; y heme a mí, ineptamente dichoso en mi juventud, de pie en la estación de Orel, aguardándole, estupefacto y algo hostil.

¿Era posible que aquel sol cuyo brillo cegador sumía a aquellos lejanos montes en indolentes sueños, milenarios, sobre todos los tiempos y los pueblos que habían contemplado antaño, era posible que aquel mismo sol nos hubiera alumbrado a nosotros y a él, hacía poco?

XXII

Durante todo el día reinó el mistral, el susurro de las palmeras y el inquietante brillo del invierno.

Al caer la tarde, se produjo una especie de calma.

Hacia las cuatro, estaba ya en el promontorio y me dirigía rápidamente hacia *allá abajo*.

La carretera subía en cuesta entre los frondosos jardines meridionales, sobre una larga avenida, desde donde, con estrépito y un estridente campanileo, venía en sentido inverso el tranvía.

Al fin me hallé ante la vieja propiedad, la blanca mansión que se alzaba en el fondo de un parque inmenso que se abría detrás de una puerta cochera de dos hojas, al final de una amplia avenida de palmeras.

El sol crepuscular y toda la luz y el resplandor del cielo de occidente estaban detrás de la casa.

Lo que ya en primer lugar producía cierto azoramiento eran las grandes puertas abiertas a todo el mundo por la muerte y la multitud de automóviles aparcados en aquellos alrededores.

No obstante, la avenida estaba vacía. Todo el mundo había entrado ya en la casa. Me dirigí rápidamente hacia aquel lado. La arena crujía bajo mis pasos.

El porche estaba también vacío. ¿Sería allí?

«Aquí». Esta palabra la pronuncié únicamente porque de pronto me había sentido desamparado: súbitamente había divisado en el porche algo que no había visto desde hacía más de diez años y que me dejó asombrado, como si toda mi existencia de antaño hubiese resucitado milagrosamente: un oficial ruso, de bigotes rojizos y ojos claros, con el dolmán galoneado al hombro.

Detrás de él vislumbré una amplia puerta vidriera que también estaba abierta de par en par. Más allá había un vestíbulo bastante oscuro y una nueva puerta, y, algo más lejos, la luz tamizada de un gran salón amueblado a la francesa, extraño y hermoso: unas cortinas de seda granate velaban la luz de los amplios ventanales y a aquella hora tan poco tardía resultaba extraña la iluminación de una gran lámpara de

cristal que colgaba del techo.

En el vestíbulo se apretujaba una gran muchedumbre silenciosa. Humildemente, me deslicé hacia la segunda puerta y, al alzar la vista, vi inmediatamente un sarcófago inmensamente largo, de roble amarillo, dentro del cual se distinguía una faz pálida y grisácea: la amplia frente de un Romanov, coronando una cabeza de grises cabellos, no ya rojizos como antaño, pero con la misma expresión soberbia e imperiosa. La barbita gris se adelantaba un poco y la nariz se perfilaba nítidamente con un gesto algo despectivo.

Seguidamente, presentí los demás detalles. Sí, una extraña penumbra, unas persianas bajadas, enrojecidas por la transparente claridad crepuscular, el centelleo de las lágrimas de cristal de la lámpara y las delgadas y tenues llamas, algo vacilantes, de los altos candelabros. Había bastante gente, pero solamente a lo largo de las paredes, y casi la mitad del salón estaba ocupada por él. Arrimada a una de las paredes de la izquierda, junto a una chimenea de mármol cuyo espejo había sido velado, se alzaba con su brillo de laca la tapa del ataúd... En un rincón, en el fondo, detrás de la cabecera del túmulo mortuorio, tímida y afectuosamente como en una habitación infantil, ardía sobre un velador, ante un antiguo icono plateado, una lamparilla de aceite.

Casi todo el espacio se hallaba ocupado por el féretro-sarcófago. Aquel ataúd era también extraordinariamente amplio en los flancos, a la par que largo y profundo; la madera nueva y recién barnizada brillaba con reflejos mates y resultaba impresionante porque contenía otro ataúd, de zinc, almohadillado de terciopelo blanco en el interior, pero cuyos extremos metálicos se veían a pesar de ello.

Alrededor de él, en posición de firmes, se hallaban cuantos componían su última guardia de honor: oficiales y cosacos. Con sus sables desnudos sobre el hombro, la mano izquierda extendida y el gorro inclinado sobre la frente, sus ojos tenían una expresión de presteza y de solicitud, como si estuvieran dispuestos a acudir a su llamada.

En cuanto a él, tendido con toda su extraordinaria estatura y tapado a medias con la bandera tricolor de Rusia, yacía más inmóvil todavía. Su cabeza, antaño tan viva y característica, era ahora de una sencillez vulgar. Los cabellos grises estaban húmedos y lacios, dejando al descubierto la frente despejada. Aquella cabeza parecía muy grande, debido a la infantil estrechez y delgadez que habían adquirido los hombros.

Estaba amortajado con un viejo dolmán circasiano, muy sencillo, desprovisto de condecoraciones —salvo la Cruz de San Jorge sobre el pecho—, con amplias mangas que resultaban algo cortas; sus manos, que eran ya las de un anciano, aunque todavía poderosas, cruzadas sobre el pecho, ceñían como si fuera una espada una antigua cruz de ciprés del Monte Athos, ennegrecida por el tiempo. Me acerqué y me coloqué al pie del féretro, delante de los ramos de palmas y de las coronas que se apoyaban en él.

Acto seguido, comenzó el oficio. De las habitaciones interiores salieron los

familiares; un viejo sacerdote se puso su capa —sí, era un viejo, como ocurre casi siempre—, y entre nuestras manos, tibias y acariciadoras, se encendieron las llamas de los cirios... ¡Qué acostumbrado estaba ya a todo aquello: a aquel canto discretamente modulado, al rítmico tintineo de los incensarios, a las jaculatorias y a las oraciones tristemente resignadas, dolorosamente enternecidas, que han resonado ya millones de veces sobre la tierra!... ¡Únicamente son los nombres los que cambian en esas oraciones, y a cada nombre, en determinada fecha, le llega su turno!

—¡Bendito sea Dios ahora y siempre y por los siglos de los siglos!...

—Fieles, recemos al Señor...

—Para el digno servidor de Dios...

Volví a imaginarme, por un momento, que me encontraba en la estación de Orel. Pero aquella visión resplandeciente sólo duró un segundo. Triste y temerosamente se alzaron las oraciones por el «Señor muy-cristiano, el Gran-Duque», que había comparecido en la legión de todos aquellos «que aguardan consolados por Cristo» y que esperaba ahora «la paz, el silencio y una memoria bienaventurada» así como «no ser condenado ante el temible trono del Señor en las Alturas...».

El rostro del muerto, vuelto ya hacia algo que no nos era asequible, era todavía expresivo, aunque apacible y reposado. Los párpados convexos estaban cerrados; los labios descoloridos aparecían apretados y tenían una palidez cenicienta debajo del bigote... Vi unas venas ligeramente hinchadas en sus sienes, «y mañana —me dije mentalmente— se ennegrecerán»... Luego pensé en su vida pasada, tan amplia y complicada, y de ello pasé a pensar en la mía propia.

—Recemos por el reposo del alma de tu difunto servidor... Y que le sea perdonado todo pecado cometido voluntaria e involuntariamente...

—Roguemos porque le sean concedidas la gracia de Dios y el reino de los cielos, y porque sus faltas sean expuestas ante Cristo, nuestro inmortal Soberano y nuestro Dios...

Seguidamente mi mirada se posó de nuevo sobre la bandera tricolor que tapaba a medias sus piernas, sobre el dolmán circasiano, sobre aquellas manos petrificadas que estrechaban una cruz negra y sobre aquella guardia de honor, rígida, con sus gorros, sus espadas y sus galones que yo no había visto desde hacía diez años.

«Eres la imagen de tu gloria inexpresable; sé munificente en tu creación, Señor, y dame la Patria suspirada...». Y, de rodillas, apretando los labios, prorrumpí en un llanto apasionado...

Cuando salimos de allí todos, era ya de noche. El sol acababa de ocultarse; detrás de las palmeras negras brillaba un crepúsculo que tenía tonalidades de un color sonrosado oscuro. Ante nosotros, a lo lejos, se extendía el inmenso marco de esa ribera eterna del Mediterráneo, con su profundidad; y en un cielo nublado y frío, en el oriente rosado, por encima de todo, reinaban como muertas las cadenas nevadas de los altos Alpes, que se apagaban ya, crepuscularmente violáceas, infinitamente alejadas de todo cuanto tiene vida, partiendo hacia su agreste noche invernal,

rodeadas en su falda por unas espesas tinieblas azuladas. Severo y frío, el mar se oscurecía también a nuestros pies...

XXIII

Era de noche. En las alturas todo rugía, tempestuoso, con los aullidos del mistral. Me desperté súbitamente. Acababa de ver o bien había visto en sueños esta escena: cuando ya los asistentes, después del servicio religioso se disponían a despedirse del difunto, una de las últimas entre *sus* allegadas se adelantó: era una joven bastante delgada, de elevada estatura, toda ella vestida de negro, con un largo velo de luto. Se acercó con la mayor sencillez y se inclinó con un afecto lleno de femineidad, disimulando por un momento con su ligera actitud el borde del sarcófago, y con el hombro puerilmente caído dentro de su dolmán...

El mistral arreciaba, azotando con furia los árboles y las plantas, rumoroso y pareciendo querer emprender un raudo vuelo hacia no se sabía dónde... Me levanté y no sin cierta dificultad abrí la puerta del balcón. Mi rostro fue violentamente fustigado por el frío; por encima de mi cabeza se percibía un desgarrón de cielo sombrío, repleto de estrellas blancas, azules y rojas, todas ellas llameantes... Y todo aquel conjunto avanzaba, dirigiéndose hacia el infinito...

Hice lentamente la señal de la cruz, contemplando cuanto había de formidable y de lúgubre en lo que llameaba ante mí.

LIBRO V

I

Las primaverales jornadas de mis primeras peregrinaciones fueron las últimas de mi adolescencia monacal.

Cuando me desperté en el cuarto del hotel, en Orel, me sentí el mismo Alexis Arséniev que había sido durante el viaje: tranquilo y despejado. En aquellos momentos acababa de amanecer. Al día siguiente me desperté más tarde, como todo el mundo; y también como todos los demás, me vestí y me miré en el espejo... La tarde anterior, en el local de la redacción, me había sentido un tanto confuso a consecuencia de mi rostro atezado como el de un gitano, de mi cabellera mal peinada y de mi corbata excesivamente usada. Era preciso cambiar de aspecto, sobre todo teniendo en cuenta que mi situación había mejorado inopinadamente desde el momento en que, no solamente se me había admitido como colaborador, sino que además se me había ofrecido un anticipo que por cierto acepté enrojeciendo hasta las orejas.

Al abandonar el hotel aquella mañana, entré en un estanco y compré un paquete de cigarrillos de los más finos, tras de lo cual penetré en una peluquería de la que salí con una cabeza bellamente disminuida y agradablemente perfumada, sin contar con que había adquirido ese aire viril que consigue uno después de haberse entregado a las manos del barbero. Me dominaba el deseo de volver a la redacción inmediatamente para experimentar nuevamente todas las sensaciones que mi buena suerte me había dispensado la tarde anterior. Sin embargo, pensé que era absolutamente imposible el que me presentara tan pronto. Seguramente me hubieran preguntado, sorprendidos: «¿Ya está usted aquí? ¿Madruga siempre tanto?».

Por eso me dediqué a recorrer la ciudad. Primero caminé hacia abajo, por la Bolyhovskaïa, y después por la Moskovskaïa, larga calle mercantil que conducía a la estación. Cuando ya había andado bastante vi alzarse ante mí un arco de triunfo polvoriento al través del cual se prolongaba una calle desierta e indigente. Me metí por un barrio todavía más pobre y volví a la Moskovskaïa. Tras haber atravesado un viejo puente de madera ascendí hacia el lugar donde se hallaban los establecimientos públicos, y en ese mismo momento todas las campanas de las iglesias se pusieron a sonar. Hacia mí avanzaban dos caballos negros tirando de una carroza ocupada por el obispo que, misericordioso, bendecía con gestos imperceptibles —parecía derramarlos a derecha e izquierda— a todos los que pasaban a pie o en algún vehículo.

Ese mismo día Avilova me mostró la casa, conduciéndome por todas las habitaciones. En la pared del dormitorio observé un retrato, desde cuyo marco alguien parecía lanzarme una mirada de descontento: se trataba de un hombre con lentes y de pecho deprimido.

—Es mi marido —me dijo ella evasivamente, y yo me sentí ligeramente ofuscado.

La verdad es que me resultaba absurdo imaginarme que aquel tísico hubiera podido estar unido a una mujer tan viva y bonita. Pero bien; el hecho es que Obolenskaïa y yo nos fuimos después a la ciudad. Me propuso que la acompañara a casa de su modista, y ciertamente me sentí dichoso de la intimidad que se había establecido entre nosotros a causa de esta proposición. Con este sentimiento la seguí por la ciudad, admirándome de lo ligera que caminaba a mi lado y de cuán musical era su voz. Ya en casa de la modista, el que me hiciera esperar me produjo una especie de complacencia difícil de describir.

Cuando salimos, el sol casi declinaba ya.

—¿Le gusta a usted Turgueniev? —me preguntó, añadiendo—: Cerca de aquí hay una mansión digna de ser descrita en *Un nido de señores*. ¿Quiere usted verla?

Dije que sí. Acto seguido abandonamos la ciudad y tomamos un camino bordeado de jardines. Por fin llegamos a un lugar situado sobre una barranca y, en un viejo y enorme parque sembrado del fino verdor de abril, vi grisear una mansión deshabitada desde hacía mucho tiempo, con sus chimeneas medio derrumbadas donde las golondrinas trenzaban sus nidos. Ante aquel cuadro divinamente sentimental, por una asociación de ideas pensé en Lisa, Lemm, Lauretsk... En aquellos momentos no sabía de quién estaba enamorado, pero miraba con éxtasis aquella fina mano enguantada de negro, la mano de Obolenskaïa, que sostenía una sombrilla...

Por la noche fuimos al teatro de verano. Yo me senté junto a Lika y, en la suave penumbra, pude darme cuenta de que estaba como arrobada en la contemplación de aquellas alegres frivolidades que tenían lugar sobre una especie de estrado iluminado por debajo: allí había bonitas ciudadanas y caballeros con armadura que hacían retemblar el suelo de madera al ritmo del baile.

Después de la representación cenamos en aquel mismo jardín. Para mí, aquélla era la primera vez en mi vida que me encontraba en un restaurante de verano, en una espaciosa terraza, ante el cubo de hielo con una botella de vino, acompañado de hermosas mujeres, y esto me producía una grata impresión. Constantemente se aproximaban a nuestra mesa hombres que se mostraban todos muy amables conmigo. Solamente hubo uno que, después de haberme dedicado un ligero saludo, se desentendió por completo de mí. Se trataba de un oficial de estatura extraordinaria, con el rostro alargado de un color pálido, los ojos negros e inmóviles, las patillas cortas y una levita de buen corte que le descendía más abajo de las rodillas. Lika hablaba y reía mucho, descubriendo sus dientes maravillosos, segura de que todos la admirarían. Yo casi no podía mirarla con calma, y luego me estremecí cuando el oficial, a punto de alejarse de nuestra mesa, retuvo un segundo su pequeña mano entre la suya, que por cierto era muy hermosa.

El día en que hube de partir, muy temprano retumbó el primer trueno. Aún recuerdo aquella tormenta, así como la ligera calesa en que me dirigí a la estación acompañado por Avilova. Su proximidad suscitaba en mi interior un sentimiento de orgullo, que se veía nublado por la extraña tristeza nacida en mí de la idea de que me

separaba de una mujer a la que creía amar.

Ya en la estación me sorprendió ver en el andén un gran conjunto de personajes ataviados con brillantes uniformes y algunos clérigos revestidos con sus casullas adornadas con brocados dorados. Me enteré de que estaban esperando al tren del Gran-Duque, que tenía que pasar por allí. Cuando, por fin, apareció el tren y se detuvo ante el andén, todos quedaron deslumbrados por el dolmán rojo de un gigante rubio que, al apearse, provocó un entusiasmo que culminó en la solemnidad sombríamente amenazadora de un *Réquiem*. Poco después silbó la locomotora y lentamente fueron poniéndose en movimiento los azules vagones con las águilas doradas. Yo contemplé las ruedas que giraban cada vez más de prisa, las ventanillas espejeantes y los techos de los vagones, pero solamente veía una cosa: que todo aquello estaba cubierto por el mirífico polvo recogido durante una larga ruta procedente del Sur, de Crimea...

Mi tren de cantón, simple y paciente, me aguardaba ante un andén separado, y yo me sentí feliz de su simplicidad y también de la soledad y el reposo que en él iba a poder disfrutar. Avilova, afectuosa y alegre, me dijo que esperaba volver a verme pronto en Orel y, con una sonrisa, me dio a comprender que no se le pasaba por alto la cómica tristeza que de pronto se había adueñado de mí. Al sonar la tercera campanada posé fervientemente mis labios sobre su mano y ella, por su parte, me besó tierna y suavemente en la mejilla. Entonces monté en el vagón y, en el mismo instante, éste sufrió una sacudida y se puso en movimiento. Inclinado sobre la ventanilla vi cómo se iba alejando su figura, mientras me hacía gestos de despedida con la mano.

Durante el viaje todo me pareció conmovedor: aquel pequeño tren que había empezado arrastrándose apenas y luego se había embalado desesperadamente, traqueteando y rugiendo; aquellas estaciones des pobladas en las cuales, no sé por qué, nos deteníamos interminablemente, y finalmente mi apartamento: a través de los cristales de las ventanas desfilaban los campos desnudos, y a continuación los abedules despojados que esperaban dulcemente la llegada de la primavera, de pobres horizontes. Pobre fue también el atardecer, vernalmente frío bajo un pálido cielo.

II

De Orel no me llevé más que un solo sueño: prolongar de cualquier modo, y lo más pronto posible, lo que había comenzado allá abajo. Sin embargo, cuanto más me iba alejando de la ciudad, tanto más frecuentemente la olvidaba, mientras contemplaba a través de los cristales el lento declinar del sol de abril. Y he aquí que, de pronto, en el vagón se convirtió todo en crepúsculo. También fuera iba cayendo sobre un rugoso bosque de encinas, cuyo rojizo ramaje apenas se había desembarazado aún de las últimas nieves invernales. Yo me puse de pie, cada vez

más emocionado. Ante mis ojos estaba el bosque de Subbotina, detrás del cual se halla en seguida Pisarévo. La máquina aulló tristemente, y sus aullidos parecieron perderse en el vacío.

Me fui apresuradamente a la plataforma, donde reinaba un frescor que podríamos llamar primordial. Lloviznaba. Ante la estación no había más que un vagón de mercancías. El tren lo rebasó, y yo salté a tierra en plena marcha. Me dirigí rápidamente hacia el andén, atravesé la estación —débilmente iluminada, infinitamente triste, pisoteada por los *mujiks*— y salí a un patio de suelo sucio y miserable después del invierno. Con las primeras sombras de la noche, apenas se percibía la silueta de un cochero. Se trataba de uno de esos *mujiks* que, viviendo en la proximidad de las estaciones, se hacen cocheros porque detestan su hogar y el trabajo, no obstante lo cual no les importa a veces esperar vanamente al cliente durante semanas enteras. Al verme, se precipitó hacia mí, asintió con entusiasmo a todas mis palabras y finalmente se mostró dispuesto a conducirme hasta el fin del mundo, si ello era preciso.

Un minuto más tarde me sentí dulcemente sacudido al ponerse en marcha su pequeño carricoche. Primero avanzamos a través de un pueblo salvaje y sombrío, y luego —siempre dulcemente—, por los campos oscuros, silenciosos y huraños. Más allá del negro mar de la gleba, en un lejano infinito, en las últimas luces del crepúsculo, el cielo parecía rociar sobre todas las cosas un suave verdor. La brisa era agreste, delicada, lluviosa. A lo lejos chapaleteaba la codorniz, y tímidas estrellas se insinuaban en el gran telón del cielo... Me sentía envuelto por el canto de las codornices, la primavera, la tierra y el recuerdo de mi primera juventud, solitaria y pobre.

El camino era interminable: diez verstas de trayecto por los campos desiertos, con un *mujik* que de pronto se había vuelto silencioso y enigmático. Al llegar a una cuesta saltó del asiento y, con paso monótono, caminó junto al caballo con el ramal en la mano.

Cuando entramos en Vassilievskoié pareció como si hubiera caído ya sobre la tierra lo más profundo de la noche: no se veía ni una luz, todo estaba como inanimado, como bajo los efectos de una muerte absoluta. Las isbás se destacaban a ambos lados de la calle que había que seguir para dejar atrás la aldea, atravesar un barranco por el pequeño puente y alcanzar así el camino que conducía hasta la casa de los Pisarev. Cuando nos aproximamos a ella, estaba envuelta en sombras poco prometedoras. Pero, de pronto, a través de los pinos del cercado, se vio brillar una luz en las ventanas. ¡Gracias a Dios que se hallaban despiertos todavía! Al pararse el coche ante la escalinata sentí alegría e impaciencia y, al mismo tiempo, un sentimiento de incomprensible malestar...

De Vassilievskoié partí a caballo bajo una clara y tranquila lluvia matinal que tan pronto amainaba como arreciaba, en tanto yo avanzaba a lo largo de los barbechos casi invadidos por las flores amarillas de las malas hierbas. En los campos se labraba

y sembraba. Los campesinos, con los pies descalzos, seguían el arado, vacilando al tropezar sobre el blanco surco que se iba formando y sobre el cual bullían algunas grullas de plumaje azul oscuro. Detrás de ellas marchaba a grandes pasos el sembrador, distribuyendo con generosidad el grano que lanzaba en forma de semicírculo.

Ya en Batourino, casi me produjo un mal el ser acogido con tanto afecto y efusividad. Recuerdo que, más que la alegría de mi madre, me emocionó la de mi hermana que, habiéndome visto a través de la ventana, salió a recibirme a la escalinata y me abrazó con una ternura como yo ni siquiera hubiera podido imaginar. En aquellos momentos me pareció sumamente deliciosa, tanto por su juventud como por aquel vestido nuevo que se había puesto en mi honor, según explicó, añadiendo:

—Esta noche he soñado que regresabas, y por eso te he estado esperando durante toda la mañana.

La casa me encantó también por su bella y frustrada ancianidad. En mi cuarto todo se encontraba como si yo acabara de salir de él: todo como en el pasado, todo en el mismo lugar, incluso la vela, medio consumida en el pesado candelabro de hierro, que había quedado sobre la mesa el día en que partí. Al entrar me persigné ante los iconos renegridos que se hallaban en un rincón, y luego miré a mi alrededor: por las viejas ventanas, en las cuales dominaban los cristales de color, se divisaban los árboles y el cielo. Una fina llovizna que lo azuleaba todo se derramaba sobre los ramajes verdeantes. En el cuarto, todo era un poco sombrío y profundo; el techo de madera era oscuro y liso; las paredes también estaban hechas de las mismas vigas oscuras y lisas, y lisas y pesadas eran igualmente las maderas de encina que formaban mi lecho.

Por la noche me acosté puro de alma y, en recuerdo de Anchen, tomé el *Faust* y lo abrí justamente por este pasaje:

*Schuff' mir ein Halstuch von ihrer Brust,
Ein Strumpflaund meiner Liebe last!*

III

Para hacer una nueva visita a Orel encontré el pretexto de que era preciso depositar cierto dinero en el Banco. Desde luego debo confesar que no entregué más que una parte y que el resto lo disipé, pero si bien éste no fue un acto muy brillante, que digamos, lo cierto es que yo le concedí muy poca importancia. En aquel tiempo yo procedía en general con una especie de resolución absurdamente feliz. Por lo demás, habiéndome entretenido más de la cuenta, me retrasé para tomar el tren de viajeros y tuve que arreglármelas para que se me permitiera viajar en la locomotora

de un tren de mercancías. Recuerdo que trepé por unos altos escalones de hierro que me condujeron a un lugar bastante sucio: allí me senté y miré. Los maquinistas iban vestidos con unas ropas muy grasientas y sus rostros también estaban grasientos y brillantes.

De pronto resonó un silbido ensordecedor y lentamente nos pusimos en marcha. ¡Cómo aumentó en seguida nuestro impulso! A nuestro alrededor, todo era sacudido, todo parecía estremecerse. El viento golpeaba desde fuera monótonamente, al compás de aquellos resoplidos rítmicos. En las paradas, en el tranquilo silencio de la noche y de las estaciones, se respiraba el aire perfumado de los bosques, mientras en los matorrales próximos chasqueaba y triunfaba el canto de los ruiseñores.

En Orel me había ataviado excéntricamente —finas botas de pisaverde, caftán negro, blusa de seda roja, gorra de noche— y al mismo tiempo me había comprado una silla de montar de magnífico cuero, una espléndida silla por la que estaba suspirando desde hacía mucho tiempo. De nuevo me apeé en Písarévo, a fin de comprar un caballo, pues precisamente aquel día había feria de ganado. Me uní a unos cuantos individuos ataviados como yo con el caftán y la gorra de nobles, y dado que ellos estaban muy habituados a aquella clase de ferias, acepté sus consejos cuando me propusieron que comprara un verdadero potro de caza y no el viejo castrado, con montura del Don muy usada, que me recomendaba el tratante.

Una vez en posesión de aquella excelente montura, al llegar el verano no permanecía ni tres días seguidos en Batourino, pues constantemente estaba visitando a los que se habían convertido en mis nuevos amigos después de haberme aconsejado que adquiriera precisamente aquel potro. Ahora bien; en cuanto ella vino de Orel, todo se me volvió visitar la ciudad.

Nuestros encuentros parecían muy alegres, y nada indicaba que pudiera llegar a cambiar alguna vez. Así las cosas, hacia el final del verano uno de esos amigos a los que me he referido, el cual frecuentaba también la casa de ella y vivía con su hermana y su padre en una pequeña finca situada no muy lejos de la ciudad, sobre el borde escarpado del Vorgol, nos invitó a una velada con motivo de celebrar una fiesta onomástica.

La comida sobre la inmensa terraza duró casi hasta el atardecer y la reunión se prolongó justamente hasta que comenzó la noche, en que se encendieron las lámparas y cesó de correr el vino y de escucharse los cantos y el sonido de las guitarras. Yo me había sentado a su lado, y retenía entre mis manos una de las suyas sin que ella se opusiera y sin que yo sintiera ningún rubor. En un momento determinado, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo tácitamente, nos levantamos de la mesa y abandonamos la terraza para adentrarnos en la oscuridad del jardín. Ella se detuvo entre las sombras tibias y, recostándose en el tronco de un árbol, me tendió sus brazos. A pesar de que la veía muy vagamente, adiviné inmediatamente su gesto y me acerqué...

Casi inesperadamente para nosotros sonaron los cantos roncros y en cierto modo

desesperadamente felices de los gallos, y un minuto más tarde el jardín quedó iluminado por una inmensa luz dorada que había ido surgiendo a lo lejos, más allá del jardín, sobre los campos amarillos. Entonces nos dirigimos a la escarpada que había sobre la barranca y ella, contemplando el firmamento que se incendiaba con los rayos del sol, comenzó a cantar la *Mañana* de Chaikovsky. Pero de pronto se estrelló contra una nota alta, inaccesible para su garganta, y, recogiendo los elegantes pliegues de su falda de batista, salió huyendo hacia la casa.

Yo me quedé quieto, incapaz no solamente de reflexionar, sino también de sostenerme sobre mis piernas. Me senté bajo las ramas de un viejo abedul que se alzaba sobre la barranca. Ya era casi de día, el sol había ascendido en el horizonte e, inopinadamente, como siempre sucede en los días de final de verano, se produjo una cálida y clara mañana. Yo recosté la cabeza en el tronco del abedul y me adormecí. Pero los rayos del sol se hacían cada vez más intensos, de forma tal que pronto me desperté bajo los efectos de un ardor y de una claridad que me hicieron levantarme y dirigirme como ebrio hacia la casa.

Todos dormían todavía, excepto el viejo señor de la finca. Por la ventana abierta de su gabinete, bajo la cual había una planta de lilas silvestres, se escuchaban sus toses, unas toses que daban a entender que le agradaba regalarse con la mañana campestre, con la primera pipa matinal y también con el primer vaso de té fuerte. Al escuchar mis pasos y el ruido de los gorriones que huían ante mí revoloteando en bandadas sobre las lilas brillantes bajo el sol, se asomó a la ventana ataviado con una vieja bata de seda turca rameada, y elevando su rostro espantoso a causa de los ojos hinchados y de su enorme barba blanca, sonrió con una extraordinaria bondad. Yo me incliné con un aire contrito y atravesé la terraza en dirección a la puerta abierta del salón, verdaderamente delicioso en su silencio y soledad matinales, con las mariposas que revoloteaban en él, los viejos papeles azules sobre las paredes, los sillones y los canapés. Me extendí sobre uno de esos canapés, enormemente incómodo por su forma curvada, y me dormí de nuevo. Pero casi al instante, según me pareció a mí, aunque lo cierto es que había dormido bastante tiempo, dos personas se acercaron a mí y, riéndose, se pusieron a hablar y a revolverme los cabellos. Abrí los ojos y vi a los dos jóvenes dueños de la casa, el hermano y la hermana, ambos morenos, con ojos de fuego, hermosos cada uno en su género. Me enderecé y me senté, y entonces me dijeron gentilmente que ya era hora de asearme y de desayunar. También me comunicaron que ella acababa de partir acompañada de Kouzmine. Me entregaron una notita, en la que decía: «¡No trates de volver a verme!». Me acordé de los ojos de Kouzmine, atrevidos, insolentes, color de abeja, y me llené de secreto furor.

Salí huyendo a una habitación en la que me esperaba una anciana vestida de negro, la cual tenía en la mano un jarro de agua que vertía sobre una jofaina. Cuando me puse a asearme, noté que el agua era muy fría, y la mujer me dijo:

—No tenemos agua de fuente; toda ella es de pozo.

Me entregó una toalla de lino y, después de haberme secado, me dirigí

inmediatamente a la puerta de entrada, tomé mi gorra y corrí hacia las cuadras. Mi potro relinchó dulce y tristemente para acogerme en la penumbra. La pobre bestia había quedado sin desensillar ante un pesebre vacío, y ahora tenía los flancos muy delgados. Tomé las bridas, salté a la silla, piqué con un salvaje entusiasmo y abandoné el patio. Al dejar atrás la casa me dirigí bruscamente hacia los campos, galopando derecho hacia las mieses brillantes. Detuve violentamente al animal junto al primer almiar y, saltando de la silla, me senté...

La bestia hacía ruido al tomar entre sus dientes y tirar hacia ella las espigas recogidas en gavillas y cuyos granos se derramaban diáfanos como el cristal. Como millares de pequeños relojes, las cigarras se removían con ardor por los rastrojos y entre las gavillas; los campos claros se extendían a mi alrededor, y eran como un desierto de arena. Yo no veía nada, no escuchaba nada; no hacía sino repetirme dentro de mi espíritu: «¡No trates de volver a verme!». Sin embargo, estaba persuadido con todo mi ser de haberla amado siempre con el amor más apasionado, y sabía, o por mejor decir sentía, que si no volvíamos a reconciliarnos, el uno o el otro tendríamos que morir.

Dominado por estos sentimientos de demencia, llegué al galope a la ciudad antes del amanecer.

IV

Después de esto me quedé bastante tiempo en la ciudad, pasando días enteros sentado junto a ella en el jardincito que había al fondo del patio, contiguo a la casa de su padre, un hombre indiferente, doctor liberal que no molestaba en nada a su hija. Desde aquella tarde en que llegué al galope de Vorgol y en que ella, al ver mi rostro, se había llevado las manos al pecho con un espanto infantil, ya no quedaba en ella ni rastro de lo de antes. Sin embargo, no era posible saber cuál era el amor más feliz, más absurdo, más fuerte, si el mío o el suyo, que se había revelado de pronto sin saber cómo ni por qué.

Finalmente, para darnos el uno al otro la ocasión de poder respirar un poco, resolvimos separarnos durante un cierto tiempo. Por otra parte, esto se hacía también necesario por el hecho de que me había declarado insolvente en el Hotel de la Nobleza y no podía vivir sereno, mucho más teniendo en cuenta que acababan de llegar las lluvias. De todas maneras diferí todo cuanto pude la separación, hasta que al fin un día me decidí y partí bajo un chaparrón para regresar a casa.

Una vez en ella, al principio me dediqué a dormir todo el tiempo, o bien deambulaba dulcemente de cuarto en cuarto, sin hacer nada, sin pensar en nada. Un día mi hermano Nicolás entró en mi habitación y, sentándose sin quitarse la gorra ni el caftán, me dijo:

—Así, amigo mío, no hay duda de que tu existencia novelesca se desarrollará

felizmente. Todo como en el pasado, ¿eh? «La zorra me lleva por sombrías selvas, por las pendientes montañosas». ¿Y qué es lo que hay detrás de esas selvas y de esos bosques? Lo desconocido. Desde luego lo sé todo, ¿comprendes? He oído hablar mucho y el resto lo adivino, porque todas esas historias están siempre hechas del mismo modo. Sin embargo, también sé que tú no sueles hacer cosas irrazonables. Pero, en suma: ¿cuáles son tus planes para el porvenir?

Yo respondí como bromeando:

—Cada cual es llevado por una zorra. Hacia dónde y por qué, eso es algo que nadie sabe. La Biblia dice: «Muchacho, mientras seas joven, ve a donde te guía tu corazón y a donde miren tus ojos».

Mi hermano guardó silencio y se quedó mirando al suelo y como escuchando el ruido de la lluvia sobre el declinante jardín de otoño. Después, tristemente, pronunció:

—Muy bien; ve, ve...

Yo estaba pleno de fuerza, y ésta me exigía obrar. Por lo tanto, todo me parecía verlo claro. Pero, cuanto más insistía en persuadirme a mí mismo de que era preciso escribirle una carta de adiós definitivo —todavía era posible, porque la última intimidad no había tenido lugar entre nosotros—, tanto más me sentía lleno de ternura por ella, de admiración, de una especie de noble enternecimiento por el amor que me daba, el encanto de sus ojos, de su rostro, de su risa, de su voz... Y, algunos días después, de pronto apareció en el patio de la casa un jinete mojado de la cabeza a los pies, un emisario que me tendió una nota húmeda: «No puedo más; te espero...». No me fue posible dormirme hasta el amanecer, agitado por el pensamiento de que dentro de unas horas la vería de nuevo, la escucharía...

Así, unas veces en casa y otras en la ciudad, vi cómo transcurría el otoño. Vendí la silla de montar y luego el caballo. Ahora, en vez de residir en el Hotel de la Nobleza me hospedaba en el albergue de Nikulina, situado en la Plaza de las Virtudes. De todos modos, la ciudad era ya muy diferente a aquella que conocí durante mis años de adolescente. Todo era cotidiano y monótono, y solamente al pasar a veces por la calle de la Asunción, por delante del jardín y del edificio del gimnasio, notaba algo próximo a mi alma, algo como vivido en otros tiempos.

Ahora, de la mañana a la tarde ambos estábamos sentados en una otomana en el comedor, esforzándonos vanamente en leer alguna cosa juntos, y casi siempre solos: el doctor se iba muy temprano a hacer sus visitas y el hermano acudía al gimnasio. Después de comer, el doctor dormía un poco y el estudiante se pasaba las horas correteando salvajemente, tropezando con *Tupi*, su perro rojo que, fingiéndose furioso, ladraba hasta echar los bofes y aprovechaba la menor ocasión para ascender hasta el primer piso por la escalera de madera.

Un día, aquellas sesiones monótonas, y posiblemente también mi sensibilidad inmoderada, la fastidiaron y comenzó a buscar pretextos para salir, frecuentar a sus antiguos conocidos y hacer nuevas amistades, mientras yo me quedaba solo en la

otomana, escuchando los gritos y las carcajadas del muchacho y los ladridos teatrales de *Tupi*. A través de mis lágrimas, contemplaba por las ventanas medio empañadas el cielo de un gris sucio, que a veces parecía desaparecer entre las volutas azuladas de mis cigarrillos.

Inesperadamente le sucedió algo extraño, y desde entonces comenzó a quedarse en casa, a mostrarse tan cariñosa y buena conmigo que perdía la noción de lo que pudiera ser en el fondo.

—Bien, querido —me dijo en cierta ocasión—. Evidentemente, todo debe ser así... —y en un acceso de alegría nerviosa, se puso a llorar.

Esto sucedió después de comer, cuando todo el mundo en la casa caminaba sobre la punta de los pies para no turbar el sueño del doctor.

—De todos modos —añadió—, no hay nadie en el mundo a quien yo quiera más que a mi padre.

Cada vez que me decía una cosa semejante me dejaba asombrado por el excesivo cariño que, ciertamente, parecía tenerle a su padre. Pero he aquí que de pronto apareció el muchacho y, distraída y rápidamente, murmuró que el doctor me rogaba que pasara a verle a su cuarto. Ella se quedó pálida. Yo le besé la mano y salí con paso firme.

El doctor me acogió con la alegría de un hombre que acaba de despertar de un sueño agradable y se ha lavado a continuación. Hizo un cigarrillo y lo encendió.

—Mi joven amigo —comenzó, invitándome a fumar también—, hace tiempo que deseaba entretenerme con usted. Supongo que ya se imaginará de qué se trata. Usted sabe bien que soy un hombre sin prejuicios, pero el hecho es que tengo en mucho aprecio la felicidad de mi hija y que a usted le estimo también, y por eso mismo me parece conveniente que hablemos con absoluta franqueza, de hombre a hombre. Tengo la certeza de que es usted muy bizarro, pero la verdad es que no le conozco del todo. Antes de nada, dígame por favor qué es usted —concluyó con una sonrisa.

Enrojeciendo y palideciendo, aspiré con fuerza el humo de mi cigarrillo. Era muy sorprendente el que me preguntara qué era yo. Estuve tentado de responderle ferozmente, a la manera de Goethe (acababa de leer *Eckermann*): «Yo no me conozco a mí mismo, ¡y Dios me guarde conocerme!». Sin embargo, me limité a contestar modestamente:

—Usted sabe que escribo... Continuaré escribiendo, para perfeccionar mi estilo... Viviré del dinero que comienzo ya a ganar...

Y añadí repentinamente:

—Puede ser que me prepare para ingresar en la Universidad.

—Me parece bien que desee ingresar en la Universidad —repuso el doctor—. Aunque le advierto que eso no debe tomárselo como si fuera un juego. Por otra parte, ¿en qué actividad piensa prepararse? ¿En la literatura solamente o también en la acción social?

De nuevo me vinieron tonterías al espíritu, de nuevo Goethe: «Yo vivo con el

sentimiento de la intolerable inconsistencia de toda cosa terrenal... La política no puede ser jamás obra de poesía»...

—La acción social es algo que no concierne a un poeta —respondí.

El doctor me consideró con un ligero asombro.

—Así, pues, según usted, Nekrásov, por ejemplo, ¿no es un poeta? Pero, no obstante, si está un poco al corriente de la vida social, ¿sabe qué es lo que anima y agita en el momento presente a todo ruso honesto y cultivado?

Yo reflexioné y me representé lo que sabía: todo el mundo hablaba de reacción; se decía que ya no quedaba piedra sobre piedra de todas las felices iniciativas de «la época de las grandes reformas», que Tolstoi nos invitaba a retirarnos «a una célula», que vivíamos ciertamente en el «Crepúsculo» de Chejov... También me acordé del pequeño libro de aforismos de Marco Aurelio, difundido por los tolstoianos. «La experiencia me ha enseñado cuán secas son las almas de esas gentes que pasan por aristócratas». Acto seguido me vino a la memoria la imagen de un viejo muy triste, tolstoiano o tal vez perteneciente a cualquier secta, con el cual navegué durante la primavera por el Dniéper. Constantemente, aunque a su manera, me repetía las palabras del apóstol San Pablo: «Así como el Señor tiene sentado a su diestra a Cristo, superior a todo mandato, a todo poder y a todo nombre que pueda ser evocado no solamente en el presente siglo sino también en el futuro, así nosotros combatimos contra todo mandato, contra los tenebrosos poderes mundiales de este siglo...». Y, al rememorar estas palabras, se despertó en mí mi antigua inclinación hacia la doctrina de Tolstoi, que tendía a liberarnos de todas las ligaduras y pecados sociales, al mismo tiempo que se rebelaba contra todos los tenebrosos poderes mundiales de este siglo... Puesto que yo también los detestaba, le hice al doctor lo que pudiéramos llamar un sermón tolstoiano.

—Así, según usted —me dijo—, la única solución ante todos los males y calamidades, ¿reside en esa famosa inacción, en esa no-resistencia?

Yo me apresuré a contestar que era partidario de la acción y de la resistencia, pero llevadas a cabo «de una manera muy particular». La verdad es que mi criterio tolstoiano estaba formado por fuertes sentimientos contrarios que habían suscitado en mí Pedro Bézoukhov, Anatol Kouzakhine, la princesa Serpoukhoskoï de «Kholstomier» y los terribles cuadros de la suciedad y miseria de las ciudades trazados en un determinado artículo que yo había leído, así como por un sueño poético de vida, de amor y trabajo en plena naturaleza, entre el pueblo, sueño nacido en mí de la lectura de los *Cosacos* y también de mis propias impresiones de la Pequeña Rusia. ¡Qué felicidad sería sacudir el polvo de nuestros zapatos y de nuestra injusta vida, reemplazándola por una existencia pura en cualquier parte, en una finca de la estepa, en una pequeña casa enjalbegada a la orilla del Dniéper! Le dije algo de todo esto al doctor, y él pareció escucharme atentamente, aunque, según me pareció, con una indulgencia excesiva. Por un momento sus ojos se enturbiaron y sus mandíbulas apretadas temblaron con un acceso de bostezo, pero se reprimió y dijo:

—Sí, sí, le escucho... Así, ¿usted no busca personalmente, para usted mismo, ningún bien de «este mundo»? Le advierto que eso es algo muy individual. Yo, por ejemplo, le confieso que estoy muy lejos de admirar al pueblo, al cual conozco demasiado bien por desgracia: no creo ni mucho menos que él sea el pozo y la fuente de toda sabiduría, como tampoco estoy obligado a afirmar con él que la tierra reposa sobre tres ballenas. Ahora bien: mi intención no es darle a usted una lección en ese sentido. En todo caso, me siento dichoso por haber tenido esta pequeña charla. Y ahora, si me lo permite, volveré al punto de partida. Le hablaré brevemente y, perdóneme, también con firmeza. Cualesquiera que sean los sentimientos que puedan existir entre usted y mi hija, y sea cual fuere el desarrollo en que dichos sentimientos puedan hallarse, debo decirle por anticipado que a ella le concedo la mayor libertad en sus actos, no obstante lo cual, si llega el caso en que decide ligarse a usted con un sólido lazo y me pide, por así decirlo, su bendición, hallará en mí la más rotunda negativa. Y eso a pesar de que usted me es muy simpático y yo le deseo toda suerte de éxitos. Ahora bien. Usted se preguntará seguramente por qué estoy dispuesto a proceder así, y a eso le responderé de un modo vulgar: porque no puedo verles a los dos desgraciados, vegetando en la necesidad, expuestos a los azares de una existencia indeterminada. Después de todo, si realmente hemos de hablar con entera sinceridad, ¿qué es lo que hay de común entre ustedes dos? Ella es una muchacha bonita y, ¿por qué silenciar las cosas?, demasiado frívola —hoy se encapricha de esto y mañana de lo otro— para que sueñe con la célula de Tolstoi. Observe cómo se viste y engalana. Con esto no quiero decir, naturalmente, que sea una depravada, sino simplemente que no es la mujer más indicada para hacerle a usted la pareja, según suele decirse...

Ella me esperaba al pie de la escalera y me acogió con los ojos interrogadores, dispuesta a espantarse. Cuando le transmití altivamente las últimas palabras del doctor, bajó la cabeza y dijo:

—No; yo no haré jamás nada en contra de su voluntad.

V

Durante mi estancia en el albergue de Nikulina, algunas veces salía y caminaba sin rumbo, primero por la Plaza de las Virutas y después por detrás del monasterio, donde había un viejo y grande cementerio rodeado de antiguas murallas. Allí no se sentía otra presencia que la del viento que silbaba, la tristeza y la desolación, la eterna quietud de las cruces y de las losas olvidadas por todos, abandonadas. Había también algo que suscitaba la sensación de lo desierto, algo parecido a una idea solitaria e imprecisa sobre alguna cosa. Encima de la puerta había pintada una inmensa llanura toda ella trastornada por tumbas que se abrían, por piedras funerarias tiradas a un lado, por esqueletos saliendo a la superficie, por seres pertenecientes a tiempos inmemoriales, todos ellos envueltos en blancos sudarios. Y un ángel inmenso volaba

sobre aquellos agujeros haciendo sonar su trompeta.

En el albergue reinaba una paz otoñal, provinciana, y casi siempre estaba desierto porque no solían venir a él más que algunas personas de las aldeas. Yo entraba, pasaba por el patio, ascendía la larga escalera de piedra, atravesaba la entrada oscura, después la cálida y amplia cocina y ganaba las salas del interior: allí se encontraba el cuarto de la patrona y una pieza de grandes divanes sobre los cuales dormían los escasos huéspedes, pertenecientes a la pequeña burguesía y al clero. Todo era tranquilidad y limpieza. El silencio quedaba interrumpido por el sonido regular de un despertador niquelado que había sobre la cómoda en el cuarto de la patrona.

—¿Ha estado usted paseando? —solía preguntarme con un tono acariciante, con una sonrisa de gentil indulgencia.

¡Qué voz más encantadora y armoniosa la suya! Era una mujer metida en carnes y con el rostro redondo. A veces no podía considerarla con calma, sobre todo en ciertas tardes en que, muy enrojecida, salía del baño y se ponía a beber su té despaciosamente, con los cabellos todavía húmedos, los ojos con un brillo apacible y lánguido, reposando en blanca camisola de noche su cuerpo flexible y limpio. Y de pronto se oían golpes. La sirvienta cerraba cuidadosamente los postigos de la ventana y los atrancaba de un modo que recordaba antiguas épocas de peligro. Nikulina se levantaba, ajustaba en los alvéolos sus fustes de hierro y volvía a continuar tomando su té. Entonces uno se sentía más a sus anchas en la estancia. En mi mente se producían extrañas ideas: abandonarlo todo y quedarme allí para siempre, en aquel simpático albergue, durmiendo en aquella tibia estancia bajo el arrullo del eterno tic-tac del despertador.

Encima de uno de los divanes había suspendido un cuadro que representaba un bosque extraordinariamente verde y una cabaña ante la cual había un viejo menudito y humildemente inclinado, con la mano posada sobre la cabeza de un oso negro, igualmente humilde y resignado. Un poco más allá, también sobre otro diván, había una cosa absolutamente absurda para quienquiera que tuviera que pasar la noche allí: la fotografía de un viejo en su ataúd, un viejo grave, con el rostro blanco y levita negra. Era el difunto marido de Nikulina.

Desde la cocina, al ritmo de la larga velada de otoño, llegaban gritos refrenados y una especie de balada: «Ante la iglesia había una comitiva; era una rica boda...». La cantaban las muchachas del arrabal, empleadas para cortar las berzas que habían de ser usadas durante todo el invierno, y en todo aquello, en aquella mansión pequeño burguesa, en aquel rumor rítmico de las criadas, en el viejo cuadro popular, incluso en aquel difunto donde la vida parecía continuar, residía para mí, hombre sin refugio y sin hogar, una profunda melancolía: «Porque el pájaro encontrará su morada y la tórtola su nido...».

En noviembre partí para mi casa. Al despedirnos convinimos en volvernos a encontrar en Orel: ella partiría el primero de diciembre, y yo, a causa de las conveniencias, por lo menos una semana más tarde. Una vez en casa, me puse a esperar la fecha indicada, pero el primero de diciembre, no pudiendo aguantar por más tiempo mi impaciencia, en una noche de luna glacial me fui a galope a Písarévo, a fin de tomar plaza justamente en el tren en que ella debía abandonar la ciudad. ¡Cómo veo, cómo siento aquella noche fabulosamente lejana! Me veo a medio camino entre Batourino y Vassilievskoïé, sobre un liso campo nevado. Los dos caballos volaban lanzando al aire partículas de nieve que parecían centellear bajo sus brillantes herraduras. A veces se sumergían en la blanca masa, redoblaban sus esfuerzos, se enredaban entre los aflojados arneses, daban por fin un salto fogoso y arrancaban en un galope brusco.

Todo volaba y se precipitaba y, al mismo tiempo, parecía inmóvil, a la espera. A lo lejos, bajo la luna, se plateaba la costra escamosa de la nieve; la luna blanqueaba envuelta de bruma, rodeada por un anillo místicamente triste. De todo, el más inmóvil era yo, como si estuviera coagulado en aquel galope y en aquel sopor que me producía la espera. Acariciaba dulcemente cierto recuerdo de una noche semejante, en ruta hacia Batourino, en una época en que era todavía puro, inocente y alegre, con la alegría de los primeros días de la adolescencia, con las primeras embriagueces poéticas producidas por aquel mundo que trascendía de los volúmenes traídos de Vassilievskoïé: de sus epístolas, elegías, baladas:

Galopan. Todo está desierto...

La estepa, a los ojos de Svétlana...

¿Dónde estaba ya todo aquello? Pensaba en ello, sin evadirme ni un solo minuto de mi estado principal, que era de sopor y de espera. «Galopan; todo está desierto a mi alrededor», me dije mecido por el ritmo del galope (ese ritmo de movimiento que ejerce siempre sobre mí un poder encantador), y sentí un entusiasmo casi mítico, como sólo lo había experimentado años atrás. Arropado en mi pelliza de piel de oso, la realidad no estaba representada para mí sino por aquel peón con su casaca cubierta de nieve y por aquella paja de avena metida debajo del asiento.

Más allá de Vassilievskoïé, en un brusco descenso, uno de los caballos se cayó y rompió una de las varas. Mientras el peón la reparaba, a mí me acometió el temor de perder el tren y mi impaciencia sólo decreció cuando de nuevo nos pusimos en marcha. Cuando por fin llegamos a Písarévo, gasté todo mi dinero en adquirir un billete de primera clase —ella viajaba siempre en primera clase—, después de lo cual me precipité en el andén.

Todavía recuerdo aquella claridad lunar, enturbiada por su vapor glacial, en la cual se perdía la luz amarilla de los faroles y de las ventanas iluminadas de telégrafos. Por lo demás, como el tren estaba a punto de llegar, miré el confuso horizonte

nevado, sintiéndome helado por un frío interior. Inopinada y estrepitosamente resonó la campana de la estación, y entonces las puertas rechinaron y se oyeron los pasos apresurados de los que salían de las salas de espera. Y he aquí que, como un negro despeluzno, apareció a lo lejos la locomotora: se veía avanzar, lenta y terriblemente, el triángulo de fuego confusamente rojo. El tren parecía acercarse a duras penas, cubierto de nieve, rechinando, gimiente... Yo ascendía al vagón y penetré en su interior: ella estaba allí, con la pelliza en las espaldas, en la penumbra, muy sola en el vagón, mirándome fijamente a la cara...

El vagón era viejo, montado sobre tres pares de ruedas, y ya en marcha chasqueaba constantemente a causa del hielo, daba bandazos y chirriaban todas sus puertas; sus vidrios helados tenían juegos de luz diamantina... Y nosotros nos sentíamos en alguna parte lejana, envueltos por el influjo de la noche... Todo sucedió sin que apenas me diera cuenta, sin que lo hubiera querido siquiera; y cuando ya estuvo consumado el hecho, me sentí profundamente impresionado por la idea de que había llegado verdaderamente hasta el fin, hasta lo irreparable... Ella se levantó con el rostro enrojecido, como si no viera nada, se arregló los cabellos y, cerrando los ojos, se sentó en un rincón y asumió una actitud inaccesible...

El vagón era de aquellos que comenzaban a hacerse raros: una especie de salón, una mesa para jugar y a su alrededor grandes divanes de terciopelo rojo... Cada vez que ahora hallo en cualquier encrucijada perdida un vagón parecido, infaliblemente un relámpago silencioso me atraviesa dulcemente.

VII

El invierno lo pasamos en Orel.

Yo me alojé en un pequeño hotel y ella, como otras veces, en la casa que Avilova tenía en la redacción. Allí estábamos casi todo el día, excepto en las horas más íntimas, que las pasábamos en mi hotel.

Era una felicidad poco fácil, agotadora...

Recuerdo que una tarde ella se había ido a patinar y yo me había quedado en la redacción, pues ahora comenzaban a darme algún trabajo y un salario. Como Avilova había salido también para acudir a una reunión, la casa estaba desierta y tranquila y el tiempo se hacía interminable. El farol encendido que había en la calle tenía un aire melancólico e inútil para todos, los pasos de las gentes que se acercaban y se alejaban, su chasquear sobre la nieve, parecían llevarse algo mío, arrebatarme algo. La verdad es que mi corazón languidecía de angustia, de desprecio y de celos. Me atormentaba la idea de que me encontraba allí sujeto a un trabajo absurdo, indigno de mí, al que me había rebajado por ella, mientras por su parte estaba en cualquier parte, allá abajo, sobre aquel estanque helado, cercado de montones de blanca nieve y por negros abetos, ensordecido por la música militar, inundado de la luz violeta del gas y

sembrado de negras formas volantes. Entre todas aquellas cosas, seguramente se sentía feliz, en tanto que yo...

De pronto tintineó la campanilla de la puerta y la vi entrar con su viveza acostumbrada. Llevaba un vestido gris, una toca de *petit-gris*, y en las manos sostenía los patines brillantes. De súbito, en la sala se llenó todo gozosamente de su frescor, de la hermosura de su semblante arrebolado por el frío y el movimiento.

—¡No sabes qué fatigada estoy, querido! —exclamó pasando a su habitación.

Yo la seguí y vi cómo se sentaba en un diván, con una sonrisa de laxitud y sin abandonar los patines. Con un sentimiento doloroso y ya habitual, consideré el alto lazo de sus zapatos y su pierna cubierta por una fina media gris, visible bajo la corta falda, cuya tela de lana sólida me atormentaba de deseo. Tal vez por ello me puse a regañarla, diciéndole que resultaba inadmisibles que no nos hubiéramos visto en todo el día. Y repentinamente, con un sentimiento mezcla de ternura y de piedad, me di cuenta de que dormía. Ya iba a alejarme, cuando abrió los ojos y, con un tono acariciador y triste, pronunció:

—Casi he oído todo lo que has dicho, querido. No te enfades, pero es que estoy muy fatigada. Sí, para que me haya dormido forzosamente debo estar terriblemente cansada. ¡Si supieras cuánto he vivido durante este año!

VIII

Para encontrar un pretexto que le permitiera vivir en Orel, ella comenzó a estudiar música. Yo también hallé un pretexto: trabajar en «La Voz». Al principio me gustaba trabajar e incluso me encantaba la rectitud de mi nueva existencia, puesto que, satisfaciendo una de mis necesidades, me hacía abandonar las inclinaciones propias de la vida corriente. Luego comencé a preguntarme cada vez más a menudo si aquella vida era la que yo había soñado. Probablemente había llegado a todo mi apogeo. Y, sin embargo, cuando el mundo entero debía estar a mi alcance, la verdad es que ni siquiera poseía un par de chanclos. Eso por el momento. ¿Y en el futuro? Me empezó a parecer que no todo marchaba felizmente en nuestras relaciones, en la concordancia de nuestros pensamientos y gustos, y puede ser que hasta en su fidelidad. Ese «eterno conflicto entre sueño y realidad», ese «eterno imposible» de un amor pleno y completo, los viví aquel invierno con toda la violencia de una novedad que resultaba inicua incluso a mis propios ojos.

Sufría lo indecible cuando iba con ella invitado a ciertas fiestas. En los momentos en que bailaba con alguien que era atractivo y astuto, observaba su satisfacción y el rápido centelleo de sus faldas y piernas. Me dolía en el corazón la música por su enérgica y ruidosa melodía, y a veces hasta me hacía saltar las lágrimas, sobre todo cuando sonaban los vales. Todo el mundo la admiraba cuando danzaba con Turdjaninov, un oficial extremadamente alto, de cara oscura y alargada y ojos pardos

y fijos. La atraía estrechamente y la hacía girar con suavidad, mirándola con insistencia de arriba abajo. Entonces, en su cara levantada hacia él había algo de contento y a la par de infelicidad. Todo ello encantador y al mismo tiempo infinitamente odioso para mí. ¡Cómo pedía a Dios que ocurriese algo extraordinario, algo así como que de repente él se inclinase a besarla, para de ese modo concretar y saciar la opresiva espera del helamiento de mi corazón!

—Tú solamente piensas en ti mismo y en que todo se realice según tus deseos — me dijo en cierta ocasión—. Seguramente no tendrías ningún inconveniente en arrancarme alegremente de toda mi vida particular, de todo ambiente social, para aislarme de todos como haces tú mismo.

Era verdad. Por una ley misteriosa que exige que en todo amor, y particularmente en el amor hacia una mujer, entre un sentimiento de piedad y una cariñosa ternura, yo detestaba furiosamente —sobre todo en público— aquellos momentos en que se mostraba con toda su alegría, excitación, deseo de gustar y destacarse de cualquier manera. Anhelaba con ardor su sencillez, su silencio, su humildad, su desamparo y aquellas lágrimas que conseguían abultar sus labios infantilmente. En sociedad acostumbraba realmente a quedarme alejado, vigilándola maliciosamente y alegrándome interiormente de mi aislamiento y mala voluntad que afilaba agudamente mi sensibilidad, mi perspicacia y clarividencia de todos los defectos humanos. ¡Qué intimidad quería tener yo entonces con ella y cómo sufría por no poder alcanzarla!

A menudo le leía versos.

—¡Escucha qué formidable es esto! —exclamaba—. «Lleva mi alma a la tintineante llanura donde se siente la tristeza de la media luna vertiendo su luz sobre las mieses».

—Sí, está muy bien —asentía sin demostrar la menor exaltación, con la mejilla apoyada en ambas manos y mirándome de soslayo, tranquilamente y con indiferencia—. Pero ¿por qué «la media luna vertiendo su luz sobre las mieses»? ¿Es de Fetz? En sus obras describe demasiado a la Naturaleza.

En casos así me indignaba. ¡Descripción! Y entonces me imponía el deber de explicarle que no existe ninguna naturaleza diferente de la nuestra y que hasta la más mínima vibración del aire es un movimiento de nuestra vida particular. Ella se reía:

—Solamente las arañas viven así, cariño.

Entonces le recitaba:

*¡Qué tristeza! El fondo de la alameda
de nuevo esa mañana desapareció en el polvo,
y otra vez las serpientes plateadas
se arrastraron sobre las altas nieves...*

Ella me preguntaba:

—¿Qué serpientes?

Tenía que explicarle que se trataba de la tempestad de nieve que arrasaba la tierra. Poniéndome pálido le leía:

*Confusamente miraba la noche helada
desde el portal de mi pequeña choza...
Tras los montes y bosques, en un vaho de nubes,
brillaba un pálido rayo de luna.*

—Cariño —me decía—, yo nunca he visto todo eso. Entonces le leía con un secreto reproche:

*Los rayos de sol entre las nubes eran altos e intensos
y tú, junto al banco, dibujabas en la brillante arena.*

Me escuchaba con condescendencia, pero únicamente porque se imaginaba ser ella quien estaba en el jardín dibujando en la arena con la contera de un lindo paraguas.

—Es realmente delicioso —afirmaba—. Pero basta de versos. Acércate un poco... ¡Tú siempre estás descontento de mí!

No pocas veces le contaba cosas de mi niñez, de mi primera juventud, del encanto poético de nuestra finca, de mis padres y de mi hermana. Ella me escuchaba con una indiferencia implacable. Me hubiera gustado verla triste y compasiva cuando le hablaba de la pobreza que había caído en la vida de nuestra familia desde hacía mucho tiempo. Cuando le expliqué que en cierta ocasión habíamos quitado todas las joyas que adornaban a nuestros viejos iconos y las habíamos ido a empeñar a Mecherenov, a casa de una vieja solitaria que tenía un horrible aspecto oriental, y era bigotuda y de ojos saltones, en vez de encontrar en ella tristeza y compasión la oí decir sin el menor asomo de emoción:

—Desde luego eso es horrible.

Cuanto más tiempo vivía en la ciudad, más inútil me sentía, y también más abandonado. Incluso Avilova había cambiado de actitud respecto a mí: ahora me parecía seca y burlona. Así es que, cuanto más oscura y aburrida se iba volviendo mi vida, más ganas tenía de aislarme con ella para leerle y contarle cosas que logaran desahogarme. La habitación que yo tenía en el hotel era estrecha, gris, espantosamente triste a causa de la pobre maleta, de aquellos escasos libros que constituían toda mi riqueza y de las noches solitarias que pasaba recordando viejos tiempos, siempre a la espera del amanecer en que, indefectiblemente, llegaba hasta mí el primer tañido profundamente helado e invernal del campanario vecino. Su habitación era también estrecha. Se hallaba al final del corredor, junto a la escalera que conducía a la buhardilla; pero tenía ventanas que daban al jardín, era tranquila y en su interior ardía una estufa en cuanto llegaba el anochecer. Sabía recostarse en las almohadas del diván con extraordinaria comodidad, recogiendo debajo de sí sus

originales zapatillas. Yo le recitaba:

*La tormenta resonaba a medianoche
a lo lejos, en el bosque perdido.
Ella y yo nos sentamos el uno frente al otro,
mientras la tetera silbaba sobre el fuego...*

Pero todas aquellas tempestades de nieve, aquellos bosques y campos, así como la alegría del goce poético y salvaje de la vida y del fuego, le resultaban especialmente aburridos.

Durante mucho tiempo creí que me bastaría decir: «¿Conoces esos caminos otoñales de color violeta, heridos por las huellas de los caballos y brillantes bajo el ocaso como una cegadora cinta de oro?» para despertar su entusiasmo. Le conté que en cierta ocasión, muy avanzado ya el otoño, mi hermano Jorge y yo nos fuimos a comprar un pinar para hacer leña. En aquellos momentos caía una lluvia muy fina, cuyas gotas brillaban bajo los pálidos rayos del sol. Primero, en compañía de algunos *mujiks*, avanzamos en el carruaje por el gran camino y luego por la llanura llena de vegetación que tenía un extraordinario aspecto de liberación, pintoresco y tranquilo. También le dije que sentí una inexplicable lástima por aquel bosque cubierto de arriba abajo de hojas amarillentas cuando los *mujiks* lo rodearon torpe y brutalmente, lo examinaron por todos lados y, escupiendo en sus zarpas de leñadores, tomaron sus hachas y comenzaron a golpear en los troncos negros que pronto fueron haciéndose blancos al perder su corteza.

—No puedes imaginarte qué horriblemente triste estaba todo aquello y cómo brillaba y se derrumbaba —le dije convencido de que con dicho tema me sería posible escribir un relato.

Pero ella se alzó de espaldas.

—No sé por qué tienes que preocuparte tanto por esas cosas, querido.

Uno de mis goces más complicado y penoso lo constituía la música. ¡Cómo la amaba cuando tocaba algo maravilloso! ¡Cómo se agotaba mi alma con mi exaltada y convencida ternura hacia ella! Escuchándola, frecuentemente pensaba: «Si alguna vez nos separamos, ¿cómo podré escuchar solo esta música, cómo podré disfrutarla sin compartir con ella este amor y esta alegría?». Sin embargo, cuando hacía consideraciones sobre lo que me desagradaba, me mostraba tan duro en mis críticas que ella se exasperaba.

—¡Nadia! —gritaba, abandonando el teclado y volviéndose bruscamente hacia la habitación contigua—. ¡Nadia, oye lo que dice éste!

—Y lo que seguiré diciendo —replicaba yo—. Las tres cuartas partes de alguna de esas sonatas son de una vulgaridad espantosa, no son sino un verdadero barullo. ¡Semejan el ruido de una cabalgata fúnebre! ¡Parecen el ruido de unas cataratas! ¡Son peor que las «profecías» pesimistas que escriben los malos autores!

Ella sentía una gran pasión por el teatro que yo odiaba, convencido como me

hallaba de que el talento de la mayoría de los actores y de las actrices consiste en destacar un poco sobre los que interpretan papeles secundarios. Aquellas payasadas con cintas de seda color cebolla y chales turcos, a base de diversas muecas y dulces palabras; aquellos ciudadanos gesticulantes; aquellos insignificantes Repetelovi; aquellos insípidos e inútiles Chatzkie; aquellos Hamlet en batín, con sombreros de curvada pluma, con negras cintas de terciopelo en las pantorrillas y planas sandalias de proletarios, todo ello me hacía temblar. ¿Y la Ópera? Un Rigoletto con sus piernas despatarradas contra todas las leyes de la estética. Susanin, alzando los ojos hacia el cielo y diciendo con vanidosos efectos de voz: «¡Te levantarás, aurora mía!». El molinero de *Rusalka*, con sus manos delgadas como sarmientos y sus harapos destrozados como si se hubiera cebado en él una jauría de perros sarnosos.

En nuestras discusiones sobre el teatro nunca llegábamos a ponernos de acuerdo, hasta el punto de que perdíamos toda concesión recíproca y toda comprensión mutua. Cada vez que regresábamos de una función nos gritábamos sin dejar dormir a Avilova hasta las tres de la madrugada, y yo maldecía, no solamente a los actores sino también a Gogol, a Ostrowsky y a Dostoyevski.

—Bueno, supongamos que tengas razón —gritaba ella, pálida ya y por lo tanto particularmente hermosa—. ¿Es que por eso te has de enfurecer de tal manera? Yo no comprendo cuál es el verdadero motivo. Nadia, pregúntaselo tú.

—No hace falta que me lo pregunte. La verdad es que cuando oigo a un actor pronunciar la palabra «aroma» siento unos enormes deseos de estrangularlo —replicaba yo.

El mismo griterío se armaba entre nosotros cada vez que volvíamos de alguna velada celebrada entre la buena sociedad de Orel. Sentía el apasionado deseo de hacerle participar de mis voluptuosidades de observación; quería contagiarla de mi despiadado trato a todos los que me rodeaban, pero comprobaba con verdadera desesperación que el resultado era completamente opuesto a mi deseo de que solidarizase con mis ideas y sentimientos. Un día le dije:

—¡Si supieras cuántos enemigos tengo!

—¿Cuáles son? —me preguntó—. ¿Dónde están?

—En todas partes: en el hotel, en las tiendas, en la calle, en la estación...

—¿Quiénes son, en fin de cuentas, tus enemigos? No te comprendo.

—¡Son todos, sí, todos! ¡Qué cantidad de caras y cuerpos asquerosos! Hasta el apóstol San Pablo dijo: «No todas las criaturas humanas pueden ser consideradas como tales, sino más bien como animales». Algunos andan inclinados hacia adelante de tal manera que no parece sino que acaban de dejar de caminar a cuatro patas. Ayer fui siguiendo por la Boljoskoi a un oficial de anchos hombros y de aspecto corpulento y pausado... y no te puedes figurar de qué modo creía hallarme ante una bestia.

Me comprendió al fin.

—¡Qué desvergonzado eres! —exclamó con despreciativa compasión—. ¿Es posible que seas tan malvado? En general nunca te comprendo. ¡Eres una continua

contradicción!

IX

Y, sin embargo, cuando llegaba por la mañana a la redacción me sentía feliz al encontrar en el perchero su abrigo de piel gris en el que parecía que estuviera ella misma, o por lo menos una parte muy femenina de su ser. También resultaban conmovedores aquellos lindos botines que se veían por debajo del perchero. Con la impaciencia de verla lo más pronto posible llegaba antes que nadie y, sentándome ante mi mesa, miraba y redactaba la correspondencia para las provincias, leía los periódicos de la capital y copiaba casi por completo algunos relatos de los cronistas provinciales, sin que en el fondo me interesara lo más mínimo todo ello. Mi oído estaba constantemente aguzado, hasta que al fin escuchaba unos rápidos pasos y un frotamiento de faldas: en el mismo instante aparecía ante mí con las manos frescas y perfumadas y una luz juvenil en los ojos. Miraba a su alrededor para cerciorarse de que nadie la podía sorprender, y luego se precipitaba sobre mí y me abrazaba y me besaba.

Algunas veces madrugaba más que yo y se presentaba en mi hotel, aromada por el frío aire invernal. Yo besaba su cara fresca como una manzana y apresaba entre mis manos aquello tan caliente y tierno que era su cuerpo y su ropa. Pero ella me rechazaba riendo y decía:

—¡Déjame, que he venido solamente para trabajar! —después de lo cual llamaba al camarero y le ordenaba que limpiara la habitación, en cuya tarea le ayudaba ella.

En cierta ocasión oí por casualidad una conversación que sostenía con Avilova. Estaban sentadas en el comedor y hablaban abiertamente de mí creyendo que no podría escucharlas. En aquellos momentos Avilova preguntaba:

—Bueno, querida Lika, ¿y qué pasará luego? Tú sabes cómo le trato. Desde luego es muy simpático. Yo comprendo que te hayas encaprichado con él, pero ¿y luego?

Me sentí como precipitado en un abismo. ¡De modo que sólo era «muy simpático»! Y, en cuanto a ella, únicamente se había «encaprichado» conmigo.

La respuesta fue todavía más terrible:

—¿Y qué puedo hacer? La verdad es que no encuentro ninguna solución...

Estas palabras me produjeron tal rabia que ya estaba dispuesto a irrumpir en el comedor y gritar que sí había una solución, la de que yo me fuera antes de una hora de Orel, cuando ella volvió a decir:

—¿No te das cuenta, Nadia, de que le quiero realmente? Además, creo que tú no le conoces. Es mil veces mejor de lo que parece.

Sí, aquel invierno yo podía parecer mucho peor de lo que era. Vivía en tensión, en una constante ansiedad, muy a menudo trataba a la gente con dureza y con mucha más frecuencia caía en estados de angustia y desesperación. Sin embargo, cambiaba

fácilmente cuando veía que nada amenazaba nuestra armonía y que nadie se inclinaba hacia ella: entonces resurgía en mí la innata necesidad de ser bueno, feliz y sencillo de corazón. Cuando estaba seguro de que en alguna reunión a la que teníamos el propósito de acudir no iba a sentir ninguna vejación, ningún dolor, ¡con qué alegría me preparaba, con qué complacencia me miraba en el espejo, admirando mis ojos, la mancha roja de mis jóvenes mejillas, mi camisa blanca como la nieve, los almidonados pliegues que se abrían con un agradable crujido! ¡Qué agradables me resultaban los vales si no me hacían sufrir de celos!

Antes de cada baile vivía crueles minutos. Tenía que ponerme el frac del difunto marido de Avilova, y aunque realmente era casi nuevo, la verdad es que experimentaba la impresión de que se me clavaba en el cuerpo. Pero estos momentos los olvidaba en seguida: para ello me bastaba con salir de casa, aspirar la helada brisa, contemplar el cielo cuajado de estrellas y tomar asiento en la *troika*.

¡Solamente Dios podía saber por qué los portales intensamente iluminados de las casas en las que se celebraban los bailes se adornaban con algunos colgantes de cintas rojas y por qué se fingía ante ellos tan elegante seriedad! Se oían los gritos precisos de los guardias con los bigotes helados como cuerdas de guitarra y el chasquido que producían las relucientes botas al pisar sobre la nieve. Casi todos los caballeros iban vestidos de uniforme —en aquel entonces había muchos uniformes en Rusia—, y tal vez por ello se mostraban muy excitados. Yo, observándolos, llegué a la consecuencia de que las personas, aun cuando gocen durante toda su vida de rangos y títulos, jamás sabrán acostumbrarse a ellos. Aquellos individuos se hacían acreedores a toda mi hostilidad. En cambio, las mujeres eran casi todas encantadoras y deseables. Una vez en el vestíbulo, se desprendían graciosamente de sus pieles y chanclos y adquirían con ello el aspecto adecuado para caminar por las rojas alfombras tendidas sobre las anchas escaleras.

Aquel desfile se multiplicaba por el reflejo de los espejos. E inmediatamente, uno parecía hacer irrupción en aquel magnífico vacío de los salones, con su lozana frescura, la grave severidad de sus lámparas irisadas, sus enormes ventanas francesas, el brillo de su suelo y el olor de las flores, los polvos y los perfumes. En cuanto se oían los primeros estruendos de la música, la primera pareja se deslizaba sobre el espacio aún virgen de la sala.

Yo llegaba siempre de los primeros y veía cómo los criados se cargaban con pieles perfumadas, capas de piel y capotes. El ambiente era en todas partes más bien fresco, sobre todo si sólo se llevaba un ligero frac. Yo, enfundado en el mío, bien peinado, esbelto como si estuviera aun más delgado, me sentía ligero, extraño a todos, solitario, con una especie de bizarría que no estaba muy de acuerdo con el hecho de que tuviera un insólito empleo en una redacción. Al principio me sentía tan despejado, lúcido y separado de todos que verdaderamente parecía ser un espejo helado. Luego el baile se hacía más concurrido y ruidoso y, poco a poco, conseguía acostumbrarme al sonido de la música. En las puertas de la sala ya se apretujaba la

gente, y sin embargo cada vez llegaban más mujeres. El ambiente se hacía más denso y caliente, y yo venía a quedar como dominado por una embriaguez que me impulsaba a mirar a las mujeres más atrevidamente y a los hombres con un mayor desprecio. Me deslizaba entre la multitud con desenvoltura y me excusaba al engancharme con algún frac o uniforme, mostrándome crecientemente cortés y educado...

A ellas las veía de repente. Avanzaban con media sonrisa, abriéndose paso entre la gente. Mi corazón decaía y me asaltaba un vago sentimiento de cosa familiar, un desasosiego y extrañeza. ¿Eran ellas o no? Sobre todo ella aparecía completamente distinta. Cada vez me maravillaban más su juventud y finura. Llevaba el busto recogido por un corsé, un ligero vestido de fiesta y los brazos enfundados hasta los hombros por unos guantes. Su peinado era alto y aristocrático, y en su rostro había una expresión particularmente seductora, una expresión que denotaba como un deseo de liberarse de mí, dispuesta a traicionarme y a recaer incluso en alguna secreta perversidad...

De pronto alguien se acercaba a ella, inclinándose profunda y rápidamente como es usual en los bailes. Ella entregaba su abanico a Avilova, ponía graciosamente su mano en el hombro de su pareja y, deslizándose de puntillas, desaparecía entre la agitada multitud, entre el ruido y la música. Entonces yo, como despidiéndome y apresado ya por una fría hostilidad, la seguía con la mirada.

La pequeña y vivaracha Avilova, ceñida y arreglada escrupulosamente, también me llamaba la atención con su juventud atractivamente resplandeciente. En cierta ocasión caí repentinamente en la cuenta de que solamente tenía veintiséis años y, casi sin decidirme a creerlo, adiviné la razón de su extraño cambio en lo que respecta a su comportamiento hacia mí: que me quería y tenía celos.

X

Llegó el instante en que ella y yo hubimos de separarnos por mucho tiempo.

Todo empezó con la inesperada llegada del doctor.

Al entrar una soleada mañana en el vestíbulo de la redacción, sentí de pronto un conocidísimo y fuerte olor de cigarrillos y, al mismo tiempo, oí voces y risas en el comedor. Eso era una cosa completamente insólita en él a una hora tan temprana. Me detuve. ¿Qué es lo que ocurría? Era el doctor el que había llenado toda la casa de humo y el que hablaba tan fuerte como de costumbre, con esa vivacidad propia de la gente de su clase, tan abundante en los pueblos, en los que vegetan gozando de un perfecto humor, fumando continuamente y charlando hasta por los codos. Pero bien. Al salir del hotel estaba muy lejos de mí la idea de que pudiera sucederme alguna desgracia y, en aquella alegre y brillante mañana de primavera, había corrido a la redacción con una total y despreocupada energía. Ahora me pregunté qué significaría

aquella imprevista llegada. ¿Se habría presentado con alguna enérgica y firme resolución respecto a ella? ¿Y cómo entrar, cómo comportarme?

Al principio no ocurrió nada desastroso. Rápidamente me decidí, entré y cortésmente me asombré de su inesperada presencia. El doctor se cohibió ligeramente al verme, pero luego se apresuró hacia mí sonriendo y, como para excusarse, me dijo que había venido «para descansar una semanita del campo». En seguida intuí que ella estaba muy excitada. Y Avilova también. Sin embargo, no parecía tener nada de extraño que el doctor estuviera allí como inesperado visitante, y no lo parecía quizá porque se presentaba a nuestros ojos con el estado de ánimo propio del que ha estado bebiendo té caliente durante toda la noche pasada en el vagón y se siente reconfortado. Yo ya empezaba a calmarme. Pero he aquí que de pronto recibí el golpe. Oyendo hablar al doctor comprendí que no había venido él solo, sino acompañado por Bogomolov, muchacho rico y famoso ya en la ciudad como curtidor. Desde hacía tiempo había puesto los ojos en ella, y por si acaso yo no lo sabía, el doctor le dijo riéndose:

—Asegura que está locamente enamorada de ti, mi querida Lika, y que ha llegado aquí animado por las más decididas intenciones. De manera que ahora el destino de ese desgraciado está por completo en tus manos. Si le aceptas, le harás feliz; pero si le rechazas, le convertirás en un desgraciado para toda su vida.

Bogomolov no solamente era rico, sino también inteligente y de carácter vivo y agradable. Había terminado sus estudios universitarios, había vivido en el extranjero y hablaba dos idiomas. A primera vista su aspecto casi podía atemorizar: era muy pelirrojo, de cara redonda y una inhumana y fenomenal gordura que le hacía parecer un bebé antinaturalmente desarrollado o bien un joven cerdo de Yorkshire reluciente de grasa y de sangre. De todos modos, aquel yorkshire tenía una perfecta salud que incluso satisfacía contemplar: sus ojos tenían un celeste color de crepúsculo y el tono de su cara era algo único entre la gente joven. En sus gestos, su risa, el sonido de voz y en la expresión de su mirada había algo tímido y simpático. Sus piernas y manos eran conmovedoramente pequeñas, pero en cambio sus trajes eran de género inglés y sus camisas y corbatas de fina seda.

El caso es que rápidamente miré hacia ella, viendo su embarazada sonrisa. Y de repente todo se hizo para mí extraño, lejano, pareciéndome que mi presencia en aquella casa era como un estorbo y una inutilidad. En el mismo instante me invadió el odio hacia ella...

Después de esto ya no pudimos estar solos ni una hora del día, puesto que no se separaba de su padre o de Bogomolov. Avilova mostraba sin cesar una sonrisa enigmática. A Bogomolov lo acogió con una amabilidad y hospitalidad tales que desde el primer día se sintió allí tan a sus anchas que aparecía por la mañana y se quedaba hasta la noche, yendo al hotel solamente para dormir. Por otra parte, empezaron los ensayos en el círculo de actores aficionados del que Lika era miembro. Preparaban un espectáculo para Pentecostés, y por medio de ella no sólo Bogomolov

consiguió un papel sino también el doctor.

Constantemente me aseguraba que aceptaba el que Bogomolov la cortejase a causa de su padre y para no ofenderle tratándole bruscamente, y yo me esforzaba en hacerle ver que le creía, que no estaba enojado. Incluso me tomaba la molestia de acudir a aquellos estúpidos ensayos. ¡Pero qué tormento era para mí! No sabía dónde poner los ojos a causa de la vergüenza que sentía por ella, por sus lastimosos intentos de «desempeñar» un papel. Aquel espectáculo contenía toda la ignominia humana. Un actor profesional sin trabajo dirigía los ensayos, tontamente convencido de sus experiencias escénicas. Era un hombre con una cara de color de argamasa y con tan enormes arrugas que parecían hechas a propósito. A veces se salía de sus casillas dando órdenes sobre cómo debía realizarse tal o cual papel, y despotricaba tan brutal y salvajemente que los músculos de alrededor de sus ojos resaltaban como cuerdas, dándole un aspecto de esclerótico. Cada sonido de su voz, cada movimiento de su cuerpo me irritaban tanto como todo el resto de actores, que se afanaban en imitarle servilmente.

Por fin llegó el día de la representación. Antes de levantarse el telón, me precipité entre bastidores, donde la gente se volvía loca vistiéndose, arreglándose, gritando, peleándose, saliendo de los camerinos y empujándose los unos a los otros sin reconocerse. ¡Qué extrañamente se habían disfrazado! Incluso había uno con un frac marrón y unos pantalones color violeta. ¡Qué muertas estaban las barbas y las pelucas; qué inmóviles y embadurnadas las caras! Eran como maniqués. Cuando me tropecé con ella me asombré de aquel aspecto de muñeca que le daba un antiguo y gracioso vestido rosa y una densa peluca blanca rizada.

Bogomolov, a quien habían caracterizado con una especial originalidad de acuerdo con su aspecto de «víctima», parecía un portero de cabello amarillo. El doctor tenía que desempeñar el papel de un general retirado. Precisamente le correspondió a él comenzar la función: apareció en escena sentado en un sillón de mimbre, bajo un raquíptico árbol verde, embadurnado su rostro de color de rosa y luciendo unos enormes bigotes y perilla blanca como la leche. Fingía leer un periódico exageradamente desplegado, sin mirar la hermosa decoración de una madrugada estival iluminada desde abajo por las candilejas. A pesar de su disfraz de viejo parecía extraordinariamente joven. Después de leer el periódico, sólo tenía que decir algo con un impresionante tartajeo, pero no pronunciaba ni una sola palabra a pesar del desesperado murmullo que surgía de la concha del apuntador. Solamente cuando ella salió a escena precipitadamente y, colocándose detrás de él, le tapó los ojos con la mano y le gritó: «¡Adivina quién soy!», únicamente entonces gritó también él: «¡Déjame, corderito, déjame! ¡Sé perfectamente quién eres!».

Yo me hallaba sentado en la primera fila, toda la cual estaba ocupada por ricos personajes que se ahogaban en su propia grasa y por las más relevantes personalidades de la política y el ejército. Todos ellos estaban plenamente identificados con lo que sucedía en escena —pausas forzadas, sonrisas inacabadas—,

de forma tal que ni siquiera pude aguantar hasta el final del primer acto. Me levanté y salí precipitadamente. En el iluminado y desierto corredor un viejo acostumbrado a sus oficios me ayudó a ponerme el abrigo, mientras llegaban hasta mí las desmedidas y amaneradas exclamaciones de los artistas. El sentimiento de una desesperada soledad me llenaba de frenesí. La calle estaba vacía y limpia, y las luces de los faroles brillaban inmóviles en la oscuridad de la noche. No me fui al hotel —ya que mi estrecha habitación era demasiado tétrica—, sino a la redacción.

Atravesé lugares conocidos y torcí hacia una plaza desierta en cuyo centro se elevaba un templo, cuyas doradas cúpulas parecían perderse ligeramente en el cielo estrellado. Incluso en el crujir de mis pasos sobre la nieve había algo grande, terrible, eterno... En la templada casa reinaba el silencio y se oía el pacífico y lento sonido del reloj que había en el iluminado comedor. El niño de Avilova dormía y la niñera, después de abrirme la puerta con un aspecto soñoliento, me miró de soslayo y se fue. Pasé a la famosa habitación y me senté en la oscuridad sobre un familiar diván que iba haciéndose algo incómodo. Mientras esperaba me asusté pensando en el momento en que llegaran y entrasen ruidosamente, mezclando sus voces y riéndose. Creo que lo que más temía era el instante en que habrían de irrumpir su risa y su voz. Por lo demás, la estancia estaba espantosamente llena de ella, de su presencia y de su ausencia, de todos sus olores, del perfume de *ella misma*, de sus ropas, de su ligero batín extendido sobre el cojín del diván... Al través de la ventana azuleaba severamente una noche invernal, y tras las negras ramas de los árboles del jardín chispeaba el brillo de las estrellas...

La primera semana de Cuaresma partió con su padre y Bogomolov, al que había rechazado. Hacía tiempo que éste había dejado de hablar con ella. Mientras se preparaba para la marcha no había cesado de llorar, esperando que yo la retuviese de repente y no la dejara irse.

XI

Pasaron las monótonas y provincianas jornadas de la Cuaresma. Los cocheros, desocupados, permanecían de pie en las esquinas, bostezando, aburriéndose, a veces agitando desesperadamente las manos contra el frío y otras llamando tímidamente a algún oficial o transeúnte, para preguntarle: «¿No desea vuestra señoría hacer un viaje?». Sin embargo, los gorriones sentían que se acercaba la primavera, según se deducía de su excitado parloteo, muy diferente al de los cuervos, que aún croaban de un modo agudo y sin esperanza.

La separación parecía horrible, particularmente por las noches. En ocasiones me despertaba en la oscuridad y me preguntaba a mí mismo: «¿Cómo vivir ahora y para qué?». ¿Era yo aquel ser que estaba acostado, sin saber por qué, en la oscuridad de aquella noche absurda, en una ciudad de provincia poblada de miles de personas que

me eran extrañas hasta lo inverosímil, en aquella pequeña habitación cuyo ventanuco estaba durante toda la noche griseada por la presencia de un diablo silencioso? En toda la ciudad no había más que una persona que fuera amiga mía: Avilova. ¿Pero de verdad era mi amiga?

Ahora acudía tarde a la redacción. Avilova, viéndome desde el salón entrar en el vestíbulo, me sonreía alegremente. Últimamente se había hecho de nuevo amable y cariñosa conmigo, abandonando su tono burlón. Me sentía envuelto por su constante amor hacia mí, su continua atención y sus cálidos cuidados. A menudo pasábamos juntos veladas enteras. Ella tocaba para mí durante mucho rato, y yo, reclinado en el diván, casi cerraba los ojos ante las lágrimas que brotaban en ellos a causa de la felicidad que me producía la música. También me acometían estados de malhumor, a los que se mezclaba una especie de ternura dispuesta a perdonarlo todo y muy especialmente las separaciones de amor.

En la sala de redacción, cada mañana encontraba a un redactor de ideas avanzadas, hombre estúpido y melancólico que permanecía en Orel bajo la vigilancia de la policía. Tenía un aspecto bastante extraño: llevaba una barba de tipo proletario, caftán marrón y largas embetunadas botas que olían muy agradablemente. Era zurdo, porque le faltaba la mitad del brazo derecho. Con su muñón oculto bajo la manga, apoyaba en la mesa una hoja de papel y escribía con la mano izquierda. Reflexionaba durante mucho tiempo, y después, sin cesar de fumar ni por un instante, de repente se ponía a escribir y escribir con una agilidad de mono. Luego llegaba un viejo pernicorto, con enormes lentes, el cual era el encargado de hacer los comentarios a los acontecimientos internacionales. En el vestíbulo se quitaba su pelliza forrada con piel de conejo y su gorro finés con orejeras, después de lo cual, con sus botas, sus pantalones abombados y su blusa de franela ajustada por un cinturón de cuero, parecía tan pequeño y frágil como si tuviera diez años. Su espesa cabellera de un gris blanquecino se erizaba en todos los sentidos, dándole un cierto aspecto de puercoespín. Siempre llegaba con dos cajas en la mano: una de *gilzi*^[31] y otra de tabaco. Durante su trabajo no cesaba de hacer cigarrillos mientras leía rutinariamente los periódicos de la capital. Distraídamente tanteaba los *gilzi*, se colocaba la empuñadura de la máquina sobre el pecho y hábilmente lanzaba el cigarrillo sobre la mesa, cuando no salía volando por toda la habitación... Después llegaban el maquinista y el corrector. El primero entraba tranquilamente y con desenvoltura, resultando sorprendente por su cortesía y su hermetismo. También era extraordinariamente delgado, con pelo negro de gitano y cara aceitunada. Siempre iba vestido con el más extremado cuidado y limpieza: pantalones negros, blusa azul y enorme cuello almidonado que se doblaba por encima hacia fuera. Toda su persona resplandecía de pulcritud. A veces hablaba con él en el taller: entonces salía de su silencio habitual, me miraba a los ojos recta y fijamente y me hablaba sin elevar la voz y siempre de la misma cosa: de la injusticia que reinaba en el mundo, por todo y en todas las cosas. El corrector entraba continuamente en la sala de redacción porque,

o bien no comprendía alguna cosa del texto, o bien porque no la aprobaba. En ambos casos pedía a su autor que se la aclarase o se la cambiase. Era gordo y torpe y tenía un cabello muy ensortijado. Cuando entraba se encorbaba nervioso y lleno de miedo de que nos diéramos cuenta de que se hallaba completamente borracho, sin darse cuenta de que le delataba su respiración alcohólica y sus manos temblorosas.

Sentado en aquella habitación, revisaba distraídamente manuscritos pertenecientes a otras personas, aunque lo más frecuente es que mirara por la ventana soñando en qué podría escribir para mí mismo, y de qué modo podría hacerlo.

Todavía existía en mí un secreto sufrimiento, todavía me dominaban la amargura y la delicia de «lo imposible». De nuevo empecé a escribir algo, que hice imprimir. Sin embargo, mis pensamientos eran muy distintos de aquellos que plasmaba sobre el papel y luego hacía imprimir. Me atormentaba el deseo de escribir algo verdaderamente digno de ser escrito, algo que participara de la vida real. ¡Qué felicidad más rara era ésta! ¡Y qué esfuerzo espiritual requería! Y he aquí, que, poco a poco, mi lucha con «lo imposible» fue desplazándose hacia la busca de esa otra felicidad, igualmente inalcanzable.

Hacia el mediodía llegaba el correo. Salía al vestíbulo y de nuevo veía la linda cabeza de Avilova, invariablemente inclinada sobre su trabajo, sus gentiles zapatillas de *chagrin* y aquella esclavina de piel que llevaba sobre sus hombros y en la cual se reflejaba el brillo de un grisáceo día de invierno. Entre el correo llegaba un folleto publicado por una revista de la capital, y yo lo recortaba rápidamente... ¡Un nuevo cuento de Chejov! La simple visión de este apellido me hacía experimentar una impresión indescriptible: me parecía que no me sería posible pasar de la primera línea, dominado por el envidioso dolor de la voluptuosidad que presentía.

Mientras tanto, iban llegando las más diversas gentes: unos venían para encargar anuncios, y el resto se componía de individuos que no soñaban sino con ver su nombre en letras de molde. Entre éstos se destacaba un viejo de bondadoso aspecto, abrigado con bufanda y guantes de pelusa, el cual traía un paquete de papel barato sobre el cual se leía el siguiente título: «Canciones y Pensamientos», caligrafiado con la brillantez burocrática de la época de las plumas de oca. También se distinguía un joven e intimidado oficial que, al entregar su manuscrito, pedía cortésmente que fuera leído y que al imprimirlo no se divulgase su verdadero nombre: «Si es posible, ponga solamente las iniciales». Otro de los que venían era un viejo sacerdote, siempre sudoroso a causa de su emoción y de las pieles con que se cubría, el cual deseaba que sus «Cuadros campestres» se imprimieran bajo el seudónimo *Spectator*. Y, por último, un magistrado. Este último era un hombre extraordinariamente cuidadoso. Lentamente se quitaba en el vestíbulo sus nuevos chanclos, sus nuevos guantes de piel, su nueva pelliza y su nuevo sombrero señorial, después de lo cual aparecía sumamente alto y delgado. Durante casi media hora se atusaba sus bigotes con un pañuelo blanco como la nieve, mientras que yo seguía ávidamente cada uno de sus movimientos, gozando de mi perspicacia de hombre de pluma:

—Sí, sí; sin duda debe ser tan limpio y concienzudo consigo mismo desde el momento en que tiene los dientes mellados y unos bigotes tan espesos..., desde el momento en que su frente abombada se va quedando despojada como una manzana, en que sus pies son grandes y planos y en que sus manos tienen largas uñas curvadas.

Antes de la comida la niñera traía al niño de pasear. Avilova corría por el vestíbulo, se arrodillaba ágilmente, le quitaba un pequeño gorrito de piel de cabra, le desabrochaba su chaquetón de lana azul y le besaba en su fresca y arrebolada cara. El niño miraba distraídamente a su alrededor, pensando en algo suyo, lejano e incomprensible para los demás. Yo sentía celos de todo aquello: de la feliz inconsciencia del niño, de la maternal felicidad de Avilova y de la tranquilidad senil de la niñera. Envidiaba a todas las personas cuyas vidas estuvieran llenas de asuntos y preocupaciones previstos, y no torturadas por esa inquietud tan extraña que se llama creación literaria. Envidiaba, sí, a cualquier que tuviera una ocupación, simple, precisa, determinada, una ocupación que tras haber sido realizada le dejara tranquilo y contento hasta el día siguiente.

Después de la comida, acostumbraba a salir. Sobre la ciudad caía en grandes copos aquella nieve de Cuaresma que engañaba siempre por su particular blancura, extraordinariamente cándida y tierna, como si ya estuviera próxima la primavera. Una vez pasó junto a mí un cochero despreocupado y silencioso, con un aspecto decidido, como si estuviera dispuesto a emprender algo provechoso. ¿Pero por qué tenía que llamarme la atención esto? El hecho es que ahora me hería todo, incluso las impresiones más fugaces; y una vez herido por ellas, instantáneamente nacía en mí el fuerte deseo de no perderlas, de no dejarlas desaparecer, de retenerlas para extraer de ellas algo especial. En aquella ocasión en que el cochero pasó fugazmente por mi lado, experimenté una rápida y extraña sensación, como si hubiera perdido algo, como si algo se hubiera alejado de mí.

Más allá había un suntuoso portal y delante de él, junto a la acera, se distinguía a través de la nieve el esmaltado bulto de un carruaje. Las grandes ruedas traseras parecían estar cubiertas de vieja nieve sobre la cual se hubiera espolvoreado otra nueva y ligera. Me adelanté y, después de haber mirado las anchas espaldas de los dos cocheros erguidos sobre el asiento, de pronto vi tras de la puerta de cristal del carruaje, forrado en su interior como una caja de bombones, una linda perrita temblorosa que me miraba suplicante. Parecía como si tuviera la intención de decirme algo. Sus orejas eran como un bonito lazo, y al observarlas comprendí que nunca podría olvidarlas.

Después me fui a la biblioteca, vieja y de una rara riqueza. ¡Pero qué inútil era para todo el mundo! Estaba situada en un edificio muy descuidado, con enormes paredes desnudas y una fría escalera que ascendía hasta el segundo piso. Había tres salas silenciosas, desiertas y abarrotadas de libros muy manoseados. Tras un largo mostrador se sentaba una encargada pequeña, de pecho liso, inhóspitamente silenciosa, vestida de negro, con unas manos delgadas y pálidas. A su lado había un

muchacho poco despierto, con una blusa gris y una cabeza de ratón.

Pasé al «salón de lectura», el cual no era sino una habitación circular que olía a quemado. En el centro había una mesa redonda con el diario «Noticias Escogidas» y el «Palomar Ruso». Ante la mesa se sentaba un lector asiduo que parecía hojear secretamente las páginas de un grueso libro. También había un estudiante famélico que, cubierto con un corto y usado capote, no cesaba de frotarse las narices con un arrugado pañuelo. Pero, después de todo, ¿qué personas podían congregarse allí, fuera de nosotros? El estudiante leía algo desusado: un estudio sobre los arados. La encargada también me consideraba a mí más de una vez con una gran extrañeza, pues le pedía «La Abeja del Norte», «El Noticiero de Moscú», «La Estrella Polar», «Las Flores del Norte» y «El Contemporáneo», de Pushkin. También solía leer las «Biografías de Hombres Ilustres», más que nada para buscar en ellas algún soporte que me permitiera compararme con aquellas personalidades destacadas... ¡Hombres ilustres! ¡Qué cantidad más enorme de poetas, novelistas y narradores había sobre la tierra! ¡Siempre los mismos apellidos a través de los siglos de los siglos! Homero, Goratzi, Virgilio, Dante, Petrarca, Byron, Goethe, Racine... Recuerdo que fue en aquella habitación donde leí por primera vez a Radíschev^[32]. Uno de sus párrafos decía: «Miré a mi alrededor, ¡y mi alma quedó herida por los sufrimientos de la humanidad!».

Cuando al anochecer salí de la biblioteca, me fui por las oscurísimas calles. Aquí y allá se oían lentas campanadas. Atormentado por la melancolía que producía en mí el recuerdo de ella y de mi lejano hogar, entré en una iglesia vacía, oscura, tenebrosa, sin más presencia que las de las lucecitas de unas velas y unos cuantos ancianos. Tras la mesita de las velas había un sacristán serio e inmóvil, peinado como un *mujik* y mirando a su alrededor con una expresión marcadamente comercial. El guardián arrastraba con dificultad sus piernas, enderezando las velas inclinadas por el calor, soplando sobre los pabilos y esparciendo un olor de cera quemada. Se notaba lo profundamente que le aburría nuestra incomprensible existencia terrena, con todos sus misterios: bautismos, comuniones, bodas, funerales y todas las festividades y cuaresmas que se suceden año tras año en un orden eterno. El sacerdote, sin casulla, era insólitamente alto y delgado. Con su amplia pelambrea se hallaba de pie, pero de pronto se inclinó profundamente y su estola se separó de su cuerpo y se balanceó. Tras haber lanzado un suspiro su voz martilleó en la triste y calmada penumbra de la nave: «Señor, bendice mi corazón...».

Tranquilamente salí de la iglesia y respiré de nuevo el viento en que ya aleteaba la primavera. Oscurecía con un tono azul-verdoso. Un mendigo profundamente pacífico inclinó ante mí su densa cabellera gris y avanzó la palma de la mano en forma de taza. Cuando le entregué una moneda levantó la cabeza y quedé asombrado al observar que tenía ojos de borracho impenitente y una enorme nariz roja, compuesta por tres montículos que tenían la apariencia de un fresón.

Me fui por la Bolyhovskaïa abajo, viendo cómo iba oscureciéndose el cielo contra

el que se adivinaban las líneas de los tejados de las viejas casas. La visión de aquellos contornos era sedante y a la vez incomprensible, como si en ella se encerrara una indefinible tranquilidad humana. ¿Por qué no escribir sobre aquello? Los faroles se encendían y los escaparates de las tiendas estaban ya tibiamente iluminados. Las figuras de los transeúntes se hacían negras al avanzar por las aceras y la ciudad se hacía cada vez más dulce... Como si fuera un detective, me puse a perseguir a un peatón mirando sus chanclos y sus anchas espaldas, como si de este modo pudiera penetrar en él... ¡Escribir! Tenía que escribir sobre chanclos o espaldas, y no para «luchar contra la arbitrariedad y la violencia, para defender a los oprimidos y expoliados, para presentar cuadros sobre la existencia y la época, con sus tendencias y corrientes».

Apresurando mis pasos, descendía hacia la ribera, hacia el Pequeño Orel. La noche había ocupado el lugar del crepúsculo, y los faroles de gas del puente brillaban ya con una luz intensa. Bajo uno de los faroles había un vagabundo con las manos en las axilas, para preservarlas del frío que le hacía tiritar. Me miró como un perro con voz plañidera: «Una caridad, señoría». Observé que llevaba los pies envueltos en tiras de trapo rojo y que se cubría con una camisa azulada y rota y unos pantalones bastante cortos. Rápidamente, como a un ladrón, le cogí y lo atraje hacia mí para darle una moneda... ¡Qué vida más horrible! Pero ¿es posible que la vida pueda ser otra cosa que «horrible»? Días atrás le había dado una moneda a otro vagabundo, a la par que exclamaba inocentemente: «¡Realmente es horrible la manera en que vive usted!». Por su parte, me contestó con inesperada arrogancia: «¡Precisamente no tiene nada de horrible, joven!». Al otro lado del puente, en la planta baja de una casa brillaba cegadoramente el escaparate de una charcutería, en el cual había colgada tal variedad de salchichas y jamones que casi no se veía el blanco y luminoso interior de la tienda, que también estaba llena de arriba abajo. «¡Qué contrastes sociales!», pensé sarcásticamente, con el propósito de vejar no sé a quién.

En la calle Moskovskaïa entré en una taberna de cocheros y tomé asiento entre el rumor de las conversaciones y la espesa atmósfera formada por los alientos. Contemplé aquellas caras tan sanas, aquellas rojas barbas, y también la oxidada y tintineante bandeja sobre la que había dos grandes teteras con las tapas atadas a su asa por húmedos bramantes. ¿Me interesaba la observación de las costumbres populares? No, nada de eso: únicamente me atraía la contemplación de aquella bandeja y aquellas cuerdas mojadas.

XII

Algunas tardes solía irme a la estación. Detrás del arco de triunfo comenzaban la oscuridad y el nocturno silencio campestre. Y he aquí que discernía una aldea desconocida, inexistente, imaginaria. Veía largas calles llenas de nieve ennegrecida,

isbás más negras todavía, y una luz roja en una de ellas. Entonces me repetía exaltadamente: «Sí, sí; eso es lo que debo describir: nieves, isbás y una lámpara roja en una de ellas. Y nada más». La brisa de los campos traía ya el silbido de las locomotoras, sus chirridos, y ese olor de carbón profundamente conmovedor que suscita la noción de lo lejano, de los amplios espacios. Junto a mí pasaban algunos trineos ocupados, lo cual me demostraba que el tren correo de Moscú acababa de llegar. En efecto; el restaurante parecía bullir a causa de la gente y de los olores de la cocina y el samovar. Los camareros tártaros se apresuraban con los faldones de sus fraques al vuelo, con sus piernas retorcidas, sus caras anchas, sus ojos de caballo y sus cabezas redondas, grises y afeitadas... En la mesa redonda había un grupo de comerciantes comiendo una fría *osterina*^[33] con trozos de rábano. También había opulentas señoras con caras de color azafrán y ojos estrechos. En el quiosco de los libros siempre hallaba un especial encanto, y por eso yo daba vueltas a su alrededor y me estiraba para mirar los amarillentos libros de Suborov... Todo aquello agudizaba en mí mi perpetua sed de viaje, mi deseo de montar en un vagón y partir para algún sitio; pero al fin se convertía en una profunda melancolía que me obligaba a salir de allí, tomar un trineo y dirigirme a la ciudad, a la redacción. ¡Qué agradable es siempre esa mezcla de dolor de corazón y velocidad! Sentado en el trineo, balanceándome a cada uno de sus traqueteos, levantaba la cabeza y contemplaba el cielo nocturno. Detrás de las confusas nubes invernales que se deslizaban suavemente se adivinaba una pálida figura: era la luna. Las nubes pasaban; tornaban a envolverla y ella no les daba ninguna importancia. ¡Estaba tan alto! ¡Y es todo tan fútil! Yo llevaba la cabeza muy erguida a fin de no quitar los ojos de ella y tratar de comprender cómo era cuando aparecía de repente saltando precipitadamente de nube a nube. ¿Sería la blanca máscara de un cadáver, luciendo de dentro afuera? ¿O no sería tal vez de estearina? ¡Naturalmente que era de estearina, y así lo escribiría yo en alguna parte!

En el vestíbulo me tropecé con la estupefacta Avilova: «A propósito. Nos vamos al concierto». Llevaba una bonita mantilla negra que la hacía aun más pequeña y esbelta, dejando al descubierto sus hombros, los brazos y el tierno comienzo del escote. Iba peinada por peluquero y ligeramente empolvada, por cuyo motivo sus ojos parecían más oscuros y brillantes. Al ayudarla a ponerse la piel me contuve a duras penas para no besarle bruscamente su brillante espalda y su perfumado y rizado cabello.

En el salón magníficamente iluminado del Hotel de la Nobleza había muchas personalidades. Actuaba una bellísima cantante, acompañada por un tenor moreno y anguloso, ambos asombrosos por su extraordinaria salud y su poderosa fuerza de potros jóvenes: él, luciendo un bien cortado frac y pechera y corbata blancas, atronaba el espacio con varonil y amenazadora exigencia; y ella, unas veces apartándose y otras acercándose, le contestaba apresuradamente, le interrumpía con dulces reproches y hacía rápidos y excitados gorgoritos...

XIII

A menudo saltaba de la cama antes del amanecer, y al mirar el reloj me daba cuenta de que todavía no eran las siete. Sentía el deseo de tornar a envolverme en las sábanas, de permanecer por lo menos un minuto más en su agradable calorcillo. Pero no lo hacía. La habitación era muy fría y en el silencio del hotel se oían vagos sonidos de madrugada. Al final del corredor un criado barría con una escoba de bayeta que chocaba contra sus botones. Me sobrecogía tal terror de pasar inútilmente un día más, se apoderaba de mí tal impaciencia de sentarme a la mesa de trabajo como es debido, que me precipitaba al timbre y hacía retemblar el pasillo. ¡Qué pesados y aburridos me parecían el criado barriendo con su escoba, el miserable lavabo y el ventanuco por la que apenas se entreveía el cielo! ¡Qué lástima sentía de mi joven delgadez cubierta por una vaporosa camisa de dormir! Y de pronto mi corazón se inflamó con una decisión alegre, insolente: ¡aquel mismo día partiría, retornaría a Batourino, a mi hogareña casa natal! Sin embargo, una vez hube tomado el té y arreglado algunos libros que se encontraban sobre la miserable mesita arrimada al lavabo, junto a la puerta de la habitación vecina, en la que se hospedaba una señora de lánguida hermosura, madre de un niño de ocho años, me abismé profundamente en mi habitual ocupación matinal: me preparé a escribir, analicé con fervor mis sensaciones íntimas, busqué en lo más hondo de mi espíritu algo que pudiera ser definido, algo que pudiera tomar forma... Esperaba ese momento y ya me dominaba el temor de que todo terminara en simples esperanzas, en unas emociones crecientes, en una sensación de frío en las manos, y finalmente en una absoluta desesperación que me induciría a recorrer la ciudad para acabar en la redacción... En mi cabeza comenzó a embrollarse todo otra vez: noté una serie de manías, divagaciones, sentimientos, pensamientos y extrañas imaginaciones... Lo esencial para mí era mi fondo personal, pero en seguida me distraían los demás, la curiosidad de conocerlos bien a fondo. ¿No podría escribir algo referente a mí mismo? ¿Pero cómo? ¿Algo parecido a «Infancia y Adolescencia»?... «Yo nací en...». ¡Dios mío, qué inútil y falso era todo aquello! Yo no sentía nada semejante. Será vergonzoso decirlo, pero el hecho es que yo nacía en el universo, en el infinito, y del tiempo y el espacio, allí donde se formó como un sistema solar, y luego esa cosa que se llama sol, y después esa otra que es la tierra... ¿Pero qué es todo esto? ¿Qué sabía yo de todo ello, aparte de los consabidos tópicos? En un principio, la tierra fue una masa gaseosa, luminosa. Luego, tras un proceso de millones de años, ese gas se hizo líquido y éste a su vez se endureció, resultando de ello que sobre la tierra aparecieron monocelulares seres submarinos e infusorios... y luego los invertebrados... y más tarde los anfibios... y gigantescos reptiles... y así hasta que algún hombre de las cavernas descubrió el fuego. A raíz de este momento había que pensar en la Caldea,

en Asiria y en un Egipto que al parecer sólo se ocupó de construir pirámides y momias embalsamadas... Era preciso recordar los días legendarios en que Abraham se dirigió con sus rebaños a la tierra de Canaán: «Lleno de fe, Abraham obedeció el mandato divino de trasladarse a la tierra prometida, y se fue sin saber a dónde iba...». ¡Sin saberlo, claro! ¡Exactamente como yo! ¡Obedeciendo con fe el mandato divino! ¿Creyendo en qué? En la amorosa misericordia divina. «Y se fue sin saber adonde». No, no. Sabía perfectamente que se dirigía hacia el agradable y piadoso fin de procurar a los demás la felicidad y el sentido del amor y de la vida... En cambio yo me había sentido siempre atormentado por el vano deseo de alcanzar la plenitud del amor, la felicidad absoluta... y no; no podía ser...

Al otro lado de la puerta se oyeron las voces de una mujer y un niño, así como el ruido del agua y de la tetera. «¡Kostienka, cómete el panecillo!». Me levanté y comencé a pasear por la habitación. ¡Dichoso Kostienka!... Su madre, después de haberle hecho tomar el té, se iba y no volvía hasta el mediodía. Entonces preparaba la comida sobre una lámpara de petróleo, se la servía y se iba otra vez. ¡Cómo me atormentaba ver a aquel Kostienka deambulando por el corredor todo el santo día! Si encontraba a alguien en su habitación, se dirigía a él torpemente y trataba de decir algo sensato. Pero nadie le hacía caso, e incluso había alguno que le decía bruscamente: «Vete, vete, hermanito. ¡No me molestes!».

En una de las habitaciones se hospedaba una vieja dama, muy seria y educada, que se creía superior a los demás huéspedes. Cuando pasaba por el corredor jamás miraba a aquellos que se cruzaban con ella. Tenía un gran *bulldog* de vítreos ojos y nariz horriblemente chata. Por lo general su cara no expresaba más que una atenta arrogancia, pero en algunos casos se mostraba extremadamente nervioso, y si entonces alguien cogía a Kostienka y lo colocaba cerca de él, se comprobaba cómo le entraba un rabioso ahogo que culminaba en ruidosos y salvajes ladridos, ante los cuales el niño estallaba en un llanto histérico.

Sentándome de nuevo ante la mesa, me sentí abrumado por el penetrante horror de la vida, por toda su complejidad. Ahora tenía ganas de escribir sobre Kostienka o algo por el estilo. Por ejemplo, en las habitaciones baratas que había en torno a la posada de Nikulina vivía y trabajaba una modista. Era una provinciana alta y de cierta edad que siempre estaba recortando algo sobre la mesa llena de retales. Después los recogía todos y, formando con ellos una pelota, los metía en un cajón de la máquina de coser, ante la cual se ponía a pedalear. Era muy gracioso ver cómo torcía de todos los modos posibles su gruesa y seca boca, siguiendo el movimiento de las tijeras. ¡Cómo disfrutaba delante del samovar, y con qué decisión alargaba su fuerte mano de obrera hacia el cestito de pan blanco, mientras miraba de reojo el bote de la mermelada! ¿Y aquella coja que había encontrado hacía unos días en la calle Karachovskoi? Todos los cojos y jorobados andan siempre de un modo arrogante y llamativo, pero aquélla avanzó modestamente hacia mí, apoyándose en las muletas, mirándome fijamente. Llevaba una corta pelliza de niña, y sus ojos inteligentes,

claros, limpios, color canela, también eran de niña, no obstante lo cual parecían conocer la vida, con sus penas y dilemas... ¡Qué deliciosos son a veces algunos desgraciados, a través de cuyas miradas se adivina toda su alma!

De nuevo me sumergí en mis reflexiones, preguntándome cómo debía comenzar a escribir mi vida. ¡Sí, cómo! Debía hablar, si no del universo en que yo había aparecido en cierto instante, por lo menos de Rusia: tenía que hacer comprender al lector a qué país pertenecía, en qué clase de vida había venido al mundo. ¿Pero es que acaso sabía algo de todo esto? Costumbres ancestrales de los eslavos, sus querellas... Los eslavos se distinguían por su alta estatura, por su densa cabellera, su valentía y hospitalidad. Idolatraron al sol, al trueno y al relámpago, y creían supersticiosamente en los duendes del bosque, en las sirenas, en los faunos y en «todas las fuerzas y fenómenos de la naturaleza en general...». ¿Y qué más? La Congregación de los Príncipes, los Mensajeros de Tzargrad en el palacio del príncipe Wladimir, el destronamiento de Perun y su arrojamiento al Dniéper, ante el llanto de todo el pueblo... Iaroslav, con los conflictos de sus hijos y primos... Y lo peor de todo era que ni siquiera sabía nada de la Rusia actual. Bueno, sí. Sabía de los terratenientes que se arruinan, de los hambrientos *mujiks*, de los administradores, de los guardias rurales, de la policía, de los popes... ¿Y luego, qué? He aquí Orel, una de las mejores ciudades rusas. Sería muy importante para mí conocer a la gente de esta ciudad, pero ¿qué es lo que conocía de ella? Las calles, los cocheros, la nieve pisoteada, sus tiendas, sus carteles, su obispo, su gobernador, y el comisario, un tipo salvaje y guapo... Sí, también conocía a un cierto Palitzen, gloria de Orel, amigo de Aksakov y de Leskov. Vivía en un lugar que se parecía a una antigua fortaleza rusa, con paredes de troncos cubiertos con antiguos y raros iconos. Siempre iba vestido con un ancho caftán bordado de varios colores. Su cara era tersa y sus ojos estrechos. Siendo muy culto, daba gusto escucharle... Pero ¿qué más sabía sobre él? Nada.

Me ofusqué. ¿Por qué debía conocerlo todo por completo? De nuevo salté de la silla y me puse a pasear, alegrándome de mi ofuscación y aferrándome a ella como a una salvación... De pronto me imaginé el monasterio de Swiotagor, donde había estado la primavera pasada, con su muchedumbre de fieles congregados junto a las murallas que había a la orilla del río. Me acordé del pope, al que perseguí por el claustro rogándole inútilmente que me alojara en algún sitio, mientras él encogiéndose de hombros, continuaba su camino. ¡Qué suaves y juveniles eran su cintura, su cara pecosa, sus asustados ojos verdes y su enmarañada cabellera!... Luego rememoré los días de primavera en que tenía la impresión de navegar indefinidamente sobre el Dniéper. Me imaginé el amanecer en las estepas de Putivliem y recordé cómo me desperté sobre la dura plataforma del vagón, completamente aterido por la intensidad del frío de la madrugada, que empañaba los cristales hasta el punto de que no se podía ver nada a través de ellos. ¡No tenía ni la más ligera idea de adonde se dirigía el tren! En aquel instante sentí lo excitante que era aquella ignorancia... Con la vivacidad de los sentidos matinales, me levanté

rápidamente, abrí la ventana y me acodé sobre ella: el amanecer era blanco, con una brisa en la que se respiraba el olor de las nieves primaverales. La veloz carrera del vagón hacía que mis brazos chocasen contra la ventanilla, mientras que mi cara parecía como si hubiera sido golpeada con un trapo mojado...

XIV

Un día me desperté más tarde de lo que había previsto, y ya no me decidí a abandonar la cama. Acostado, contemplaba por la ventana la clara y uniforme luz del día invernal. Sentía una extraña tranquilidad, una insólita serenidad de espíritu y de alma. Me quedé mucho rato acostado, sintiendo qué ligera era mi habitación y qué desligada estaba de mí y de todo. Luego me levanté, y me vestí. Como de costumbre, me persigné ante la santa imagen que colgaba sobre la cabecera de mi modesta cama de hierro. Por extraño que pueda parecer, aquella misma imagen está colgada ahora en mi dormitorio. Era de color aceituna oscuro y estaba colocada en un tosco marco de plata en el que aparecían en relieve tres ángeles sentados tras el triángulo de Abraham, los cuales tenían un aspecto salvajemente oriental. La había recibido de manos de mi madre, con su bendición para mi tránsito por la vida y en un mundo distinto del de mi niñez y de los primeros años de mi juventud, toda esa fase oscura de mi existencia, una fase que ahora me parecía sacramental, fabulosa, como si hubiera cambiado con el transcurso del tiempo y perteneciera a otra era remotísima...

El caso es que después de persignarme ante la imagen me fui a hacer las compras que había planeado en la cama. Por el camino recordé el sueño de la noche anterior: era Cuaresma y yo vivía otra vez en casa de Rostoutzeff. Me hallaba con mi padre en un circo y miraba a la pista en la que corrían unos *ponies* negros. Eran seis y estaban decorativamente ensillados con pequeñas monturas de metal. Llevaban campanillas e iban estrechamente ceñidos, con riendas de terciopelo rojo colgando del bocado, y tan tensamente estiradas por los jinetes, que giraban curvando sus cortos y gruesos cuellos, sobre los que se erizaban sus breves y afeitadas crines como si fueran negros cepillos. Corrían solidarizados en recta fila, con sus negras cabezas rabiosas y testarudamente agachadas y haciendo sonar armoniosamente sus campanillas. En cierto momento salieron al centro de la pista y se pararon en seco, tascando el bocado. El domador, ataviado con frac, gritó e hizo restallar el látigo hasta obligarles a caer de rodillas e inclinarse ante el público. Inmediatamente después, una música saltarina y de alegre ritmo los levantó precipitadamente y los lanzó a la carrera alrededor de la pista...

Me fui a una papelería y compré un grueso cuaderno con tapas negras de hule. Al regresar al hotel me puse a tomar té pensando: «Sí, basta. Solamente leeré, y de vez en cuando, sin apasionarme, tomaré algunas breves notas referentes a mis pensamientos, sentimientos y observaciones...». Y mojado mi pluma en la tinta,

caligrafié:

ALEXIS ARSÉNIEV
«NOTAS»

Luego me quedé mucho tiempo pensando sobre qué podía escribir. Llené toda la habitación de humo, pero la inspiración no acudía a mí. Me sentía melancólico y tranquilo. Por fin anoté:

«A la redacción ha venido un tolstoiano bien conocido, el príncipe N., pidiendo que se imprimiera su informe sobre las colectas y los gastos a propósito de los hambrientos de Tula. Se trata de un hombre pequeño pero bastante rollizo. Llevaba unas suaves botas de tipo caucasiano, un sombrero de piel de caballo y un abrigo, todo viejo y usado pero al mismo tiempo lujoso y limpio. También llevaba una blusa gris ajustada con un cinturón, bajo el cual se combaba su vientre. Su conducta ha sido modesta, pero no me han gustado ni su cara de borracho ni sus fríos ojos. En seguida le he tomado antipatía. Desde luego yo no soy un tolstoiano, y todo mi deseo es que la vida sea bella y que las gentes sientan el amor y la alegría. Por eso odio todo lo que impide que esto se realice.

»Hace poco iba yo caminando por la Boljoskoi y contemplé el siguiente cuadro. Era un anochecer que helaba. Se aclaraba el cielo y se hacía verde cristalino y frío, mientras la ciudad resplandecía con la luz del crepúsculo. Experimenté una incomprendible nostalgia difícil de expresar. En la acera había un viejo azulado por el frío, el cual llenaba el silencio del anochecer con los fuertes sonidos de su insignificante organillo. De los aflautados silbidos y jadeos salía a golpes una melodía lejana, supraterránea y antigua que también suscitaba en mi alma el agri dulce deseo de algo indefinido...

»En todas partes sufro nostalgia o temor. Todavía me parece conservar ante los ojos lo que contemplé hace dos semanas, también al anochecer. Entré por casualidad en una pequeña iglesia y en la oscuridad vi unas luces que brillaban junto a las gradas, muy cerca del suelo. Me acerqué y quedé helado; los cirios alumbraban un ataúd destapado en el que reposaba un niño que hubiera parecido dormido a no ser por su pequeño rostro de alabastro y sus ojos hinchados, en los que parecía leerse una infinita serenidad...».

Aparte de esto también escribí y mandé imprimir dos folletos, pero en ellos todo era falso y desagradable. En el primero, el tema versaba sobre los hambrientos *mujiks* que nunca había visto y de los que en el fondo no me apiadaba. El otro se refería a la ruina de los terratenientes y también lo concebí con mucha imaginación. Mi gusto habría sido escribir solamente sobre el césped plateado que crecía delante de la casa del pobre terrateniente P., o bien sobre el inmóvil buitre disecado que había en su gabinete, mirando continuamente hacia abajo con sus ojos brillantes de vidrio amarillo. De escribir sobre las ruinas, únicamente expresaría su poesía: los miserables

restos de alguna granja enclavada en las blancas llanuras, con su jardín, el patio, los caballos, los perros de caza y «los viejos amos» hormigueando por las habitaciones traseras a consecuencia de haber cedido las delanteras a los jóvenes. Eso sí que era triste y conmovedor. Y a esto había que añadir cómo eran aquellos «jóvenes amos»: no iban a la escuela, no hacían nada, eran pobres y vivían en la creencia de pertenecer a la egregia casta de los que aseguran llevar en sus venas sangre azul. Una vez reunidos comenzaban en seguida a beber, sin dejar de fumar y fanfarronear. Entre ellos, un tal P. se había trasladado definitivamente a un molino que no funcionaba desde hacía mucho tiempo. Allí vivía con una mujerzuela de nariz casi imperceptible. Dormían sobre un catre con paja, o bien en el jardín: quiero decir bajo un manzano próximo a la isbá. De las ramas de este manzano colgaba un espejo en el que se reflejaban las blancas nubes. El «joven amo» solía arrojar piedras al río en los instantes en que se hallaba aburrido, y a cada pedrada los patos se lanzaban a la corriente emitiendo agudos graznidos.

Entre las muchas cosas que recuerdo es que nuestro antiguo guardián, un viejo ciego llamado Jerasim, andaba siempre con la cara erguida y como escuchando, a la par que tanteaba el camino con su bastón. Vivía en la pequeña cabaña situada a las afueras del pueblo, sin más compañía que la de una codorniz encerrada en una jaula. Todas las mañanas Jerasim, a pesar de su ceguera, se iba por el campo a cazar codornices, disfrutando con sus llamadas que el viento desparramaba por la llanura. Decía que en el mundo no hay nada más delicioso que esa expectación que experimenta el corazón en los momentos en que la codorniz se va acercando a la red, agitándose cada vez más calurosamente. ¡Aquel hombre era un auténtico poeta!

XV

No me apetecía ir a almorzar a la redacción y me fui a una taberna de la Moskovskaïa. Allí bebí varias copas de vodka acompañadas de un arenque ahumado, cuya aplastada cabeza se quedó en el plato. Mirándola pensé: «También debo escribir que el arenque ahumado tiene las mejillas nacaradas». Luego comí un frito en la misma sartén. Por lo demás, había bastante gente a mi alrededor. Olía a hojaldre. La atmósfera de la planta baja era densa y los camareros corrían a través de ella como si bailasen. Por su aspecto, el dueño parecía un modelo del alma rusa. Miraba de reojo a cada uno de sus empleados, inmóvil como una estatua tras el mostrador, actuando en su papel de severidad y rectitud. Entre las mesas ocupadas por los pequeños burgueses circulaban unas monjitas que parecían golondrinas inclinándose silenciosamente, mientras ofrecían negros libritos con cruces de galón de plata sobre la cubierta. Los clientes, haciendo muecas, sacaban algunas monedas de las más pequeñas y se las entregaban... Aquello me parecía como la prolongación de mis sueños. Ligeramente embriagado por el vodka, el frito y los recuerdos de mi niñez,

sentí cómo acudían las lágrimas a mis ojos...

Al volver a casa me acosté y me quedé dormido. Me desperté en la oscuridad con tristeza y como arrepentido de algo. Me miré en el espejo y me peiné. Observé que mi cabello estaba demasiado artísticamente peinado y me fui al peluquero. En la sala había alguien sentado bajo la blanca sábana. Era de baja estatura y tenía un cráneo desnudo y unas orejas muy salientes. El peluquero le enjabonaba extraordinaria y espumosamente el labio superior y las mejillas. Después de haberle quitado hábilmente con su navaja aquella capa, le enjabonó otra vez y acabó de rasurarle. Entonces él se incorporó esparrancado como un cangrejo y se frotó la cara con la toalla.

—¿Le doy un poco de alcohol? —le preguntó el peluquero.

—Muy bien —asintió.

El peluquero hizo funcionar el pulverizador y luego le golpeó suavemente con una toalla en las húmedas mejillas.

—El señor está servido.

El cangrejo se levantó y apareció bastante horrible: su enorme cabeza era todo orejas y su cara ancha y huesuda tenía el color del azafrán. Después de afeitado, sus ojos brillaban con una luz infantil y el agujero de su boca resultaba negrísimo. Era bajo y ancho de hombros y sus piernas delgadas de aspecto tártaro se curvaban como las de un jinete. Luego de haber dado de soslayo una propina al peluquero, se colocó un elegante abrigo negro y un sombrero hongo, encendió un puro y salió. Entonces el peluquero se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Sabe usted quién es? Nada menos que uno de los más ricos de la ciudad, el comerciante Ermakov. ¿Y qué cree usted que es lo que da siempre de propina? ¡Mire!

Abrió la palma de su mano y añadió alegremente:

—¡Fíjese! ¡Dos simples copecs!

Después, como de costumbre, me fui a vagabundear por las calles. Viendo el patio de una iglesia entré en él y me metí en el edificio. A causa de mi soledad y tristeza me iba habituando a ir a la iglesia. El interior de aquélla estaba templado y débilmente iluminado por las llamas de las velas que brillaban sobre los candelabros situados junto a las gradas. Encima de una mesita había una cruz de hierro con falsos rubíes y delante de ella unos monaguillos cantando con voz humilde y triste: «Nos arrodillamos ante tu cruz. Amén...». En la penumbra se veía un viejo con un largo abrigo y aspecto tosco que cantaba severamente y en voz baja. Entre la muchedumbre, cerca de las gradas, se podía distinguir a un forastero cuya cara estaba intensamente iluminada por la áurea luz de las velas. Era ascéticamente delgado. Su inclinada cabeza delgada como un icono, apenas se veía tras los largos mechones de su pelo oscuro que colgaba casi femeninamente a lo largo de sus mejillas. Su mano izquierda aferraba una especie de báculo de madera brillante por el uso. A su espalda tenía un saco de cuero negro. Estaba solo, inmóvil, aislado de todos. Le miré y de nuevo las lágrimas bailaron en mis ojos ante el dulce, entusiasta e irresistible

sentimiento que se alzaba en mi pecho cada vez que entraba en contacto con toda la oscura antigüedad de mi patria. Alguien me golpeó en el hombro con una vela. Me volví y vi a una vieja encorvada, la cual me dijo bondadosamente:

—Para la cruz, señor.

Con un alegre agradecimiento tomé la vela de su fría mano, en la que destacaban las pequeñas y azuladas uñas. Me adelanté hacia el cegador candelabro. En aquellos momentos me sentí violento y en seguida me avergoncé de mi timidez. Coloqué como pude la vela junto a las demás, y de repente pensé: «Me iré de la ciudad». Me incliné y, después de haber retrocedido unos pasos, me volví y me dirigí rápidamente hacia la puerta de salida, dejando tras de mí el comfortable calor y la deliciosa iluminación de la iglesia. En el umbral me encontré con una inhóspita oscuridad y un viento que soplaba agudamente. Mientras me ponía el sombrero, volví a pensar: «¡Me voy de la ciudad! ¡A Smolensko!...».

¿Por qué precisamente a Smolensko? Pues porque allí se hallaba el mágico bosque de Briansk, con su nieve, sus bandidos, sus imágenes populares y la llama salvaje del sombrío y libre sueño de Rusia... Al llegar a determinada esquina entré en un cabaret. Allí, tras una pequeña mesa, cabeceando, haciéndose el borracho, fingiendo hipócritamente la apasionada vergüenza rusa respecto de las propias faltas, un maldito desvariado gritaba:

—¡Por culpa de mis antepasados me encontré sin querer en los trabajos forzados!

Desde otra mesa le miraba con desprecio un individuo que tenía la cabeza echada hacia atrás. Por su largo cuello y aquella aguda y recia nuez que se agitaba bajo la delgada piel de su garganta, me pareció que era un ladrón. Junto al mostrador se balanceaba una mujer medio borracha, con un ligero y vaporoso vestido pegado a sus delgadísimas piernas. Tenía aspecto de lavandera y golpeaba con sus dedos sobre el mostrador. Ante ella había una copita de vodka, y de vez en cuando la cogía, la sostenía en la mano y sin beber volvía a dejarla sobre el mostrador. Yo había entrado allí con la intención de tomar cerveza, pero la atmósfera era demasiado pestilente y la lámpara brillaba pobremente, por cuyo motivo salí y llamé a un cochero.

Por desgracia, en el comedor de Avilova había invitados. «¡Ah, ah, aquí está ya nuestro simpático poeta!» —dijo—. «¿Se conocen ustedes?». Saludé y me incliné ante los invitados. Al lado de Avilova se sentaba un anciano señor con unos bigotes recortados y teñidos de rojo. Llevaba un chaleco de seda blanca y una levita marrón, cuyos bordes estaban bordados con una cinta negra que siempre ha sido de mi agrado y que en aquel momento despertó en mí el deseo de tener una igual. Por lo demás, el hombre se levantó apresuradamente y me contestó con una inclinación sorprendentemente ágil para su edad. En cuanto al centro de la mesa se hallaba ocupado por una señora que me extendió su gordezuela mano, en cuya palma vi las líneas rugosas y como mordidas que había dejado en ella el reborde de los guantes. Hablaba con viveza, ahogándole un poco. Era bastante gorda, especialmente por la espalda, cerca de las axilas. Su talle era redondo y duro como una piedra, ceñido por

un corsé. Sobre los hombros llevaba una piel color humo cuyo olor, mezclado con el de los suaves perfumes y el de su tibio cuerpo, resultaba muy penetrante.

A eso de las diez se levantaron todos, se despidieron amablemente y se marcharon. Avilova se echó a reír:

—¡Ya era hora! Vayamos a mi habitación. Hay que abrir él tragaluz... Bueno, querido, ¿qué le ocurre a usted? —añadió con un cariñoso reproche, a la par que me extendía ambos brazos.

Yo la apreté con mis manos y contesté:

—Me voy mañana.

Me miró asustada.

—¿Adonde?

—A Smolensko.

—¿Y por qué?

—No puedo vivir así.

—¿Y qué hará en Smolensko? Bueno, sentémonos... No comprendo nada...

Nos sentamos en un diván que estaba cubierto con una funda de tela rayada.

—¿Ve usted esta tela? —inquirí—. Parece ser de tren. Bien; el hecho es que ni siquiera esta tela puedo mirar tranquilamente. Me recuerda los viajes, y éstos me fascinan.

Ella se retrepó en un sillón y sus piernas quedaron delante de mí.

—Pero ¿por qué a Smolensko? —me preguntó con una expresión un tanto perpleja.

—Luego iré a Vitebsk... y a Polotsk...

—¿Por qué?

—Quizá porque me gustan mucho las palabras Smolensko, Vitebsk y Polotsk.

—¡No! ¿Lo dice en serio?

—Naturalmente que le hablo en serio. ¿Es que no sabe usted lo bonitas que son algunas palabras? Smolensko es una ciudad que ha ardidido muchas veces en el pasado, sin contar que en infinidad de ocasiones ha sido sitiada. En cierta ocasión ardieron allí algunos antiguos documentos pertenecientes a nuestro linaje, lo cual nos hizo perder algunos de nuestros últimos derechos principales de sucesión, así como determinados privilegios de nacimiento...

Avilova sonrió tristemente:

—El tiempo va transcurriendo, pero no parece traerle a usted su curación. ¿Padece mucho? ¿Es que ella no le escribe?

—No, no es eso. Lo que sucede es que la vida que llevo aquí no me conviene. «¿Conoce el reno su vagabundo hogar...?». Y, por otra parte, mis asuntos literarios no marchan bien. Permanezco sentado durante toda la mañana a fin de ordenar mis ideas, pero la verdad es que en mi cabeza hay tal desorientación que a veces tengo la impresión de estar loco. Verá usted. En mi pueblo hay un demente que corre por las calles agitando los brazos continuamente ante una orquesta imaginaria. Pues bien; así

soy yo. En Batourino vive también una mujer que ha perdido ya la ilusión de casarse, por cuyo motivo hay en ella una aguda y maliciosa curiosidad. Yo me encuentro en un estado parecido.

—¡Qué niño es usted aún! —exclamó, acariciándome cariñosamente el pelo.

—Solamente se desarrollan los seres inferiores —contesté—. Además, ¿quién no tiene algo de niño? «¡Somos niños hasta la vejez!». Le contaré lo que me sucedió una vez que venía de Orel. A mi lado se sentaba un miembro electivo del tribunal regional, un hombre respetable, serio, parecido a uno de los reyes de la baraja. Pues bien. Durante un buen rato estuvo leyendo *Nuevo Tiempo*; luego se levantó, salió y desapareció. Viendo que tardaba llegué a preocuparme y salí a mi vez. Abrí la portezuela del lavabo, ¿y qué cree usted que contemplaron mis ojos? Sencillamente le vi bailando frenéticamente, moviendo sus piernas con la más desesperada comicidad al compás de las ruedas del tren.

—¡Pero qué tontito es usted! —sonrió.

De repente levantó sus ojos y, tensamente, me preguntó en voz baja:

—¿Quiere que nos vayamos a Moscú?

Algo horrible y salvaje se estremeció en mí... Enrojecí y murmuré una negativa, agradeciéndoselo...

Todavía recuerdo aquel momento con el dolor que se experimenta ante una gran pérdida.

XVI

La noche siguiente la pasé ya en el vagón, en el vacío departamento de tercera clase. Estaba completamente solo, e incluso tenía un poco de miedo. La débil luz de la lámpara temblaba tristemente y yo me balanceaba sobre los listones de madera. Me hallaba de pie junto a la negra ventanilla. A través de las invisibles rendijas soplaba un aire agudo y fresco. Protegiendo mi cara con las manos, miraba los bosques y aquellos enjambres de abejas rojas que se elevaban y a veces se desplegaban como impulsadas por el aire... ¡Oh, qué mágica, oscura, severa e inmensa era aquella noche forestal! ¡Qué infinita! ¡Y cuán profundo era el surco que formaba el camino al deslizarse por el bosque! Eran enormes las oscuras siluetas de los pinos; enormes y olorosas. Las cuadradas ventanillas ondulaban a través de las blancas colinas, de los valles y bosques. A veces chispeaban los palos del telégrafo. El resto del paisaje se hundía en la oscuridad, en lo desconocido.

La madrugada llegó inesperadamente, con un animado despertar: todo era claro y tranquilo. El tren se había detenido: estábamos en Smolensko. Salté del vagón y respiré ávidamente el aire puro y límpido... En el vestíbulo de la estación la muchedumbre se apretaba alrededor de algo, y cuando yo me acerqué pude comprobar que se trataba de un jabalí que habían matado durante una cacería, un

jabalí tosco, enorme, poderoso, rígido por el frío. Tenía ojos de cerdo y sus blancos colmillos estaban fuertemente apretados. «¿Me quedo aquí?», pensé, pero en seguida decidí: «Mejor será que siga hasta Vitebsk».

A esta ciudad llegué en un anochecer de color amarillo claro. Todo estaba completamente nevado, silencioso, puro y limpio. La ciudad me pareció antigua, pero no rusa: las casas eran altas y estaban moldeadas conjuntamente, con tejados angulosos, ventanas pequeñas y portales semicirculares, ordinarios y profundos. Se veían viejos judíos con largas túnicas, blancos calcetines, feos zapatos y mechones que parecían cuernos de carnero. Era como si todos ellos careciesen de sangre. Sus ojos oscuros tenían una mirada triste e interrogativa.

La gente paseaba por la calle principal, componiendo una muchedumbre llena de muchachas vestidas con la vaporosidad del folklore judío: gruesas y pequeñas capas de terciopelo de color lila, azul claro y granate. Los jóvenes iban detrás de ellas tranquilamente, separados o en grupos numerosos. Sus caras tenían una dulzura femenina y un oriental y redondo aspecto de bombón... Yo andaba como maravillado entre aquella muchedumbre, por aquella ciudad que me parecía profundamente vieja y que resultaba una deliciosa novedad para mí.

Oscurecía. Y de pronto llegué a la plaza en la que se levantaba una iglesia amarilla. Sonaron dos campanadas. Al entrar en su interior, en la penumbra vi unas filas de bancos y sobre las gradas un semicírculo de luz. En aquel momento empezó a sonar lentamente un órgano. Su música se vertía confusa y uniforme, pero luego se elevó de tono y acabó siendo metálica y brutal... La gente que había allí empezó a estremecerse y a hacer oír sus voces, que se extendieron en forma de cánticos puros, de una elevación celeste. Entre las pequeñas llamas de las velas, unas veces se alzaban y otras se apagaban guturales invocaciones en latín. A ambos lados de las gruesas columnas de piedra que parecían ir a perderse allá arriba, en la mística oscuridad de las bóvedas, algunas figuras de hierro parecían extraños fantasmas suspendidos en el vacío, y por encima del altar agonizaba oscuramente una ventana multicolor...

XVII

Aquella misma noche me marché a San Petersburgo. Al salir de la iglesia me dirigí de nuevo a la estación para tomar el tren de Polotsk, donde pensaba alojarme en alguna vieja residencia y vivir durante algún tiempo en la más completa soledad. Pero el tren de Polotsk saldría tarde y la estación estaba oscura y vacía. La cantina se hallaba iluminada únicamente por una soñolienta lámpara. El reloj de pared dio la hora con tal agonía que parecía como si estuviera muriendo el tiempo mismo. Quedé solo sentado toda una eternidad en un mortal silencio. Por eso, cuando finalmente llegó hasta mí desde alguna parte el olor de un samovar y la estación empezó a

iluminarse y animarse, apresuradamente, sin comprender siquiera lo que hacía, compré un billete para Petersburgo.

En la estación de Vitebsk, en la infinita espera del tren para Polotsk, experimenté el sentimiento de un horrible aislamiento respecto a todo cuanto me rodeaba. ¿Qué era aquello y por qué estaba yo en medio de todo ello? Un anciano camarero, curvado de espaldas y arrastrando tras de sí los faldones de su frac, salió en cierto momento de detrás del mostrador, y cuando el samovar desprendió un sabroso olor, se subió torpemente sobre las sillas que había a lo largo de las paredes y comenzó a encender con sus temblorosas manos las lámparas que brillaban bajo unos globos de cristal mate... Luego apareció un robusto policía que, armando un gran ruido con las espuelas, atravesó la cantina y se dirigió hacia el andén envuelto en un capote que le llegaba hasta los tobillos y cuyos pliegues, vistos por detrás, recordaban la cola de un costoso pura sangre. En aquel preciso instante fue cuando me rehice de mi encadenamiento y, sin saber por qué, decidí de repente irme a San Petersburgo.

En Polotsk caía una lluvia invernal. Las calles estaban mojadas y eran poco interesantes. Solamente les eché un vistazo, y la verdad es que quedé encantado de mi desilusión. Luego, durante el viaje escribí: «Día interminable. Infinita y nevada llanura llena de bosques. A través de las ventanas se ve caer continuamente la palidez del cielo y de las nubes. El tren, unas veces entra en el bosque y lo oscurece con su carbonilla y otras sale de nuevo a la llanura, en cuyos lejanos horizontes se delinea el cielo sobre los compactos bosques... Las estaciones son todas de madera... ¡El Norte, el Norte!».

San Petersburgo me pareció ser el más extremo Norte. El trineo me precipitó en una tempestad crepuscular a través de calles extrañamente espaciosa, regulares, con fachadas elevadas e idénticas, conduciéndome hasta la estación Nicolás. Apenas serían las tres y ya el reloj estaba iluminado. Me detuve a dos pasos de él, en aquella parte que se extiende junto al canal. Allí todo era horrible: había depósitos de leña, paradas de trineos, salones de té, tabernas y tugurios. En la habitación que me recomendó el cochero me quedé mucho tiempo sin desnudarme, contemplando desde la triste ventana la turbulencia del anochecer. ¡San Petersburgo! Sentía fuertemente aquello... incluso parecía que estuviera rodeado por su complicada, oscura y hostil grandeza. La habitación tenía calefacción y resultaba sofocante a causa del olor de la ropa de lana vieja y de la fuerte pestilencia que emanaba de esa cosa de color rojo que se usa para pulir el suelo de ciertas habitaciones baratas. Salí de allí y bajé rápidamente por la empinada escalera. En la calle me golpeó en el rostro el brusco soplo de la tormenta, a través de la cual era casi imposible ver. Encontré un cochero que apareció fugazmente entre los torbellinos de la nieve y me hice conducir a la estación de Finlandia para experimentar la impresión de que me iba al extranjero. Allí me emborraché inmediatamente y entonces le cursé a ella el siguiente telegrama: «Llegaré pasado mañana».

La inmensa y antigua ciudad de Moscú me recibió con el calor de un rayo de sol

que fundía los charcos helados y los riachuelos. Los tranvías de caballos, los desvencijados carros pesadamente cargados de mercancías, las estrechas calles llenas de suciedad, el curioso tipismo de las murallas del Kremlin, el Senado y los doradas bulbos de los templos absorbieron todo mi interés. Admiré la iglesia de Vasili Blagenski, visité los templos del Kremlin y fui a almorzar a la famosa taberna de Egorov, situada en el paseo Ojotnom. Allí todo era maravilloso: la parte de abajo resultaba húmeda y plebeyamente ruidosa, pero arriba, en los pequeños salones, todo era limpio, tranquilo y cómodo: hasta estaba prohibido fumar. La estancia se hacía muy confortable gracias a los rayos del sol que se filtraban a través de las ventanas y también por el canto de los canarios enjaulados. En un rincón lucía tímidamente la luz blanca de una lámpara y en una parte de la pared colgaba un cuadro que representaba una amplia terraza en la que unos chinos de cara amarilla, con dorados quimonos y gorros verdes, muy parecidos a los que hay pintados en las lámparas baratas, tomaban apaciblemente el té.

En mi ruta nocturna por la Nicolaeevskoj experimenté por primera vez el placer de recorrer seiscientas verstas rectas como una flecha, en un viaje de quince horas de uniforme y rápida carrera. El vagón se balanceaba suavemente y el dulce olor de la leña de pino con que se alimentaba la caldera de la locomotora me llenaba el olfato. Toda la noche me la pasé en la ventanilla, contemplando la negrura de los bosques de abeto que se hundían bajo los espesos almohadones de una nieve que tenía una virginal blancura...

En nuestro pueblo la gente no iba ya en trineo, pues soplaba el viento del Azov. Sobre el andén seco me estaba esperando ella. La vi desde lejos, guiñando los ojos a causa del viento y mirando desorientada a los vagones en marcha, tratando de buscarme. Había en su aspecto ese no sé qué lastimoso y conmovedor que siempre nos sorprende después de habernos separado por algún tiempo. Iba sencillamente vestida. Cuando me apeé del vagón quiso levantar el velo de su sombrero, pero no lo consiguió, y por eso me besó torpemente a través de él, quedándose pálida como una muerta. Luego, ya en el carruaje, inclinó su cabeza contra el viento y, seca y amargamente, repitió varias veces:

—¡Qué has hecho de mí, que has hecho de mí!

Luego, igualmente grave, preguntó:

—¿Vas a ir al Hotel de la Nobleza?

—Sí.

—Te acompañaré.

Cuando estuvimos en la espaciosa habitación que había en el segundo piso, se sentó en un diván viendo cómo el camarero dejaba mi maleta sobre la alfombra del centro.

—Ya no le necesitamos —le dijo—. Puede retirarse.

Entonces empezó a quitarse el sombrero.

—¿Por qué no me hablas? —inquirió dominando el temblor de sus labios.

Me puse de rodillas y, abrazándome a sus piernas, lloré besándoselas a través de la falda. Ella levantó mi cabeza y de nuevo encontré sus dulces labios. Me puse en pie de un salto, hice girar la llave de la puerta y con las heladas manos corrí las onduladas cortinas de las ventanas: el viento agitaba tras ellas un oscuro árbol sobre el que graznaba un cuervo que parecía borracho...

—Mi padre nos ruega una cosa: que esperemos al menos medio año antes de casarnos —dijo dulcemente—. Yo también creo que debemos esperar. De todos modos, mi vida te pertenece. Haz de mí lo que quieras.

Unas velas se alzaban en la repisa del espejo, las inmóviles cortinas eran de un blanco mate y en el techo unas extrañas figuras componían una decoración estucada.

XVIII

Nos fuimos a aquella ciudad de la Pequeña Rusia donde se había instalado mi hermano Jorge después de haber abandonado Járkov. La Semana Santa y la Pascua las pasamos en Batourino. Mi madre y mi hermana estaban encantadas con ella, mi padre la tuteaba afectuosamente, y por las mañanas él mismo le daba a besar su mano. Sólo mi hermano Nicolás se mostraba reservado, limitándose a dar pruebas de una amable cortesía. Ella se sentía aturdidamente feliz por hallarse entre mi familia, en mi casa, en mis dominios y en aquella habitación donde había transcurrido mi primera juventud y que ahora se hallaba llena de libros, libros que a veces leía con tímida alegría... Hasta que por fin volvimos a partir.

Una noche nos llegamos a Orel, donde transbordamos para dirigirnos a Kursk. Eran las cinco de la mañana y ya los primeros rayos del sol se filtraban a través de las ventanillas.

—¡Qué extraño! —exclamó ella—. Hasta ahora sólo había estado en Orel y Lipetsk. ¿Llegaremos pronto a Kursk? Eso para mí ya es el Sur.

—Y para mí también.

—¿Almorzaremos en Kursk?

—Sí.

—A mí me agrada mucho porque hasta ahora no he almorzado en ninguna estación.

A medida que nos fuimos alejando de Kursk comenzó a hacer más calor. En los terraplenes, a lo largo de los raíles, se veía ya una densa hierba, flores y mariposas blancas, y ya se sabe que donde hay mariposas hay verano.

—Aquí hará mucho calor en verano, ¿verdad? —me preguntó sonriendo.

—Últimamente me escribió mi hermano diciéndome que en la ciudad ha florecido ya todo.

—Sí, la Pequeña Rusia. No lo hubiera creído nunca... Pero ¡mira, mira qué enormes tulipanes! Ya están completamente floridos. ¿Y por qué hay tantos molinos?

—Sí, son miserables molinos de viento. Pero pronto veremos las montañas calcáreas, y en seguida llegaremos a Belgorod, la Ciudad Blanca.

—Ahora te comprendo. Ya no podré volver a vivir jamás en el Norte, sin esta abundancia de luz.

Bajé la ventanilla. El viento soplaba calurosamente y el humo de la locomotora olía al carbón de piedra del Sur. Ella cerró un poco los ojos y el sol derramó sus cálidos rayos por su cara, jugueteó junto a su frente con los jóvenes cabellos oscuros y descendió por los pliegues de su vestido de algodón azul.

En las llanuras, ya próximos a Belgorod, se observaba la deliciosa simplicidad de los cerezos en flor. También se distinguían cabañas enjalbegadas y sonrientes. En Belgorod oímos un amistoso charloteo entre las vendedoras de *bublik*^[34].

Ella discutió los precios, sintiéndose satisfecha por el hecho de poder mostrarme su sentido práctico y también por emplear el dialecto de la comarca.

Por la noche cambiamos de nuevo la ruta en Járkov. Llegamos un poco antes del amanecer.

Ella dormía profundamente. Las velas acababan de consumirse en el vagón. En la estepa todavía era de noche, pero a lo lejos se divisaba una línea misteriosa, que comenzaba a dorarse. ¡Qué distinta de nuestra tierra era aquella llanura infinita! Fugazmente pasó un apeadero dormido, sin un arbusto ni un arbolito a su lado, completamente solo, desnudo, azul-blanco en aquel misterioso nacimiento del alba... ¡Qué solitarias eran allí las estaciones!

En el vagón fueron penetrando los primeros resplandores del día. En el suelo reinaba todavía la penumbra, pero arriba se iba extendiendo la luz. Ella ocultó la cabeza en el almohadón, y yo la cubrí cuidadosamente con un antiguo chal de seda que le había regalado mi madre.

XIX

La estación estaba lejos de la ciudad, en medio de amplias llanuras. No era grande, pero sí agradable: en ella había mozos acogedores y educados cocheros con grandes carruajes tirados por una pareja de mulas. La ciudad estaba llena de floridos jardines y tenía un monasterio situado al borde de una colina. Las calles parecían más estrechas de lo que en realidad eran, a causa del exceso de jardines que se extendían a lo largo de los paseos, en los cuales se veía a veces a alguna muchacha de pecho opulento, con un vestido ceñido por encima de la cintura y una pesada tinaja de agua cargada sobre sus fuertes hombros. Los álamos tenían allí una altura que nos entusiasmaba. Era el mes de mayo y constantemente resonaban los truenos. Bajo la lluvia, los árboles verdecían brillantemente y derramaban su aroma de un modo intenso. Allí, la primavera era siempre clara y alegre; el verano ardiente; el otoño claro y largo, y el invierno benigno, con un viento cálido y a la par húmedo. En esta

época los trineos dejaban oír los deliciosos murmullos de sus campanillas.

El viejo Kobanko era un hombre robusto, tostado por el sol y con una cabeza afeitada, redonda y gris. Era poseedor de todo un edificio: patio, dependencias y un jardín en la parte trasera. Él ocupaba las dependencias, pero la casa blanqueada con cal y sombreada por el jardín trasero, nos la alquiló a nosotros. Trabajaba en algún sitio y al regresar de su tarea cenaba hasta atiborrarse y luego se metía en su cuarto, se sentaba en el alféizar de la ventana y, sin cesar de fumar, medio desnudo, cantaba: «En la montaña las mujeres recogen el trigo...».

Las habitaciones de la casa eran bajas y sencillas. En el porche, bajo unas parras rojas, había un antiguo baúl. Por lo demás, nos servía una joven cosaca cuya belleza resultaba provocadora.

Mi hermano se volvió más cariñoso y bueno. Mis esperanzas quedaron justificadas, ya que entre él y Lika se desarrollaron pronto unas familiares y amistosas relaciones. Cuando disentía con alguno de ellos, los dos tomaban partido el uno por el otro. El círculo de nuestros colegas y amigos —doctores, abogados, terratenientes—, se debía a las relaciones que mi hermano tenía en Járkov. Entré en él fácilmente, y fue un placer volver a encontrarme con Leontovitch y Vagin, que habían venido también de Járkov. Todas aquellas personas se distinguían principalmente por su sensatez y la sociabilidad que mostraban, no solamente con los simples ciudadanos, sino incluso con el jefe de policía.

Generalmente solíamos reunirnos en casa de uno de los miembros de la Junta directiva, el cual era poseedor de una finca en la que había diez mil cabezas de ganado. Era rico, de buenas maneras, pequeño, modesto en sus actos y en su manera de vestir, lo que no impedía que tuviera personalidad. En cierta época había sido desterrado a Siberia, y actualmente en su propia casa tenía siempre el aire de un encantador y lastimoso invitado.

XX

En el patio había un viejo pozo de piedra, ante la dependencia crecían dos grandes acacias y junto a la casa se alzaba un castaño cuya copa sombreaba la galería de vidrio. Hacia las siete de la mañana el tiempo era templado y claro, y en el silencio resonaba interrogante y desorientado el ruido que hacían las gallinas al escarbar en el corral. Pero en la casa, especialmente en la parte trasera con sus ventanas al jardín, todavía hacía fresco, no obstante lo cual ella se lavaba completamente desnuda. A veces volvía hacia mí su cara mojada, con una gran cantidad de jabón en la nuca, y pateando me ordenaba: «¡Vete!». Luego, desde aquella habitación que tenía sus ventanas sobre la galería, llegaba el aroma del té humeante. Por allí andaba la cosaca haciendo ruido con los tacones de sus zapatillas. Siempre se calzaba sin medias, y sus desnudas piernas, finas como las de una pequeña yegua de raza, brillaban por debajo

de su falda. Su cuello redondo también brillaba dentro de un collar de turquesas; su negra cabeza era viva y sensible y chispeaba con sus ojos de almendra cada vez que la inclinaba hacia atrás.

Mi hermano solía bajar a tomar el té con un cigarrillo en la mano. No era alto sino más bien gordito y bajo, pero aunque no se pareciera a nuestro padre no había duda de que había heredado sus ademanes señoriales. Tiempo atrás todo el mundo estaba persuadido de que llegaría a tener un brillante porvenir, y él mismo había sido el primero en coincidir en este criterio; pero actualmente se contentaba con el papel que desempeñaba en aquella aldea de la Pequeña Rusia. Se sentía lleno de fuerza y salud, y por lo demás nosotros componíamos su familia. Para él era un cotidiano placer ir con nosotros a la oficina, donde el trabajo consistía, al igual que en Járkov, en fumar y charlar.

Caminábamos a lo largo del paseo flanqueado de álamos, que tenían un resplandeciente brillo bajo el sol; por las ardientes aceras; bajo los aleros de los tejados y a través de los soleados jardines. La sombrilla que ella llevaba se combaba, destacando su redondez blanca sobre el denso azul del cielo. Luego cruzábamos una plaza y entrábamos en el amarillo edificio del Ayuntamiento. Allí se respiraba el olor de las botas de los guardias y de todas esas cosas que siempre suele haber en los municipios rusos. Por la escalera que conducía al segundo piso ascendían y descendían atareados personajes con negras chaquetas de brillante tejido. Todos ellos formaban una tribu maliciosa y superexperimentada, a pesar de su humilde apariencia. Nosotros pasábamos a las habitaciones de nuestro departamento, las cuales resultaban muy agradables por las inteligentes y despreocupadas caras que allí se veían... En los primeros tiempos me resultaba extraño verla a ella detrás de una de aquellas mesas, metiendo en los sobres toda clase de hojas y escribiendo luego las direcciones para que fueran enviadas a los destinatarios.

Al mediodía los guardias nos servían el té con trocitos de limón en unas tazas baratas. Entonces bajaban todos nuestros compañeros de las demás oficinas para fumar y charlar. También bajaba Sulima, el secretario del Ayuntamiento. Era guapo y un poco vulgar y llevaba gafas de oro y una barba de pelo negro y brillante como el terciopelo. Andaba con paso suave y corto. Su voz tenía un acento suave e insinuante, y su sonrisa era a veces un tanto insidiosa. A ella solía dirigirle miradas admirativas y enigmáticas, y en ocasiones se acercaba a su mesa, se inclinaba y le preguntaba muy sonriente: «¿Qué es lo que reparte usted ahora?». Ella se enderezaba y se esforzaba en contestarle lo más amablemente posible, aunque también con la mayor sencillez. Por lo que a mí respecta, aquello no me intranquilizaba porque yo no sentía celos de nadie.

Sin darme cuenta, en la oficina ocupé un lugar especial, como ya me había ocurrido anteriormente en la redacción de Orel. Mi trabajo consistía en hacer cuentas y componer informes respecto al tabaco o la remolacha que se sembraba en tal o cual lugar, o bien sobre las medidas que se tomaban para luchar contra los escarabajos. A

veces solamente leía algo, sin preocuparme de las conversaciones de los demás. Me encantaba tener una mesa propia y hallarme en situación de pedir cualquier cantidad de lápices, plumas nuevas y excelente papel de escribir. A las dos acababa la jornada. Entonces mi hermano se levantaba y exclamaba: «¡En marcha, mis queridos cosacos!». Todo el mundo cogía animadamente sus sombreros de verano y, saliendo tumultuosamente a la plaza, se estrechaban las manos y se alejaban en grupos.

XXI

Hasta las cinco la ciudad estaba vacía y los jardines se tostaban bajo el sol. Mi hermano se echaba a dormir y nosotros intentábamos leer algo. El sol, después de rodear la casa, brillaba ya por la ventana del dormitorio. La vegetación verde clara del jardín se reflejaba en un espejo. En aquella ciudad había estudiado Gogol. Todos los alrededores le pertenecían: Mirgorod, Ianovchina, Shishaki, Iareski. A menudo, riéndonos, recordábamos una frase suya: «¡Qué tranquilos y espléndidos son los días estivales en la Pequeña Rusia!».

—Desde luego hace calor —decía ella suspirando alegremente—. ¿Te acuerdas de lo que decía Gogol respecto a los sembrados?

—«Como esmeraldas, topacios y zafiros gotean los insectos por encima de los pardos sembrados...».

—Todo esto es encantadoramente bonito. Desearía permanecer una temporada en Mirgorod. Iremos, ¿verdad? ¡Por favor, vayamos algún día! Quiero ver el lugar donde nació Gogol. Y eso que fue muy extraño y desagradable en su trato. Creo que nunca se enamoró de nadie, ni siquiera en su juventud.

—En toda su juventud sólo cometió una acción atolondrada: su viaje a Liubek.

—¿Fue tan absurdo como el que tú hiciste a San Petersburgo? Dime, ¿por qué te gusta tanto viajar?

—¿Y a ti por qué te gusta tanto recibir cartas?

—¿Pero de quién recibo cartas ahora?

—Aunque ahora no las recibas, la verdad es que te gusta. La gente espera continuamente algo agradable e interesante. Una novedad, ¿comprendes? Tal vez por eso nos atraen los viajes. En ellos esperamos conseguir la libertad, el espacio y la novedad, tres cosas que suscitan en el ánimo la noción de lo que debe ser la vida auténtica, la emoción fuerte.

—Sí, sí. Es verdad.

—Pero tú has hablado de San Petersburgo. ¡Si supieras qué horroroso me pareció aquello y cómo comprendí allí de repente y para siempre que soy un hombre con alma del Sur! Gogol escribió en Italia: «San Petersburgo, la nieve, los bribones, todo eso lo vi en sueños: me desperté otra vez en mi patria». Yo también me he despertado así aquí. No puedo oír tranquilamente palabras como: Chichirin, Cherkasi, Jorol,

Lubni y Chertomlik, e igualmente me emociono al ver los tejados en hilera, las cabezas peladas de los hombres, las comadres con botas amarillas y rojas, e incluso las cestas llenas de ciruelas y cerezas que llevan sobre sus hombros. «La gaviota grazna como si llorara por sus hijos; el sol calienta y el viento sopla en la estepa cosaca...». Esto es de Schevchenko, un poeta absolutamente genial. En toda la tierra no hay un país más bonito que la Pequeña Rusia. Y lo más importante es que ya no tiene historia, pues su vida histórica hace mucho tiempo que acabó para siempre. Solamente queda el pasado, las canciones, las leyendas y alguna otra cosa intemporal. A mí es lo que más me entusiasma.

—He observado que hay muchas cosas que te entusiasman.

—Bueno, sí. En mi opinión, la vida debe de ser un constante entusiasmo.

El sol se ponía oblicuamente, vertiéndose por la ventana abierta y derramando sus reflejos por el suelo. Los alféizares se calentaban cada vez más y sobre ellos pululaban las moscas en alegres enjambres. Algunas parecían morder sus hombros frescos y desnudos. Algunas veces una golondrina se posaba sobre el alféizar, miraba a su alrededor retadoramente y echaba a volar de nuevo, desapareciendo en el claro verdor del jardín que ya parecía transparente bajo el sol vespertino.

—Cuéntame más cosas —dijo ella—. Dime, ¿iremos algún día a Crimea? ¡Si supieras cómo sueño con ello! Allí me parece que escribirías maravillosamente, y así tendríamos dinero y podríamos tomarnos unas vacaciones... ¿Por qué has dejado de escribir? Eres un despilfarrador de tus capacidades.

—Había cosacos que se llamaban «vagabundos» y yo soy uno de ellos. «Dios destina casa para unos y a otros los manda a la guerra». Lo mejor de Gogol en su diario íntimo: «La gaviota esteparía, con un penacho en forma de paréntesis, se eleva sobre el camino... Los límites del camino son verdes a causa de las altas hierbas que crecen en él, y luego, aparte de esto, sólo se ven unas llanuras infinitas... Girasoles sobre montículos y depresiones, y la techumbre de paja de una cabaña enjalbegada y la pequeña ventana con un marco rojo... Tú eres la vieja raíz de Rusia, donde el sentimiento surge directamente del corazón y es más dulce la naturaleza eslava».

Ella escuchaba atentamente. Después, de repente, preguntó:

—Dime, ¿por qué me leíste aquel pasaje de Goethe? Me refiero a aquel en que al separarse de Federico vio en su imaginación a un jinete que cabalgaba cubierto con una casaca gris bordada con galones de oro. ¿Cómo está descrito eso?

—«Ese jinete era yo mismo. Iba vestido con una casaca gris bordada con galones de oro, una casaca que nunca había llevado puesta».

—¡Eso es algo maravilloso y a la vez horrible! Luego dijiste que cada uno, en su juventud, desea una casaca... ¿Por qué la arrojó él?

—Decía que siempre le guiaba su «demonio».

—Sí, y tú también dejarás pronto de amarme. Dime la verdad: ¿en qué sueñas más?

—¿En qué sueño más? Pues verás; me gustaría ser un antiguo kan de Crimea y

vivir contigo en el palacio de Bajchisarai... La ciudad se halla en un pedregoso y ardiente desfiladero, pero en el palacio reina una sombra y un frescor perpetuos, y al través de las ventanas se ven fuentes y moreras...

—¡No! ¿De veras?

—Te estoy hablando completamente en serio. La verdad es que continuamente vivo en alguna desbocada ilusión. Por ejemplo, la gaviota de la estepa representa a la par la estepa y el mar... A veces, mi hermano Nicolás me decía riéndose que yo era de naturaleza muy inocente y yo sufría mucho, hasta que una vez leí por casualidad que el mismo Descartes decía que en su vida espiritual los pensamientos claros y lúcidos ocupaban siempre algún lugar inútil.

—¿Y en el palacio hay un harén? Yo también te estoy hablando en serio. Tú mismo me demostraste, ¿recuerdas?, que en el amor varonil se mezclan diversos sentimientos, según comprobaste primero con Nikulina y luego con Nadia...

—A veces eres despiadadamente cruda conmigo. No hace mucho que me has dicho algo de ese estilo respecto a nuestra pequeña cosaca.

—Yo solamente he dicho que cuando la miro me acomete un irresistible deseo de partir hacia las estepas y de vivir en una cabaña.

—En ese caso es que te gusta. Tú mismo acabas de decir que te gustaría vivir con ella en una cabaña.

—¡Yo no he dicho con ella!

—¿Pues con quién? ¡Oh, otra vez una golondrina! Tengo un miedo horrible cuando entran y aletean contra el espejo.

Saltando de la cama palmoteo rápida y torpemente. La cogí y le besé los hombros desnudos, las piernas... La diferencia entre las regiones ardientes y frías de su cuerpo era lo que más me conmovía.

XXII

Al anoecer el ambiente se refrescaba. El sol lanzaba sus rayos detrás de la casa y nosotros bebíamos el té en la galería de vidrio, junto a las ventanas abiertas que daban al patio. Por aquel entonces ella leía mucho y continuamente le hacía alguna pregunta a mi hermano. Y él la atendía con solicitud. La noche era infinitamente tranquila e inmóvil; solamente las golondrinas pasaban fugazmente por el patio hundiéndose con sus revoloteos en el cielo azul. Ellos cantaban y yo escuchaba: «Sobre la montaña las mujeres segaban...». La canción decía que en la montaña las segadoras realizaban su trabajo, y sus notas navegaban lentamente, con la melancolía de una separación; pero luego el tono subía y se hacía más fuerte y bravo, adquiriendo acentos guerreros:

*¡Y bajo la montaña,
la alta montaña,
pasaban los cosacos!*

La canción contemplaba tristemente el desfile de los cosacos por la llanura, todos ellos conducidos por el famoso Doroshenko. Tras él iba Sagaidachni.

*Que a su esposa
había cambiado,
sin ninguna inquietud,
por tabaco y una pipa...*

La canción se hacía más lenta, asombrándose ante aquel hombre extraño. Pero luego los timbales seguían batiendo con una particular animación:

*¡No he de preocuparme
por mi mujer!
¡Pero el tabaco y la pipa
el cosaco para la ruta
los necesita!*

Yo escuchaba con una dulce ternura, melancólico, envidiando no sé qué.

A la caída del sol dábamos un paseo, y unas veces íbamos a la ciudad, otras a los barrancos que había detrás de la catedral, y otras a los campos, fuera de la ciudad. En ésta había unas calles con toda clase de comercios, entre los cuáles abundaban los relojeros, los anticuarios y los estanqueros. Las calles eran de piedras blancas y transpiraban el calor del día. En las esquinas había quioscos donde los transeúntes bebían jarabes de múltiples colores. Todo aquello me hablaba del Sur y me empujaba a adentrarme todavía más en este punto. Recuerdo que entonces pensaba a menudo y sin ninguna razón en Kerch. Mirando la llanura desde el monasterio me dirigía imaginariamente a Kremenchuk, a Nikolaev. La ciudad tenía un arrabal que era ya casi una aldea. Sus cerezos y castaños se dispersaban rectos como una flecha por la llanura, hacia el camino de Mirgorod. Allá a lo lejos del camino, a lo largo de los postes telegráficos, a veces se veía avanzar lentamente a un carro tirado por dos bueyes de caminar cansino y cuyas cabezas agachadas tenían un movimiento de vaivén sobre el barro. El carro se arrastraba y terminaba por desaparecer como hundido en un mar, al final del cual los postes parecían pequeños como palillos. Aquél era el camino que conducía a la región de Gogol...

Con frecuencia pasábamos la velada en el jardín público. Se tocaba música y la iluminada terraza del restaurante parecía sobresalir en la oscuridad como una escena teatral. Mi hermano se dirigía directamente al restaurante, y ella y yo nos íbamos a veces a aquella parte del jardín que acababa en un precipicio. La noche era densamente tenebrosa y cálida. Allá abajo, en la oscuridad, se veían brillar luces aquí

y allí, y en algunos instantes ascendían y descendían las canciones religiosas que cantaban los jovenzuelos de los arrabales. Las canciones se mezclaban con la oscuridad y el silencio. Allá abajo también se veía a veces correr a un tren que lanzaba agudos silbidos, y entonces se comprendía cuán profunda era la llanura. El ruido del tren se apagaba poco a poco, como si desapareciera dentro de la tierra, y nuevamente se escuchaban las canciones, a la par que toda la línea del horizonte parecía temblar bajo el ruidoso croar de las ranas que parecían ejercer un influjo sobre el silencio y la oscuridad, abismándolos en un sopor infinito.

Cuando subíamos a la animada terraza del restaurante, mi hermano, ya un poco mareado, nos hacía señas para que acudiéramos a su mesa, en la que se hallaban Vagin, Leontovitch y Sulima. Nos obligaba ruidosamente a sentarnos y luego pedía más vino blanco, vasos y hielo. Después la música se paraba y el jardín que había detrás de la terraza se quedaba oscuro y vacío. De alguna parte llegaba el soplo del viento e, introduciéndose en las esferas de cristal, hacía vibrar las llamas de las velas. Todo el mundo decía que era aún temprano, hasta que por fin se ponían de acuerdo y aseguraban que era ya hora de marcharse, si bien no se separaban en seguida: se iban a casa en grupo, hablando fuertemente y tropezando con los peatones. Los jardines dormían y se entenebrecían misteriosamente, suavemente iluminados por la luz de la luna.

Cuando nos quedábamos solos entrábamos en nuestro patio. La luna miraba dentro brillando en los negros cristales de la galería. Los grillos chirriaban suavemente. Cada hoja de la acacia, cada ramita, dibujaban sus inmóviles sombras sobre la blanca pared. Los momentos más agradables eran los que precedían a nuestra decisión de irnos a dormir. La vela brillaba modestamente sobre la mesilla y la brisa fresca de la noche entraba por las ventanas abiertas. Sentada con un batín en la cama ella miraba la vela con sus oscuros ojos y al mismo tiempo se hacía una trenza suave y brillante.

—Observo que todavía te extrañas de lo que he cambiado —me dijo en cierta ocasión—. ¡Si supieras lo que has variado tú también! Pero no creo que deba alegrarme por ello. Ahora cada vez te fijas menos en mí, sobre todo cuando no estamos solos. Temo haberme vuelto para ti como el aire: no se puede vivir sin él, pero tampoco se le tiene en cuenta. ¿Acaso no es así? Tú dices que esto es el más grande amor. Pero a mí me parece que esto significa que yo sola no te basto.

—No, tú no me bastas —contesté riendo—. Ahora ya no me basta nada.

—Tengo la impresión de que tienes el deseo de partir. Jorge Alexandrovitch me ha confiado que has pedido que te comisionen para salir a hacer las estadísticas. ¿Es que deseas ahogarte de calor y polvo en una miserable tartana? Y luego te achicharrarás en una oficina de distrito interrogando a los campesinos con las mismas preguntas que se formulan en los cuestionarios que distribuyo yo.

Levantó los ojos, echándose hacia atrás la trenza.

—¿Qué es lo que te atrae?

—No lo sé. Lo que sucede es que soy demasiado feliz y que precisamente por ello ya no me basta nada.

Me cogió la mano.

—¿De verdad eres feliz?

XXIII

Por primera vez fui precisamente por donde ella tanto deseaba ir conmigo: por el camino de Mirgorod. Me acompañó Vagin, el cual tenía que resolver un asunto en Shishak.

Teníamos que levantarnos temprano para partir antes de la hora en que comenzaran a sentirse los efectos del calor, y recuerdo que ella se encargó de despertarme, sintiéndose muy apenada porque me iba solo. El cielo estaba gris y todo parecía indicar que iba a llover. Todavía me parece sentir aquella tierna y alarmada preocupación con que salimos rápidamente al oír la campana del coche correo. Nos despedimos rápidamente y yo me encaramé en el carruaje para colocarme junto a Vagin, el cual llevaba un amplio sombrero gris de verano.

Poco después las campanillas armaban un gran estruendo en la inmensa extensión arenosa. El día, ya despejado, era seco y caluroso. El carruaje corría monótonamente entre el polvo del camino, y todo era tan uniforme a nuestro alrededor que pronto se hizo irresistible mirar el raso horizonte brillantemente iluminado por el sol. Al mediodía desfilaron ante nosotros los rebaños de corderos del príncipe Kotchoubey. Yo, entre los traqueteos del vehículo, escribí: «Mediodía, rebaños de corderos... Cielo gris a causa del ardor del día, gavilanes y cornejas de negras alas... ¡Me siento absolutamente feliz!». En Ianovchina, a propósito de una taberna escribí: «Una taberna con una fresca penumbra. El judío que la regenta me ha dicho que no tiene cerveza. “No tenemos más que una bebida”. “¿Qué bebida?”. “Se llama *fialka*^[35]»». El judío es esquelético y va vestido con una levita. La bebida la ha traído de una habitación contigua un estudiante de una corpulencia extraordinaria, ataviado con un blusón gris claro ceñido por un cinturón nuevo. «Es su hijo». Después de Shishak evoqué de nuevo el libro de notas de Gogol: «De repente una escarpada en medio del recto camino; luego bosques y más bosques —los más próximos son verdes, y los otros azules— y al final una línea de arenas color de paja... Las aspas de un molino de viento crujían bajo el impulso del viento...». Al fondo de la llanura serpenteaba el río Psol y verdecían los jardines de un gran pueblo. Durante mucho tiempo buscamos en él a un tal Basilenko con el que Vagin tenía que resolver un asunto, y cuando por fin encontramos su casa nos enteramos de que se hallaba ausente, por cuyo motivo nos sentamos bajo un tilo que había en la parte trasera y allí nos quedamos mucho rato, envueltos por la humedad de los matorrales y el croar de las ranas. Cuando al fin llegó Basilenko cenamos y bebimos allí, iluminados por una lámpara colgada entre el

verdor de las ramas. A nuestro alrededor se iba agrupando la oscuridad de la noche estival cuando, de pronto, sonó la campanilla de la puerta y ante nuestra mesa apareció una muchacha maquillada con una exagerada palidez: era una amiga de Basilenko. En el primer instante se sintió muy turbada y dijo lo primero que se le ocurrió, pero luego se sentó con nosotros y, a medida que fue bebiendo copa tras copa, empezó a animarse y a lanzar exclamaciones a cada una de mis frases picantes. Tenía ojos muy negros y sus manos estaban perfumadas con colonia de Chipre. Bajo una ligera blusa azul se notaban sus pesados senos, su talle era fino y sus caderas anchas. Más tarde la acompañé. Caminábamos en la oscuridad, por las secas rodadas de un pequeño camino. De repente se detuvo junto a un sauce y dejó caer su cabeza sobre mi pecho. Me dominé con mucha dificultad.

Al día siguiente regresamos a casa muy tarde. Lika estaba en la cama leyendo. Al verme, exclamó alegre y extrañada:

—¿Cómo, ya has vuelto?

Cuando le expliqué, riéndome, lo de la muchacha me interrumpió:

—¿Por qué me cuentas todo eso?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Qué cruel eres conmigo! —añadió, buscando apresuradamente un pañuelo bajo la almohada—. No te basta dejarme sola...

¡Cuántas veces en mi vida me he acordado de aquellas lágrimas! Veinte años más tarde volví a rememorar aquella noche. Me hallaba en una casita situada en la costa de Besarabia. Llegué del baño y me acosté en el despacho. Era un mediodía en que soplaba un viento fuerte y caliente que agitaba los tiernos árboles del jardín de la casa. Cuando se aproximaba con su profundo rumor abría todo el verdor de las ramas y entonces se podía ver un cielo gris esmaltado, hasta que de nuevo se alejaba con un rumor que se atenuaba en la lejanía del jardín. Fue entonces cuando pensé: «Hace veinte años, en aquel pueblecito de la Pequeña Rusia donde ella y yo apenas habíamos comenzado a vivir en común, cada mediodía era semejante a éste».

Al día siguiente me desperté tarde. Ella ya se había marchado a la oficina. Las ventanas del jardín estaban abiertas y, a través de ellas, todo se balanceaba y brillaba pardamente, mientras por la habitación circulaba libremente un viento que llevaba el olor del cercano almuerzo, el olor de la cebolla frita. Lo respiré profundamente y, acodándome sobre la almohada, me puse a mirar la otra que yacía a mi lado, conservando aún el perfume a violeta de sus oscuros cabellos así como el pañuelo que, una vez reconciliada conmigo, todavía retuvo entre sus manos durante mucho tiempo.

Recordando todo esto, pienso que después he vivido sin ella la mitad de mi vida, he visto medio mundo y aun viviré y veré en tanto que ella ha desaparecido para siempre de este mundo.

Aquella noche le juré que no me volvería a ir a ningún sitio, pero unos días más tarde partí de nuevo.

XXIV

Cuando estábamos en Batourino, mi hermano Nicolás me decía:

—¡No sabes cómo me compadezco de ti! ¡Pronto te has puesto una cruz sobre la espalda!

Pero yo no sentía que llevara una cruz sobre la espalda, desde el momento en que no me consideraba casado. La sola idea de vivir sin ella me hubiera llenado de horror, pero la posibilidad de nuestra eterna unión también me dejaba perplejo: ¿era verdaderamente concebible que nos uniéramos para siempre, que viviéramos juntos hasta la vejez y tuviéramos, como todo el mundo, unos niños y una casa? La idea de la casa y de los niños, realmente me parecía inadmisibles.

—Nos casaremos —decía ella soñando con el futuro—. Yo lo deseo mucho, pero ¿es que acaso hay algo más maravilloso que una boda?

Yo respondía:

—En general las bodas suelen ser espantosas.

—Inmediatamente después de habernos casado tendremos un niño. ¿No te gustará?

Algo me oprimía el pecho dulce y misteriosamente.

—En fin de cuentas, ¿por qué les tienes tanto miedo a los niños? —me preguntaba nuevamente.

Ante esto bromeaba:

—«Los inmortales crean; los mortales se reproducen».

—¿Y yo? —inquirió en cierta ocasión—. ¿Cómo viviré cuando nuestro amor y nuestra juventud hayan pasado y tú ya no sientas deseo de mí?

Aquello resultó muy doloroso de escuchar, y por eso le contesté ardientemente:

—Nuestro amor no pasará jamás y yo no dejaré de desearte.

Cuando más me conmovía era en aquellos momentos en que, ya hecha su trenza, se aproximaba a mí para besarme y darme las buenas noches. Entonces, como no llevaba tacones, me daba cuenta de que era mucho más pequeña que yo, y también más frágil.

La amaba particularmente cuando me testimoniaba su devoción renunciando a sí misma y creyendo en mis derechos sobre cualquier particularidad de sus sentimientos o de sus actos.

A veces recordábamos el invierno que habíamos pasado juntos en Orel y el modo en que nos habíamos separado, así como aquel viaje que yo había hecho a Vitebsk. Entonces le decía:

—Sí, Polotsk. ¿Qué es lo que me atraía allí? Desde hacía mucho tiempo yo relacionaba con ese nombre de Polotsk la leyenda de un antiguo príncipe de Kiev, Vseslav, leyenda que había leído en alguna parte y según la cual dicho príncipe había

sido destronado por su hermano, huyendo «al salvaje país de los polotskanos», donde acabó sus días «en una gran pobreza», dedicándose a rezar, a trabajar y a «acariciar sus recuerdos». Se dice que cada mañana se despertaba con los ojos llenos «de lágrimas amargas y dulces», con la ilusión de encontrarse en Kiev, en «su devoto principado», escuchando las campanadas de la catedral de Santa Sofía. Después de eso, el Polotsk de aquella época me parecía siempre maravilloso en su antigüedad y rudeza: un sombrío y salvaje día de invierno, un *kremlin* de troncos con iglesias de madera y negras isbás, montones de nieve pisoteados por los caballos y los peatones cubiertos con pieles de cordero y trapos. Cuando por fin me encontré en el actual Polotsk, como es natural no encontré en él ni rasgo de lo imaginado. A pesar de todo, para mí existen dos Polotsk: el imaginario y el real. A éste también lo veo ahora poéticamente: la ciudad es húmeda, aburrida, fría y oscura, pero en la estación hay grandes salas donde las lámparas se encienden mucho antes de que en el patio haya comenzado a oscurecer. En el restaurante hay siempre mucha gente esperando los trenes de San Petersburgo, y allí se oye el ruido de los cuchillos sobre los platos y la atmósfera está saturada de los olores de las salsas y el *schí*^[36] que los camareros sirven diligentemente.

Ella me escuchaba siempre con mucha atención y en todos los casos se mostraba completamente de acuerdo conmigo, diciendo: «Sí, sí; te comprendo». Y yo me aprovechaba de ello para convencerla.

—Goethe decía: «Todos dependemos de las criaturas que nosotros mismos hemos creado». Hay sentimientos contra los cuales no puedo resistirme: a veces me atormenta el deseo de ir hacia algo que se halla detrás de mi propia imaginación. *Detrás*, ¿comprendes?... No sé; esto es muy difícil de explicar...

Una vez Vagin y yo llegamos a una vieja aldea situada al borde del Dniéper y asistimos a la partida de algunos campesinos que abandonaban la región para ir a instalarse a Usuriski. Regresamos por la mañana en tren. Ella ya estaba con mi hermano en la oficina. Virilmente tostado por el sol y pleno de salud, ardiendo en el deseo de explicarles el extraño cuadro que había contemplado —toda una horda poniéndose en camino—, recorrí la casa vacía y ordenada y entré en el dormitorio para cambiarme y asearme. Con una indescriptible felicidad eché un vistazo sobre los objetos de su tocador, y todo aquello me pareció muy querido y abandonado por mí. Me sentía culpable ante ella. Pero en el mismo momento en que me prometía a mí mismo no volver a serlo más, sobre la mesita de noche vi un libro abierto y me detuve un instante: era *Felicidad familiar*, de Tolstoi, y sobre una de sus páginas abiertas había estas líneas subrayadas: «Todos mis pensamientos de entonces, todos mis sentimientos de entonces, no eran míos sino suyos: de repente se habían hecho míos...».

Volví algunas páginas y de nuevo mis ojos tropezaron con más apuntes: «Durante aquel verano entraba muy a menudo en mi dormitorio, y en vez de sentir como esperaba la angustia del deseo y de la esperanza, me dominaba la ansiedad de la

felicidad para el presente... Así pasó el verano y yo comencé a sentirme sola. Él estaba siempre de viaje y ni tenía piedad de mí ni le importaba dejarme sola».

Durante algunos instantes me quedé completamente inmóvil. Aquello era un descubrimiento enteramente imprevisto: no podía hacerme a la idea de que ella pudiera tener en secreto sentimientos y pensamientos tan tristes y tan apegados al pasado: «Todos mis pensamientos *de entonces*, todos mis sentimientos *de entonces...*». Pero lo más inesperado fue esto: «Así pasó el verano y yo comencé a sentirme sola...». Así, las lágrimas que derramó la noche que volví de Shishak ¿no fueron casuales?

Un poco más tarde entré decididamente en la oficina y la besé a ella y abracé a mi hermano dando pruebas de gran alegría. Comencé a hablar y bromear, si bien estaba dominado por un íntimo tormento. Por fin, cuando nos quedamos solos le pregunté bruscamente:

—¿Has leído *Felicidad familiar*?

Ella se puso roja.

—Sí. ¿Por qué?

—¡Estoy asombrado a causa de tus anotaciones!

—¿Por qué?

—Porque demuestran evidentemente que te resulta amargo vivir conmigo y que te sientes sola y desilusionada.

—¡Cómo exageras siempre todo! —exclamó—. ¿A qué desilusiones te refieres? Sólo me sentía un poco triste, y la verdad es que encontré ciertas semejanzas que... Sin embargo, yo te aseguro que no existe nada de lo que tú supones.

¿Trataba de convencerme a mí, o tal vez a sí misma? De todos modos, yo estaba muy contento de escuchar todo aquello quizá porque tenía un gran deseo de creerle... «La gaviota de la estepa, con su penacho, alzó el vuelo sobre el camino». «La muchacha, ceñida por una cinta azul, llevaba una blusa bajo la cual se agitaban sus senos menudos...». ¡Cuántos *detrás* había también aquí! ¿Pero es que acaso podía renunciar a ello? Por todos los medios trataba de sugerirle esto: vive solamente de mí y por mí; no me prives de mi libertad y de mi independencia; yo te amo de un modo infinito. Me parecía que por quererla tanto todo me estaba permitido y todo era perdonable...

XXV

—Has cambiado mucho —me dijo en cierta ocasión—. Ahora te has vuelto varonil, bueno y cariñoso.

—Sin embargo, mi hermano Nicolás y tu padre siempre estaban pronosticando que no seríamos felices.

—Es que tu hermano Nicolás me tomó antipatía. ¡No puedes ni siquiera

imaginarte lo que yo sufrí en Batourino a causa de su fría amabilidad!

—Y, a pesar de todo, hablaba de ti con mucho cariño. A veces me decía: «Me da mucha lástima. Todavía es una niña y tu porvenir no es muy brillante que digamos». ¿Recuerdas cómo bromeaba respecto a mi futuro? Burlándose, me veía en un piso de tres habitaciones con un salario de cincuenta rublos.

—Solamente se apiadaba de ti.

—¡Absurda piedad! En ocasiones afirmaba que tenía la esperanza de que me salvara mi vagancia, y añadía: «Os separaréis pronto. O bien la abandonarás tú, o bien te dejará ella en cuanto se dé cuenta de que está viviendo en una absoluta mediocridad».

—Si de verdad tenía la idea de que más tarde o más temprano te abandonaré, estaba muy equivocado. Solamente me separaré de ti en el caso de que vea que soy un obstáculo para tu libertad y tu vocación.

Cuando a un hombre le ocurre una desgracia, irrevocablemente vuelve siempre al mismo doloroso e inútil pensamiento: «¿Cómo y cuándo comenzó?». Sí, ¿de qué manera estalló todo aquello y cómo es que entonces no le di ninguna importancia? «Solamente me separaré de ti en el caso de que...». ¿Cómo es que no presté atención a estas palabras, no obstante que con ellas trataba de prever los «casos excepcionales»?

Yo estimaba demasiado mi «vocación» y me aprovechaba de mi libertad con una creciente despreocupación. Por lo visto mi hermano Nicolás tenía razón. El hecho es que cada vez tenía mayores deseos de marcharme de casa, hasta el punto de que en cuanto se me presentaba la más mínima ocasión me iba a cualquier sitio.

—Estás muy tostado por el sol —observó mi hermano hallándonos en la mesa—. ¿Por dónde has estado?

—He ido al monasterio, al río, a la estación...

—¡Y siempre solo! —se lamentó ella—. Me has prometido muchas veces llevarme contigo al monasterio, pero hasta ahora no lo has hecho. ¡Debe ser tan hermoso aquello! Hay golondrinas y monjes...

Experimenté una cierta vergüenza y me costó trabajo levantar los ojos hasta ella. Pero al fin, temiendo por mi libertad, me encogí de hombros.

—¿Qué interés pueden tener para ti esos monjes?

—¿Y para ti?

Traté de cambiar de conversación diciendo:

—En el cementerio del monasterio he visto algo muy extraño: una tumba vacía pero completamente preparada. Había incluso una cruz con el nombre del que habrá de ser enterrado y la palabra «fallecido». Solamente estaba en blanco el lugar donde habrán de poner la fecha del fallecimiento. Por todas partes hay allí caminos, paseos, flores, y de pronto uno se encuentra con esa tumba expectante y...

—Bueno —me interrumpió—. ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente que te empeñas en no comprenderme. Es verdad lo que dijo Turgueniev sobre...

Ahora fui yo quien la interrumpí.

—Tengo la impresión de que actualmente lees sólo para hallar algo que te permita establecer comparaciones sobre nosotros dos. Aunque, por supuesto, todas las mujeres leen siempre con ese propósito.

—El que yo sea mujer no quiere decir que sea tan egoísta.

Mi hermano intervino cariñosamente:

—¡Por favor, ya está bien!

Me hizo señas con los ojos y me recriminó moviendo la cabeza.

XXVI

A finales de verano mi situación en la oficina subió de categoría: antes sólo pertenecía a ella eventualmente, pero ahora había sido inscrito en la nómina, recibiendo un puesto muy favorable: me hicieron encargado de la biblioteca principal, situada en una larga y abovedada habitación del entresuelo. Lo que más me agradaba es que en ella reinaba un profundo silencio y había una ventana a través de la cual se veía la parte inferior de algunos arbustos. Por lo demás, a partir de aquel momento comencé a disfrutar de una mayor libertad. Los días me los pasaba en completa soledad, escribiendo y leyendo, cuando no cerraba con candado la puerta de roble y me iba adonde se me ocurría.

Hice un viaje a Nikolaev. A menudo visitaba a dos hermanos tolstoianos que residían en una casita de las afueras y observaban una conducta ejemplar. Algunos domingos los pasaba en una finca alejada unas cuantas verstas, y regresaba a casa en el último tren de la noche. Pero ¿por qué razón iba y venía? Ella suponía que mis vagabundeos tenían un fin. Mi relato sobre la muchacha de Shishak le había impresionado mucho más de lo que yo hubiera podido suponer y desde entonces ya no podía ocultar los celos que la dominaban. Dos semanas después de aquel suceso, actuó como la más banal de las «amas de casa» al encontrar un pretexto para despedir a la pequeña cosaca que nos servía.

—Sé perfectamente que eso te disgusta mucho —me dijo con firmeza—, pero he tenido que obrar así por muchas razones, en primer lugar porque hace un ruido «muy agradable» con sus zapatillas cuando camina por las habitaciones. Además, como tú dices bien, parece una «pequeña yegua» con sus finas pantorrillas y sus ojos almendrados. Ahora bien; tú no sabes que esa yegua es muy arrogante y obstinada y que mi paciencia tiene un límite.

Con toda mi alma y con una absoluta franqueza le contesté:

—¿Cómo puedes tener celos de mí? Escucha. A veces contemplo tus manos y pienso que a cambio de una sola de esas manos renunciaría a todas las bellezas del

mundo. Pero soy un poeta, y como Goethe dice, todo arte es sensibilidad...

XXVII

Una vez me fui a la casita de los tolstoianos antes del anochecer. La ciudad estaba desierta porque hacía mucho calor y, además, porque era sábado. Pasé a lo largo de las tiendas judías y de los demás comercios cerrados. En aquellos momentos las campanas tocaron el Ángelus. En las calles ya empezaban a formarse las sombras de los jardines y de las casas, y en los huertos se notaba el sopor del largo verano.

En la plaza, junto a la fuente pública, había una campesina con un aspecto de diosa. Sus ojos eran de color canela y su amplia frente tenía la palidez característica de los habitantes de la Pequeña Rusia. Al final de la calle se veía el horizonte que languidecía bajo las sombras del crepúsculo. Apenas se distinguían los contornos de la estepa. Torcí por un estrecho pasaje y salí a un espacio libre en el que había unas eras y grandes montones de estiércol. Al ascender a la colina, vi que toda la estepa estaba dorada por las brillantes mieses que se perdían a lo lejos, bajo los reflejos del ocaso. La enjalbegada cabaña de los tolstoianos se hallaba casi al borde de un precipicio. Yo me dirigí hacia ella rectamente, con la impresión de que estaba completamente abandonada. Eché una ojeada por una de las ventanas: el techo y el suelo estaban como invadidos por enjambres de moscas que no cesaban de zumbar. Miré por la puerta del establo y solamente vi cómo los últimos rayos del sol enrojecían la paja del estiércol. Me encaminé hacia el cercano bosquecillo y en él encontré a la esposa del más joven de los tolstoianos. Estaba sentada al borde de un parterre. O no me vio o lo fingió. Era pequeña y en aquellos momentos tenía un codo apoyado en la rodilla mientras con la mano se llevaba una espiga a la boca.

—Buenas noches —dije acercándome—. ¿Por qué está tan triste?

—«Cuando se llega hay que sentarse» —contestó sonriendo, y tirando la espiga me extendió su mano tostada.

Me senté y la miré. Era muy joven, su pelo parecía quemado por el sol, llevaba una blusa rústica y muy escotada y un negro y viejo tabardo ceñía femeninamente sus líneas plenamente desarrolladas. Sus piernas desnudas estaban polvorientas y quemadas por el sol. Al darse cuenta de que se las miraba las encogió un poco.

—¿Dónde están los suyos? —le pregunté.

De nuevo sonrió:

—Cada uno se ha ido por su lado. Uno de nuestros santos hermanos se fue a trillar para ayudar a una pobre viuda, y el otro ha ido a llevar al gran maestro de la ciudad el informe sobre nuestros pecados, raciones y penitencias. También ha ido a recoger las instrucciones sobre la forma en que hemos de proceder próximamente: en Járkov acaban de arrestar al «hermano» Pavlov por haber distribuido octavillas contra el servicio militar.

—La veo muy desanimada —observé.

—Estoy aburrida —contestó, echando la cabeza hacia atrás—. Ya no puedo más —añadió en voz baja.

—¿Con qué no puede?

—Con nada. Deme un cigarrillo.

—¿Un cigarrillo?

—¡Sí, sí, un cigarrillo!

Le di uno y encendí un fósforo. Ella se puso a fumar rápida y torpemente, al modo femenino, expulsando con mucha frecuencia el humo. Se quedó callada mirando a la lejanía. El sol nos calentaba todavía los hombros y hacía brillar las pesadas sandías que había junto a nosotros, con sus costados hundidos en la tierra y en la reseca hojarasca. De repente ella arrojó el cigarrillo y, dejando caer su cabeza sobre mis rodillas, estalló en ardientes lágrimas. Y al calmarla besando su cabello perfumado por el sol, al apretar sus hombros y mirar sus piernas, comprendí por qué razón iba a visitar a aquellos tolstoianos...

La aldea que yo frecuentaba los domingos estaba cerca de la estación, en una amplia llanura. Una vez llegué a aquella estación, me apeé y me fui andando. Anochece ya y por delante de mí blanqueaban las cabañas en los jardines. En el umbral de una de ellas oscurecía un decrepito entoldado bajo el cual había un grupo de personas, que danzaban, o más bien pataleaban, a los acordes del violín... Al domingo siguiente pasé una velada con ellos y me complacé en escuchar los sonidos del violín y las canciones entonadas a coro. Cerca de la medianoche me levanté, me acerqué a una muchacha pelirroja de alto pecho, con labios carnosos y unos extraños ojos almendrados, y aprovechándome del barullo cogí sus manos con discreción. Ambos estábamos tranquilos y procurábamos no mirarnos el uno al otro, porque sabíamos que lo pasaríamos mal si las segadoras se daban cuenta. A partir de aquel día, cada domingo aparecía yo en el entoldado, y en cuanto me acercaba a ella, se volvía rápidamente y me cogía de las manos. Cuanto más iba oscureciendo, tanto más fuertemente apretaba mis dedos y más oprimía contra mí su hombro. Cuando la gente empezaba a desfilar, se ocultaba imperceptiblemente detrás del entoldado y yo fingía alejarme hacia la estación, según habíamos convenido. Luego nos reuníamos y disfrutábamos calladamente de nuestra presencia. Una vez decidió acompañarme a la estación. Estaba oscura y silenciosa. Solamente se oía a lo lejos el canto de los grillos, mientras la luna vertía su púrpura en los negros jardines. En una de las vías muertas había un vagón y, asombrándome yo mismo de lo que estaba haciendo, la arrastré hasta él. Me encaramé, y cuando luego la ayudé a subir, ella se cogió fuertemente a mi cuello. Pero yo encendí una cerilla para echar un vistazo, y en el mismo instante retrocedí espantado: allí en el centro había un largo y rústico ataúd. Ella saltó como una cabra y yo la seguí. Ya en el suelo, comenzó a reírse mientras me besaba con una salvaje alegría. No quería dejarme ir, y desde entonces ya no aparecí más por allí.

XXVIII

En otoño disfrutamos de aquellos festivales que tenían lugar en la ciudad al final de la temporada. Hubo funciones de teatro, conciertos y muchos bailes.

Después de haberse celebrado la congregación agraria me fui a Moscú a ver a Tolstoi, y a mi regreso me dediqué con un especial placer a disfrutar de ciertos entretenimientos que hicieron variar notablemente nuestra existencia. Nuestras relaciones iban empeorando paulatinamente.

—Otra vez vuelves a ser otro —se lamentó ella en cierta ocasión—. No comprendo por qué te has dejado esa barbita al estilo francés.

—¿Es que no te gusta?

—¿Y por qué había de gustarme?

—No lo sé. Pero en la variación está el gusto. Tú misma, al adelgazar, pareces más joven y estás más hermosa.

—Tal vez por ello has empezado de nuevo a tener celos, ¿no? Mira, ahora ya temo sincerarme contigo.

—¿Sincerarte en qué?

—Pues... verás. Sí, para el carnaval quisiera disfrazarme. Me gustaría llevar algo barato y muy sencillo, como por ejemplo una máscara negra y un vestido también negro, y largo y ligero.

—¿Y qué significaría ese disfraz?

—La noche.

—¿Es decir que otra vez empiezas como en Orel? ¡La noche es bastante vulgar!

—Yo no lo considero así —contestó con una displicencia en la que yo, con mucho miedo, advertí algo que no se parecía a lo de otras veces. Luego añadió—: Lo que sucede, sencillamente, es que otra vez empiezas a tener celos.

—¿Y por qué he de tener celos?

—No lo sé.

—¡Sí que lo sabes! No hay duda de que nuevamente te has alejado de mí y deseas agradar y recibir los homenajes masculinos.

Sonrió agriamente:

—No es propio de ti hablar de esas cosas. He observado que no te separas ni un instante de la Cherkasova.

Me ruboricé.

—Lo dices exactamente como si yo fuera culpable de que se encuentre siempre en todos los lugares adonde vamos nosotros —argüí—. Pero lo que más me duele es que ya no eres sincera conmigo, como si se estuviera desarrollando en ti alguna secreta tendencia contra mí.

—Eso son necedades. Lo que pasa es que nuestro amor se va desvaneciendo. Pero

será mejor que no hablemos de ello.

Después de una corta pausa agregó:

—En lo que se refiere al carnaval, estoy dispuesta a desistir de acudir a ningún baile, puesto que eso te desagrada. Pero debo decirte que eres muy severo conmigo desde el momento en que mis ilusiones las juzgas como vulgaridades y me privas de todo en tanto que para ti mismo no economizas nada.

Durante la primavera y el verano volví a viajar: estuve en Crimea y navegué Dniéper abajo, hasta el mismo Jerson. En cierta ocasión me hospedé durante dos semanas en Kamenets-Podolsk, en casa de un joven poeta polaco que había terminado el curso universitario en San Petersburgo y había entablado correspondencia conmigo a raíz de la publicación de mis primeras poesías en «Noticias de Europa». Al principio del otoño me encontré de nuevo con la Cherkasova —con la que hasta entonces no tenía realmente relaciones— y me enteré de que se trasladaba a Kiev.

—Me despido para siempre de usted, mi querido amigo —me dijo mirándome fijamente con sus ojos de buitre—. Mi esposo me está aguardando allí. ¿Quiere acompañarme hasta Kremenchuk? En el más absoluto secreto, por supuesto. Allí debo pasar una noche entera esperando el barco...

XXIX

En los momentos presentes me parece ver y sentir todavía aquellos oscuros días que se deslizaban monótonamente en aquel pueblo perdido en la Pequeña Rusia. Recuerdo sus calles con planchas de madera sobre las aceras y con los negros jardines asomando por encima de las tapias. También recuerdo los desnudos álamos de los paseos, el desierto jardín público con sus restaurantes estivales completamente cerrados y aquel aire en que se respiraba el olor de la vegetación muerta. No he olvidado tampoco mis torpes y desatinados paseos sin rumbo fijo, sin otro propósito que el de huir de mí mismo y de algo que parecía estar incubándose a mi alrededor... Sí, en un fatal momento, aquellas penas secretas sobre las que solamente de vez en cuando hacía una insinuación, provocaron en ella una especie de locura. Aquel día, mi hermano volvió de su trabajo más tarde que de costumbre, y yo aún tardé mucho más. Ella sabía que íbamos a tardar. El caso es que escribió unas líneas sobre un trocito de papel y luego se precipitó a recoger sus cosas. Pero al parecer decidió no llevárselas, pues se quedaron esparcidas por todos sitios, demostrando en qué grado de excitación había huido a casa de su padre. Y yo, ¿por qué no me fui inmediatamente detrás de ella? Quizá por vergüenza y también porque estaba seguro de que había tomado una resolución inexorable respecto a su propia vida. Como respuesta a mi telegrama, al fin me llegaron estas palabras: «Mi hija se ha marchado y ha prohibido comunicar a nadie su residencia».

No sé lo que me hubiera sucedido durante aquellos días de no haber estado a mi lado mi hermano, a pesar de su inutilidad y desorientación. Cuando ella escribió para explicar su huida, no me entregó en seguida la carta. Primero quiso prepararme, pero por último me la dio. Decía así: «No podía ver cómo te alejabas cada vez más de mí, ni estaba en condiciones de seguir sufriendo las humillaciones que continuamente infligías a mi amor. No puedo matarlo en mí misma, pero tampoco comprendo cómo pude llegar a la última humillación, al último desengaño en todas mis estúpidas esperanzas y en todos mis absurdos sueños. Rezo a Dios para que logres olvidarme y ser feliz en tu nueva vida...». Sintiendo que la tierra se hundía bajo mis pies, dije con falsa arrogancia:

—Esto era de esperar. ¡La eterna historia de las «desilusiones»!

A continuación pasé al dormitorio y me eché en el diván fingiendo una gran indiferencia. Sin embargo, si aquella noche no me suicidé fue sólo porque había decidido firmemente suicidarme de todos modos antes del día siguiente. Cuando la habitación se iluminó con la palidez de la luna que asomaba por la ventana del jardín, salí al comedor, encendí la lámpara y comencé a beber vodka. Luego me fui a pasear. Las calles me parecieron horribles: silenciosas, oscuras y húmedas. A mi alrededor, en los desnudos jardines y en los álamos del bulevar, había intensa niebla blanquecina mezclada con la luz de la luna. Era peor volver a casa, encender la vela del dormitorio y ver aquellas medias esparcidas, aquellos zapatos y vestidos de verano y aquel oscuro batín por debajo del cual la estrechaba a veces, mientras besaba su rostro y sentía su tibia respiración. Por otra parte, salvarme de aquel infierno derramando lágrimas de arrepentimiento solamente hubiera sido posible con ella, delante de ella, pero ella ya no estaba.

Luego pasó la segunda noche. La misma débil luz de la vela lucía en el silencioso dormitorio. Tras las negras ventanas, hervía literalmente la lluvia del otoño profundo. En un rincón del vestíbulo había un viejo icono ante el cual rezaba siempre antes de acostarse: era viejo y parecía macizo, con la cara pintada de bermellón. Representaba una virgen severa y sencilla, con ojos grandes y sufridos. ¡Tremenda y sacrílega asociación de pensamientos: la virgen y ella; aquella imagen con toda su femineidad y todo aquello que había esparcido por allí en la precipitación de la huida!

Después fueron transcurriendo las semanas. Había abandonado la oficina y no aparecía en público en ningún sitio. Me había aislado y vivía con mis recuerdos, a veces tontos recuerdos: unos *mujiks* hacían rodar por el barrizal los troncos que tenían que ser embarcados...

XXX

Finalmente comprendí que ya no podía sufrir aquel martirio y decidí irme a Batourino para vivir allí un cierto tiempo sin tener que preocuparme del futuro.

Experimenté una extraña impresión al subir al vagón en marcha. Rápidamente había abrazado a mi hermano por última vez, y ya en mi departamento me dije a mí mismo: «¡Otra vez libre como un pájaro!». La noche era invernal y oscura, pero no nevaba. Mientras el vagón traqueteaba, recordé cuánto me gustaba repetir ante ella este proverbio polaco: «El hombre fue hecho para la felicidad como el pájaro para el vuelo». Y fijamente miraba por la negra ventanilla para que nadie pudiera ver mis lágrimas. Se pasó la noche hasta Járkov... y luego otra noche más. Dos años atrás habíamos pasado por allí en primavera, al amanecer, ella dormida y el vagón iluminado por los primeros resplandores de la aurora...

En Kursk había almorzado con ella en la estación. Recordé su alegría: «Es la primera vez en mi vida que almuerzo en una estación». Ahora era el anochecer de un día gris y cruelmente frío. Delante de la estación había un tren de viajeros exageradamente largo y extraordinariamente vulgar. Se veía la interminable pared de los vagones de tercera clase, que eran grandes y pesados, distinguiéndose de los del ferrocarril Kursk-Járkov-Azoff. Me apeé y eché un vistazo. La locomotora se ennegrecía tanto que apenas se la veía. De los estribos del tren saltaban gentes con teteras en la mano, todas igualmente repugnantes, y se dirigían apresuradamente a la cantina para adquirir agua caliente. De mi vagón descendieron también un comerciante vestido con una piel de zorro amarillo y un individuo con una cara proletaria y unos labios que no cesaban de producirme repugnancia. Me lanzó una mirada suspicaz. Yo también le había estado observando durante todo el día con atención: parecía joven y no resultaba fácil discernir a qué se dedicaba. Con voz rápida y misteriosa me advirtió:

—Tenga en cuenta que aquí venden ocas asadas a precios increíblemente baratos.

Me quedé de pie pensando en la cantina a la que no podía ir porque una vez me había sentado allí con ella ante una mesa que probablemente todavía estaría. Mientras tanto, me di cuenta que ya sentía el crudo invierno ruso, a pesar de que aún no había nieve. ¡Qué sepulcro me esperaba en Batourino! La vejez de mis padres, la presencia de mi desgraciada hermana, el miserable hogar, el desnudo jardín y el ladrido de los perros. No quise pensar en ello y observé a mi alrededor. Bajo los álamos había unas mujerucas con las caras azuladas por el frío, gritando para vender aquellas ocas asadas tan baratas a pesar de ser grandes y tener una hermosa piel irisada. Los que ya habían hecho provisión de agua caliente corrieron desde la estación a los templados vagones, y casi en seguida la chimenea de la locomotora chispeó con una hurañía infernal y el tren se puso en marcha.

Mi regreso al hogar fue muy distinto del de hacía tres años. Ahora miraba todas las cosas con ojos distintos y todo me pareció peor de lo que había imaginado en el camino: miserables isbás de planchas de madera y primitivos carros completamente helados junto a los umbrales hundidos en un barro espeso. También había montones de aquel barro en el patio de la austera casa, con sus tristes ventanas, sus tejados de la época de nuestros bisabuelos y sus galerías completamente oscuras a causa de unos

entoldados cuya madera se había vuelto negra por su antigüedad. Todo era viejo y descuidado, y luego estaba también aquel viento frío que inclinaba las copas de los altos abetos. En el horno había resquebrajaduras tapadas con argamasa y los suelos estaban cubiertos con alfombras hechas con trapos. Mi padre estaba delgadísimo y tenía el pelo completamente gris. Era doloroso ver aquella vejez en la pobreza. Se dominaba más enérgica y alegremente que los demás, yo creo que a causa de mi vergüenza y de mi desgracia. En cierta ocasión, mientras sostenía un cigarrillo en su temblorosa mano y me miraba con una tierna tristeza, me dijo:

—Bueno, amigo mío, todo es ley natural, todo es lógico. Las grandes preocupaciones y alegrías son para los jóvenes, y la paz y la tranquilidad para la vejez. —Y sonriendo con los ojos añadió—: Tú sabes eso de «los pacíficos gozos». Sí:

*En la tranquila cabaña
disfrutamos el gozo y la paz*

Cuando me acuerdo de mi padre siento siempre un gran arrepentimiento, porque me parece que no lo estimaba ni lo quería suficientemente. Me considero culpable por conocer muy poco su vida, y por no haberme preocupado de conocerla cuando todavía me hubiera sido posible. Ahora trato continuamente de comprender qué clase de hombre era. Me figuro que pertenecía a una generación completamente particular y que era extraordinario por su personalidad y maravilloso por su animado corazón y su ágil espíritu. En aquel invierno yo tenía veinte años y él setenta. Todavía me parece increíble que yo tuviera entonces aquella edad y que mis jóvenes fuerzas florecieran mientras que toda su vida era ya un pasado. Tal vez por eso nadie comprendía como él lo que sucedía en mi alma. Aquel día se hallaba sentado en su despacho. Ya todo estaba cubierto de nieve y los débiles rayos del sol iluminaban tibiamente el patio. Después de haber dicho aquello a propósito de «los gozos pacíficos», dejó su cigarrillo, descolgó de la pared una vieja guitarra y se puso a tocar algo muy querido y muy popular. Su mirada se hizo firme y al mismo tiempo alegre, y mientras seguía tañendo la guitarra me dijo que en la vida todo pasa y que no hay nada que merezca la pena de ser llorado...

Unos días más tarde corrí como un loco a la ciudad, salté del trineo y miré la ventana del comedor donde tantas veces había estado sentado con ella sobre el diván. Toqué el timbre, la puerta se abrió... y me topé cara a cara con su hermano, quien, poniéndose pálido, me dijo confidencialmente:

—Mi padre no desea verle. Y ella, como ya sabe usted, está ausente.

Aquél era el estudiante que tan salvajemente corría con el perro por la escalera durante aquella primavera. Ahora tenía ante mí a un joven muy moreno, con una blanca guerrera de oficial, imponentes bigotes negros y una mirada hostil en sus pequeños ojos negros.

—¡Márchese, por favor! —añadió en voz baja.

Y yo me di cuenta cómo le latía el corazón bajo la guerrera.

A pesar de todo, durante todo aquel invierno estuve esperando testarudamente una carta de ella, sin poder creer que tuviera un corazón tan duro.

XXXI

Aquella misma primavera me enteré de que había vuelto a su casa con una pulmonía, falleciendo al cabo de una semana. También supe que su última voluntad había consistido en hacerme ocultar su muerte durante algún tiempo.

* * *

Aún conservo aquel cuaderno con cubiertas de color marrón azafrán que me compró como regalo con su primer salario mensual, y en un día que quizá fue el más conmovedor de toda su existencia. En la primera página todavía pueden leerse aquellas pocas palabras que escribió, incurriendo en dos faltas de ortografía a causa de la nerviosidad y la timidez...

* * *

Hace poco la vi en sueños, la única vez en toda mi larga vida sin ella. Tenía la misma edad que en aquella época en que vivimos en común, pero en su cara había ya el encanto de la belleza mustia. Estaba delgada y llevaba un vestido de luto. La vi borrosamente, pero aun así sentí una proximidad corporal y espiritual como no he experimentado hasta ahora con nadie.

¿Cómo resucitarán los difuntos? ¿Qué forma tomarán? ¿Desaparecerán entre el polvo; se harán incorruptibles; dejarán algún rastro; reencarnarán en otro cuerpo, o solamente en espíritu?



IVÁN ALEKSEEVICH BUNIN (Voronej, 1870 - París, 1953). Escritor ruso. Perteneció a una familia de propietarios nobles arruinados, que había dado ya a la literatura una poetisa, A. P. Bunina, y mantenido relaciones de parentesco con el poeta V. A. Zhukovski y los hermanos Kireevskie, teóricos del movimiento eslavófilo. La infancia de Bunin transcurrió en la propiedad paterna de la región de Orel, y a partir de los siete años vivió siempre entre campesinos, ajeno a una educación y a una instrucción regulares.

Terminados los estudios secundarios residió en Poltava y en Crimea, donde se aficionó a andar errante y a pie de una parte a otra. En Orel colaboró en el periódico local y compuso poesías; en Poltava empezó a escribir en prosa. En 1895 se estableció en San Petersburgo, desde donde pasó a Moscú. En 1898 se casó con la hija de un revolucionario griego emigrado; pero muy pronto se divorció y reanudó su existencia vagabunda por el sur de Rusia, la Europa occidental, África y Asia.

En 1887 aparecieron sus primeros versos; a partir de entonces empezó a trabajar como poeta, narrador y traductor. Sin embargo, su primer conjunto narrativo no vio la luz hasta 1892, el mismo año en que también Gorki iniciara la publicación de sus obras. Más tarde participó en el periódico *Znanie* (*El conocimiento*), en torno al cual supo reunir Gorki los mejores elementos literarios de los primeros diez años del nuevo siglo.

En 1909 publicó una de sus obras más famosas desde el punto de vista ideológico, *La aldea*, seguida, a una distancia de dos años, por la más célebre en cuanto al valor

estilístico: *Valseca*. Por entonces había conocido ya la fama con las narraciones de los años anteriores, que le valieron el ingreso en la Academia Rusa tras la asignación del premio Pushkin debida a las diversas colecciones de poesías y traducciones.

El período más brillante de la narrativa de Bunin fue el comprendido entre los años 1912-16, cuando publica *El cáliz de la vida* (1913-14), *Grammatika liubvi* (1915) un relato de intriga, amor y sexo, cuyo clímax sortea cualquier rezago romántico, y *El señor de San Francisco* (1915-1916), donde combina una vigorosa sátira de la civilización occidental con la expresión de una filosofía pesimista, que irá desarrollando en toda su obra posterior.

En 1920 abandonó Rusia y se estableció en Francia, donde vivió hasta su muerte, convirtiéndose en uno de los escritores paradigmáticos de la emigración. Durante esos años en el destierro escribió *El amor de Mitia* (1925), una evocación de su juventud, *Insolación* (1927), un relato de adulterio desprovisto de todo sensacionalismo, y *Cuando la vida empieza* (1939), un amplio cuadro de la vida rusa a finales del siglo XIX cuya técnica de rememoración es comparable a la de M. Proust.

Los motivos principales de Bunin son la naturaleza, las estaciones del año, la Rusia rural, el destino, el amor, la pasión y la muerte. La mayor parte de su poesía es de tipo contemplativo y el héroe suele ser un adulto o un anciano que mira hacia el pasado, hacia la juventud concebida como una edad de oro perdida. Una percepción trágica de la existencia, aunque alejada del nihilismo y el pesimismo, subyace en el conjunto de su obra. Durante toda su vida, Bunin fue fiel a sí mismo y a sus convicciones artísticas, manteniéndose inmune a las corrientes literarias. Esa constancia en su particularísimo estilo y su maestría como continuador de la tradición clásica de la prosa rusa le granjearon el favor de la Academia Sueca, que le otorgó el primer Nobel concedido a un escritor ruso en 1933.

NOTAS

[1] Campesino que hace las veces de administrador del pueblo o de la hacienda. (*N. del T.*). <<

[2] Liceo. (*N. del T.*). <<

[3] Empleado para referirse a los campesinos rusos que no poseían propiedades generalmente antes del año 1917, en el que se produjo la Revolución rusa. En general el *mujik* es descrito en la literatura rusa como un ser pobre. En ocasiones se lo presenta como alguien perverso y corrupto. (*N. del E. D.*). <<

[4] *Stanitsa*: aldea de cosacos. (*N. del T.*). <<

[5] Vivienda típica campesina rusa construida con troncos. (*N. del E. D.*). <<

[6] Vehículos o coches de madera tirados por caballos. (*N. del E. D.*). <<

[7] Se sobreentiende que, desde la abolición de los siervos, todos los campesinos rusos son considerados como *libres*. Pero no ocurría así antes de la reforma realizada por Alejandro II. Y existía, entre campesinos, una distinción cuyo recuerdo se ha conservado en el lenguaje corriente. He aquí la explicación de Dal:

«Los *odnodvortsy*, aldeanos que se creían de extracción noble; cierto número de ellos poseyeron efectivamente siervos; buscaban su origen en los “niños nobles” y funcionarios que fueron establecidos, en el siglo XVII, en colonias, en las fronteras de Moscovia; gozaban de ciertos privilegios. Los principales agrupamientos de *odnodvortsy* se encuentran en los gobiernos de Tambov, de Voronèje y en las provincias vecinas». Este término de *odnodvortsy* es el que se halla aquí traducido por la denominación de *campesinos libres*. <<

[8] El arcipreste Avvakoum, fundador de una secta religiosa en el siglo XVIII, fue deportado a Siberia. (*N. del T.*). <<

[9] Ciudadela de una ciudad. Las urbes antiguas de Rusia no estaban custodiadas por murallas, sin embargo, sus respectivas partes centrales (donde estaba situada la catedral, el palacio del soberano y otros edificios relevantes), si estaban rodeadas por estas defensas. (*N. del E. D.*). <<

[10] Departamentos reservados a las mujeres en los palacios principescos: gineceos.
(*N. del T.*). <<

[11] *Rouslan y Ludmila*, poema de Alejandro Pushkin (1799-1837), escrito de 1817 a 1820. (N. del T.). <<

[12] *Esaul*, palabra de origen turco que designa un grado bastante elevado entre las tropas cosacas. (*N. del T.*). <<

[13] *Léjanka*: especie de estufa baja, sobre la cual se puede uno acostar. (*N. del T.*). <<

[14] *Paskha*: Golosina que es de tradición preparar para Pascua, a base de queso blanco, azúcar, uvas y frutos confitados; servida en un molde, lleva en relieve las iniciales «X. B.» que significan «Cristo ha resucitado». Bendecida en la iglesia, es un objeto de golosina y de devoción. (*N. del T.*). <<

[15] En Rusia es costumbre extender a los difuntos sobre la mesa de la familia. (*N. del T.*). <<

[16] Llevan a los muertos, en su ataúd, a rostro descubierto hasta el cementerio. (*N. del T.*). <<

[17] *Copek*: moneda rusa equivalente a un céntimo de rublo. (*N. del T.*). <<

[18] *Koutia*, arroz hervido y servido con uvas de Corinto. Es el plato ritual en los funerales. (*N. del T.*). <<

[19] En el momento de una solemne despedida, la costumbre requiere que todas las personas presentes tomen asiento y se recojan un momento. (*N. del T.*). <<

[20] Es decir, poblado antiguamente por siervos fugitivos. (*N. del T.*). <<

[21] Labrador propietario independiente. (*N. del T.*). <<

[22] El autor asocia, para calificar a un solo y mismo tiempo, nombres auténticamente históricos (Radíchev: noble, escritor y conspirador de finales del siglo XVIII; Ogarev y Herzen: ilustres publicistas revolucionarios bajo el reinado de Nicolás I y de Alejandro II), y nombres de personajes literarios (Tchatsky, figura central de una comedia de Griboïédov; Roudine, héroe de una célebre novela de Turguéniev). (*N. del T.*). <<

[23] En Rusia, trineo tirado por tres caballos. (*N. del E. D.*). <<

[24] Tribus bárbaras, de origen escita, que habitaban en el Mediodía y que devastaron con frecuentes incursiones la Rusia central hasta el siglo XII. (*N. del T.*). <<

[25] Todos ellos poetas de finales de la época clásica y principios de la romántica. Anna Bounina era antepasada del autor. (*N. del T.*). <<

[26] Pared que va desde la parte septentrional (norte) a la meridional (sur) en un templo ortodoxo ruso, y en la cual, en un orden específico se colocan los iconos. (*N. del E. D.*). <<

[27] Fuste de cuero típico de los cosacos. (*N. del T.*). <<

[28] Bebida hecha a base de cebada fermentada. (*N. del T.*). <<

[29] Asamblea de nobles, burgueses y campesinos. (*N. del T.*). <<

[30] Sopa de coles, tomate y crema agria. (*N. del T.*). <<

[31] Papel de fumar ya liado y emboquillado. (*N. del T.*). <<

[32] Escritor de finales del siglo XVIII, cuyas tendencias liberales se consideraban en aquella época en su país como propias de un revolucionario. Fue desterrado a Siberia. (N. del T.). <<

[33] Sopa nacional rusa a base de esturión. (*N. del T.*). <<

[34] Panecillos salados. (*N. del T.*). <<

[35] *Fialka*: violeta en ruso. (N. del T.). <<

[36] Sopa nacional rusa a base de coles. (*N. del T.*). <<